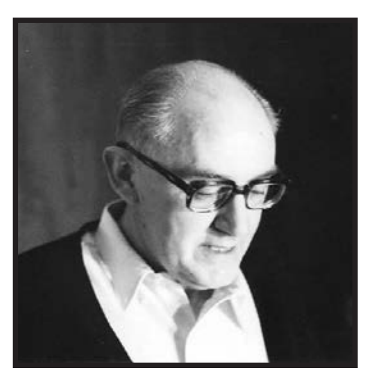
Clásicos y Contemporáneos en Antropología



Antropología y marxismo

Ángel Palerm

Ángel Palerm (1917-1980) nació en Ibiza, España. Participó en la Guerra Civil y en 1939 se embarcó a México con otros republicanos. Ingresó en 1947 a la Escuela Nacional de Antropología e Historia, donde conoció el rigor de la investigación de campo bajo la dirección de Isabel Kelly y los enfoques teóricos de maestros como Pablo Martínez del Río, Paul Kirchhoff y Pedro Armillas. En 1953 se graduó con un estudio sobre las bases agrícolas de la civilización mesoamericana, destacando la importancia de las obras hidráulicas en su desarrollo. De 1953 a 1966 trabajó en la Unión Panamericana, en Washington D. C., donde editó la *Revista Interamericana de Ciencias Sociales* y sostuvo estrecha comunicación con destacados antropólogos como Steward, Wolf, Mintz, Wittfogel, Diamond y Adams. Reflexionó sobre los métodos de la enseñanza de la etnología, cuyos lineamientos enunció en los volúmenes de su *Historia de la etnología* (1974, 1976 y 1977) dedicados a precursores, evolucionistas y británicos. Promovió la lectura directa de los clásicos de la antropología, como base de la formación teórica de sus estudiantes. Otras publicaciones suyas son: *Observaciones sobre la planificación regional* (1962), *Introducción a la teoría etnológica* (1967), *Agricultura y civilización en Mesoamérica* (1972) y *Obras hidráulicas prehispánicas en el sistema lacustre del valle de México* (1973). Impulsó el desarrollo de varios programas para la enseñanza e investigación en antropología en la UIA, la UAM y el CIESAS, y quiso ser recordado por esta diversificación institucional. Inculcó a sus discípulos la importancia del trabajo de campo y de la teoría social en la formación antropológica, e insistió en la publicación de resultados de investigación, y la vinculación de la praxis y la problemática social con la vida académica.



Ángel Palerm
(1917-1980)

Clásicos y Contemporáneos en Antropología

C

Antropología y marxismo

Antropología y marxismo

Ángel Palerm







306
P525A Palerm, Ángel, 1917-1980
4 Antropología y marxismo/ Ángel Palerm ; prólogo de Eric R. Wolf, presentación de F. Besserer- México : Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social : Universidad Autónoma Metropolitana : Universidad Iberoamericana, 2008

348 p. tabs. ; 18 cm. -- (Clásicos y Contemporáneos en Antropología ; 4)
ISBN 978-968-496-639-0

1. Antropología. 2. Marxismo. 3. Evolución social. 4. Campesinos I. t. II. Wolf, Eric R., selecc. III. Serie.

Investigación bibliográfica:
Mireya Rubio y Roberto Melville

Traducción de la presentación
de Eric Wolf: Victoria Novelo

Primera edición: 1980
Segunda edición: 1998
Tercera edición: 2008

Primera edición en Clásicos y Contemporáneos en Antropología

ISBN 978-968-496-639-0

Impreso y hecho en México
www.ciesas.edu.mx/clasicos

Índice

Clásicos y Contemporáneos en Antropología

La antropología es una de las ciencias sociales con una agenda intelectual y académica extremadamente ambiciosa. Su objeto central de estudio es la permanencia y cambio de los fenómenos socioculturales, por ende, se ocupa de conocer y analizar a la humanidad entera. Se interesa por cada una de las diferentes vías de evolución de las sociedades humanas, y por identificar las respectivas trayectorias de pueblos y culturas desde las épocas tempranas de la prehistoria hasta el tiempo actual. La diversidad cultural, étnica y social, en y entre las sociedades, se manifiesta en todos los rincones del planeta. Concierne a la antropología la adaptación humana a variados climas y territorios; fríos, templados y cálidos; húmedos y áridos; planicies y montañas. Le compete tanto el estudio de las sociedades simples como el de las más complejas.

Los antropólogos han contribuido al conocimiento de las variadas formas de subsistencia en pueblos de cazadores y recolectores, de pastores y agricultores; y han procurado explicar los procesos de integración de tales pueblos a las sociedades más complejas en el contexto de la expansión del sistema mundial capitalista. A la antropología le han interesado las minorías étnicas y las clases populares por igual, pero también las élites gobernantes y las estructuras estatales. Hay especialistas en ramas como la antropología jurídica, la antropología política, y la antropología económica. El parentesco

la religión, el lenguaje, y diversas expresiones simbólicas son apreciados objetos de estudio.

Al ocuparse de un universo de objetos sociales y culturales tan vasto, los antropólogos eligieron un acercamiento holístico, es decir, buscan establecer las interrelaciones existentes de tipo causal, funcional o simbólico entre los distintos componentes de las diferentes culturas. El análisis comparativo es una herramienta muy eficaz para identificar diferencias y similitudes entre los casos examinados. El estudio detallado de culturas ágrafas mediante la observación participante, elevó al trabajo de campo en uno de los métodos característicos e ineludibles de la investigación en antropología. Las etnografías sobre sociedades y culturas son entonces productos que distinguen la producción antropológica.

En consecuencia, ningún libro en particular podría reflejar toda la riqueza de herramientas teóricas y metodológicas que los antropólogos han empleado para el estudio de las culturas y las sociedades humanas. De la misma manera, la diversidad cultural observada por viajeros, misioneros, administradores, y en el siglo XX por los profesionales antropólogos en aquellas sociedades humanas con las que se ha tenido contacto, en todo el orbe y a lo largo del curso de la historia, sólo podría quedar consignada en una incontable multitud de libros y artículos. No hay una sola biblioteca que contenga en sus estanterías los frutos de la labor etnológica de esta multitud de autores-escritores. La descripción etnográfica de cada una de las sociedades particulares conocidas no puede evitarse por una aplicación de teorías generales construidas *a priori*, ni sustituirse por las conclusiones alcanzadas en el estudio de alguna sociedad particular estudiada a profundidad. Y si se quieren alcanzar generalizaciones a partir de estudios empíri-

cos, será necesario que la descripción detallada de una sociedad se conduzca con alguna orientación teórica, mediante la formulación de hipótesis que guíen la recolección de datos y organicen la interpretación de las características generales del fenómeno estudiado en tal o cual sociedad particular.

Por tales razones, una adecuada formación académica de los antropólogos dependerá del acceso a una bibliografía extensa. Los hallazgos y avances del conocimiento antropológico se encuentran dispersos en diversos géneros literarios propios de la disciplina. Hay miles de trabajos monográficos que registran la labor de recopilación de datos empíricos acerca de distintas sociedades dispersas en los cinco continentes. Existen trabajos de corte más comparativo, mientras que otros tienen un propósito más teórico. Sin embargo, las grandes síntesis del conocimiento en una región o área cultural son más escasas, y hay relativamente pocos trabajos que tengan una perspectiva mundial. La composición de la literatura antropológica es pues un indicador de su desarrollo, de su capacidad para formular generalizaciones a partir de estudios específicos y de su comparación espacial y temporal.

A partir de estas reflexiones, compartidas por un grupo de instituciones mexicanas comprometidas con la investigación y la docencia en antropología, surgió un proyecto que tiene como propósito ofrecer a investigadores y estudiantes, y en general al público de habla hispana, obras clave para el desarrollo del conocimiento sobre las sociedades y culturas humanas. Fue así que se concibió la colección Clásicos y Contemporáneos en Antropología.

Existe una gran cantidad de obras relevantes para el desarrollo de diversas líneas de investigación en antropología que nunca fueron traducidas al español. Otras más, que sí lo fueron,

dejaron de ser reimpresos o reeditados, y ahora ya no se encuentran en el mercado. Las bibliotecas institucionales de reciente creación no cuentan con todos los libros clásicos de la disciplina y difícilmente los podrían adquirir.

La selección de esta literatura, que podría caracterizarse como "clásica", constituye un asunto controvertido y susceptible de interminables discusiones. Este proyecto editorial con amplia gama de opciones académicas para la publicación de "clásicos", deberá sortear los límites inescapables del financiamiento e intentar satisfacer las preferencias de los lectores. Incluirá también textos contemporáneos que muy probablemente adquirirán con el tiempo el reconocimiento académico correspondiente. Los criterios de selección deberán irse afinando a lo largo del desarrollo del proyecto, a partir tanto del contexto temporal y regional, como de las necesidades culturales más explícitas.

En los grandes polos del pensamiento antropológico, ubicados principalmente en Gran Bretaña, Estados Unidos y Francia, la antropología se ha construido en múltiples direcciones. En sus bibliotecas se encuentra una gran abundancia de libros y trabajos de investigación sobre casi todas las culturas del mundo, lo que incluye una vigorosa producción teórica. Muchas casas editoras recogen y difunden la producción de universidades e institutos de investigación. Por lo que toca a los países que podríamos calificar como periféricos, es posible distinguir a aquellos en los que se ha desarrollado un mayor interés por el desarrollo de la antropología. En el mundo iberoamericano, países como Argentina, Brasil, Colombia, España, Guatemala, México y Perú pueden considerarse entre los que se han caracterizado por tener una mayor densidad antropológica. En ellos se fomenta la antropología

con un enfoque circunscrito relativamente a los fenómenos y problemas locales, de suerte que la producción académica se orienta hacia aquellos fenómenos socioculturales más relevantes de cada nación. En cada uno se ha presentado, en diferentes momentos, una influencia dominante de alguno de los centros hegemónicos de producción antropológica. Las preferencias intelectuales del mundo antropológico iberoamericano se reflejan claramente en los acervos de las bibliotecas especializadas en antropología en cada uno de esos países. Las mejores y más completas bibliotecas han logrado reunir, y proporcionan a sus usuarios, tanto la literatura antropológica representativa de los países hegemónicos como la producción del propio país. Pero la producción de países vecinos, igualmente periféricos, con antropologías de importancia generalmente está subrepresentada en dichas bibliotecas, así como en los programas académicos de las instituciones y universidades respectivas. En los demás países, el desarrollo de la antropología es relativamente pobre, y aquellos estudios que prevalecen son los del folklore local y la prehistoria.

México se encuentra entre los países con una tradición antropológica vigorosa. Si bien existe un reconocimiento local y mundial de la antropología mexicana, sus investigadores y estudiantes con frecuencia tienen un conocimiento precario de los desarrollos de otros países de la región con una tradición antropológica importante. La política mexicana de apertura a la inmigración de perseguidos políticos fue propicia para dar lugar a un flujo de ideas y conocimientos antropológicos novedosos y estimulantes, primero con la llegada de inmigrantes provenientes de Europa a raíz de las vicisitudes de la Guerra Civil Española y de la Segunda Guerra Mundial, y luego, en las décadas de 1960 y 1970, con el arribo de contingentes

de asilados que huían de las dictaduras surgidas en América del Sur. Estas corrientes migratorias tuvieron un efecto cultural muy importante para el país receptor. Al llegar a México y a las instituciones académicas que les abrieron sus puertas, aquellos universitarios perseguidos rompieron barreras culturales locales y auspiciaron un flujo de nuevas ideas y teorías que fructificaron intelectualmente, no sólo en el campo de la antropología sino también en muchos otros campos de las ciencias sociales y las humanidades. Lo anterior da cuenta de que el desarrollo de una disciplina se nutre no solamente de la problemática social y cultural nativa, sino también de manera significativa de las corrientes y flujos culturales externos.

La colección de Clásicos y Contemporáneos en Antropología tiene como aspiración y propósito satisfacer no únicamente las necesidades locales y atender las necesidades bibliográficas locales de programas académicos de formación, sino cubrir un espectro más amplio. Las instituciones que impulsan la publicación de libros de antropología han hecho suya la oportunidad y sugerencia de auspiciar el flujo cruzado de conocimientos antropológicos externos, no solamente aquellos originados en los países hegemónicos, sino también en los países periféricos con una producción antropológica respetable, poco conocida y aplicable a circunstancias análogas en otras latitudes. La colección incluye una composición variada en temas y corrientes teóricas que, esperamos, nutra a las subespecialidades de la antropología.

Incluye traducciones de aquellos libros que han tenido una reconocida influencia en el desarrollo de la antropología y que, sin embargo, no han sido publicados en español anteriormente. Pero también comprende reediciones de obras que se encuentran agotadas, con objeto de atender la demanda vigente entre

los estudiantes de antropología. La iniciativa original de esta colección surgió en 2004, cuando confluyeron los intereses de la Dirección General del CIESAS con la maduración de un proyecto largamente acariciado relacionado con la publicación de libros clásicos de antropología que se requerían en la docencia e investigación. Se buscó y encontró la colaboración del Departamento de Antropología de la Universidad Autónoma Metropolitana, en Iztapalapa y del Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad Iberoamericana, para llevar adelante esta empresa con la aportación de los recursos humanos y materiales necesarios. Se conformó así, en 2005, una comisión académica plural para precisar los criterios y definiciones necesarias en relación con la selección de autores y títulos que se publicarán en los próximos años. Dicha comisión, integrada por profesores investigadores de las tres instituciones, abrazó la idea de añadir a la colección de libros clásicos aquellos títulos y autores contemporáneos que recientemente han desarrollado nuevas líneas de investigación, tales como los estudios de género, desastres, pluralidad étnica, entre otros. En el futuro muy probablemente otras instituciones se sumarán a este esfuerzo. Nuestra meta de poner al alcance de investigadores y estudiantes de antropología una selección de libros indispensables para su desarrollo académico plural dependerá, en gran medida, de la recepción que los lectores otorguen a éste y los próximos títulos.

Virginia García Acosta
y Roberto Melville
CIESAS

Herramientas para analizar el capitalismo contemporáneo

Antropología y marxismo es un libro de lectura obligada para quienes traten de entender los vertiginosos cambios de finales del siglo XX e inicios del XXI. Los textos que componen esta obra fueron escritos entre 1976 y 1980, en el vértice de un giro profundo que el capitalismo mundial dio en ese momento. Ángel Palerm pone en papel estas reflexiones en el momento en que un proceso de cambio daría como resultado una nueva fase del capitalismo mundial, tal vez no la última, pero sí una distinta de la que Lenin llamara la "fase superior del capitalismo". Este antropólogo, cuyo destino fue marcado por la confrontación con el estalinismo, hizo acopio del pensamiento comprehensivo del marxismo y de la antropología para poner en blanco y negro las bases más importantes del análisis del cambio que llevaría al momento en que vivimos actualmente, por algunos llamado "post-fordismo" y por otros "capitalismo tardío".

Tal vez porque entonces el cambio histórico expresaba todas las contradicciones del capitalismo monopolista de Estado, Palerm pudo identificar que tanto el marxismo como la antropología estaban sesgados por un velo ideológico asociado a la figura del Estado-nación que había jugado un papel central desde inicios de siglo. Explicó que la antropología había tomado formas propias en Inglaterra, Francia y Estados Unidos, ligadas a su papel dentro del colonialismo. Concomitantemente, afirmó que el marxismo estaba atrapado en

las ideologías de los países en los que el socialismo estaba dominado por una nueva clase asociada al aparato político y tecnoadministrativo del Estado.

Así, Palerm inicia su trabajo con un movimiento en el que separa al marxismo y a la antropología del *habitus* conceptual de la nación. Propone entonces la revisión de varios sistemas económicos mundiales, poniendo especial atención en la contribución del campesinado mesoamericano al desarrollo del capitalismo. Este pensador extraordinario, que se desempeñó profesionalmente en instancias internacionales y construyó para la antropología una mirada del mundo en múltiples escalas, sostiene que el capitalismo fue global desde el siglo XVI y que su historia incluye de manera central las crisis sucesivas que han generado nuevas formas de articulación y regulación del sistema.

En los textos que conforman este libro, Palerm presta especial atención a las ideas de Lenin y de Rosa Luxemburgo, quienes diferían en la conceptualización del capitalismo de inicios del siglo XX. Al tomar la postura de Luxemburgo, le confiere un papel importante al campesinado en el entendimiento de la globalización y el capitalismo. Estas ideas de principios del siglo pasado resuenan aún en las posiciones divergentes de quienes analizan la reestructuración del capitalismo y la globalización al iniciar nuestro siglo.

Los ensayos que encontramos en *Antropología y marxismo* no han dejado de formar parte de los programas de estudio de la antropología desde los años setenta cuando se escribieron y fueron utilizados por Palerm para la docencia. Ciertamente, la antropología y el marxismo –en diálogo– han desarrollado herramientas nuevas para analizar el capitalismo contemporáneo enfatizando temas como las conexiones globales, las nuevas

tecnologías, los procesos transnacionales, las culturas viajeras y las regiones fronterizas. Para algunos, *Antropología y marxismo* tiene hoy el interés de ser un documento para reconstruir la historia de las ideas críticas de otros tiempos. Pero para otros, entre los que me incluyo, su lectura aporta elementos críticos necesarios para hacer antropología en el presente.

Algunas secciones de este libro fueron presentadas originalmente como ponencias, otras secciones fueron escritas en un estilo ensayístico. Por esta razón en ediciones anteriores se mencionan autores y obras sin las referencias precisas a las fuentes consultadas. Esta nueva edición se benefició del trabajo acucioso de Mireya Rubio y Roberto Melville, quienes cuidadosamente armaron el herramental bibliográfico, buscando las ediciones que estaban disponibles en los años en que se escribieron los originales. El resultado es un texto que ahora puede ser entendido en contexto por los estudiosos de la obra de Palerm.

Sin duda, *Antropología y marxism*o es indispensable para entender el mundo contemporáneo. En este sentido el libro que el lector tiene en sus manos es un clásico y contemporáneo indispensable en esta colección.

*Federico Besserer**
Agosto de 2008

* Antropólogo social (UAM, 1988), doctor en antropología (Stanford, 2003) con la tesis "Contesting Community", profesor e investigador del departamento de Antropología de la UAM -Iztapalapa. Las comunidades transnacionales son su tema de investigación. Alumno de Ángel Palerm en la materia de marxismo.

Presentación

Es un gran honor para mí presentar esta nueva edición de la colección de ensayos de Ángel Palerm titulada *Antropología y marxismo*, originalmente publicada en 1980. Nos hace recordar a un amigo muy preciado que combinó sus enormes dotes intelectuales con la pasión por un conocimiento que pudiese cambiar al mundo; tenía igualmente una singular habilidad para atraer a otros hacia el logro de esa meta. Él entendía, mucho mejor que otros, que en la búsqueda de dicho conocimiento era necesario realizar tareas de docencia y llevar a cabo investigaciones de avanzada en instituciones adecuadas. La creación del CIESAS representa la cúspide de ese trabajo de organización. Ángel también trabajó sin descanso al servicio de una antropología universalizadora, que, no obstante, pudiera nutrirse de tradiciones nacionales particulares y referirse a problemas de regiones y pueblos determinados. Muchos estudiantes y colegas recordarán su *Introducción a la teoría etnológica* (1967) en la que intentó enseñar antropología general con base en su experiencia en México. En forma similar, en los volúmenes de su amplia *Historia de la etnología*, figuras como Ibn Khaldun, Sahagún, Vico, Bachofen, Fustel de Coulanges y Kovalevsky le hablan al lector igual que los autores británicos y angloamericanos, quienes por lo general se clasifican como los ancestros propios de esa disciplina, entre los antropólogos de habla inglesa.

En el libro *Antropología y marxismo* existe un impulso similar subyacente que amplía el alcance en la búsqueda de un conocimiento útil. El libro apareció cuando las orientaciones e iniciativas que se unieron en este título habían entrado en un periodo crítico de desarrollo, por lo que la voz de Ángel Palerm conlleva una importancia doble, tanto para la antropología como para el marxismo. Estos ensayos los escribió cuando, después de un periodo, relativamente calmado, de crecimiento y prosperidad en los años cincuenta, la antropología tomó conciencia de manera repentina de su posición incierta y conflictiva en un mundo marcado por poderosas asimetrías y desigualdades políticas, económicas y culturales. Como síntoma de la creciente ola de dudas existenciales apareció el artículo sobre imperialismo y antropología "Anthropology Child of Imperialism" (1968a), de Kathleen Gough, el de John Moore, "Perspective for a Partisan Anthropology" (1971), así como diversas colecciones de trabajos incluidos en *Anthropology and the Colonial Encounter* (1973) de Talal Asad, *Reinventing Anthropology* (1973) de Dell Hymes, y *Anthropologie et impérialisme* (1975) de Jean Copans. Las incertidumbres y las disonancias se vieron desde entonces más exacerbadas con la aparición de ensayos críticos que condenan las teorías generalizadoras como formas de dominación, censuran los "efectos de realidad" que supuestamente caracterizan los escritos antropológicos, y multiplican las dudas sobre si sería posible lograr un espacio dentro de la realidad de este mundo. Esa crisis de la antropología no ha disminuido, si bien han cambiado sus formas y expresiones. De ahí que lo dicho entonces por Ángel se relaciona con lo que hemos pensado y por lo que nos hemos esforzado hasta hoy en día.

Por otra parte, en la fecha en que se escribió el libro el marxismo caía en crisis, al tiempo que la URSS, fundada bajo pre-

misas marxistas, se enfrentaba a límites cada vez más rígidos tanto en su economía como en su sistema de gobierno. Aun cuando en los años sesenta y setenta se creía que "los socialismos realmente existentes" todavía podían transformarse en socialismos con "rostro humano", la esperanza decayó cuando la Unión Soviética descubrió que no podía establecer reformas estructurales en su casa ni en los estados europeos de su órbita. El desencanto con las realidades del socialismo hizo a muchos recordar que el marxismo no siempre había podido adecuarse a las necesidades del sistema soviético. La reacción llevó a reexaminar el legado marxista y a formular caminos alternativos hacia el socialismo.

Los ensayos reunidos por Palerm en *Antropología y marxismo* se escribieron y reescribieron entre 1973 y 1978. Comienzan abordando los temas que emergieron con la doble crisis de la profesión y la política. Después, analizan las teorías que explican la evolución de la civilización mesoamericana, con especial atención a la importancia de los conceptos que provienen del repertorio teórico marxista. La discusión continúa explicando el curso del colonialismo español en México, y el lugar que ocupa México en el desarrollo del sistema económico mundial. Después de la anatomía de las relaciones metrópoli-colonia, se sigue con estudios sobre el campesinado y los problemas que enfrenta la economía campesina con la expansión del capitalismo. La atención en todo momento se centra en México, con una perspectiva que Palerm desarrolló luego de un sinnúmero de investigaciones sobre historia, arqueología, etnología, y estudios sobre los sistemas rurales, utilizando conceptos teóricos tanto de la antropología como del marxismo.

Cuando se trata de revalorar al marxismo, necesariamente debemos revalorar el trabajo de Marx y de Engels. Investiga-

ciones más críticas y contextuales sobre el trabajo de Marx como erudito muestran que en su larga vida cambió de parecer de manera importante y que no siempre fue consistente en sus declaraciones y en sus escritos. Al fin y al cabo, Marx era un ser humano "con todo y defectos", y no un dios. El hecho de invocar a Marx como un mesías bolchevique desempeñó un papel ideológico importante para movilizar a los fieles, con el fin de mantener "el primer Estado de los trabajadores"; pero no se deben confundir las consignas políticas con el trabajo teórico y el análisis intelectual. Fue precisamente en dicho contexto, como lo hace notar Palerm, que Marx comentara sobre las simplificaciones teóricas de su yerno Paul Lafargue en el sentido de que "si esto es marxismo, entonces yo no soy marxista". Su lema favorito era "duda de todo", *de omnibus dubitandum*.

De hecho, la obra y vida de Marx se caracterizaron por el aprendizaje constante, y por los cambios de énfasis y de métodos que hacía en sus trabajos tales como *La ideología alemana* (1845-1846), los *Grundrisse* (1857-1858) y *Das Kapital* (1867). Al mismo tiempo Marx siempre estuvo más interesado que su amigo Engels en cómo debería uno entender la interacción de la conciencia humana subjetiva en relación con las condiciones objetivas de la existencia humana. En forma diferente a Engels, se centró decisivamente en la condición humana, y no amplió sus conceptos en torno a una dialéctica de la naturaleza en general.

Además, en los años ochenta del siglo pasado, el "viejo" Marx cambió su perspectiva sobre la historia y la evolución hacia un enfoque más "multilineal", y llegó a jugar con la posibilidad de diversas trayectorias en desarrollo y, por tanto, con la posibilidad de varias estrategias para alcanzar el socialismo.

Al respecto, la lectura de las obras de Nicolai Chernyshevskii y de otros (que hacía en ruso, idioma que aprendió con ese propósito en la década de los setenta del siglo pasado) lo influyeron en su comprensión del papel que jugó la propiedad comunal en Rusia, y en su puesta al día de la etnología comparada de su tiempo (Krader, 1972; Shanin, 1983). Al adoptar esta posición más flexible, Marx se diferenció de Engels, quien esbozó la idea de un movimiento evolutivo unilineal con etapas sucesivas en *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado* (1884), basado en *Ancient Society*, 1877, de Lewis Henry Morgan. El esquema de Engels proporcionaría, durante mucho tiempo, el paradigma que guió la etnografía soviética, aunque, aún en los años sesenta y setenta de este siglo, se volvieron a escuchar voces marginales en favor del evolucionismo multilineal (Danilova, 1971).

Son precisamente estas cuestiones a las que Marx se refiere con el concepto de *Produktionsweise*, el "modo de producción". Ciertamente, el interés primario de Marx era definir y analizar el modo de producción capitalista, pero al hacerlo, en diversos tiempos y lugares, comparó el modo capitalista con otros modos. A ese respecto su logro más significativo aparece en la sección de los *Grundrisse* llamada "Die Formen die der Kapitalistischen Produktion vorhergehen",[1] sobre las fuerzas que preceden a la producción capitalista. Los *Grundrisse* o "bosquejos básicos" consistían en monografías que Marx escribió durante un periodo de quince años para su propia comprensión. Permanecieron prácticamente desconocidas, hasta que a principio de los años cincuenta se publicaron en

1 Traducido al español como "Formas precapitalistas de producción" y mejor conocido como las "Formen" (n. de la trad.).

alemán, en Berlín; específicamente, las Formen se publicaron en 1952.

La meta primordial de Marx era, por supuesto, demostrar las diferencias que se encontraban en juego en la formación del modo capitalista cuando se contrastaba con otros; pero también quería demostrar cómo una forma común de análisis podía señalar las diferencias relevantes en el surgimiento y modificación de las formaciones históricas, como se les conocía y entendía en el momento en que escribió sobre ellas (sobre el carácter desigual de este conocimiento, véase Hobsbawm, 1964: 18-27). Como "bosquejos", los escritos eran precisamente eso –lo que hoy en día llamaríamos "bocetos o avances de explicación"–, y no monografías terminadas sobre las formaciones sociales no capitalistas. Sin embargo, sí dan a conocer su forma de pensar acerca de cómo se podrían comparar las formaciones socioculturales. Especialmente por este motivo, debe prestarse atención a las Formen, como lo ejemplifica el estudio de Palerm que tenemos ante nosotros, porque nos dice mucho sobre cómo pueden visualizarse las comparaciones, un tema muy importante en este momento en que se sospecha que las comparaciones envolventes y de gran amplitud son simples "metanarrativas".

Lo que hace recomendable a las Formen para llevar a cabo un análisis comparativo es la forma en que se conjuntan diferentes dimensiones de la sociedad en una perspectiva "sinóptica", proponiendo maneras en las que estos aspectos deben ser pensados en sus mutuas interrelaciones, manteniéndolas juntas durante el proceso mental del análisis. Cuando se procede así, el supuesto subyacente es que las diversas dimensiones están relacionadas en algún tipo de "totalidad"; este supuesto es el que orienta las preguntas que deben hacerse y las res-

puestas que se consideran satisfactorias. Probablemente lo que algunos esperaban, y tal vez el mismo Marx, era que al delinear esta totalidad se llegaba a “la verdad”; en nuestros tiempos más escépticos, uno puede contentarse con ver las Formen de manera más pragmática, como algo que ofrece un marco o modelo capaz de revelar conexiones que pueden ser útiles en las investigaciones.

El énfasis en las Formen, al igual que en todas las obras de Marx, no está puesto en los individuos ni en la forma en que éstos –consumidores o empresas– eligen sus opciones en una secuencia de actividades. Se centra en poner al desnudo la forma en que la economía política determina “la anatomía de la sociedad”. ¿Cómo interactúan los sistemas sociales de seres humanos con la naturaleza para obtener los recursos necesarios? Lo hacen, dice Marx, siguiendo a los economistas clásicos, mediante la fuerza social de trabajo, movilizada hacia la producción, que modifica y transforma el mundo del entorno mientras despliega sus “fuerzas de producción”. Una vez más, de acuerdo con Adam Smith, Marx pensó que era posible hablar de fuerza de trabajo social, no sólo como la suma de diversos tipos de fuerza de trabajo, sino como una fuerza social de trabajo en general, como la fuerza de trabajo total disponible (Marx sugirió que esa posibilidad se había dado únicamente por el surgimiento del capitalismo, que otorgaba un común denominador a toda la fuerza de trabajo mediante el uso del dinero). ¿Cuáles características anatómicas de la sociedad orientaron a dicha fuerza de trabajo hacia la producción? Algunos definieron la fuerza de trabajo social por el desempeño de tareas comunes; otros diferenciaron, por una parte, a la clase de los trabajadores directos de los no trabajadores, que tenían las características necesarias para la

apropiación. De acuerdo con esas obligaciones en la producción, en una sociedad se podían transferir los recursos producidos por una clase a otra. Marx llamó "relaciones de producción" a estas conformaciones clave que movilizan la fuerza de trabajo de la sociedad y la distribución de sus productos. En las Formen se apunta cómo las diferencias en las relaciones de producción resultaban en diferentes formas de distribuir la fuerza de trabajo social; y también sugieren cómo estas formas diferentes se representan en el pensamiento de los sistemas sociales creados. Todos estos conceptos se presentan con un alto nivel de abstracción para delinear los elementos esenciales que gobiernan el trabajo en la sociedad. Paul Sweezy ha caracterizado este método de análisis marxista como un movimiento gradual que va de las abstracciones iniciales "hacia un estilo más concreto del tipo paso a paso, donde se retiran los supuestos simplificadores en las etapas sucesivas de la investigación, de manera que la teoría tome en cuenta y explique una gama cada vez más amplia de fenómenos reales" (1942: 11).

Contrariamente a las perspectivas que conciben la teoría y la metodología marxista como monolíticas, se desarrollaron diversas formas que buscaban la comprensión de lo concreto a partir de las abstracciones iniciales y las sucesivas aproximaciones. Algunos intérpretes intentaron definir "fuerzas" y "relaciones" de producción en términos "duros" y rigurosos como categorías separadas y distintivas de una ciencia; otros enfatizaron su carácter interactivo, acumulativo y "dialéctico" inherente. Los marxistas "científicos", en general, consideraban las categorías y "leyes" marxistas como universales; otros se inclinaban a considerarlas como "perspectivas," siendo ellos mismos producto de un cierto momento y de una determinada circunstancia histórica. Algunos veían a los modos de pro-

ducción construidos con estas categorías como lo básico, en el sentido de que eran la causa determinante de todos los fenómenos que se encontraban bajo su influencia; otros dijeron que la determinación podía ser "en última instancia", aunque estaba mediada por otros elementos que debían especificarse en forma independiente. A este respecto debemos hacer notar que con frecuencia el lenguaje mismo de Marx y Engels no ayuda a resolver el tema. En ocasiones hablan de manera alternada sobre relaciones que "determinan" o "condicionan" a otras, a pesar de que los términos no son idénticos, y cuando escriben sobre las características que "corresponden" a un determinado modo de producción, se aproximan más al concepto de "afinidad selectiva" (*Wahlverwandschaft*) de Max Weber que a cualquier concepto de causalidad lineal. Sin embargo, las perspectivas "rígidas" y "flexibles" convergen en la posición marxista, cuando dicen que lo importante es reconocer a las sociedades como sistemas que incluyen tanto el entorno no humano como el orden social y sus relaciones internas (véase Hobsbawm, 1973: 273). La tarea es, entonces, remitir lo que uno aprende cuando estudia dichos sistemas a estas relaciones definitorias, en lugar de hacerlo al "Espíritu," concebido, como el universal hegeliano o como los "espíritus" variables del pueblo o populares (*Volk* o *Völker*) como lo entendían Hegel o Herder.

Mientras que la tradición intelectual marxista pudo adoptar, y de hecho lo hizo, una gama de posibles orientaciones y perspectivas, el curso de la política que en este siglo se inspiró en el marxismo, redujo drásticamente las opciones reales disponibles para cualesquiera de los dos puntos de vista. La revolución rusa de 1917 la llevó a cabo una "vanguardia" de revolucionarios profesionales para los que el marxismo no era un tema de

debate académico, sino una especie de preceptos ideológicos para una política de desarrollo industrial y militar. Desde 1918, Rosa Luxemburgo declaró su temor a que eso resultara no en una dictadura del proletariado, sino en una "dictadura de un puñado de políticos", de acuerdo con el modelo jacobino. Con fundamento agregó que "sin elecciones generales, sin libertad irrestricta de prensa y de reunión, sin opinión pública libre, la vida se extingue en cualquier institución pública y se convierte en una mera apariencia de vida, en donde solamente la burocracia permanece como el elemento activo" (1940: 47). Unido a esta política de Estado, el marxismo sirvió principalmente como un credo que inspira y justifica y no como un conjunto de conceptos útiles y métodos analíticos abiertos.

De ahí que, en forma creciente el marxismo del Este, supuestamente más "científico", se contraponía al marxismo occidental, más "humanista". Al mismo tiempo, la opción "occidental" mostró una gran diversificación: el marxismo utópico (Ernst Bloch), el marxismo existencial (Jean-Paul Sartre), el marxismo fenomenológico (Tran Duc Thao), el marxismo hegeliano (Raya Dunayevskaya), el marxismo croceano (Antonio Gramsci), marxismos weberianos y weberianos marxistas; el marxismo de la Escuela de Frankfurt, varios tipos de marxismos estructurales y hasta un marxismo "mallarmeano" (aplicado a Frederick Jameson). Contrariamente al marxismo "oriental", firmemente enganchado al carro del poder soviético, los marxismos "occidentales" demuestran la heterogeneidad del legado marxista y su productividad potencial, lo que es evidente con mayor claridad en la mutua y continua fertilización de ideas marxistas con otras corrientes intelectuales. Al mismo tiempo, estos modos "occidentales" permanecieron confinados a la academia y divorciados del estira y afloja de la política real.

En la antropología, las tradiciones británicas, francesas y estadounidenses dominantes se resistieron durante mucho tiempo a reconocer paralelismos o convergencias con las tradiciones marxistas. Algunos de estos paralelismos siguen siendo tan sorprendentes como inesperados; por ejemplo, la similitud de lo que expresó Engels en su ensayo *El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre* (1876) en cuanto al uso de herramientas y la síntesis sobre biología humana y paleoantropología propuesta por Sherwood Washburn y sus estudiantes en la pasada década de los años sesenta (Leacock, 1972).

Otras convergencias fueron más evidentes y constantes. Una de ellas –esta vez entre arqueología y antropología cultural– derivó del trabajo del arqueólogo marxista V. Gordon Childe (1936, 1942) sobre el surgimiento de las civilizaciones en el Medio Oriente. Su influencia fue profunda durante muchas décadas en los estudios comparados de civilizaciones, y especialmente fructífera en la revisión de las antiguas civilizaciones del Nuevo Mundo. Otro ejemplo de convergencia, en la antropología social o cultural, provino de la economía social de orientación histórica de Karl Polanyi (Polanyi, 1957, 1968; Polanyi, Arensberg y Pearson, 1957) que argumentó la importancia de diferenciar entre mercados de sociedades precapitalistas y no capitalistas, y la moderna "sociedad de mercado" que implica relaciones sociales de una economía de mercado y convierte ciertos atributos de los seres humanos y del medio ambiente en mercancías con un precio en el mercado. Un tercer punto de convergencia se ejemplifica con el trabajo sobre los efectos del comercio de pieles entre los indígenas de América del Norte, realizado por estudiantes que siguieron la tradición de la escuela histórica de Franz

Boas en la Universidad de Columbia (Jablow, 1951; Leacock, l954; Lewis, 1942; Wide, 1947).

Un cuarto punto de convergencia nació de las discusiones sobre el "modo asiático de producción". Este concepto, definido originalmente por Marx en las Formen, sugería la existencia de una forma de evolución que conducía al dominio de una clase gobernante de burócratas administrativos. En la Unión Soviética esto se entendió como una posible crítica a su economía política y que también iba en contra de la "periodización" de la historia, en la que el capitalismo sucedería al feudalismo, y el socialismo –como se ejercía en la Unión Soviética– sucedería al capitalismo. De ahí que la discusión sobre el modo asiático, que fue eliminada en la Unión Soviética, continuó en el Occidente, principalmente con los trabajos del sinólogo Karl Wittfogel (1931, 1981), líder protagónico de la discusión. En Occidente, el concepto fue aceptado en cierta medida por los antropólogos, especialmente por aquellos que, como Ángel Palerm, se interesaban en las implicaciones sociopolíticas de la irrigación y otras obras hidráulicas en la Mesoamérica antigua y los Andes (véase Bailey y Llobera, 1981; Palerm en este volumen). De este modo, si bien durante un tiempo la gama de posibilidades que podía desplegar el legado marxista se vieron limitadas por demandas políticas en favor de la "ortodoxia," algunas ideas marxistas continuaron ejerciendo una importante y continua influencia sobre el pensamiento antropológico.

En la década de los cincuenta, comenzaron a fructificar los esfuerzos por fusionar o sincronizar los enfoques antropológico y marxista de manera más sistemática (por ejemplo, Godelier, 1973; Bloch, 1975, Kahn y Llobera, 1981). En *Antropología y marxismo*, Ángel Palerm añade otra poderosa voz a

estos esfuerzos. Algunas de estas empresas fueron más etnohistoricistas o historicistas, otras más estructuralistas. Del lado marxista, se reconoció que la antropología podía ser útil para explicar la evidente variabilidad de las trayectorias sociales. Por el lado de la antropología, había la expectativa de que el análisis marxista pudiera ofrecer perspectivas más satisfactorias en el estudio de los sistemas sociales. Ambos enfoques compartían un interés por la investigación comparada de las formaciones socioculturales, en sus similitudes y diferencias, para descubrir las causas que las condujeron al cambio. Asimismo, les interesaba la relación del ser humano con el medio ambiente, las igualdades o desigualdades en las relaciones sociales, así como en las formas de representación de estas dimensiones de la realidad que las personas construían mentalmente. Ambos enfoques podían realizar sus comparaciones en forma sincrónica o tipológica, pero el interés marxista en el cambio social y en la transformación los condujo de igual manera a yuxtaponer estas formaciones secuencialmente y a interrogarse sobre las causas de los cambios.

Hoy en día la convergencia de los enfoques marxistas con la antropología guarda un significado especial para los antropólogos, ya que el individualismo neoliberal y el romanticismo egocéntrico exageradamente subjetivo coinciden en negar que sea posible hacer generalizaciones sobre las estructuras sociales y las culturas. Cuando los llamados enfoques postmodernos descartan por definición el uso de conceptos generales que guíen el conocimiento por considerarlos una metanarrativa, se privan del uso de métodos adecuados para caracterizar la matriz de relaciones donde tienen lugar los hechos y narrativas que registran. Esto da como resultado que sus propios hallazgos permanezcan

fragmentados y atomizados ya que sólo pueden relacionarse con estructuras mayores por decreto. Y aun cuando estén escritos y presentados en forma admirable, resultan triviales ya que no puede establecerse relación alguna con otros temas que no sean el propio, en sus propios términos.

El marco que proporciona el concepto de los modos de producción no solamente permite las comparaciones entre diversos modos, sino que también hace posible abordar el asunto de la coexistencia de modos con diferentes características y su "articulación" dentro de una determinada sociedad y entre sociedades diferentes. Marx no abordó este problema ya que su interés primordial era comprender el modo capitalista. Extrapolando su modelo del capitalismo a partir del caso insular inglés, que consideraba el más "puro", hizo a un lado las características de la producción campesina y de la circulación de mercancías que pudiera afectar las operaciones del modo en otras partes. De ahí que no exploró a fondo cómo la presencia abundante de un campesinado podía afectar el modelo ni valoró la forma en que el capitalismo podría coexistir con otros modos en regiones coloniales, neocoloniales y postcoloniales del mundo.

Palerm sugiere que estas cuestiones salieron a flote por primera vez en los escritos de Rosa de Luxemburgo. Esta autora estaba equivocada en su premisa sobre la necesidad del capitalismo de expandirse a expensas de formaciones no capitalistas, estructuralmente imposibilitadas para acumular capital, ampliar el consumo capitalista y aumentar el paquete salarial de los trabajadores simultáneamente (Brewer, 1980; Sweezy, 1942); pero tuvo razón al enfatizar el afán del capitalismo hacia la "acumulación primitiva" penetrando las formaciones no capitalistas con su economía mercantil, su hostilidad hacia

la producción de subsistencia, su apetito por nuevos factores de la producción y materias primas y su búsqueda continua de nuevas fuentes de fuerza de trabajo. Por supuesto que este afán se intensificó enormemente cuando el capitalismo invadió otras áreas del mundo, y cuando los habitantes de esas regiones se percataron de la intromisión y buscaron la manera de reaccionar. Este afán del capitalismo adquirió un nuevo ímpetu cuando finalizó la Guerra Fría, al penetrar con más celeridad en lo que se conocía como "Tercer Mundo" y expandirse hacia el "Segundo Mundo", anteriormente socialista. Interfirió con los modos alternativos, destruyéndolos o transformándolos, y otras veces conservándolos y subsumiéndolos en nuevos patrones de colaboración antagónica. Los escenarios generados por estos encuentros son los que más a menudo estudian los antropólogos que buscan conocer cómo los hechos y procesos que observan en el "campo" se desenvuelven al interior de una matriz amplia de relaciones; lo cual también requiere conceptualizarse.

En los ensayos presentados en *Antropología y marxismo*, Palerm indica la forma en que puede procederse con dichas conceptualizaciones. De ahí que se ocupa de lo que en principio parecería un problema histórico: la manera en que la expansión europea del siglo XVIII a través de la industria minera de la plata, ubicó a México en el corazón mismo del proceso de expansión de la acumulación capitalista. Esto requirió de la organización y reorganización de otros sectores, incluso de la sociedad y la economía de las comunidades indígenas, bajo la tutela del Estado. Palerm demuestra en forma magistral cómo México fue colocado en un camino hacia el desarrollo a través de ciertas articulaciones específicas, entre un capitalismo incipiente y modos de producción no capitalistas.

Este tipo de encuentros resultaron en una transformación de las comunidades indígenas y su propio campesinado. Los campesinados no son cuerpos sociales que permanezcan estáticos o inertes por tradición; se crean y recrean continuamente en un proceso de negociación y lucha permanente con el poder establecido en cuanto a sus políticas económicas y de política. De este modo Palerm plantea el problema general del campesinado en todas partes. Los campesinos permanecen dentro de las sociedades mayores basadas en los modos capitalista o socialista, pero la racionalidad de su propio modo de producción campesino basado en la unidad doméstica no derivan hacia una integración completa al capitalismo o al socialismo. La especificidad de la lógica campesina no sólo evita su completa proletarización o desaparición; de hecho han demostrado su capacidad para sostenerse con el trabajo agrícola que, en ocasiones se combina con el artesanal o la venta temporal de su fuerza de trabajo. El campesinado es capaz también de producir más que algunas empresas agrícolas de mayor tamaño y capital. Hoy en día, vemos cómo el modo capitalista se articula activamente con diversas variedades del modo campesino, mediante la difusión de nuevos sistemas "flexibles" de producción dispersa, y el reclutamiento de población campesina para el trabajo asalariado estacional y otras formas de empleo temporal. En el proceso, se modifican y cambian tanto el capitalismo como los modos campesinos que a él se articulan.

La antropología y el marxismo se han transformado desde que Ángel Palerm escribió *Antropología y marxismo*. La antropología se encuentra en una más de sus crisis periódicas que es, al mismo tiempo, resultado de su posición "intermedia" entre otras disciplinas, y muestra de su importancia ya que plantea

problemas que las otras disciplinas evitan. Por su parte, existe una oposición a la investigación marxista ya que se le asocia, en la mente de muchas personas, a políticas cruelmente fallidas. Sin embargo, ambas aproximaciones hacen preguntas y buscan respuestas en formas que otras disciplinas se rehúsan a considerar, a pesar de que esas preguntas siguen siendo esenciales para comprender el mundo en que vivimos.

Ángel Palerm tenía una gran esperanza en que la integración de la antropología con el marxismo pudiera conducir a una ciencia social más poderosa, capaz de plantear estas preguntas que ayuden a proponer respuestas activas a los problemas que acosan a la especie humana. Debemos agradecer esta nueva edición del libro de Ángel Palerm, para recordar todo lo que estaba en juego en estas tentativas de investigación y cómo pueden contribuir al logro de una comprensión más acertada del ser humano de nuestros tiempos y su destino.

Eric R. Wolf (1923-1999)
Irvington, N. Y., marzo de 1998.

Bibliografía

Asad, Talal (ed.)
1973 *Anthropology and the Colonial Encounter*, Ithaca Press, Londres.

Bayley, Anne M., y Josep R. Llobera (eds.)
1981 *The Asiatic Mode of Production: Science and Politics*, Londres y Boston, Routledge y Kegan Paul.

Brewer, Anthony
1980 *Marxist Theories of Imperialism: a Critical Survey*. Routledge y Kegan Paul, Londres y Nueva York.

Childe, V. Gordon
1936 *Man Makes Himself*, Watts and Company, Londres.
1942 *What Happened in History*, Penguin Books, Harmondsworth.

Copans, Jean (ed.)
1975 *Anthropologie et impérialisme*, Masperó, París.

Danilova, L. V.
1972 "Controversial Problems in the Theory of Precapitalist Societies", en *Soviet Anthropology and Archaeology*, vol. 9, pp. 269-328.

Gough, Kathleen
1968a "Anthropology: Child of Imperialism", en *Monthly Review,* vol. II, pp. 12-27.
1968b "New Proposals for Anthropologists", en *Current Anthropology,* vol. 9, pp. 403-407.

HOBSBAWM, ERIC J.
1964 "Introduction", en Karl Marx, *Pre-Capitalist Economic Formations*, International Publishers, Nueva York, pp. 9-65.
1973 "Karl Marx's Contribution to Historiography", en Robin Blackburn (ed.), *Ideology in Social Science: Readings in Critical Social Theory*, Vintage Books, Nueva York, pp. 165-83.

HYMES, DELL (ed.)
1973 *Reinventing Anthropology*, Pantheon Books, Nueva York.

KRADER, LAWRENCE (ed.)
1972 *The Ethnological Notebooks of Karl Marx*, Van Gorcum, Assen.

LEACOCK, ELEANOR B.
1954 "The Montagnais 'Hunting Territory' and the Fur Trade", en *American Anthropology Association Memoir*, vol. 78, American Anthropological Association, Menasha, Wi.
1972 "Introduction to Frederick Engels", en *The Origin of the Family, en Private Property and the State*, International Publishers, Nueva York, pp. 7-67.

LEWIS, OSCAR
1942 "The Effects of White Contact upon Blackfoot Culture: With Special Emphasis to the Role of the Fur Trade", en *American Ethnological Society Monographs,* vol. 6, J. J. Augustin, Nueva York.

LUXEMBURGO, ROSA
1980 *The Russian Revolution*, Workers Age Publishers, Nueva York.

MOORE, JOHN
1971 "Perspectives for a Partisan Anthropology", en *Liberation,* Nueva York, noviembre, pp. 34-42.

PALERM, ÁNGEL
1967 *Introducción a la teoría etnológica*, Instituto de Ciencias Sociales, Universidad Iberoamericana, México.
1974-1977 *Historia de la etnología*, 3 vols., Centro de Investigaciones Superiores-Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.

POLANYI, KARL
1957 *The Great Transformation: The Political and Economic Origins of Our Time*, Beacon Press, Boston.
1968 *Primitive, Archaic and Modern Economics: Essays of Karl Polanyi*, George Dalton (ed.), Anchor Books, Doubleday and Company, Garden City.

POLANYI, KARL, CONRAD ARENSBERG y HARRY W. PEARSON (eds.)
1957 *Trade and Markets in the Early Empires: Economies in History and Theory*, Free Press, Glencoe, Il.

SHANIN, TEODOR
1983 *Late Marx and "The Russian Road" Marx and the Peripheries of Capitalism*, Monthly Review Press, Nueva York.

SWEEZY, PAUL
1942 *The Theory of Capitalist Development: Principles of Marxian Political Economy*, Oxford University Press, Nueva York.

WIKE, JOYCE
1947 *The Effects of the Maritime Fur Trade on Northwest Coast Indian Society*, tesis de Doctorado en An-

tropología, Universidad de Columbia, Nueva York.

WITTFOGEL, KARL A.

1931 *Wirtschaft und Gesellschaft Chinas,* C. L. Hirschfeld, Leipzig.

1981 *Oriental Despotism: a Comparative Study of Power*, Vintage Books, Nueva York.

Antropología y marxismo

Ángel Palerm

Prólogo

Yo no soy marxista
K. Marx

He reunido en este volumen una serie de ensayos escritos durante los últimos cinco años. Su tema común es la dialéctica viva, real, entre la antropología y el marxismo. O sea, entre la producción del trabajo antropológico, rico en resultados pero por lo general ateórico, empiricista y ecléctico, y la teoría marxista dogmática y ritualizada, pero todavía llena de vigor y potencialidades científicas.

De manera más precisa, los trabajos incluidos constituyen un ensayo de crítica antropológica de las ideas marxistas sobre la evolución social, los modos de producción y su articulación, y el campesinado bajo las condiciones del capitalismo.

La colección de ensayos prosigue una vieja preocupación, que empezó en mis tiempos de estudiante de historia y antropología, y que he conseguido mantener constantemente renovada gracias a la praxis ininterrumpida de la antropología entendida como "ciencia natural", es decir, como disciplina fundada en la investigación de campo, y como quehacer teórico.

He colocado al principio del prólogo una frase atribuida a Marx, que de seguro no es apócrifa. En efecto, ¿cuál podría ser el marxismo que hubiera satisfecho a Marx si él fue criticando, reformulando y abandonando cada uno de ellos, con frecuencia dejándolos simplemente a la "crítica de los ratones".

Los ideólogos, por el contrario, fueron convirtiendo el proceso vivo, dialéctico y crítico de la evolución del pensa-

miento de Marx, en un gran sistema congruente en su totalidad, sin contradicciones y de hecho sin progreso. La revelación ha sustituido al trabajo duro de obligar a la historia y a la sociedad a demostrar sus verdades, y la interpretación de textos ha pretendido tomar el lugar de la investigación y del trabajo teórico.

Por fortuna ya pasaron los tiempos en que resultaba tan peligroso callar como hablar sobre el marxismo, ya que la acusación de herejía era tan grave en sus consecuencias como la de creyente o adversario. Pero aquellos tiempos, que por brevedad llamo del estalinismo y el fascismo, han dejado el campo marxista como un paisaje en ruinas, inhabitable aun para los movimientos políticos e ideológicos que alguna vez se llamaron marxistas.

Constituye una paradoja más de la historia y otra manifestación de su extraña preferencia por tomar caminos inesperados, que el momento justo de la crisis del marxismo como ideología y política sea también aquel en que las ciencias sociales descubren el valor de las teorías de Marx.

Tengo la convicción de que el marxismo, repudiado ahora por el pragmatismo de los partidos políticos y adoptado por los centros académicos, encontrará otra vez el camino de regreso a la política entendida como actividad científica, o bien conseguirá hacer de las ciencias sociales disciplinas dedicadas a su verdadera tarea de transformar la sociedad y orientar el curso de la historia.

Semejantes cambios suponen el fin del marxismo por medio de la realización de su síntesis con las ciencias sociales. Saludo el futuro en que para los científicos sociales será posible hablar de Marx como los biólogos lo hacen de Darwin y los

físicos de Einstein. Es en este sentido que quiero parafrasear a Marx y afirmar que no soy marxista sino antropólogo.

Hay muchos marxistas en las ciencias sociales, sobre todo aquellos a quienes la ideología no les permite estudiar el mundo real y comprender sus transformaciones, que creen imposible esta síntesis. Contra la evidencia de la historia, sostienen que las ciencias sociales por necesidad están al servicio de las clases dominantes. Contra la experiencia de las sociedades llamadas socialistas, mantienen que el marxismo es la ciencia social de las clases explotadas y de la revolución.

Hay muchos científicos sociales, por otra parte, que piensan que nuestras disciplinas pueden incorporar el marxismo con impunidad y convertirlo en una corriente meramente académica. Pero la naturaleza revolucionaria del marxismo no consiste en su mesianismo político, sino en el proyecto de hacer una ciencia tan racionalmente transformadora de la sociedad como las demás ciencias lo son ya de la naturaleza.

El verdadero proyecto revolucionario del marxismo, que en definitiva es el mismo de Juan Bautista Vico, sólo es realizable por medio de la ciencia y de la praxis social de la ciencia en una sociedad democrática.

Los temas tratados en esta colección de ensayos fueron ampliamente discutidos en seminarios y cursos de los departamentos de antropología de la Universidad Iberoamericana, la Universidad de Texas en Austin y la Universidad Autónoma Metropolitana en Iztapalapa; en el Colegio de Posgrado de Chapingo, en el Colegio de México, en el Instituto Catalán de Antropología y en la Escuela Nacional de Antropología e Historia.

Mi agradecimiento más sincero a los estudiantes y colegas de estas instituciones.

Mi reconocimiento a la Universidad Iberoamericana y al Centro de Investigaciones Superiores del INAH, por su constante apoyo a los proyectos de investigación que permitieron la realización de estos trabajos.

Ángel Palerm
Profesor de Antropología
Universidad Iberoamericana
México

Antropología y marxismo en crisis[1]

La discusión de las relaciones entre la antropología y el marxismo de ninguna manera es nueva, pese a lo que pueda pensar la ingenuidad, aunque se ha desarrollado con intensidad creciente durante los últimos años. Sus orígenes más inmediatos y directos están en la crisis contemporánea de la antropología y del marxismo, crisis dual que constituye el marco de referencia del presente trabajo.

De la crisis de la antropología se ha hablado quizá en exceso, ciertamente con exageraciones y no pocas veces con ignorancia, pero muchos colegas todavía rehúsan advertir la crisis paralela y quizás aún más profunda del marxismo.

Así oímos decir que la crisis de la antropología se resolvería con la lectura fiel y la aplicación correcta de los textos clásicos del marxismo, olvidando que los textos mismos están sujetos a una rigurosa crítica desde todos los ángulos. Tampoco falta quien sostenga la redundancia de la antropología, y de hecho de todas las ciencias sociales, que deberían quedar subsumidas en la teoría general marxista tal y como lo proponía la burocracia estalinista.

---

[1] La primera versión de este ensayo fue presentada como ponencia en la mesa redonda sobre Antropología y Marxismo, organizada por la revista *Nueva Antropología,* que tuvo lugar en 1978 en El Colegio de México. En su forma actual el ensayo apareció en el número 11 de *Nueva Antropología.*

Antes de discutir lo que el marxismo puede hacer por la antropología, o por deshacerla, me parece útil recordar lo que la antropología hizo por el marxismo. Es conveniente, asimismo, indicar algo de lo que la antropología ha seguido haciendo sin que los marxistas formales hagan uso de ello, ya sea por desconocimiento o por sectarismo.

Los comentarios que siguen han de servir, entonces, a la intención de dar una mejor perspectiva histórica a la discusión actual y también al propósito de situar las relaciones entre la antropología y el marxismo en contextos situacionales concretos. Si hay que recurrir a la historia con tanta frecuencia es porque esta historia no ha sido superada y en sentido estricto todavía forma parte de nuestro presente.

La edición que hizo Krader hace poco de los sorprendentemente desconocidos *Cuadernos etnológicos* de Marx, en cuya publicación tuve alguna participación, ha puesto bajo nueva luz el proceso formativo de las ideas marxistas sobre las formaciones socioeconómicas llamadas primitivas, aunque yo preferiría denominarlas, creo que más correctamente, sociedades no occidentales y no capitalistas.

No hay duda ahora de que la lectura crítica de Maine, Phear, Lubbock, y especialmente de Tylor y Morgan, transformó la concepción de la evolución social que Marx había heredado y adoptado con escasas modificaciones de Hegel y del evolucionismo del siglo XVIII y principios del XIX.

La lectura más apresurada de las Formen, también inaccesibles hasta hace poco, y la comparación más perentoria de sus materiales con aquellos contenidos en las lecturas que hizo Marx, demuestran el papel crucial desempeñado por las fuentes etnológicas y etnohistóricas en el desarrollo de su teoría

de los modos de producción, así como de sus ideas sobre la sucesión histórica y la articulación concreta de formaciones socioeconómicas diferentes.

No fue menos estratégico el papel jugado por los investigadores del derecho comparado y de la escuela historicista, como Maurer, Bachofen, Seebohm, Maine y Kovalevski, a quienes se reconoce como fundadores de la antropología moderna. Sus datos, conclusiones y teorías fueron adoptados por Marx con liberalidad y confianza excesivas, en particular por lo que toca a los problemas suscitados por el origen y la persistencia histórica de las comunidades aldeanas, supuestos fósiles del llamado comunismo primitivo.

Creo que puede afirmarse que la influencia de la antropología contribuyó poderosamente a sacar a Marx de sus casillas eurooccidentales, abriéndole el panorama del variado desarrollo de las civilizaciones del mundo. Si se acepta, además, la idea de que fue durante este periodo de lecturas etnológicas cuando Marx transformó la concepción evolucionista unilineal, basada en la experiencia histórica europea, en una concepción de naturaleza universal y multilineal, tendremos que apreciar todavía más decisivamente la influencia de la antropología sobre el marxismo.

Resulta entonces, y pienso que esto puede afirmarse apoyándose en el testimonio de los textos, que el sello de la antropología está bien marcado en aquello que constituye lo esencial de la teoría marxista. Es más, bastante de lo que pasa hoy día por teoría marxista original sobre las sociedades primitivas, no es más que un tejido de viejas concepciones de la antropología pasadas apenas por el tamiz de las reformulaciones marxistas.

El ejemplo más notorio, aunque no el único ni probablemente el principal, sería el libro de Engels sobre el *Origen de*

la familia, la propiedad privada y el Estado, como bien se sabe basado en ideas de Morgan, Bachofen y otros, muchas de las cuales han sido rechazadas o reinterpretadas por la antropología contemporánea.

Hago estas observaciones no con ánimo de agraviar a los cultistas de la personalidad, sino simplemente para subrayar algo que es tan obvio que no debería mencionarse. O sea, la dependencia del pensador puramente teórico, no importa su genialidad, y en general la dependencia de toda elaboración teórica, respecto a los productos de la actividad de aquellos científicos dedicados principalmente a la investigación concreta.

El filósofo de la unidad teoría-praxis jamás consiguió ejercer la praxis de la investigación directa. Sus poderosas síntesis intelectuales se hicieron con materiales secundarios, es decir ajenos, extraídos sobre todo de las grandes bibliotecas británicas. Esta seria limitación es, a la vez, indicación de la indudable genialidad de Marx.

Sería falso, sin embargo, imaginar a los antropólogos como meros productores y acarreadores de conocimientos empíricos, de materia prima que sólo Marx supo utilizar con inteligencia teórica. Los etnólogos importantes del siglo XIX lo son, precisamente, porque formularon sistemas teóricos y propusieron grandes síntesis interpretativas. Es verdad que ninguno de ellos poseyó la genialidad sistemáticamente totalizadora e integradora de Marx. Pero en la arquitectura de la construcción teórica marxista se advierten claramente no sólo los materiales, sino también las influencias estructurales y estilísticas de los antropólogos.

Quizá ya convendría decir que, a la luz de los textos publicados recientemente, la teoría marxista resulta tan inconcebible

sin la antropología como lo es sin la economía política británica, la filosofía alemana y el socialismo francés.

La leyenda que afirmaba la ausencia de la antropología en la elaboración teórica marxista existía junto a otra que decía que el marxismo no influyó sobre la antropología en el pasado. Las dos leyendas persisten como creencia vulgar gracias, más que a otra razón, a la pereza intelectual y a la falta de curiosidad de los antropólogos por la historia de nuestra propia disciplina. Ninguno de estos mitos resiste una revisión seria de los hechos.

Los límites intelectuales, e incluso los geográficos, de las influencias marxistas sobre la antropología estuvieron determinados con bastante nitidez por una serie de circunstancias. Quizá lo más interesante de estas circunstancias sea que son las mismas que anuncian y llegan a configurar la crisis futura tanto de la antropología como del marxismo.

El interés de Marx por las sociedades no occidentales y no capitalistas, y por los procesos universales de evolución social se descubre ahora fácil y rápidamente en las publicaciones recientes de los manuscritos que quedaron inéditos por largo tiempo. El antropólogo de fines del XIX o de principios del XX estaba en una situación muy diferente a la nuestra, ya que contaba con una obra marxista impresa cuya naturaleza era esencialmente filosófica, económica y política, referida además, de manera casi exclusiva, al mundo occidental y a la sociedad capitalista.

Los sucesores de Marx mostraron poco interés por aquellos estudios que excedían de estas limitaciones temáticas. Buena muestra de ello es la tardía publicación de los *Cuadernos etnológicos* y las Formen. Todavía quedan en los archivos

manuscritos inéditos de Marx que contienen lecturas comentadas, notas y borradores fragmentarios, por ejemplo, sobre las civilizaciones prehispánicas de América, el sistema colonial español y el origen del capitalismo, el campesinado ruso y las sociedades asiáticas. Me satisface anunciar que tenemos en marcha con Jesús Monjarás-Ruiz y la colaboración de Krader un proyecto para la publicación de aquellos trabajos inéditos de Marx que se refieren a México.

Las dificultades para realizar una lectura antropológica de los textos publicados durante la vida de Marx y poco después de su muerte, en consecuencia, eran muy graves. Las dificultades se acentuaron cuando los antropólogos aceptaron una división académica del trabajo con los sociólogos, que con raras excepciones hizo especialistas a los primeros en las culturas no occidentales y a los segundos en la sociedad burguesa contemporánea. La lectura ideológica y política de Marx, por otra parte, repugnaba a quienes habían aceptado formalmente la norma ideal de una ciencia social libre de cualquier clase de valores que no fueran aquellos estrictamente científicos.

En Alemania, sin embargo, la situación era diferente, ya que existió y persistió hasta la barbarie nazi una tradición marxista viva. Me refiero a la presencia de una subcultura en el sentido antropológico, que no se basaba exclusivamente en la transmisión literaria de las ideas marxistas sino también en la comunicación personal y la transmisión oral. La mayoría de las figuras intelectuales del socialismo alemán habían conocido personalmente a Marx, se habían mantenido en estrecha relación con Engels y estaban bien enteradas de sus intereses y preocupaciones, aun de aquellas que quedaron fuera de los textos impresos.

La obra de Marx, por otra parte, gozaba en Alemania de un prestigio académico del que carecía en otros países. En Inglaterra, Francia y Estados Unidos –las fortalezas de la nueva ciencia social ahistórica, estructural-funcionalista, culturalista y antievolucionista– Marx era conocido sobre todo como figura política, agitador peligroso y crítico demoledor. Pero en Alemania nada menos que Max Weber, quizá el primer marxiano académico, comparaba *El capital* como objeto cultural ideal con el *Fausto* de Goethe y la *Capilla Sixtina* de Miguel Angel. Se polemizaba con Marx, se revisaban sus ideas y se discutían sus teorías, pero ciertamente no se le ignoraba en los medios universitarios ni tampoco en la actividad científica y cultural general del país.

No causa sorpresa, entonces, que la antropología germánica de aquel periodo muestre fuertes influencias marxistas, y que importantes antropólogos centroeuropeos colaboraran en las revistas y publicaciones teóricas del movimiento socialista.

Hace pocos años murió Cunow, distinguido sobreviviente de aquella época, cuyos trabajos sobre las civilizaciones precolombinas son casi desconocidos entre nosotros. Lo mismo ocurre con los de Groesse sobre las formaciones económicas y los tipos de organización familiar. Wittfogel, miembro del Instituto de Frankfurt, famoso por sus estudios sobre el modo asiático de producción; Thurnwald y sus estudios pioneros de antropología económica, y desde luego Kirchhoff, constituyen otras tantas muestras de las influencias marxistas sobre la antropología. En el volumen de mi *Historia de la etnología* dedicado a la escuela germánica, que estoy preparando con Liz Hentschell, daremos la atención necesaria a esta interesante corriente de la antropología centroeuropea.

El nazismo acabó, no sólo con la antropología marxista, sino con cualquier clase de antropología científica en Europa Central. La dispersión por todo el mundo de los científicos sociales que pudieron escapar del fascismo produjo un reavivamiento del interés por la teoría marxista en otros países como lo enseñan, por ejemplo, G. Childe en Inglaterra, L. White y J. Steward en Estados Unidos, P. Kirchhoff en México, y los discípulos de todos ellos.

No es lícito prescindir, por ignorancia o sectarismo, de estos antecedentes vinculados de manera tan estrecha y viva a la antropología y al marxismo de nuestros días.

Los orígenes de la crisis dual de la antropología y el marxismo se inscriben precisamente entre las dos guerras mundiales, o sea durante el periodo del fascismo y el estalinismo. La afirmación puede hacerse sólo con sabiduría retrospectiva, porque muchos de los antropólogos y marxistas que vivieron este periodo hablan de él, por el contrario, como una especie de edad de oro. El periodo incluye, en efecto, el apogeo de la escuela culturalista en Estados Unidos y de la antropología social en Gran Bretaña, así como el triunfo soviético e internacional del marxismo estalinista.

Las causas del éxito temporal de cada una de estas corrientes son, a la vez, causas de su caducidad y fracaso final. Vale la pena comentar algunas de ellas, ya que no es posible realizar ahora un examen a fondo. Esta problemática constituye el tema central de un nuevo volumen de la *Historia de la etnología* que tengo en preparación.

El marxismo estalinista triunfante se constituyó en la justificación ideológica y política de la etapa que Preobrayenski llamó de acumulación socialista primitiva en la Unión Sovié-

tica. Es decir, del intenso proceso de acumulación de capital por medio del Estado, de la industrialización implacable y a marcha forzada, y de la despiadada colectivización obligatoria de la agricultura. A la vez, el estalinismo fue la expresión de la lucha de clases en la Unión Soviética bajo estas nuevas condiciones, así como el reflejo de los intereses y objetivos de la nueva clase dominante formada por el aparato político y tecnoadministrativo del Estado.

El estalinismo consiguió someter el movimiento marxista internacional a su dominio ideológico, político y burocrático, estigmatizando como traición hasta las expresiones más elementales de crítica y disidencia. Rompió toda clase de ligas con la actividad de las ciencias sociales, cuya autonomía halló intolerable, y pretendió reducirlas en todas partes al papel de servidoras del aparato ideológico y burocrático. Se impusieron el dogmatismo más severo, la interpretación oportunista de los textos consagrados realizada a su conveniencia por los burócratas de la nueva clase, y el divorcio completo con las ciencias y con sus resultados. El producto fue la esterilidad científica e intelectual de la corriente principal del marxismo moderno y su aparición como un falsa conciencia revolucionaria.

El viejo topo proverbial continuó su trabajo a pesar de todo. Los marxistas críticos que sobrevivieron las purgas y calumnias estalinistas, las persecuciones fascistas y la corrupción burguesa realizaron la tarea de mantener viva la tradición y preparar el resurgimiento del marxismo científico. El estalinismo, ligado a la especificidad del primer experimento socialista realizado en un país atrasado, y a la breve temporalidad de una coyuntura histórica nacional y mundial, entró en crisis.

Resulta imposible, por supuesto, hacer aquí un inventario rigurosos de los aspectos principales de la crisis. Mi propósito es otro y consiste en mostrar que la crisis de cualquier teoría comienza en el momento en que se utiliza para justificar una praxis determinada. La teoría deja de ser crítica y de iluminar y guiar a la praxis, convirtiéndose en una máquina tautológica de racionalizaciones, alternativamente dogmáticas y oportunistas. Como se verá, el proceso de la crisis de la antropología no es substancialmente diferente del de la crisis del marxismo estalinista.

El marxismo estalinista, sacrificando el presente al futuro y subordinado la teoría a una praxis determinada, pensó que hacía un pacto con el "espíritu de la historia". Olvidó que la historia la hacen los hombres, no con lo que creen que están haciendo, sino con lo que en realidad hacen, como escribió Marx parafraseando a Vico. La antropología social británica se propuso un pacto fáustico con el demonio del imperialismo capitalista. Es decir, negoció la posibilidad de desarrollar la ciencia social a cambio de entregar sus resultados a la administración del colonialismo, y obtuvo así una ciencia pervertida y falseada.

La perversión, por supuesto, es una categoría moral que no dice nada sobre la validez de la ciencia pero mucho sobre los usos que se hacen de ella. La antropología fue pervertida al ponerse al servicio de la conservación de un sistema tan inocuo como el colonial. Cuando el viejo sistema comenzó a desintegrarse, la antropología sirvió, además, para establecer formas más sutiles de colonialismo y para combatir las luchas de liberación nacional.

Los juicios éticos más severos y las críticas políticas más justas a estos papeles de la antropología social no son incompa-

tibles, sin embargo, con la evaluación de sus contribuciones desde un punto de vista estrictamente científico, ni mucho menos con su análisis desde el ángulo crítico de la teoría marxista. Marx no hizo otra cosa con los productos científicos de la sociedad burguesa de su tiempo.

Si las críticas políticas y éticas contemporáneas no olvidaran con frecuencia estas posibilidades, no habría necesidad de repetir que los antropólogos sociales establecieron y practicaron normas para la investigación que todavía son difíciles de igualar; que Malinowski y sus discípulos revolucionaron el trabajo de campo etnológico; que Radcliffe-Brown y sus alumnos avanzaron el estudio de la organización social con gran lucidez, y que todo esto constituye el patrimonio de la antropología y las ciencias sociales, y no meramente un artefacto exclusivo del dominio y la explotación colonial.

La lectura crítica de las monografías clásicas –y hay que recordar constantemente que cada verdadero clásico es un contemporáneo nuestro– descubre un cierto número de notables coincidencias teóricas con el marxismo. Resulta irrelevante objetar que estas coincidencias no se hicieron explícitas ni fueron intencionales. Por el contrario, el hecho de que sean producto de la utilización independiente de métodos científicos semejantes les concede aún mayor significado.

Los estudios de Evans-Pritchard sobre los nuer, por ejemplo, revelan impecablemente las relaciones entre el medio natural, los sistemas económicos, la organización social y la ideología. La obra de Leach sobre los Altos de Birmania pone en claro las conexiones entre dos formas particulares de agricultura y dos sistemas político-sociales peculiares, aunque su propia interpretación sea otra. Trabajos como los de Firth y Meyer Fortes en Melanesia y África enseñan de-

talladamente la inmersión de las actividades de todo orden, sociales, económicas, políticas, jurídicas, religiosas, en los sistemas de parentesco de los grupos llamados primitivos, un tema recurrente aunque poco desarrollado de la teoría marxista.

El falseamiento científico de la antropología social tiene otras manifestaciones, que están igualmente ligadas a su papel dentro del colonialismo. El valor de los antropólogos en estas circunstancias está directa y claramente relacionado con su capacidad de producir conocimientos objetivos, comprobables y utilizables por parte de la administración imperialista. Pero está relacionado, asimismo, con la disposición y habilidad de los antropólogos para suprimir conocimientos determinados y evitar ciertas cuestiones. Resulta fácil recordar algunos ejemplos significativos.

El dogmatismo antihistórico puede aplicarse, y se explica con frecuencia, en razón de la metodología estructural-funcionalista. Pero es atribuible, asimismo, a la oposición de los administradores coloniales a que los antropólogos recuperaran la historia de cualquier sociedad dominada. El sistema colonial ha procurado siempre eliminar el pasado y no ofrecer más futuro que la mera proyección del presente.

Los prejuicios contra la idea del cambio y los temores a la transformación social se expresan en el rechazo al evolucionismo. La teoría del conflicto, que es central en el análisis de todo proceso de cambio, no encontró en la antropología social mejor función que la del restablecimiento de la estabilidad del sistema. La dialéctica del dominio cultural y político y de la explotación económica no aparece, o bien se calificó y estudió como fenomenología de la aculturación, la integración y la modernización.

No me propongo hacer un catálogo de los efectos de la praxis colonialista sobre la teoría, pero es indispensable recordar que incluso las mejores monografías procuraron eliminar la descripción y el análisis de las relaciones entre dominados y dominadores. La verdadera sociedad colonial no aparece, excepto algunas veces como un proceso abstracto de difusión cultural y de aculturación de los grupos tribales. Semejante actitud, desde luego, es perfectamente congruente con la definición que se hizo de la antropología social como una sociología comparada de las sociedades primitivas.

El libro de *Los argonautas*, aceptado por mucho tiempo como un modelo para los estudios de campo, parece transcurrir en un mundo del que están ausentes los funcionarios coloniales, la policía, los misioneros y los comerciantes y propietarios europeos, que sin embargo aparecen en el *Diario* íntimo de Malinowski con vivos colores. El notable volumen sobre los *Sistemas políticos africanos* sorprendentemente no trata del sistema político colonial, quizá con la solitaria excepción de Gluckman, pero –cosa menos sorprendente– fue el *vade mecum* de toda una generación de administradores coloniales. La organización social y política de los colonizados debía ser comprendida en el plano científico, pero esta comprensión también debía poder ser utilizada por los agentes del imperio.

Una corriente científica que limitó de éstas y otras maneras su estudio de la realidad social no sólo se falseó a sí misma, sino que condenó la mayor parte de sus elaboraciones teóricas a la caducidad y transitoriedad del sistema colonial al que se encadenó y sirvió. La crisis actual de la antropología social británica es parte y reflejo de la crisis del viejo mundo colonial. No saldrá de ella mientras no liquide críticamente la herencia colonialista en su teoría y en su praxis.

La crisis del culturalismo antropológico tiene orígenes y dinámica propias y diferentes. La escuela boasiana mantuvo con celo el principio de la libertad científica y académica, rehusando aceptar las ligas y servidumbres características de la antropología social y del marxismo estalinista. En contrapartida, como si fuera un precio a pagar por su precaria pero real independencia, los boasianos se mantuvieron cuidadosamente alejados de los grandes problemas contemporáneos de la sociedad capitalista y de sus relaciones con las sociedades colonizadas.

Una vieja historia poco conocida tipifica la posición de Boas y de la mayoría de sus discípulos. Durante la Primera Guerra Mundial y los comienzos de la Revolución Mexicana algunos antropólogos norteamericanos, usando su profesión como cobertura, actuaron de espías y agentes políticos en México y Centroamérica. Boas publicó un artículo denunciando esta conducta con gran energía, apelando a la integridad científica y a la honestidad académica de los antropólogos, recordando la exigencia de mantener separada la ciencia de la política. Es seguro que Boas hubiera condenado igualmente estas actividades aunque se realizaran bajo otro signo político, pese a sus simpatías personales por los movimientos progresistas.

Hay que hacer, probablemente, una sola excepción a la regla general de asepsia política y social de los boasianos en tanto que tendencia académica, ya que como individuos expresaron opiniones y mantuvieron conductas personales de diversa índole. La excepción es su actitud ante el racismo, contra el cual llevaron a cabo una campaña sistemática y continua. Sin embargo, la antropología boasiana jamás se propuso investigar seriamente la posición y las condiciones sociales de los grupos étnicos de Estados Unidos.

El culturalismo puede verse, sin demasiada severidad, como una suerte de escapismo y de búsqueda de una independencia científica y académica ficticia, ya que se obtuvo, y sólo precariamente, a costa de fugarse de la realidad social y política contemporánea.

El proyecto de trabajo de los boasianos era perfectamente congruente con estas posiciones. Mientras ardía la Troya americana, ellos seguían ocupándose de la etnografía de rescate de los grupos en extinción y de la reconstrucción histórico-cultural de las tribus de América. Es curioso observar la conservación de esta herencia, de ninguna manera desdeñable, en algunos antropólogos latinoamericanos que se llaman radicales.

Si se consideran las raíces profundas del historicismo cultural, que por supuesto están en el pensamiento de Herder, se concluye que el árbol que plantó Boas en Estados Unidos creció en suelo poco propicio. En la Europa de los siglos XVIII y XIX las ideas de Herder habían ayudado a robustecer la conciencia étnica y nacional de muchos grupos, a desarrollar la etnología, la etnohistoria, el folklore y la lingüística, y en último análisis a generar los movimientos románticos, nacionalistas y liberales. En Estados Unidos, al ocuparse casi exclusivamente de la cultura de los pequeños grupos aborígenes marginales, pero no de las condiciones sociales de las grandes minorías étnicas de negros, mexicanos e inmigrantes europeos, al culturalismo se condenó a la irrelevancia social y política, y finalmente a la caducidad científica.

La patente hostilidad boasiana hacia la teoría, y en particular hacia el evolucionismo, expresa igualmente el deseo de mantenerse lejos de las grandes polémicas y los agudos problemas del mundo contemporáneo. La enemistad hacia

el quehacer teórico se quiso explicar con base en la escasez e insuficiencia del conocimiento empírico, olvidando, como habría de objetar Steward, que los datos carecen de sentido fuera de contextos teóricos.

A pesar de todo, la obra científica de la corriente culturalista es, por lo menos, tan considerable e importante como la de los antropólogos sociales. Se encuentran, asimismo, notables coincidencias con algunos intereses mayores de la teoría marxista. Las relaciones entre las llamadas estructuras y superestructuras pocas veces han sido mejor exploradas que por algunos autores de la corriente de cultura y personalidad como Ruth Benedict y Linton. La contribución de Lowie al conocimiento de la organización social llamada primitiva es fundamental para la teoría de la evolución, pese a sus prejuicios antievolucionistas y a sus sarcasmos, no siempre injustificados, a costa de Morgan y Engels.

Resulta evidente la necesidad de recuperar la tradición antropológica culturalista por medio de su revisión crítica. No es difícil, por otra parte, que la contribución boasiana pueda adquirir en algunos países de América Latina, como los de Mesoamérica y los Andes, una significación histórica y política muy diferente de la que tuvo en Estados Unidos. La condición para ello, por supuesto, es que a la praxis académica y meramente formal del historicismo cultural siga su praxis social, al ser incorporado y transformado por las minorías étnicas, sustituyendo el indigenismo de los antropólogos y burócratas por el indigenismo de los indios.

He hablado con insistencia de crisis de la antropología, pero de hecho he discutido la crisis en términos de los dos sistemas teóricos mayores de la antropología moderna, el his-

toricismo cultural y la antropología social. En rigor no debe hacerse de otra manera, porque la producción científica en general es un aspecto necesario, indispensable y permanente de la praxis social, mientras que las teorías son manifestaciones efímeras del proceso continuo de producción social de la ciencia. Las teorías están destinadas a ser revisadas, negadas y sustituidas.

La ciencia como abstracción sigue su marcha y en su camino van quedando las teorías, o sea las expresiones histórico-concretas de la producción científica. Abusando de la metáfora puede decirse que el camino de la ciencia está empedrado de buenas teorías, que han sido sucesivamente planteadas, aceptadas, reformadas, desechadas y reemplazadas.

La crisis de la teoría no es síntoma de decadencia, sino por el contrario prueba de vitalidad de una ciencia. Sin embargo, hablar de la crisis de los viejos sistemas teóricos, como por ejemplo los de Ptolomeo, Newton y Cuvier, sólo tiene realidad y adquiere sentido en términos de los nuevos sistemas de Copérnico, Einstein y Darwin.

Siguiendo estas definiciones, la gravedad real de la crisis de una disciplina científica podría indicarse por la rapidez o lentitud con que las teorías total o parcialmente descartadas son sustituidas por otras, temporalmente más válidas y productivas. La situación sería alarmante sólo en el caso de un vacío teórico. O sea cuando, en el lenguaje de Kuhn, los paradigmas tradicionales se desechan y no aparecen todavía los nuevos paradigmas con los cuales se oriente y organice el trabajo científico. Pero esta afirmación debe ser calificada de inmediato.

En el caso de la antropología, por ejemplo, se advierte un profundo cambio paradigmático a principios de nuestro si-

glo, expresado en el abandono de las teorías evolucionistas clásicas y en la adopción del particularismo histórico-cultural y del estructural-funcionalismo ahistórico. Sin embargo, estos cambios, al igual que el rápido agotamiento teórico de la escuela boasiana y de la antropología social, no se explican sólo en términos paradigmáticos.

La génesis, desarrollo y decadencia de todo sistema teórico ocurre en un ambiente que no es científicamente aséptico, sino que está permanentemente "contaminado" por la totalidad de la vida social. El movimiento de la ciencia no se produce de manera autónoma dentro del campo exclusivo de la ciencia, sino de manera determinada y en la totalidad de la sociedad. Toda epistemología que aspira a tener sentido científico, es decir no tautológico, deviene verdaderamente en una sociología del conocimiento.

En este ensayo, lo mismo que en mi *Historia de la etnología*, intento mostrar precisamente la íntima y profunda dialéctica que existe entre el quehacer científico y práctico de la antropología y la actividad social en su conjunto en el momento histórico dado en que tiene lugar el trabajo de los antropólogos. Las determinaciones sociales de la ciencia varían en su naturaleza y en sus combinaciones, pero desde luego están siempre presentes.

Quiero decir que el rechazo del paradigma evolucionista clásico, por ejemplo, no fue sólo el resultado de la pura y desinteresada actividad científica, sino también el de una coyuntura social y política que le era antagonista en grado sumo. Fue esta situación histórica, caracterizada por el capitalismo triunfante ansioso de estabilidad y enemigo de los cambios amenazantes, la que dirigió el ejercicio antropológico contra la teoría evolucionista y animó la elaboración de paradigmas

opuestos o alternativos que excluían la necesidad y hasta la realidad de la transformación social.

De la misma forma, no fue la teoría de la antropología social la que condujo a la praxis de los antropólogos hacia la administración colonial, sino que la práctica del colonialismo fue la que determinó el contenido y los límites de la teoría. A la vez, cuando la teoría quedó formulada se reforzó la praxis de la participación de la antropología social en el sistema colonial.

La intención principal de estos comentarios, en consecuencia, no es dar más pinchazos al balón kuhniano y paradigmático, sino establecer la superioridad del concepto de unidad teoría-praxis como instrumento para el análisis de la crisis de la antropología y la búsqueda de caminos de solución. La preocupación de los antropólogos se ha concentrado en exceso en los modelos teóricos paradigmáticos y demasiado poco en los problemas de la praxis social de la antropología y de los antropólogos.

La conciencia de la crisis de la antropología, o sea del agotamiento de las posibilidades ofrecidas por las teorías dominantes, se generalizó en 1968. La fecha no es arbitraria ni casual, sino profundamente significativa. Sin embargo, la conciencia de la crisis existía, al menos en algunos círculos, desde la Segunda Guerra Mundial, acompañando al colapso del viejo sistema colonial, la extensión del área cubierta por los sistemas llamados socialistas y la decadencia del capitalismo.

A partir de la Segunda Guerra Mundial la actividad de los antropólogos profundizó la crítica de los viejos sistemas teóricos y emprendió con vigor la búsqueda de modelos nue-

vos. Sin embargo, no fue capaz de afrontar todavía de manera plena las cuestiones de la praxis social de la antropología. Se diría, por el contrario, que la mayoría de las teorías propuestas se alejaron más que nunca de esta problemática, como si se pretendiera reducir el ejercicio de la antropología al puro ámbito académico y a aquellas cuestiones que no tocan de manera directa a la sociedad y a sus transformaciones.

La divulgación de historias sórdidas y terribles sobre la participación de algunos antropólogos en proyectos como el Camelot, en la administración imperialista y en las guerras contra los movimientos de liberación colonial, acentuó el retraimiento académico de la antropología. La máquina académica continuó produciendo nuevos conocimientos que casi nadie encontraba útiles, así como nuevos profesionales destinados a incorporarse a la máquina académica y reproducirla indefinidamente.

La pregunta repetida por los estudiantes de todos los países, ¿para qué sirve la antropología?, ciertamente está mal formulada, pero expresa una grave cuestión de fondo que no se resuelve disertando sobre la importancia de la ciencia pura y los peligros de contaminarla.

La disociación de la teoría-praxis, por otra parte, con frecuencia ha hecho de la experimentación teórica un juego académico, en el que las modas intelectuales se suceden con facilidad, rapidez y frivolidad. Por supuesto, las teorías deben ser criticadas en sí y por sí mismas. Hay que llamar la atención, de todas maneras, sobre el hecho de que, al alejarse de la praxis, las teorías suelen manejarse como modas. Esto tiene siempre graves consecuencias.

El ejemplo más obvio es el estructuralismo levistrosiano, que después de capturar la atención de los antropólogos y

fascinar a muchos escritores y críticos literarios entró en decadencia quizá sin haber agotado sus posibilidades. La difusión del estructuralismo como moda impidió realizar una crítica a fondo de sus contribuciones teóricas y metodológicas a la antropología. Los problemas que suscitó han quedado, en gran medida, como una cuenta no saldada.

Algo parecido puede decirse de los esfuerzos que se realizaron bajo la influencia de Althusser para amalgamar el estructuralismo con el marxismo, o mejor dicho, para reducir la teoría marxista a un estructuralismo idealista y ahistórico. Los antropólogos que trabajaron dentro de esta tendencia efímera, como Godelier y Rey, se apresuraron a abandonarla, unos para tomar pasaje en el barco marxista y otros para unirse a las nuevas modas del simbolismo, la semiótica, el análisis textual, etcétera.

En la escuela boasiana la corriente de cultura y personalidad, después de algunos ensayos serios de relacionar la estructura social y económica en la psicología, desembocó en un cultismo freudiano de breve existencia. La vieja etnografía culturalista se adobó de etnociencia. Hubo reduccionismos etnicistas en abundancia, con su secuela en Estados Unidos de *black, chicano and indian studies*, tristemente imitados en América Latina. El análisis sociológico de la organización humana se transfiguró en fórmulas matemáticas. Uno sospecha que el marxismo, como moda antropológica, puede sufrir la misma suerte.

Esta relación sumaria e insuficiente de un periodo de la antropología tan rico, confuso e interesante, no incluye la corriente neoevolucionista, aquella que ha estado más cerca del marxismo tanto por sus fundamentos teóricos como por sus temas y objetivos programáticos. Me excusa de discutir aho-

ra esta cuestión el haberlo hecho con cierta amplitud en dos volúmenes de la infortunadamente interrumpida colección SepSetentas *(Agricultura y Civilización en Mesoamérica* y *Agricultura y Sociedad en Mesoamérica)*, y más recientemente en varios ensayos aparecidos en *América Indígena*, *Nueva Antropología y Comunidad*.

La tarea teórica más importante que tiene la antropología actual, en consecuencia, consiste en la recuperación crítica de su praxis social y profesional. No estoy haciendo juegos de palabras, sino subrayando de nuevo el hecho de que para someter a prueba las teorías y revisarlas, formular otras y renovar el cuerpo teórico, la antropología necesita, ante todo, restaurar su eminente vocación tradicional por el trabajo de campo y la investigación empírica.

Hasta cierto punto los antropólogos hemos dejado de merecer aquel calificativo honroso de naturalistas de las sociedades humanas que se nos aplicó a fines del siglo pasado. La praxis de la investigación concreta requiere, por supuesto, la dirección y la crítica del pensamiento teórico. Pero la teoría sólo avanza verdaderamente a través y por medio de la praxis.

La investigación antropológica restaurada y renovada ha de rechazar definitivamente la división arbitraria del trabajo, teórica y prácticamente insostenible, que pretendió relegarnos al estudio de las sociedades llamadas primitivas. La antropología no es una sociología comparada de las sociedades sencillas, si tal cosa fuera posible, sino una disciplina dedicada al estudio científico de la evolución, estructura y funcionamiento de las sociedades humanas. La diferencian, radical y precisamente de otras ciencias, como la sociología,

su enfoque universal, global y evolucionista y su programa de trabajo, así como los métodos y técnicas que se derivan de estos enfoques.

A medida que la antropología siga rompiendo la barrera artificial del "primitivismo", una herencia más de colonialismo, y avanzando en el estudio de las sociedades complejas del pasado y del presente, aparecerán con mayor claridad y fuerza las determinaciones sociales e históricas de su actividad científica.

Hemos de aceptar la realidad de estas determinaciones aunque rechacemos sus consecuencias. Mejor dicho, aceptamos la realidad precisamente porque la negamos y luchamos por transformarla. La función crítica de la ciencia social, por otra parte, no puede ejercerse con eficacia desde los refugios académicos. La crítica tiene su lugar más apropiado en la dialéctica viva creada por la participación de los científicos en el trabajo social.

Necesitamos desarrollar no sólo la teoría-praxis de la investigación concreta de las sociedades contemporáneas, sino también la práctica profesional de la antropología en todos los campos en que sea posible ejercerla. El futuro profesional de los antropólogos no puede quedar reducido a la investigación pura y la docencia universitaria, a no ser que se quiera condenar a la antropología al estancamiento, al cultivo de lo exótico, a satisfacer meras curiosidades por el pasado y a jugar los juegos académicos permitidos.

Los antropólogos hemos de aceptar como determinada la parte que nos corresponde en la división del trabajo social, sin aceptar por ello, y al mismo tiempo, el tipo de sociedad que determina esta división y las tareas específicas que nos adjudica. Vivir y trabajar en una sociedad significa necesa-

riamente aceptarla con sus propias contradicciones y luchas internas y participar en ellas.

La renovación y el avance de la teoría antropológica tienen que realizarse, como en cualquier otra disciplina, mediante la articulación constante de la teoría con la praxis, de la actividad académica con la investigación, el trabajo de campo y el ejercicio profesional. Se dispone de toda clase de evidencias procedentes de la historia reciente de la antropología que indican que este camino está lleno de riegos. Parece preferible y resulta más atractivo afrontar los riegos de la travesía a los del estancamiento en los puertos de refugio.

Existen paralelismos acusados en el desarrollo de la crisis de la antropología y del marxismo, como indiqué antes. Me interesa ahora subrayar uno de ellos que encuentro muy significativo para esta parte de la discusión. A saber, el que sugiere la abundancia de teorías y la rapidez con que se abandonan y reemplazan.

El marxismo, en efecto, al debilitarse el férreo control burocrático del estalinismo, ha perdido su apariencia monolítica y entrado en un agitado ciclo de polémicas y diversificación teórica semejante al de la antropología. Hay ahora varios o quizá muchos marxismos, que en términos generales corresponden a las diversas experiencias llamadas socialistas en Rusia, China, Yugoslavia, Cuba, etc., y a las diferentes prácticas políticas en los demás países del mundo, como el eurocomunismo, el marxismo cristiano, el estructuralista…

Se diría que presenciamos un proceso adaptativo por variación ante los problemas de supervivencia generados por un cambio radical del medio ambiente histórico. De manera semejante, las especies biológicas producen numerosas varia-

ciones y lo hacen a cierta velocidad y al azar. Las leyes de selección natural se encargan, eventualmente, de eliminar las variedades mal adaptadas y permitir la supervivencia y el crecimiento de aquellas que resultan favorables en el medio específico transformado.

Esto es sólo una metáfora y probablemente está mal elegida. Creo que tiene cierto interés, sin embargo, ya que permite llamar la atención, no tanto sobre el valor abstracto de cualquier teoría, es decir, sobre la supuesta superioridad ante otras, sino sobre la naturaleza y características del ambiente que actúa como aparato selectivo.

Hay que agregar, y en esto reside la intención de la metáfora, que los aparatos selectivos del marxismo moderno y de la antropología son diferentes, funcionan siguiendo leyes distintas y conducen la selección en direcciones opuestas. La diferencia principal estriba en lo siguiente. La antropología moderna es una ciencia en sentido estricto que tiene, sin embargo, un alto componente ideológico. El mecanismo selectivo de la teoría se rige, aunque no siempre ni de manera exclusiva, por los principios, normas y procedimientos establecidos y aceptados por la comunidad de científicos.

De esta forma, los ingredientes ideológicos están siendo constante aunque no totalmente eliminados, y el cuerpo teórico de la disciplina se mantiene siempre abierto y sujeto a crítica y revisión. Dentro de plazos de tiempo razonables las teorías que sobreviven son aquellas que en efecto poseen mayor poder explicativo, resisten con más éxito las pruebas y permiten mejor la continuación del trabajo científico como praxis social.

El marxismo moderno, por otra parte, se ha convertido en una ideología que tiene, a pesar de todo, un contenido cientí-

fico valioso. La ideología se caracteriza por mantener un sistema cerrado de proposiciones dogmáticas, es decir, no sujetas a prueba, aunque se pretenda que han sido suficientemente demostradas alguna vez. A partir del sistema se deducen teorías especiales y generales, de manera no muy diferente de la del escolasticismo medieval.

El mecanismo selectivo se gobierna, en consecuencia, por el grado de congruencia de cualquier hipótesis o teoría con el sistema cerrado de proposiciones iniciales. De ello resulta el papel central que la lectura e interpretación ortodoxa de te con la importanc los textos desempeña en el marxismo moderno, en contras ia decisiva de la investigación empírica y de la crítica teórica en la antropología.

El componente propiamente científico del marxismo sigue siendo importante. Sin embargo, cuando menos desde Marx a nuestros días, no ha tenido poder suficiente para detener y revertir el proceso de creciente ideologización. Por el contrario, la ideología no se ha conformado con reinar sobre aquellas áreas que propiamente le pertenecen y han invadido el campo de las ciencias.

Ha sido característica del marxismo moderno, sobre todo en su versión estalinista dominante, la pretensión de deducir de los textos una lingüística, una física y hasta una genética, por ejemplo, y a la vez fulminar condenaciones prácticamente contra todos los grandes innovadores de la ciencia contemporánea. La relatividad, el psicoanálisis, la física cuántica, la genética morganista, la economía keynesiana, la nueva termodinámica y la bioquímica, para mencionar algunos ejemplos sobresalientes, han sido calificados de meras ficciones reaccionarias de la ciencia burguesa.

Las disidencias marxistas fueron tratadas aún más rudamente, sobre todo cuando sus protagonistas cayeron en manos de la policía del despotismo burocrático. Los nombres de Vavilov, Kondratiev, Chayanov, Preobrayenski, Trotsky y Bujarin son parte mínima de una lista interminable y aterradora de científicos y políticos exterminados en nombre de la ortodoxia ideológica marxista.

La proliferación actual de corrientes marxistas no contiene indicación clara del debilitamiento de la hegemonía de la ideología sobre la actitud científica, excepto quizá en el caso del marxismo crítico. Por el contrario, cada tendencia se define a sí misma de manera ideológica y se corresponde con una praxis política particular y con formaciones socioeconómicas determinadas que insisten todavía en llamarse socialistas. En consecuencia, el impacto del marxismo sobre la antropología y en general sobre las ciencias sociales ha sido y seguirá siendo a la vez ideológico y científico. Tal ambigüedad resulta inevitable.

La relación entre antropología y marxismo, para decirlo en lenguaje hegeliano, es y seguirá siendo dialéctica. La dialéctica se desarrolla en diversos campos y a diferentes niveles: entre ideología y ciencia, así como entre diversas ideologías; entre praxis política y praxis científica; entre diversas teorías en conflicto o a veces en sustancial acuerdo.

Vista la cuestión desde esta perspectiva es evidente que la dialéctica de las relaciones no se resolverá disolviendo la antropología en el marxismo, ni reedificando la antropología sobre los fundamentos de la teoría marxista. Tampoco se resolverá negando todo carácter científico al marxismo y exorcizándolo como pura ideología y praxis política.

Los procesos de la historia se realizan de maneras más complejas, marchan por caminos más tortuosos y llevan finalmente a soluciones más astutas que aquellas que sugiere cualquier burda simplificación.

Teorías sobre la evolución de Mesoamérica[1]

El tema indicado por el título es en extremo ambicioso al ofrecer una promesa imposible de cumplir dentro de los límites del presente trabajo. Hubiera preferido reducir mi exposición a algún asunto relacionado con el mismo tema, pero más concreto y sobre todo manejable en términos del tiempo disponible. Tal sería, por ejemplo, el de la aplicación de la teoría marxista a ciertos problemas del desarrollo y transformación de las sociedades mesoamericanas.

Semejante alternativa no sólo sería más factible, sino que nos colocaría de inmediato en el centro de las polémicas sobre la evolución social de Mesoamérica que tienen mayor actualidad, vigor y trascendencia. Me refiero a la discusión sobre el evolucionismo multilineal, el modo asiático de producción y la teoría de la sociedad oriental y del Estado despótico.

A pesar de todo, no eludiré el compromiso contraído. Aunque considero que la invasión de la antropología por la crítica marxiana constituye el fenómeno contemporáneo más importante de nuestra disciplina, pienso asimismo que este acontecimiento no resulta comprensible sin darle alguna perspectiva histórica.

---

1 Trabajo presentado originalmente en la sesión plenaria de la Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología, celebrada en 1977 en la Universidad de Guanajuato. Apareció en su forma actual en el número 7 de la revista *Nueva Antropología*.

Quiero sugerir con esto que la crisis de la antropología tradicional no es sólo, como a veces se piensa, el producto de las tempestades políticas de nuestro tiempo; es decir que no se trata de un fenómeno puramente coyuntural y extracientífico. Es también un resultado de la incapacidad general del cuerpo teórico de las ciencias sociales para interpretar satisfactoriamente la totalidad de los procesos evolutivos del pasado y para guiar el estudio de los problemas del cambio de las sociedades actuales.

El marxismo, en consecuencia, ha venido a llenar un grave vacío teórico, que se sentía de manera aguda en los últimos años. O sea, desde el momento en que los antropólogos se empeñaron no sólo en comprender mejor las transformaciones históricas, sino también en analizar los cambios del presente y en intervenir en la determinación del futuro. El marxismo, con su capacidad de totalización y su unidad de teoría y praxis, parece ofrecer una canalización adecuada de estas inquietudes.

En definitiva, mi exposición no podría eludir en ningún caso la confrontación de las principales teorías que se han aplicado en la antropología de Mesoamérica, ni tampoco evadir el examen de las causas mayores de su impopularidad actual y de la creciente hegemonía del pensamiento marxista.

Comenzaré tomando como hilo conductor uno de los problemas más viejos y persistentes de la teoría de la evolución mesoamericana, aquel que fue planteado al mismo tiempo del descubrimiento español del Nuevo Mundo. Me refiero a la discusión sobre el origen del hombre americano y de sus altas culturas.

Poco después de la Conquista de México, escribiendo probablemente en Tepetlaoztoc, cerca de lo que había sido la corte de Netzahualcoyotl y la sede de una de las culturas más refinadas del centro de México, el padre Betanzos sostenía con tenacidad la idea de que los indios no debían ser bautizados, ya que era posible que carecieran de alma. El hombre americano, a diferencia de los de África, Asia y Europa, no aparecía en las narraciones bíblicas como miembro de la estirpe de Adán y Eva, creados por Dios, ni de su descendencia a través de los hijos de Noé: Sem, Cam y Jafet.

Las opiniones de Betanzos provocaron el escándalo de muchos religiosos entregados a las tareas de evangelización y estudio de las lenguas y culturas nativas, como Motolinía y Sahagún. Todos ellos rechazaron indignados la imputación de no humanidad que se hacía a los indios. Sin embargo, fue el jesuita José de Acosta, a mediados del siglo XVI, quien dio una brillante solución etnológica a la disputa teológica. En su *Historia natural y moral* propuso por primera vez la teoría del poblamiento de América desde Asia, a través de un puente de tierra o de algún estrecho de mar situado en el septentrión del continente, todavía desconocido en aquel entonces.

El indio se incorporaba así a la genealogía adánica, pasaba a formar parte de la verdadera humanidad y podía integrarse a la comunidad cristiana. Cometeríamos una gran equivocación si no fuéramos capaces de vislumbrar, entre el follaje teológico y filosófico de los escritos de aquellos beligerantes frailes del XVI, el planteamiento de una problemática antropológica semejante a la de nuestros días. La polémica entre monogenistas y poligenistas, que de eso se trata, aparece y reaparece en la historia de nuestra disciplina, aun-

que unas veces utilice el lenguaje de la teología y la filosofía y otras el de la biología.

No creo equivocarme al afirmar que más allá de sus propósitos y fundamentos científicos y filosóficos, la discusión tiene un trasfondo y una intención ideológica. Las tesis poligenistas modernas se han utilizado con excesiva frecuencia para justificar las variedades más bárbaras del racismo y del colonialismo, particularmente en Inglaterra, Estados Unidos y Alemania. Las ideas de Betanzos, refutadas por Acosta y repudiadas por la Iglesia, también hubieran excluido al indio de la condición humana, legitimando su esclavitud según derecho natural y voluntad divina.

La discusión sobre el origen del hombre americano se entrelazó con el problema del origen de las civilizaciones nativas. Los cronistas guerreros de la Conquista, al igual que los misioneros, funcionarios y científicos, expresaron su admiración por las culturas indígenas. Cuando buscaron términos de comparación para las sociedades andinas y mesoamericanas los encontraron en el mundo clásico y en las civilizaciones islámica y cristiana de su tiempo. Más tarde, al conocer mejor el Extremo Oriente, las compararon con acierto a las grandes civilizaciones asiáticas.

Se imponía una pregunta, que en el fondo es la misma que se hacía sobre la cualidad del hombre americano. A saber, si el desarrollo cultural americano era el resultado de un proceso propio, autóctono, o bien se debía a una serie de influencias civilizadoras procedentes del Viejo Mundo.

Resulta curioso, y quizá hasta paradójico, que el poligenismo biológico pueda aparecer, a la vez, como monogenismo cultural. La doble postura no es incongruente. Detrás de

la teoría del origen biológico múltiple del hombre asoman constantemente los prejuicios de la inferioridad racial y de la incapacidad congénita de ciertos grupos humanos para crear altas culturas. El monogenismo biológico o teológico, por el contrario, al proponer la unidad del hombre, supone necesariamente la posibilidad del poligenismo cultural. El enfrentamiento de las concepciones extremas difusionistas y paralelistas sobre la evolución es mucho más antiguo, entonces, de lo que a veces se piensa.

El padre Acosta también debe ser considerado como el primer expositor, y desde luego uno de los mejor articulados, de la tesis del desarrollo cultural independiente. Al proponer su hipótesis del poblamiento de América desde Asia afirma que estos primeros inmigrantes llegaron al Nuevo Mundo en un estado cultural muy rudimentario. Sus grandes realizaciones civilizadoras, en consecuencia, son el producto de sus propios esfuerzos.

Ya entonces Acosta apelaba con lucidez al testimonio etnológico, mostrando las diferencias en las plantas cultivadas y en los animales domésticos del Viejo y del Nuevo Mundo; en el conocimiento y uso de los metales y de la metalurgia; en las herramientas, costumbres, lenguas y particularmente en la religión.

De todas maneras, las posiciones difusionistas han sido muy frecuentes. Uno sospecha que es así porque el difusionismo extremo une en muchos casos la ideología racista y colonialista con la realidad y la ilusión de numerosas semejanzas culturales entre el Viejo y el Nuevo Mundo.

Las pirámides, la circuncisión, los postes totémicos, la confesión oral, Quetzalcóatl, el diluvio universal, la creación del hombre por los dioses y otros muchos rasgos y complejos cul-

turales se han ido agregando a un catálogo creciente de supuestas pruebas de frecuentes contactos transatlánticos y transpacíficos. Vikingos, polinesios, japoneses, chinos y quizá también fenicios, africanos y egipcios, además de las tribus perdidas de Israel, parecen haber llegado con asombrosa regularidad a las costas de América para impulsar su evolución cultural.

Los antropólogos formados rigurosamente bajo la influencia de la escuela historicista piden demostraciones más concluyentes que estas semejanzas formales. Las pruebas deben ajustarse, cuando menos, a las condiciones metodológicas exigidas hace un siglo por Tylor para aceptar la realidad de cualquier proceso de difusión. Es decir, la existencia de complejos culturales que tengan elementos que no estén funcional y necesariamente interrelacionados; la demostración de las rutas geográficas de transmisión, con los puntos intermedios claramente situados, y el establecimiento de cronologías congruentes con los supuestos procesos de difusión.

Es cierto que existen investigadores que han aceptado con integridad la tarea de facilitar esta clase de pruebas. Entre ellos está el mismo Tylor, que nos legó sin resolver el intrigante problema de los juegos hindú y mexicano del *pachisi* y el *patolli*. También es evidente que la posibilidad de contactos y de influencias externas no puede ser negada *a priori*.

Sin embargo, el verdadero problema para la teoría evolucionista de Mesoamérica no consiste en probar la realidad de algunos contactos esporádicos y quizá accidentales, como sugirió Acosta. La cuestión de fondo consiste en la oposición entre la concepción del desarrollo de las altas culturas americanas como un proceso autónomo, esencialmente independiente, y su concepción como un proceso que responde a una serie de préstamos y estímulos culturales externos.

El difusionismo británico, en su forma más extrema, afirmó la existencia de un solo centro creador de las civilizaciones arcaicas. El difusionismo germánico, en su forma más atenuada, propuso la existencia de varios círculos culturales, distribuidos en el tiempo y el espacio. En todos los casos las culturas americanas aparecían como simples receptoras y transformadoras de las influencias del Viejo Mundo. Resulta fácil hacer aparecer, detrás de estas posiciones, a los espectros del etnocentrismo europeo y de la inferioridad racial del indígena.

Dejando a un lado el aspecto ideológico, que merece consideración mucho más detenida, la cuestión científica parece estar resuelta ahora a favor del desarrollo esencialmente independiente de la civilización americana.La antropología moderna ha dejado bien establecido, en sus líneas generales, el largo camino hacia las altas culturas. O sea, los procesos de domesticación de las principales plantas cultivadas en América, el surgimiento y desarrollo de los sistemas hidráulicos, el crecimiento gradual de los centros poblados y su transformación en ciudades, la aparición de las clases sociales y de los estados, y la formación de las religiones.

La hipótesis difusionista no ha sido probada en ninguno de estos casos. No existe, además, necesidad alguna de recurrir a ella para explicar la civilización americana. La excepción está constituida por los niveles culturales más rudimentarios, o sea aquellos que caracterizaron a los primeros inmigrantes procedentes de Asia.

Desarrollo independiente, sin embargo, no significa lo mismo que evolución paralela, sobre todo en el sentido que le dieron los evolucionistas unilineales del siglo XIX. Las posi-

ciones paralelistas extremas, atribuidas quizá injustamente a Morgan, partían del monogenismo biológico y del principio de la unidad psíquica de la humanidad. El hombre, se afirmaba, debe responder de manera semejante a los estímulos de la misma clase. Esta unidad mental y de conducta explicaría la aparición independiente de fenómenos culturales iguales en partes del mundo muy separadas y que no tuvieron relación entre sí. De manera más general explicaría asimismo la identidad universal de las grandes etapas de desarrollo de las culturas humanas.

Ante el problema del desarrollo de la civilización americana los paralelistas cometían dos errores parecidos a los de los difusionistas. Por un lado, el de eludir la cuestión de la causalidad social, sustituyéndola por el reduccionismo psicológico. Por otro, el de aceptar sin mucho espíritu crítico las semejanzas culturales aparentes entre el Viejo y el Nuevo Mundo, aunque las atribuyeron a causas distintas (unidad psíquica *versus* difusión cultural).

Estas actitudes impedían un examen a fondo de la naturaleza propia del desarrollo americano y de los aspectos particulares de la dinámica de sus cambios culturales y sociales. Voy a referir algunos ejemplos.

La agricultura puede ser descrita como un conjunto de procesos tecnológicos, económicos, sociales, culturales, organizados alrededor del cultivo y uso de algunas plantas domesticadas. Tal definición permite, desde luego, incluir en una sola categoría a todas las formas de cultivo. Permite también indicar los efectos más generales que tiene la agricultura sobre las sociedades humanas, como por ejemplo la sedentarización, el crecimiento de la población, el aumento de la densidad demográfica, cierta especialización de tareas, etcétera.

La formulación de teorías válidas sobre el cambio implica el paso de este nivel de generalización al plano de la determinación específica de las diversas modalidades de la agricultura y de sus efectos particulares sobre cada sociedad concreta. Me refiero, en definitiva, a las diferencias existentes entre el cultivo itinerante de los bosques tropicales, la agricultura obligatoriamente sedentarizada de regadío y la agricultura de temporal, o bien, en el plano de la tecnología instrumental, a las diferencias entre el cultivo de azada y el de arado tirado por animales.

La especificidad social y cultural de la agricultura queda oculta por la insistencia de los paralelistas en hablar, en general, de una etapa agrícola de desarrollo universal. Los efectos que sobre la sociedad tiene cada tipo de agricultura quedan ocultos asimismo, y resulta difícil comprender fenómenos tales como la aparición de la familia extensa patriarcal y del esclavismo bajo las condiciones de la agricultura de temporal con arado y animales de tiro; la larga hegemonía de la comunidad oriental en las condiciones de la agricultura de riego practicada con azada, y la naturaleza del Estado y de la clase dominante en la agricultura de los grandes sistemas hidráulicos.

Las clases sociales y el Estado presentan dificultades semejantes cuando la discusión se mantiene en un plano de grandes generalizaciones. Los cronistas españoles de la Conquista describieron formaciones sociales de tipo clasista, así como instituciones y organismos que corresponden a las formaciones estatales. No hay dificultad en aceptar estas apreciaciones si se emplea la definición más amplia de clase social. Es decir, la de clases como grupos sociales estratificados que tienen acceso diferenciado a la riqueza y al poder. La con-

fusión comienza al identificar las clases sociales americanas, que parecen haber sido principalmente funcionales, con las patrimoniales europeas basadas en la propiedad privada de los medios de producción.

Lo mismo ocurre con el Estado. En su forma más general el Estado puede ser descrito como la concentración institucionalizada de la fuerza de la sociedad. Esta definición puede abarcar tanto a los estados de tipo oriental y antiguo como a los capitalistas y socialistas. Sin embargo, los estados monopolistas y despóticos de Mesoamérica y la zona andina fueron constantemente identificados con las instituciones típicas de las formaciones políticas occidentales.

La terminología que se empleó acabó de complicar el problema del Estado y de sus órganos e instituciones, ya que los términos se extrajeron simplemente del vocabulario europeo. Se escribió de reyes y emperadores como si fueran los soberanos del absolutismo occidental, y de señores de diferentes rangos que se identificaban con la aristocracia feudal y cortesana. Más tarde, cuando Bandelier impuso el modelo iroqués para justificar la inclusión de México en una de las etapas universales de Morgan, se escribió de ligas tribales, de democracia guerrera y de grupos familiares al estilo de la *casa larga* de Norteamérica.

Esta clase de confusión se extendió a todas las demás categorías culturales e incluso a algunas naturales. Los españoles, al encontrar los auquénidos andinos, los denominaron carneros o borregos de la tierra, de seguro tomando en cuenta su utilización como fuente de carne y fibras para tejer, y el uso de la llama como bestia de carga. Estas relaciones, parecidos y semejanzas formales, si uno se detuviera en ellos, ocultarían lo más importante: el lugar especial del auquénido

en la economía, la sociedad y la cultura andina, su ecología, su relación con los rituales y la religión, etc. Fácilmente podrían multiplicarse estos ejemplos.

El derrumbe progresivo de las tesis del difusionismo y del paralelismo extremo como explicaciones de la evolución mesoamericana fue la consecuencia directa de los avances de la investigación y del conocimiento, promovidos, en gran medida, por estas mismas tesis. Popper parece tener razón al afirmar que la marcha de la ciencia debe verse como un proceso durante el cual se demuestra la falsedad o insuficiencia de la hipótesis y teorías heredadas y se proponen otras nuevas más satisfactorias pero igualmente provisionales.

Quizá podría pensarse, después de todo, que las largas y a menudo coléricas discusiones entre difusionistas y paralelistas resultaron infructuosas. Esto es lo que mantienen los antropólogos de la escuela estructural-funcionalista, que abandonaron el método histórico por considerarlo especulativo, conjetural y carente de fundamento científico. Los antropólogos de la escuela boasiana, absorbidos por la etnografía de rescate de los grupos aborígenes y por el particularismo histórico-cultural, también contemplaron estas polémicas con escepticismo y hostilidad y condenaron todas las variedades de la teoría evolucionista.

El balance general, sin embargo, puede hacerse de manera menos pesimista y probablemente más objetiva. En primer lugar está, por supuesto, la observación poperiana de que la marcha de la ciencia está determinada por la tendencia a demostrar la falsedad de cualquier proposición. Sin esta dinámica particular sería difícil imaginar tanto la rapidez de la

expansión del conocimiento objetivo como las direcciones principales que siguen las investigaciones.

Las diversas facciones del evolucionismo dieron, por otra parte, los marcos teóricos indispensables para la averiguación antropológica, y también facilitaron los sistemas integrados de los conocimientos factuales que, de otra manera, hubieran aparecido como meras acumulaciones caóticas de datos aislados y sin sentido.

Aunque la difusión extracontinental fue finalmente rechazada como explicación de la civilización americana, las teorías y métodos difusionistas resultan aplicables a las relaciones que tuvieron entre sí las diversas culturas de América. Ninguna hipótesis sobre el desarrollo de Mesoamérica puede prescindir de fenómenos tales como la difusión de ciertas plantas domesticadas, entre ellas los tubérculos tropicales y el maíz, y de algunos complejos religiosos, como los que parecen unir a los llamados olmecas con la cultura andina. De hecho, las altas culturas americanas están tan relacionadas entre sí por procesos directos e indirectos de difusión que hace tiempo se propuso reunirlas bajo el nombre de América Nuclear.

Uno está obligado, sin embargo, a recordar de nuevo que la difusión cultural no explica realmente un proceso evolutivo determinado. Todo lo que puede hacer es trasladar la explicación de un lugar a otro lugar del mundo. Cuando se dice, por ejemplo, que el capitalismo industrial se originó en Inglaterra y que de allí se difundió a México, se está explicitando un proceso histórico verdadero, pero no se explica el capitalismo inglés ni mucho menos el capitalismo mexicano. El difusionismo ayuda a descubrir los caminos que ha seguido la historia concreta, pero de ninguna manera constituye una teoría

explicativa de la evolución de las sociedades humanas según los principios de causalidad.

Aunque las tesis paralelistas han sido rechazadas en la mayoría de los casos, excepto quizá en el plano de las generalizaciones y abstracciones mayores, sus estudios sirvieron para colocar a Mesoamérica en el cuadro de las civilizaciones mundiales. Asimismo, contribuyeron a promover una serie importante de estudios comparativos que iluminaron la naturaleza de las principales instituciones sociales.

Con el paso el tiempo las polémicas han conducido las afirmaciones del paralelismo extremo hacia planteamientos más realistas, y en otros casos hacia el descubrimiento de fenómenos de verdadera convergencia cultural. Pienso ahora, por ejemplo, en las relaciones entre la agricultura hidráulica y la naturaleza del Estado y de las clases sociales en el Viejo y en el Nuevo Mundo, que no pueden atribuirse a la difusión sino a la operación de factores causales semejantes.

La afirmación de la realidad del desarrollo esencialmente independiente de la civilización americana por fin obligó a los antropólogos a enfrentar el problema de fondo. O sea, la cuestión de las fuerzas específicas que produjeron las transformaciones de las sociedades prehispánicas de América. El difusionismo y el paralelismo fueron reconocidos, desde este punto de vista, como meras tácticas dilatorias y escapistas que trasladaban las respuestas al problema hacia otras partes del mundo, o bien las sumergían en el océano de las explicaciones universales. Las posiciones de las escuelas de Boas y de la antropología ahistórica fueron reconocidas como otras tantas declaraciones de inexistencia del problema de la evolución social, que constituye, sin embargo, la cuestión central de la teoría antropológica.

El terreno no quedó todavía despejado, a pesar de los progresos realizados en el conocimiento objetivo del pasado, para poder llegar a una formulación de nuevas teorías específicas sobre la evolución de Mesoamérica. Quiero referirme a algunos de los mayores obstáculos que existían.

El primero de ellos es el que he llamado el trauma de Hrdlička. Este distinguido científico, que trabajó la mayor parte de su vida en Estados Unidos, la dedicó a demoler sistemáticamente y con gran éxito las pruebas que se alegaban sobre la supuesta gran antigüedad del hombre en América.

No tengo dudas sobre la honestidad intelectual de esta empresa, ni tampoco sobre las motivaciones de Hrdlička. Además, a largo plazo su trabajo contribuyó a establecer sobre bases más firmes la antigüedad del poblamiento de América. A corto plazo, sin embargo, inhibió el pensamiento y quizá también la actividad de los antropólogos que planteaban la tesis del desarrollo autónomo.

En efecto, para decirlo de alguna otra manera, el tiempo concedido por Hrdlička se quedaba corto. La dimensión temporal era a todas luces insuficiente para colocar en ella la totalidad de una evolución muy compleja y diversificada. Recuérdese que la antigüedad que se atribuye ahora a los comienzos de la domesticación de algunas plantas está muy cerca de las fechas aceptadas por Hrdlička para el poblamiento del Nuevo Mundo. Todas las fechas críticas han tenido que ser empujadas hacia atrás: las de la agricultura y la irrigación, las del urbanismo, las de la emergencia del Estado y de las clases sociales. En mi opinión, muchos colegas se muestran todavía tímidos ante las cronologías de la taxonomía del desarrollo mesoamericano.

La barrera temporal ha sido rota definitivamente por los trabajos arqueológicos más recientes. Al parecer, estamos curados de este trauma particular. Sin embargo, no parece que hayamos sido psicoanalizados con éxito del complejo ceremonial, el segundo de los grandes obstáculos interpuestos en el camino de las teorías especiales del desarrollo mesoamericano.

El complejo del ceremonialismo pobló Mesoamérica, como si fuera el sueño de un caso freudiano, de sacerdotes que dominaban espiritualmente a las poblaciones nativas y regían la totalidad de su vida económica, social y política. Llenó los altiplanos y las selvas tropicales de centros ceremoniales, que consumían el trabajo y la producción social sin más propósito aparente que el culto a las deidades y el cumplimiento de oscuras obligaciones con el sol. Trató de explicar ceremonialmente las guerras de conquista, la formación de estados y de imperios, la división en clases sociales e incluso la Conquista española.

Resulta obvio que había que realizar una inversión al estilo de la que Marx practicó con la filosofía de la historia de Hegel. Es decir, se trataba no tanto de negar las descripciones de la vida ceremonial mesoamericana, como de considerarlas con el contexto de las ideologías y, en consecuencia, de verlas como partes de una superestructura. El complejo ceremonial no regía la vida social, económica y política de Mesoamérica, sino que derivaba y formaba parte integral de ella.

La búsqueda de los fundamentos materiales del complejo ceremonial se vio obstaculizada por la tercera de las principales dificultades a las que quiero referirme hoy. Hace tiempo propuse llamarla el *dictum* de Kroeber.

Kroeber, que fue una figura avuncular para los antropólogos de mi generación, confrontó dos tipos de datos sobre Mesoamérica. Por un lado los que provenían de fuentes escritas españolas e indígenas y hablaban de grandes centros urbanos, de estados bien organizados, de clases sociales y de enormes poblaciones. Por otro lado tomó los datos de una etnografía moderna incompleta, fragmentaria y, por qué no decirlo, mal realizada aun a nivel descriptivo, que hablaba de comunidades rurales primitivas, homogeneidad social, agricultura rudimentaria y bajas densidades de población. Consideró, asimismo, los datos de una arqueología atacada por el complejo ceremonialista, preocupada casi exclusivamente por los aspectos estéticos y religiosos de las viejas culturas mesoamericanas.

La conclusión fue que alguien estaba mintiendo y que ese alguien eran los cronistas. Kroeber trasladó la economía y la tecnología indígenas contemporáneas al pasado, sin llegar siquiera a conocerlas bien y mucho menos a comprenderlas, y demostró la incongruencia existente entre este nivel de supuesto primitivismo y las descripciones literarias de una sociedad compleja y avanzada. Su *dictum*, que ejerció incalculable influencia, fue que semejante sociedad no podía ser otra cosa que una fábula tejida por los conquistadores, encomenderos, misioneros y funcionarios, interesados en aumentar sus éxitos, incrementar los tributos y extraer más trabajo de la población indígena.

Los profundos errores sobre la economía prehispánica, combinados con la obsesión ceremonialista y la constricción impuesta a la dimensión temporal, distrajeron el interés de muchos antropólogos de los problemas más fundamentales de la evolución mesoamericana: la cuestión de los orígenes y

desarrollo de la agricultura, del urbanismo, de las clases sociales y del Estado.

Por supuesto, la noción de cuáles problemas son importantes deriva en gran medida de los propósitos del investigador y está relacionada con la naturaleza del marco teórico que utiliza. Con frecuencia tiene que ver simplemente con la ausencia de cualquier concepción teórica sobre la evolución. Ésta es, precisamente, la situación a que se llegó a partir de la crisis del viejo evolucionismo unilineal.

Me refiero ahora no a la crisis particular provocada por el fracaso de la aplicación de las tesis difusionistas y paralelistas a la evolución de Mesoamérica, sino a la crisis general de la teoría evolucionista. Esta crisis, que influyó mucho sobre los que fueron maestros de mi generación, puede expresarse diciendo, en el lenguaje de Kuhn, que la antropología abandonó y rechazó el paradigma evolucionista. El simple abandono del paradigma caracterizó a los antropólogos sociales, pero su rechazo violento tipificó a los boasianos. Ambas tendencias o escuelas llegaron a dominar el campo total de la antropología durante la primera mitad del siglo XX.

La posición de los discípulos de Boas, aunque quizá no la del mismo Boas, fue implacablemente hostil al evolucionismo. El blanco principal era Morgan. Sus generalizaciones sobre las etapas evolutivas de la organización social, de la familia y de la religión, fueron confrontadas con los datos de la nueva etnografía y rechazadas con energía. Los boasianos tenían sobre sus adversarios la superioridad de su incansable y excelente trabajo de campo, así como la enorme ventaja de combatir esquemas dogmáticos y generalizaciones muy especulativas.

La refutación del evolucionismo no iba acompañada, sin embargo, de un ataque al método histórico. Por el contrario, la escuela de Boas se calificó a sí misma como histórico-cultural y nadie hizo más que ella por perfeccionar y ampliar las técnicas de estudio de los procesos históricos concretos. No existe aquí ninguna paradoja, sino la fiel continuación de la crítica de Herder al evolucionismo franco-británico del siglo XVIII y de su apasionada defensa de la diversidad y del particularismo cultural e histórico de los pueblos.

Sería falso atribuir exclusivamente a la crítica boasiana el abandono del paradigma evolucionista en antropología. Median muchos otros factores de coyuntura histórica y de contexto social y científico, de los que no podemos ocuparnos ahora. De todas maneras, su influencia fue poderosa y en el caso de Mesoamérica probablemente resultó decisiva. La mayoría de los antropólogos mesoamericanistas adoptaron el programa boasiano del particularismo histórico-cultural y la etnografía de rescate, dejando para el futuro cualquier posible tarea de elaboración teórica de la evolución americana. La teoría social se empobreció tanto como se enriquecieron la etnografía y la etnohistoria de los diversos grupos humanos de Mesoamérica.

La antropología social británica, al contrario de la escuela boasiana, no hizo de la teoría de la evolución un gran tema de controversia científica. De hecho, Radcliffe-Brown se declaró evolucionista a la manera de Spencer. Su furor académico, así como el de Malinowski y sus discípulos, se dirigió contra la historia cultural, que fue reputada de conjetural y especulativa. La antropología se concibió como una ciencia social interesada sólo en el estudio estructural, funcional y comparativo de las sociedades primitivas. Su objetivo declarado fue el descu-

brimiento de leyes sociales de carácter universal, basadas en relaciones estructurales y funcionales de causalidad social.

Sin embargo, las leyes sociales, si es que existen, deben ser universales no sólo en el espacio sino también en el tiempo. Quiero decir que han de descubrirse tanto en las sociedades contemporáneas, cuyos procesos podemos observar directamente, como en aquellas sociedades no coetáneas nuestras cuyos procesos, de todas maneras, podemos estudiar y analizar indirectamente por medio de sus restos materiales, de los documentos escritos y de sus restos culturales. Éste sigue siendo, en mi opinión, el argumento más fuerte en defensa de la unidad de las disciplinas antropológicas.

La crítica metodológica que hizo la antropología social del historicismo cultural tiene que ser revisada, asimismo, a la luz del hecho de que los primeros estudios estructural-funcionalistas ya se han transformado a su vez en documentos históricos. Resulta imposible aproximarse a ellos sin utilizar los instrumentos del método histórico.

No sólo la sociedad sino la misma antropología y su cuerpo de teoría y conocimientos resultan incomprensibles sin la perspectiva temporal de su desarrollo. La búsqueda de las leyes que rigen la estructura y el funcionamiento de la sociedad no tiene mucho sentido sin la búsqueda paralela de las leyes que rigen el desarrollo y la transformación de la sociedad.

Quiero subrayar la paradoja, una más en la historia de la antropología, de que fue el trabajo de los antropólogos antievolucionistas y antihistoricistas, que acumularon una inmensa cantidad de información, lo que a la larga contribuyó a establecer las condiciones objetivas que hicieron posible el resurgimiento de una teoría renovada de la evolución.

En realidad, puede pensarse que la orientación histórico-cultural de los boasianos y el enfoque estructural-funcionalista de los antropólogos sociales debía haberles conducido a una reformulación del evolucionismo. El que no fuera así tiene que ver más con el contexto social y político de la antropología académica durante la primera mitad del XX, que con las tendencias y las direcciones objetivas de la ciencia antropológica.

No se puede olvidar, a fin de cuentas, que la impopularidad del evolucionismo tuvo mucho que ver con el afán de las clases dominantes del mundo capitalista de declarar cerrados los procesos de transformación social, y con su pretensión de que el sistema existente podía seguir prosperando sin mayores alteraciones estructurales y, sobre todo, sin trastornos políticos.

Dentro de esta concepción estabilizadora y tranquilizadora de la sociedad, que suprimió de la teoría social tanto el conflicto como la evolución, los antropólogos sociales y los boasianos se adaptaron funcionalmente a los nichos ecológicos provistos por las instituciones interesadas en el pasado *per se*, en las culturas exóticas y en una administración inteligente y previsora de los pueblos colonizados.

Es muy probable que la misma coyuntura, aunque desde el punto de vista opuesto, explique también la supervivencia del viejo evolucionismo en ciertos círculos marginales de la antropología. Los marxistas ortodoxos, por ejemplo, jamás abandonaron las tesis fundamentales de Morgan, interpretadas y replanteadas dogmáticamente por Engels. Resulta difícil considerar esta fidelidad al evolucionismo unilineal del siglo XIX de otra manera que como la prueba de adhesión a una ideología política.

La ortodoxia exigía, además, trasplantar al resto del mundo la secuencia del desarrollo del occidente europeo. Es decir, el esquema de Stalin, que nunca fue el de Marx, del comunismo primitivo-esclavismo-feudalismo-capitalismo, siguió aplicándose a la evolución de Mesoamérica, mostrando completa indiferencia por los resultados de la polémica sobre el paralelismo, por los avances de la etnografía, la etnohistoria y la arqueología, y por los progresos del análisis estructural-funcionalista de las sociedades.

Mientras que la conservación del esquema morganista, según la didáctica explicación de Engels, no debe verse más que como un mero y estéril anacronismo, la tradicional preocupación marxista por los fundamentos económicos de la sociedad resultó más provechosa. Cuando menos continuó reclamando la atención de los antropólogos por los aspectos materiales de la civilización mesoamericana. Debe observarse, sin embargo, que estas preocupaciones se expresaron con mayor frecuencia a través de interminables discusiones de los textos de Marx y Engels que por medio de la investigación concreta.

El movimiento renovador de la teoría evolucionista debe muy poco, si acaso debe algo, a la actividad científica de la ortodoxia marxista. A pesar de todo, el resurgimiento del evolucionismo se produjo dentro del cuadro general de la teoría marxista, o al menos bajo su influencia. Así lo prueba la lectura más superficial de Leslie White, Gordon Childe, Julian Steward y Karl Wittfogel.

El nuevo evolucionismo conservó la idea central del viejo evolucionismo. Mantiene la concepción, empíricamente demostrable, de que existe un movimiento histórico de las

sociedades humanas, vistas en su conjunto, desde lo simple a lo complejo y desde lo homogéneo a lo orgánicamente diversificado. Si al término "progreso" se lo despoja de cualquier connotación valorativa, este movimiento histórico puede ser calificado de progreso. Los neoevolucionistas, sin embargo, prefieren describirlo como un proceso de dominio creciente sobre la naturaleza, así como de creciente control para el hombre de su propio medio histórico-social.

Detrás de estas formulaciones, en apariencia más neutras, resulta fácil descubrir el lenguaje de Vico, Hegel y Marx, que hablan de la historia como la abolición de la necesidad y la conquista de la libertad por medio de la creación y perfeccionamiento de la sociedad civil, así como de la expansión continua de las fuerzas productivas del hombre.

A diferencia del viejo evolucionismo, el neoevolucionismo es multilineal. Rechaza la idea de que existan etapas universales y obligatorias del desarrollo histórico por las que han pasado o deben pasar todas las sociedades humanas. Se hace la excepción, por supuesto, de aquellas secuencias que se formulan de manera muy abstracta, tal como el paso de la economía natural a la política y de las sociedades igualitarias a las estratificadas.

La teoría multilineal de la evolución rechaza en especial la creencia vulgar y etnocéntrica de que las etapas de desarrollo eurooccidental (esclavismo, feudalismo, capitalismo) son válidas en todas partes y aplicables al resto del mundo. Resulta ahora evidente que la mayoría de las sociedades humanas no han conocido el esclavismo o el feudalismo como formas sociales dominantes de producción. El capitalismo, por otra parte, se convirtió en el sistema mundial dominante por medio de la difusión y de la imposición, pero no a través de la invención

independiente o de la convergencia evolutiva. El neoevolucionismo, en consecuencia, ha dirigido la atención y el estudio hacia las formaciones sociales no occidentales, como aquellas que se encuentran originalmente en Asia, África y América.

El nuevo evolucionismo afirma, asimismo, la existencia de relaciones de causalidad que son demostrables tanto en los procesos diacrónicos de desarrollo como en el plano puramente sincrónico (estructural-funcional). Por supuesto, sin esta premisa no resultaría posible construir una ciencia social.

El problema consiste en determinar la jerarquía que guardan entre sí las diversas categorías de hechos sociales. Esta cuestión no puede ser resuelta sólo en el nivel teórico, ni tampoco de manera exclusivamente empírica. El método del evolucionismo multilineal exige que la hipótesis teórica sea confirmada, en cada caso, por medio del análisis de los datos empíricos.

Es posible que en esta área de problemas sea donde el neoevolucionismo ha hecho uso más intenso de las ideas marxistas, en particular de la teoría de los modos de producción y las formaciones socioeconómicas. El análisis del modo de producción como fundamento y determinante primario de la formación social es lo que permite pasar del plano de la generalización teórica más abstracta (fuerzas productivas-relaciones sociales de producción) al plano, más concreto (modo de producción específico-sociedad particular).

Es preciso agregar que la influencia marxista, que nunca ha sido unívoca en el terreno del pensamiento y la acción política, tampoco ha resultado unívoca en el campo de las ciencias sociales. Existe una vertiente dogmática y ritualista del marxismo y otra vertiente crítica y creadora.

Los antropólogos de orientación marxista o marxiana harían bien en tener presente que Marx aplicó su genio teó-

rico y su fuerza analítica casi exclusivamente a un tipo de sociedad, el capitalismo industrial, y a un periodo histórico concreto, el siglo XIX. Poco pudo decir sobre el capitalismo mercantil, el feudalismo, el mundo clásico y la sociedad oriental, y menos todavía sobre los campesinos y las sociedades no occidentales llamadas primitivas. Aquellos que traten de emplear el método y la teoría desarrollados por Marx deben recordar sus propias palabras acerca de la historicidad de toda teoría y todo método.

En los últimos años ha aparecido una tendencia, todavía más dogmática, que pretende que toda ciencia social, y en particular la antropología, puede ser subsumida en la teoría marxista. No pretendo discutir ahora esta extraordinaria posición que, entre otras cosas, contradice tan profundamente la del propio Marx, quien dedicó mucho tiempo y atención al estudio de los autores clásicos de la etnología de su tiempo.

Quiero afirmar, sin embargo, que la antropología, que trata de la totalidad de la experiencia cultural humana, es más rica que el marxismo, que al fin es sólo uno de sus aspectos históricos y sociales concretos. Pero pienso, asimismo, que la totalidad de la experiencia social y cultural del hombre no puede ser comprendida en nuestra época sin utilizar los instrumentos conceptuales y analíticos del marxismo.

En relación con los problemas anteriores quiero proponer ahora que existen cuando menos tres criterios esenciales para considerar el valor y la importancia de cualquier teoría científica.

El primero es aquel que Vico expresó como *verum-factum* y Marx como teoría-praxis social. En el lenguaje viquiano, tan profundamente anticartesiano, verdad es lo que se hace,

puede hacerse o ha sido hecho. No existe mejor prueba de certidumbre que aquella que facilita el hombre mismo por medio de su actividad creadora del proceso histórico. La teoría-praxis social, en el lenguaje viquiano de Marx, supone una progresión dialéctica, durante la cual la teoría al principio no hace más que interpretar el movimiento histórico, pero después se empeña en guiar y conducir la praxis por medio de la teoría.

No parece casual que la teoría de la evolución multilineal aparezca en una coyuntura histórica en que la praxis social rechaza tanto el modelo capitalista clásico como el experimento socialista ruso, y trata de abrir caminos nuevos para el desarrollo de la sociedad. Tampoco es accidental que coincida con los procesos de descolonización, que reclaman la validez de las experiencias culturales no occidentales y procuran recuperarlas.

El neoevolucionismo, en consecuencia, no es una teoría que deba probarse sólo mediante el estudio del pasado, sino también y principalmente a través de la praxis concreta de las sociedades contemporáneas y de la determinación de su futuro.

Desde este punto de vista, y muy al contrario de lo que sostienen los defensores del dualismo científico, no se encuentran diferencias esenciales entre las ciencias sociales y las del mundo natural. Las extraordinarias hipótesis de la nueva física se convirtieron en certidumbre en los laboratorios experimentales y luego en las bombas atómicas y en las centrales de energía nuclear. La teoría de la relatividad fue comprobada primero por la observación empírica y luego por medio de experimentos críticos.

El quehacer histórico del hombre, la praxis social que incluye las revoluciones y transformaciones modernas, cons-

tituye el equivalente de la experimentación en las ciencias físicas. Los procesos de transformación racional de la sociedad, o sea aquellos que están guiados por la teoría, son el equivalente de aquella ingeniería que aplica e instrumentaliza los principios teóricos de las ciencias de la naturaleza.

El segundo criterio valorativo reside en el poder de explicación de una teoría, es decir, en su capacidad de interpretar de manera congruente y con la máxima economía de hipótesis un número mayor de fenómenos y hechos sociales.

Como he tratado de mostrar a lo largo de este artículo, las teorías difusionistas y paralelistas extremas no sólo no ofrecen una verdadera explicación del desarrollo, sino que además están en contradicción con la mayoría de los hechos que se conocen. Por otra parte, las corrientes históricas-particularistas de la antropología, al renunciar a formular cualquier teoría general, ofrecen sólo explicaciones parciales de fenómenos particulares o de series limitadas de hechos.

El neoevolucionismo, por la propia naturaleza de su teoría y de su metodología, no puede eludir la tarea de incluir todos los hechos posibles en la explicación, y además debe interpretarlos de manera congruente, interrelacionada y sistemática. Su postura, en consecuencia, es globalista y totalizadora. También es antirreduccionista, sea en la dirección del psicologismo que criticó Durkheim o en la dirección del economicismo que los marxistas vulgares confunden con el enfoque utilizado por Marx. La teoría de los modos de producción-formaciones socioeconómicas y la relación dialéctica entre "estructura" y "superestructura", forman el núcleo esencial de los sistemas de análisis e interpretación global del neoevolucionismo.

El poder de explicación que posee una teoría en relación con los hechos conocidos de una sociedad permite su transfor-

mación en paradigma científico. La teoría debe ser capaz de explicar incluso aquellos hechos que todavía no se conocen en el momento de su elaboración. Es decir, debe ser capaz de anticipar la experiencia y de ejercer poder de predicción. Cuando resulta imposible hacerlo, y los nuevos hechos comienzan a requerir otra clase de explicaciones teóricas, la teoría entra en crisis y el paradigma se abandona, quizá para reaparecer bajo nuevas formas. Esto es lo que ha ocurrido con el evolucionismo y la teoría marxista.

El tercero de los criterios esenciales que propongo para considerar el valor científico de una teoría reside en su capacidad para generar y conducir investigaciones y su capacidad para aceptar e incorporar los resultados de la investigación. Es decir, la teoría debe proyectarse en forma de hipótesis o sistemas de hipótesis, claramente formuladas, que puedan ser sometidas a prueba. Desde este punto de vista el valor de una teoría puede ser medido por su influencia real sobre el desarrollo de la investigación concreta. Debe ser medido, asimismo, por los resultados obtenidos por las investigaciones que estimula y alimenta.

La estrecha relación que tiene que existir entre la teoría y la investigación constituye un caso particular de la relación dialéctica teoría-praxis social, ya que la investigación es una de las formas de praxis de la teoría. En efecto, la investigación promovida por la teoría a través de la formulación de hipótesis de trabajo debe retroalimentar la teoría y permitir su revisión, desarrollo y perfeccionamiento. Sin esta interacción constante la teoría se convierte en un cuerpo de proposiciones dogmáticas. La investigación pasa a ser un mero recurso del dogma para probarse a sí mismo. La maquinaria tautológica sustituye a la razón dialéctica teoría-praxis.

La transformación que acabo de aludir explica lo que le ocurrió a la teoría de Marx en manos de sus intérpretes ortodoxos, pero describe asimismo un proceso del que no está exenta ninguna disciplina científica. Por supuesto, la transformación tiene causas que se originan en el contexto social e histórico de la ciencia y de la actividad de los científicos. Las versiones más dogmáticas del marxismo se explican sólo en el contexto de la burocratización despótica del experimento socialista ruso.

La teoría-praxis, el poder de explicación totalizante de la teoría y su capacidad de generar investigaciones que la confirmen o modifiquen, parecen ser en definitiva tres de los criterios esenciales para valorar la teoría científica.

Quiero proponer ahora que, en el caso de Mesoamérica, el neoevolucionismo ha resultado especialmente productivo en el plano de la generación de las hipótesis de trabajo y del estímulo a las investigaciones que pretenden someterlas a prueba. El mejor ejemplo al que puede recurrirse es aquel que nos facilita el uso analítico del modelo derivado del modo asiático de producción.

Pongo especial énfasis en la expresión "uso analítico del modelo", porque veo cometer con demasiada frecuencia la equivocación de considerar al modo asiático de producción (MAP) como un modelo descriptivo de la sociedad mesoamericana. Sin embargo, la diferencia entre los dos es a la vez fundamental y obvia.

Concebir el MAP como una descripción *a priori* de la sociedad mesoamericana supone terminar la investigación antes de comenzarla, al imponer arbitrariamente un patrón conceptual externo a la propia evolución de Mesoamérica. Esto es, se re-

gresaría a la época de la aplicación mecánica de modelos teóricos. La utilización analítica del MAP tiene otros supuestos e implicaciones teóricas y metodológicas.

En el plano de la teoría se afirma que en todas las sociedades humanas operan principios y se presentan relaciones de causalidad general y específica. Mesoamérica no está excluida de esta situación universal. El descubrimiento de las regularidades existentes en la operación de los principios causales y su formulación en leyes generales y especiales, constituye una de las tareas fundamentales de las ciencias sociales. Esta tarea, precisamente, separa con claridad a la antropología como ciencia de aquella historia considerada como un mero relato o crónica de acontecimientos, lo mismo que la separa de otras disciplinas descriptivas, como la etnografía y la vieja arqueología.

En el plano de la metodología la búsqueda de regularidades y la formulación de leyes sociales supone no sólo el estudio y análisis estructural-funcional de cada sociedad particular en un momento determinado del tiempo, sino también el estudio y análisis de sus procesos en el tiempo. Además, supone necesariamente el uso del método comparativo. Es decir, implica la comparación sistemática de las estructuras sociales y de las secuencias de desarrollo de diversas sociedades, y no simplemente la de algunos de sus rasgos aislados y de sus momentos.

La comparación sistemática, por otra parte, requiere la construcción de modelos que conserven los elementos esenciales de las sociedades y de sus procesos, haciendo abstracción de sus peculiaridades secundarias. La ciencia social no dispone, por ahora, de modelos más adecuados para ello que aquellos construidos sobre la base de los modos de producción-formaciones socioeconómicas.

Los modelos de esta clase poseen, entre otras, una ventaja doble. Por un lado, indican claramente la jerarquía que existe en las relaciones de causalidad social. Las fuerzas productivas y las relaciones sociales de producción se consideran como las fuerzas básicamente determinantes. Por otro lado, el nivel de abstracción generalización de los modelos permite escapar tanto del enfoque particularista, individualizado, como del universalista, que anularían por igual la posibilidad de la comparación sistemática.

La consecuencia metodológica es clara. Cuando el investigador está interesado no sólo en reconstruir la historia particular del desarrollo mesoamericano, sino también en descubrir las regularidades sociales y en formular las leyes de la evolución de las sociedades, tiene que construir modelos y emplearlos de manera analítica y comparativa.

Es lamentable que la antropología de América todavía no haya sido capaz de formular modelos de esta naturaleza a partir de la propia experiencia americana. La única excepción posible está representada por los trabajos de Murra sobre la zona andina. Los antropólogos nos hemos visto obligados a utilizar modelos construidos a partir de las experiencias europeas, asiáticas y africanas.

Los resultados obtenidos por medio de la aplicación de estos modelos no han sido siempre satisfactorios. En primer lugar porque no fueron bien elegidos, al no corresponder a los elementos estructurales y secuenciales de la evolución mesoamericana. Tales han sido los casos de los llamados modos de producción antiguo o clásico (esclavista) y feudal europeo (servil). En segundo lugar porque los modelos, por lo general, no han sido utilizados de manera analítica y se ha tratado de forzar los datos de Mesoamérica dentro de esque-

mas rígidos. En consecuencia, su aplicación ha generado pocas investigaciones concretas que permitieran reelaborar el modelo o bien construir otro más apropiado.

El modelo provisto por el modo asiático de producción (MAP) ha sido utilizado de manera diferente, como trataré demostrar en la parte final de mi exposición.

Llamo modelo del MAP a una construcción teórica especial realizada a partir de los trabajos de Marx, Wittfogel, Childe y Steward sobre las sociedades asiáticas y americanas y la agricultura hidráulica. El momento crítico para su elaboración fue un simposio (Las Civilizaciones Antiguas del Viejo y del Nuevo Mundo, 1955), en el que participaron Steward, Wittfogel, Adams, Collier, Beals y Palerm, al que siguió una larga serie de discusiones, investigaciones y publicaciones.

Las características esenciales del modelo, en la forma como he expuesto en diversas publicaciones, fueron seleccionadas siguiendo varios criterios especiales, además de los de orden general que he indicado antes. En primer lugar, el de su posible adecuación a la naturaleza real de la economía, de la sociedad y del desarrollo mesoamericano. En segundo lugar, el de su comparabilidad específica con un cierto grupo de civilizaciones arcaicas (Perú, China, Mesopotamia, India, Egipto). En tercer lugar, el de su facilidad para derivar hipótesis susceptibles de comprobación en Mesoamérica y en otras partes del mundo.

Primera característica. El modelo está determinado por el estado de desarrollo de las fuerzas productivas. La economía tiene que haber superado el nivel de subsistencia de una manera específica: la agrícola. En consecuencia, existe producción social y excedente social de producto y de trabajo. Estamos tratando con sociedades agrarias complejas aunque preindustriales.

Segunda característica. El medio natural está tipificado por la escasez o excesiva abundancia del agua para usos agrícolas. La agricultura con excedentes sociales tiene que haberse desarrollado en ambientes geográficos que imponen necesidades técnicas de riego o drenaje, y en consecuencia necesidades sociales de trabajo constante, organizado y coordinado (costa desértica del Perú, zonas lacustres, pantanosas y áridas de Mesoamérica, cuenca del Nilo y del Tigris-Éufrates, etcétera).

Tercera característica. Existe una escala geográfica y técnica monumental de esta clase especial de agricultura. En sus comienzos habrá sido modesta, pero más tarde alcanzó las grandes dimensiones características de la agricultura hidráulica. El cambio de escala y de nivel de organización entre la hidroagricultura y los sistemas hidráulicos es comparable al paso de la producción manufacturera artesanal a las factorías industriales, y tiene consecuencias sociales y políticas igualmente comparables.

Cuarta característica. Los sistemas hidráulicos alcanzan una posición clave en el contexto total de la economía y la sociedad. Estos sistemas deben desempeñar un papel estratégico y dominante, constituyendo el núcleo alrededor del cual se organizan la economía y la sociedad. Las zonas de alta densidad hidráulica ejercen un dominio efectivo sobre sus regiones periféricas. Desde este punto de vista, su papel es comparable al que desempeñan los complejos urbano-industriales del mundo moderno.

Quinta característica. La organización de la producción agrohidráulica implica una división primaria y esencial del trabajo social entre las comunidades de agricultores, por un lado, y un aparato tecnoadministrativo, por otro. Los agricultores son los productores directos y a la vez constituyen la fuerza de

trabajo que realiza las obras de construcción y mantenimiento de los sistemas hidráulicos y en general de las obras públicas. Los hombres del aparato tecnoadministrativo planean, organizan y dirigen: controlan el trabajo social y disponen del excedente del producto social.

Sexta característica. Existe, asimismo, una división secundaria pero creciente del trabajo social, que se expresa en los especialistas que se separan de la agricultura sin incorporarse al aparato tecnoadministrativo más que de manera subordinada o indirecta: artesanos de diversos tipos, funcionarios menores, simples trabajadores, etc. Estas nuevas categorías del trabajo social tienden a concentrarse en los centros administrativos y en las ciudades, estableciendo los fundamentos de la división del trabajo urbano-rural.

Séptima característica. El aparato tecnoadministrativo surgido de las necesidades objetivas del sistema de producción agrohidráulico está entrelazado en los demás aparatos que forman el mecanismo total del Estado: organización militar y religiosa, recaudación de tributos e impuestos, comercio a larga distancia, etc. El personal que integra este conjunto constituye una clase dominante identificada con el Estado. De hecho, el Estado es la clase dominante y no meramente, como en las sociedades de tipo occidental, un instrumento de dominio especializado e institucionalizado de la clase dominante.

Octava característica. El Estado-clase dominante ejerce el poder en forma monopolista y despótica. Monopolista porque su autoridad se extiende de manera directa e inmediata a todos los aspectos de la vida social: economía, religión, política, guerra, trabajo, etc. Despótica porque carece de cualquier oposición, excepto aquella que puedan ejercer las comunidades aldeanas por medio de la pasividad o la rebelión.

Novena característica. Una consecuencia de este estado de cosas es el estancamiento social. La sociedad está plagada de conflictos, pero la lucha de clases no presenta más alternativa que la regresión al nivel primitivo de organización aldeana o la restauración del orden despótico y monopolista. A pesar de su enorme antigüedad ninguna sociedad de este tipo ha desembocado jamás en un modo capitalista de producción, excepto por conquista o por transformaciones impuestas por el mundo exterior.

La demostración de la aplicabilidad de este modelo a Mesoamérica supuso realizar una amplia serie de nuevas investigaciones, ya que no existía información sobre muchas cuestiones básicas o bien aquella disponible era insuficiente e insatisfactoria. Resulta natural que las investigaciones se desarrollaran preferentemente sobre la agricultura, la demografía y el urbanismo. Es decir, sobre el complejo básico economía-población-centros de poder organizador económico y político que era necesario entender en primer lugar.

Las tácticas combinadas de la etnohistoria, la etnografía y la arqueología han descubierto la existencia de una gran variedad de sistemas intensivos de hidragricultura, que se extendieron sobre la totalidad del área mesoamericana, desde las zonas desérticas a las tropicales lluviosas y a las regiones áridas y semiáridas. La hidroagricultura constituye, en consecuencia, un rasgo esencial de la economía mesoamericana.

Es muy significativa la inclusión de las zonas tropicales lluviosas, en especial de las mayas y probablemente también de las olmecas de la costa del Golfo de México. Yo había sostenido esta posibilidad desde hace años, basándome en evidencias reconocidamente fragmentarias e inconcluyentes pero de todas maneras sintomáticas. El misterio del funda-

mento económico de la civilización maya clásica ha dejado de serlo. Mejor dicho, aparece ahora como un enigma fabricado por la obsesión ceremonialista de la antropología y por el desinterés consecuente por los aspectos materiales del desarrollo cultural.

Se ha demostrado, asimismo, que en algunas áreas clave del desarrollo mesoamericano la hidroagricultura alcanzó, cuando menos en épocas tardías, una escala de tamaño y complejidad que permite incluirla entre los grandes sistemas hidráulicos del mundo antiguo. El ejemplo culminante se encuentra en el valle de México, al que dedicamos especial atención Armillas, Sanders y yo, con algunos colaboradores y estudiantes.

Es posible que no exista en Mesoamérica otro caso semejante por lo que se refiere a la escala. Debe reconocerse la excepcionalidad del conjunto de condiciones naturales del valle (lagos de agua dulce, ríos permanentes y controlables, abundancia de manantiales, etc.), que corresponde a la excepcionalidad de su papel en la historia del desarrollo mesoamericano. Sin embargo, otras áreas clave, como Tlaxcala, Oaxaca y la zona maya, pueden ofrecer sistemas menores pero cuya complejidad establezca necesidades de organización y control semejantes a las creadas por los sistemas de gran magnitud. Un ejemplo de ello se encuentra en el Acolhuacan, que Eric Wolf y yo describimos tiempo atrás.

La antigüedad de la hidroagricultura ha quedado plenamente probada en Tehuacán, Oaxaca, el valle de México, y otros lugares. Puede afirmarse que existe correspondencia cronológica entre estos sistemas y el proceso formativo de la civilización mesoamericana. Quizá pueda pensarse que en algunos casos la agricultura haya comenzado como hidroagricultura. Queda como problema sin resolver el de la antigüe-

dad de los sistemas hidráulicos de gran escala y/o de gran complejidad. Mi impresión personal, fundada en el análisis morfológico de la cultura global, es que existieron desde la fase tardía del preclásico.

Las características y la evolución de la población en relación con los diversos tipos de agricultura ha sido explorada con éxito desde el ángulo de la etnografía y la etnohistoria. Los trabajos arqueológicos apenas han comenzado de manera sistemática. A pesar de estas evidencias incompletas puede afirmarse la realidad de una estrecha correlación entre las densidades de población, la urbanización y los sistemas agrícolas. Creo haberlo mostrado así en mis mapas de distribución geográfica del regadío en Mesoamérica y en el Totonacapan.

La existencia en Mesoamérica de verdaderas ciudades tuvo que ser demostrada, asimismo, frente a las tesis tradicionales sobre los centros ceremoniales. Millon y sus colaboradores no han dejado dudas sobre Teotihuacán, y en el área maya clásica comienza a emerger el conocimiento de formas especiales de urbanización. La ciudad, en consecuencia, también es un elemento esencial del desarrollo mesoamericano, aunque todavía sabemos poco sobre sus características y sus relaciones con la periferia regional.

La antigüedad de las ciudades está sometida a discusión. Eric Wolf y yo hemos sostenido la existencia de formas urbanas desde el preclásico tardío, basados en reconocimientos de superficie del valle de México y Puebla y en la morfología cultural. Sólo la nueva arqueología podrá confirmar o rechazar esta posición.

La discusión prosigue sobre la naturaleza de las ciudades mesoamericanas y en particular sobre sus funciones económicas. Parece indudable la existencia desde el clásico de

una diferenciación creciente entre ciudad y campo, expresado no sólo en las funciones políticas, administrativas, religiosas y comerciales, sino también en la especialización de la producción: cerámica, textiles, herramientas y utensilios de piedra, artículos de lujo, principalmente.

La escala de algunas ramas de producción es significativa tanto desde el punto de vista de su volumen como de la población trabajadora necesaria y de la organización del comercio. También es importante como un aspecto de la división del trabajo social y de la especialización técnica.

En definitiva, las ciudades de Mesoamérica no pueden verse como meras aglomeraciones de población, ni tampoco exclusivamente como sedes del poder político y centros comerciales y religiosos. Creo que también sería falso concebirlas en términos de las ciudades europeas que sirvieron de cuna a la burguesía y de foco al capitalismo. Las ciudades asiáticas del Extremo Oriente antes de la invasión europea parecen ofrecer un patrón mejor de comparación.

A los problemas sin resolver que acabo de indicar, hay que agregar aquellos que tienen que ver con la naturaleza del Estado y de la clase dominante. No creo que exista suficiente claridad sobre la articulación económica y social entre el sistema de tributos en especie, las obligaciones de facilitar mano de obra, las manufacturas urbanas, los tianguis, el intercambio ceremonial y el comercio de larga distancia; es decir, sobre la cuestión general del movimiento de productos y de fuerza de trabajo. Por supuesto, existen otros muchos problemas de parecida importancia, pero los que he mencionado tienen relación más directa con el modelo que utilizo.

La discusión presente sobre la existencia misma del *calpulli* es un buen indicador del estado de crisis permanente de los estudios sobre la organización social mexicana. Los modelos teóricos van alternando entre el comunismo primitivo, el tribalismo iroqués, los estamentos y clases sociales de tipo feudal occidental y burgués, y las clases funcionales y burocracias de la sociedad oriental.

Existe, además, una tendencia de la investigación etnohistórica que podríamos llamar empirista, iniciada por Kirchoff y animada ahora por Carrasco y Reyes, que se concentra en la publicación y comentario de documentos hasta ahora casi inaccesibles o desconocidos. Los resultados alcanzados son más satisfactorios que las prolongadas discusiones sobre unos pocos datos de naturaleza ambigua. Sin embargo, tengo la sospecha de que esta tendencia, carente como está de marcos teóricos explícitos que le permitan integrar los datos, puede terminar fácilmente en otra etnología boasiana.

Las tácticas de investigación que se siguen en etnohistoria deberían completarse de inmediato con el estudio directo de los estados mesoamericanos. El camino para llegar a comprender tanto la clase dominante como la estructura social total y el funcionamiento del sistema económico pasa necesariamente por el Estado. Resulta ingenuo que algunos de nuestros colegas traten de entender este fenómeno central de la sociedad mesoamericana buscando en las zonas marginales de los grandes centros de poder o en los niveles inferiores de la organización socioeconómica y política.

El error que se comete me parece semejante al de aquellos etnólogos dedicados al estudio de las comunidades aisladas –metodológicamente, ya que nunca en la realidad– de su

contexto regional y nacional. En último análisis, los resultados de su trabajo no permitieron entender la sociedad nacional ni tampoco la comunidad misma. Necesitamos utilizar métodos totalizadores si aspiramos a comprender las sociedades globales.

Por otra parte, el desconocimiento del Estado mesoamericano (mexica, tarasco, tlaxcalteca, etc.), y de sus diversos aparatos, impide extender y profundizar el análisis de las relaciones entre la organización de la producción y del movimiento de productos, los organismos técnicos y administrativos estatales y la clase dominante. Esta cuestión, evidentemente, es fundamental en términos de la aplicación del modelo MAP a la situación de Mesoamérica.

Quiero indicar con estos comentarios que la demostración de la aplicabilidad del MAP a Mesoamérica está lejos de resolverse por completo. Todo lo que debe afirmarse ahora es que el planteamiento ha servido de estímulo poderoso a la investigación y de instrumento importante para la mejor comprensión del desarrollo independiente de Mesoamérica.

Cien años después de la aparición de la gran obra de Morgan sobre la sociedad antigua, y tras un largo eclipse, el evolucionismo vuelve a dominar el campo teórico de las ciencias sociales y en particular de la antropología.

La teoría de la evolución ha sido transformada en la segunda mitad del siglo XX tanto como Morgan y Marx la transformaron a finales del siglo XIX. No es sólo la teoría lo que ha cambiado. La sociedad también ha sido transformada y está transformándose día tras día. La nueva teoría de la evolución responde sobre todo a los procesos y a las necesidades actuales de la evolución de la sociedad.

¿Un modelo marxista para la formación colonial de México?[1]

En las publicaciones recientes de antropología e historia social de Mesoamérica se advierte una tendencia, cada vez más acentuada, a usar la expresión "modo colonial de producción" para referirse a la situación socioeconómica creada a partir de la Conquista. Es evidente que este lenguaje refleja el interés creciente de los mesoamericanistas por la teoría marxista, lo que es saludable después de muchos años de pseudoeclecticismo y ausencia de verdadero pensamiento teórico.

No conviene desconocer, sin embargo, que la nueva terminología no garantiza una mayor profundización en los problemas del desarrollo histórico y de la formación de la nacionalidad mexicana. Con frecuencia el uso de nuevos términos no alcanza a tener más función real que la de envolver los mismos viejos hechos y fatigadas interpretaciones del pasado, inhibiendo así la búsqueda de nuevos hechos y la elaboración de nuevas interpretaciones.

De esta manera se ayuda, en efecto, a eludir la tarea de realizar una verdadera reflexión teórica, que no puede apoyarse sino en una considerable expansión del conocimiento obje-

1 Ponencia presentada de manera resumida y preliminar en el Simposio sobre Modos de Producción, que tuvo lugar en el Congreso Internacional de Americanistas celebrado en México en 1973. Apareció en forma mimeografiada en *Los Cuadernos de la Casa Chata* del Centro de Investigaciones y Estudios Superiores del INAH.

tivo conseguido, a su vez, por medio de la investigación estimulada por el ejercicio teórico.

Hay también, digámoslo con claridad, un poderoso ingrediente de moda y oportunismo en la adopción o readopción de la terminología marxista en los estudios antropológicos e históricos mexicanos. Esta predisposición puede llegar a revelarse como un fenómeno enteramente frívolo y banal.

Desde este punto de vista el empleo del lenguaje marxista no obtendrá resultados muy diferentes de los que tuvo el uso del oscuro vocabulario del existencialismo sartriano, de la tumultuosa imaginería de Lévi-Strauss o del estructuralismo idealista de Althusser. Por estos caminos, en los que se sigue más a la novedad que al deseo de profundización teórica, se acaba simple y casi fatalmente en otro estilo verbal de alineación.

De todas maneras, la atmósfera intelectual de los estudios mesoamericanos parece ahora mejor preparada para recibir favorablemente, aunque con natural actitud crítica, cualquier contribución realizada utilizando las herramientas marxistas. A ello ha contribuido mucho la divulgación de los manuscritos inéditos de Marx sobre las formaciones socioeconómicas no capitalistas (las Formen) y los cuadernos de las lecturas anotadas que Marx hiciera de algunos antropólogos del siglo XIX sobre las sociedades no occidentales (*Etnological Notebooks*).

El primer efecto importante de estas publicaciones ha sido el de robustecer las posiciones teóricas de los marxistas críticos (o de los "marxianos", como prefiero llamarlos), que desde hace tiempo trabajan apartados de la estéril ortodoxia talmúdica.

El segundo y no menos importante efecto ha sido el de comenzar a romper la costra defensiva de los marxistas oficiales,

preparando la transición de algunos hacia el marxismo crítico. Finalmente, y de seguro en un plano de mayor trascendencia, está el efecto de abrir las corrientes científicas sociales contemporáneas a la influencia del pensamiento original de Marx.

Vivimos un interesante periodo de redescubrimiento de Marx, tanto por parte de los marxistas críticos y oficiales como de otros antropólogos, historiadores y sociólogos, que no consideran necesario declarar posturas teóricas fácilmente confundibles con actitudes políticas sectarias. El proceso es muy estimulante pero no está exento de riesgos.

En todo redescubrimiento de una figura de la relevancia científica de Marx se presentan elementos de ingenuidad casi inevitables. Quizá el más frecuente e improductivo resida en la magia de las palabras, en la creencia de que basta usar otra terminología para conceder significaciones distintas a los hechos, en vez de empeñarse en una exploración profunda de hechos conocidos y de descubrimiento de nuevos hechos, utilizando para ello, con buen sentido y actitud crítica, las herramientas teóricas, conceptuales y metodológicas de Marx.

Dentro de las categorías de análisis marxista ingenuo están aquellos que se han apresurado a usar la embriagadora nueva libertad para revelar, casi cada día, modos de producción inéditos. Sobre esta cuestión es preciso y quizá urgente decir algunas palabras.

El abandono de las tesis del evolucionismo unilineal, o sea de la progresión universal de ciertos modos de producción, que Marx y Engels habían propugnado en sus escritos más políticos y menos sociológicos, condujo a algunos a ver la historia humana como un escenario darwiniano de formaciones socioeconómicas en conflicto por la supervivencia. Quizá este

resultado fuera uno de los que Marx temía cuando suprimió la publicación de sus reflexiones sobre las líneas distintas de evolución de las sociedades.

Uno se pregunta si el caos conceptual representado por las mutaciones accidentales y la supervivencia y el desarrollo al azar es la única alternativa posible al destruido mito de la evolución unilineal. Al menos esto afirmó un marxista tan desilusionado como distinguido biólogo, Jacques Monod, en una de las obras más estimulantes de los últimos años, *El azar y la necesidad*.

A idéntica conclusión desalentadora, aunque en un plano de menor conciencia crítica, llevan los casi innumerables modos de producción traídos a la luz por afanosos investigadores que, de repente, se sintieron libres de las constricciones del marxismo oficial, o que acaban de descubrir la fecundidad del pensamiento de Marx aplicado al análisis de las sociedades no occidentales y no capitalistas.

De esta forma, además de los modos de producción tradicionales (esclavista, feudal, capitalista), tenemos ahora modos germánico, esclavo, oriental, africano, aldeano, incaico, campesino, despótico tributario, capitalista embrionario y hasta chiapaneco, sin pretender hacer una lista exhaustiva.

La verdadera polémica, sin embargo, aunque en un nivel de mayor profundidad, sigue teniendo lugar entre el azar y el determinismo causal; entre la idea de una variedad casi infinita de formas sociales individuales y la concepción de que todas ellas pueden agruparse en algunas categorías generales; entre la investigación social vista y practicada como un arte o bien considerada como ciencia.

En definitiva, es la polémica entre los que están seguros de que los procesos sociales permanecen sometidos a leyes com-

parables a las que rigen el mundo natural, y aquellos convencidos de que el rigor, el programa y los objetivos de la ciencia son inaplicables al mundo social y cultural.

Considerada de esta manera, y no veo otra posibilidad de hacerlo en el plano teórico, la polémica resulta desarrollarse alrededor de temas familiares para los antropólogos. En efecto, cuando la antropología culturalista de Estados Unidos y la antropología social británica completaron por caminos diferentes la quiebra del evolucionismo unilineal del siglo XIX, nos legaron varios intrigantes problemas.

El problema de los epígonos de Boas consistía en reconstruir una imagen totalizadora de las sociedades humanas en el marco de sus historias particulares, aceptando el rigor metodológico de la ciencia pero no su empeño en la búsqueda de leyes.

El problema de los seguidores de Malinowski, después de rechazar la historia como algo inevitablemente "conjetural", surgía de aceptar de la ciencia la urgencia de buscar leyes de alcance limitado en el espacio y en el tiempo, en el microespacio de cada cultura y en el microtiempo del periodo de observación. Aquello que se logra saber de un complejo espacio-temporal determinado, se dice, no es aplicable a otros complejos.

Los discípulos de Radcliffe-Brown quisieron descubrir regularidades presentes en todas o en la mayoría de las sociedades, de las que desprendieran leyes sociales de naturaleza estructural y funcional; es decir, de aplicación más general y no reducidas, como las de Malinowski, a las culturas individuales.

La destrucción del gran paradigma de la antropología del siglo XIX, o sea la teoría unilineal de la evolución, produjo

una crisis de la que es difícil afirmar que haya llegado a su término. Durante la primera mitad del siglo XX se realizaron diversos intentos se superarla organizando programáticamente a la antropología alrededor del historicismo de Boas, del particularismo cultural de Malinowski, del estructuralismo funcional y ahistórico de Radcliffe-Brown y de algunas otras corrientes menores derivadas de ellos.

Estas tentativas resultaron frustrantes en extremo, aunque no tan estériles como la pretensión de orientar la actividad de los antropólogos según un eclecticismo acomodaticio o un sincretismo sin poder creador. Hubo que regresar eventualmente al paradigma del evolucionismo que los marxistas habían mantenido insepulto.

El resurgimiento contemporáneo de la teoría de la evolución sociocultural debe mucho, aunque no todo, a la idea marxista de los modos de producción. En efecto, fue alrededor del problema del modo asiático de producción que se comenzó a reformular el concepto de evolución en antropología. El triunfo polémico de los marxianos sobre el marxismo oficial y sobre el eclecticismo imperante ha obligado, por fin, a aceptar la existencia de una formación socioeconómica que no puede situarse en ningún punto de la línea clásica de evolución representada por la secuencia esclavismo-feudalismo-capitalismo.

Al reducir los alcances de esta secuencia al desarrollo de la civilización occidental, donde verdaderamente parece haber tenido lugar, aboliendo así sus pretensiones de universalidad, el camino quedó abierto para un planteamiento más riguroso de la cuestión de la evolución multilineal. A la vez, se abrió el camino, como a principios del siglo XX, hacia una recaída en

el particularismo historicista y culturalista de las escuelas británica y norteamericana de antropología, pero ahora bajo la forma de un particularismo de los modos de producción.

Sería difícil imaginar una manera menos apropiada de emplear el método y la teoría marxista que aquella implícita en la alarmante proliferación de modos de producción que estamos presenciando. En efecto, este concepto fue elaborado por Marx en un grado muy alto de abstracción para servir el propósito principal de poner al descubierto las relaciones esenciales entre cualquier sistema social de producción y las formaciones socioeconómicas que origina.

Transformar la descripción de las particularidades que indiscutiblemente posee cada sociedad en la proposición de un nuevo modo de producción reduciría al marxismo al nivel del empirismo más esterilizante y llevaría a la antropología hacia el mismo callejón sin salida en que la dejaron las escuelas británica y norteamericana de principios de siglo.

El modo de producción es un instrumento analítico obtenido por medio de la abstracción. No es, de ninguna manera, un modelo descriptivo de una sociedad concreta; ni siquiera es un modelo generalizado a partir de los datos empíricos de varias sociedades. Su validez no reside en la adecuación formal y estricta a una sociedad determinada, sino en la utilidad para analizar cualquier sociedad, revelando su funcionamiento, los principios de su estructuración y las leyes de su desarrollo.

Hacer descender los modos de producción desde el nivel de abstracción en que Marx los colocó hasta el nivel de la descripción y del empirismo puede ser una empresa legítima. Pero es seguro que en el proceso se pierde mucho del poder analítico y de la fecundidad teórica del concepto.

He explicado hasta aquí las reservas de carácter general que mantengo contra el uso indiscriminado del término "modo de producción". He indicado algunos de los riesgos que entraña confundir una herramienta analítica con la descripción empírica de una sociedad. En seguida quisiera discutir las observaciones más específicamente metodológicas que tengo contra el empleo del término "modo colonial de producción".

Marx no analizó a fondo más que un solo modo de producción: el capitalista que dominaba el panorama histórico del siglo XIX. En la vasta obra publicada durante su vida, en la aparecida poco después de su muerte y en la que permaneció inédita hasta tiempos recientes, se refirió con poca extensión y menos cuidado a otros modos, como el esclavista, el feudal y el asiático. Desde luego, nada resulta comparable al tratamiento prolongado y sistemático que hizo del capitalismo.

En consecuencia, parece estar ahí el modelo metodológico completamente desarrollado que Marx hubiera aplicado al estudio de otros modos de producción de haber dispuesto de tiempo y quizá de interés suficientes. De atenerse a esta suposición hay tres características específicas del método marxista de análisis del modo capitalista de producción sobre las cuales es preciso llamar la atención en relación con el llamado "modo colonial".

En primer lugar, en *El capital* Marx consideró al capitalismo no simplemente como el modo "dominante" en el mundo, sino como el "único" y "exclusivo" a escala universal. Es decir que, para poder develar las leyes propias, intrínsecas, del funcionamiento del capitalismo, Marx asumió que era el único modo de existencia, eliminando así cualquier clase de perturbaciones externas al sistema.

Pienso que fue Rosa Luxemburgo quien, por primera vez, llamó la atención cumplidamente sobre este supuesto metodológico de Marx, lo mismo que sobre algunas de sus consecuencias más imprevistas. De hecho, Luxemburgo hizo de ello el eje de una polémica sobre la acumulación primitiva del capital, el proceso de su reproducción ampliada y el imperialismo, discusión a la que tendré que regresar más adelante. Hasta entonces los epígonos del marxismo habían confundido la abstracción metodológica con la descripción histórica del proceso real.

En el volumen primero de *El capital*, sin embargo, Marx había escrito claramente: "Para enfocar el objeto de nuestra investigación en toda su pureza, libre de las circunstancias concomitantes que puedan oscurecerlo, tenemos que considerar aquí todo el mundo comercial como una sola nación y suponer que la producción capitalista está consolidada en todas partes y se ha adueñado de todas las ramas industriales". Y en el volumen segundo: "fuera de esta clase (la de los capitalistas), no existe, según el supuesto de que partimos –régimen general y exclusivo de producción capitalista– ninguna otra clase más que la obrera".

A partir de esta abstracción Marx obtuvo un capitalismo "puro", sin distorsiones ni influencias externas a las propias del sistema. No tuvo que postular o examinar las relaciones con otros modos de producción, excepto en el caso de la génesis misma del sistema capitalista.

Es obvio que éste resulta ser un capitalismo inexistente en la realidad concreta presente y aun en la historia. Es más, es un capitalismo que no puede llegar a darse exactamente en la realidad, por más que lo real imite al arte. O sea, es lo que se llamaría hoy día un "modelo" y lo que Max Weber llamó un

"tipo ideal". Se discutió mucho cuando apareció el primer volumen de *El capital* la validez de esta abstracción de Marx, y algunos críticos lo acusaron de extremo idealista hegeliano. Su muy citada defensa se encuentra en el *post facio* a la segunda edición alemana de *El capital*.

El problema tiene que llevarse más allá de lo que podría considerarse, en sentido estricto, como método. Parece legítimo deducir que Marx consideraba como modos de producción sólo los que pueden pensarse como únicos y exclusivos sin serlo necesariamente en la realidad. Es decir, aquellos que pueden concebirse como totalidades, como sistemas completos, cerrados, en sí y para sí.

Un "modo colonial de producción" sería, de acuerdo con eso, un término carente de sentido lógico, un absurdo en el cuadro de la metodología marxista, ya que vendría a proponer un sistema que no se basta a sí mismo y del que no es posible pensar sin referencia a otro mayor, a una totalidad a la que pertenece de manera subordinada.

La dificultad que suscitó podría reputarse de artificial. Sin embargo, las abstracciones, y en general la construcción de tipos ideales y modelos, tienen sus propias reglas; de ninguna manera se trata de especulaciones caprichosas. La abstracción, el modelo, debe ser internamente coherente y bastarse a sí mismo. Además, debe ayudar a aclarar el fenómeno bajo estudio dentro del marco de referencia dado y sin recurrir a otros factores.

Resulta obvio que ninguno de estos requisitos sería aplicable al llamado "modo colonial". En todo caso podría hablarse del "segmento colonial" de algún modo de producción; de una parte de alguna totalidad. Lo anterior no quiere decir que el segmento colonial no tenga caracteres propios y peculiares. Los tiene, mejor dicho los adquiere, dentro de la totalidad cons-

tituida por el modo de producción dominante y en razón, precisamente, de su pertenencia y de su subordinación.

En el plano programático esto significa que el estudio del segmento colonial se convierte en la investigación de las conexiones y las relaciones entre la totalidad y el segmento, y de las adaptaciones que el segmento se ve obligado a realizar para funcionar bajo el modo de producción dominante y de acuerdo con sus fines y leyes.

La segunda característica del método marxista de análisis del modo capitalista que nos importa subrayar es la siguiente. El modelo construido por Marx en *El capital*, aunque no es ahistórico por completo, maneja la cuestión del desarrollo del modo capitalista de manera sumamente abstracta. Comienza por establecer las condiciones indispensables para el "funcionamiento" y el "desarrollo" del capitalismo en el siglo XIX, y a partir de este análisis indica las condiciones indispensables para su *surgimiento*, que debieron aparecer en algún momento en el seno de la sociedad feudal.

Marx inicia así el capítulo XXVI de la parte VIII, volumen I de *El capital*, al tratar el problema de la llamada acumulación primitiva: "Hemos visto cómo el dinero se convierte en capital; cómo se hace plusvalía por medio del capital, y de la plusvalía más capital. Pero la acumulación de capital presupone la plusvalía; la plusvalía presupone la producción capitalista; la producción capitalista presupone la preexistencia de masas considerables de capital y de fuerza de trabajo en manos de los productores de mercancías. El movimiento total, entonces, parece convertirse en un círculo vicioso [...]".

Marx rompe este círculo por medio de la historia: "La llamada acumulación primitiva [...] no es otra cosa que el proceso

histórico del divorcio entre el productor y los medios de producción […]. La estructura económica de la sociedad capitalista ha crecido dentro de la estructura económica de la sociedad feudal. La disolución de una dejó en libertad a los elementos de la otra".

No se trata sólo de que Marx proponga aquí una secuencia evolutiva lineal; esto parece tomarlo como supuesto indispensable. Lo que hace es exponer un proceso histórico abstracto, es decir, deducido no directamente de la historia concreta, sino de las exigencias estructural-funcionales del capitalismo de su tiempo proyectadas hacia el pasado.

Es probable que ésta sea la diferencia más aguda, aunque quizá no la más significativa, entre el método histórico formal y el que se usa en *El capital*. Tampoco ha sido la mejor comprendida, ya que Marx escribe la historia del capitalismo desde el presente hacia el pasado. El pasado le interesa sobre todo en función de la necesidad de explicar la posibilidad del presente.

Así, por ejemplo, partiendo de una condición *sine qua non* del capitalismo –la existencia de una masa de trabajadores "libres"– tienen que buscarse y encontrarse en la sociedad feudal los elementos de la disolución de los lazos sociales entre el productor y los medios de producción (campesino-tierra; artesano-taller). El análisis de estos elementos, aun en su estado larvario, sería más importante para sus propósitos que la mera descripción de las características principales del feudalismo, tarea sobre todo de la historia formal.

Este procedimiento tiene mayor parecido con las ciencias naturales, y en particular con Darwin y el estudio del origen de las especies, que con la historiografía formal. Pero el método, tan discutible como se quiera, no puede ser objetado en principio. El proceso real de investigación ha ido, en efecto, del hombre a

los homínidos y a los primates no humanos, del capitalismo a los modos de producción anteriores, y no viceversa.

La crítica de la historiografía formal puede alterar el esquema abstracto de Marx, de la misma manera que la biología moderna ha revisado el de Darwin. Sin embargo, de ninguna manera nos releva de la necesidad de proponer otros esquemas evolutivos sobre la base de métodos semejantes.

Para que el método histórico abstracto que emplea Marx en *El capital* (el modo capitalista ya contenido estructuralmente en el modo feudal anterior) pueda ser utilizado en otros procesos históricos, se requiere postular y demostrar relaciones genéticas entre otros modos de producción. Desde este punto de vista el método parece enteramente aplicable, por ejemplo, al surgimiento del modo asiático a partir de las sociedades agrarias igualitarias.

Sin embargo, los segmentos coloniales no son modos de producción en el sentido marxista; no pueden pensarse como tales, ni pueden colocarse en secuencias evolutivas independientes. Son, como dije más arriba, transformaciones y adaptaciones específicas de una parte incorporada a la totalidad de un sistema.

La historia abstracta de la formación de los segmentos coloniales tendrá que escribirse usando métodos distintos a los empleados en *El capital*. Para ello Marx dejó indicaciones muy escasas y fragmentarias, que pueden ser interpretadas, y lo han sido, de maneras contradictorias. Es posible que ciertas técnicas de la antropología moderna, en especial las empleadas para estudiar los procesos de difusión, integración y aculturación, resulten más reveladoras que la tortura de un método específico de Marx para obligarle a hacer algo para lo que no fue pensado.

La tercera característica del análisis marxista del modo de producción se refiere a la importante distinción que se hace en *El capital* entre la forma de la investigación y la de la exposición; o sea, entre la investigación propiamente dicha y la construcción del modelo analítico.

El método de la investigación como lo define Marx tiene validez universal: "apropiarse del material en detalle, analizar sus diversas formas de desarrollo, trazar sus conexiones internas". Es decir, resulta aplicable a cualquier modo de producción y a toda clase de circunstancias históricas. Sin embargo, el método de la exposición, la construcción del modelo o tipo ideal, resulta ser específico en cada caso. Es decir, tiene validez limitada al modo que se está analizando y a su proceso histórico particular: el capitalista.

Escribió Marx a los editores de una revista rusa en 1877: "(Mi crítico) siente que debe transformar absolutamente mi esquema histórico de la génesis del capitalismo en Europa occidental, en una teoría filosófico-histórica del camino general que cada pueblo está condenado a recorrer. [...]. Será estudiando cada una de estas formas de evolución separadamente y después comparándolas, como podremos encontrar fácilmente la llave de este fenómeno; pero uno nunca llegará a hacerlo usando como llave maestra una teoría general filosófico-histórica, cuya suprema virtud consiste en que es suprahistórica" .

El capital constituye un análisis casi exclusivamente económico de una estructura social cuyos principales elementos, mecanismos y procesos responden a una situación de mercado. El libro comienza con una discusión de la mercancía como clave para la comprensión del sistema: "La riqueza de las sociedades en que prevalece el modo capitalista

de producción, aparece como una inmensa acumulación de mercancías […]".

Las intenciones últimas del análisis de Marx podían ser, y de hecho eran, muy diversas: develar la ley del valor y de la acumulación del capital; descubrir la plusvalía; poner de manifiesto la alineación de una sociedad en la que todo es mercancía, incluso el trabajo humano. Pero lo que se precisa subrayar es que es a partir del análisis de la mercancía y del mercado como se van revelando la estructura y los procesos del modo capitalista de producción.

Resulta obvio que cualquier tentativa de aplicar una estrategia semejante al estudio de otros modos de producción tiene que terminar en el absurdo. La estrategia y el modelo analíticos de *El capital* son específicos del capitalismo, como el mismo título de la obra lo indica.

Hace mucho que Max Weber y Wittfogel demostraron que en el mundo clásico, lo mismo que en las civilizaciones orientales, los contextos sociales de la economía son diferentes, y por ello los procesos económicos están sometidos a leyes que no derivan de situaciones de mercado. Chayanov y Kula denunciaron la irrelevancia del análisis económico formal aplicado a la economía campesina y feudal. Polanyi ha mostrado que en las civilizaciones antiguas, lo mismo que en las sociedades primitivas, no existen mercancías ni sistemas de mercado en el sentido marxista del término, que es el mismo de la economía clásica. Preobrayenski demostró las diferencias entre los procesos de acumulación capitalista y socialista.

Si el modelo analítico provisto por *El capital* es inaplicable a otros modos de producción, resulta evidente que tampoco puede utilizarse, como tal y en su integridad, para el estudio

de los segmentos coloniales generados por ellos. En el mejor de los casos sería aplicable al segmento colonial creado por el modo capitalista. Pero aun ahí se encuentran varios problemas cruciales que discutiré en seguida.

No es exagerado afirmar que Marx no se ocupó más que breve y accidentalmente de las relaciones entre el modo capitalista y su segmento colonial. *El capital,* la obra clave para la presente discusión, las ignora casi por completo. La excepción principal está constituida por los capítulos XXXI y XXXIII de la famosa parte VIII dedicada a la llamada acumulación primitiva.

Marx advierte claramente que la omisión es intencional: "Sin embargo, no nos ocupamos aquí de la condición de las colonias. Lo único que nos interesa es el secreto descubierto en el nuevo mundo por la Economía Política del viejo mundo [...] de que el modo capitalista de producción y acumulación, y en consecuencia la propiedad capitalista privada, tienen por condición fundamental el aniquilamiento de la propiedad privada ganada por uno mismo; en otras palabras, la expropiación del que labora" (párrafos finales de la parte VIII).

La omisión es deliberada y es el producto de los supuestos metodológicos empleados por Marx para construir el modelo analítico del modo capitalista puro. Desde esta perspectiva el sistema colonial sería simplemente un ejemplo más, y por lo tanto redundante o innecesario, de la historia abstracta de la formación y desarrollo del capitalismo.

Cuando en los capítulos mencionados (que aunque son históricos no pertenecen a la historia formal sino a la ilustrativa del modelo abstracto) se ve obligado a considerar la participación del sistema colonial en el proceso de acumulación,

escribe como sigue: "Estos métodos dependen en parte de la fuerza bruta, o sea del sistema colonial. Pero todos ellos [colonias, deuda nacional, manera impositiva moderna y sistema proteccionista] emplean el poder del Estado, la fuerza concentrada y organizada de la sociedad, para apresurar, a manera de invernadero, el proceso de transformación del modo feudal de producción en modo capitalista, y abreviar la transición. La fuerza es la partera de cada sociedad vieja preñada de otra nueva. Es en sí misma un poder económico" (capítulo XXXI).

Más adelante habrá que volver sobre este curioso párrafo cuyas aplicaciones son importantes para el problema que estoy debatiendo. Por el momento, es claro que Marx coloca al colonialismo en un plano de importancia semejante al de otros mecanismos establecidos por el Estado para apresurar el desarrollo capitalista.

El papel que concede al segmento colonial es el de "acelerador" de un proceso que ya está en marcha a partir del feudalismo. No se sugiere, sino más bien se dice lo contrario, que la aparición de los segmentos coloniales pueda alterar la naturaleza o cambiar la dirección de los procesos históricos iniciados en Europa. Dicho de otra manera, el modo capitalista se reproduce a a sí mismo en escala creciente, desintegrando y absorbiendo los demás modos de producción y cubriendo finalmente todo el planeta.

Creo no cometer grave injusticia diciendo que la postura general de Marx ante las colonias fue etnocéntrica europea y triunfalista. Es verdad que denuncia con elocuencia e indignación moral los horrores del sistema. Pero también es cierto que considera que la función involuntaria de la expansión imperialista del capitalismo es civilizadora y benéfica.

El modo capitalista realiza a escala mundial y frente a otros modos y sociedades lo que ya había ejecutado en Europa frente al modo feudal. A saber, la creación de una sociedad industrial moderna y la disolución de los viejos vínculos y trabas que se le oponían. Todo esto resulta evidente en los artículos de Marx y Engels sobre la India y su subyugación por los ingleses, la conquista francesa de Argelia, la expansión territorial de Estados Unidos a costa de México, y la posibilidad de una guerra ruso-germana.

Rosa Luxemburgo fue quien primero se atrevió, desde el campo mismo del marxismo, a desafiar estas concepciones. En verdad, las teorías contemporáneas sobre el imperialismo y el colonialismo, el intercambio asimétrico y las causas del subdesarrollo económico, deben mucho más a Rosa Luxemburgo de lo que sus presuntos autores confiesan. Incluso la estrategia revolucionaria mundial desarrollada a partir de Lenin (la movilización de los países coloniales) debe más a Luxemburgo en forma directa que a Marx. Pero estas cuestiones, aunque muy importantes, escapan por ahora a nuestro foco principal de atención.

El modelo de Marx en *El capital*, escribe Luxemburgo, supone un proceso constante de expansión del modo capitalista que no puede acabar más que integrando el mundo entero a su sistema. Marx, al exponer su modelo teórico, no hace más que asumir que esta situación ha sido alcanzada, que el sistema mundial es capitalista y que en la sociedad no existen más que capitalistas y obreros. Todo esto es legítimo desde el punto de vista teórico (analítico), agrega Luxemburgo, si es que ayuda a descubrir y comprender cómo funciona el sistema capitalista en la realidad y cuáles son sus tendencias.

Los problemas comienzan cuando se confunden los requisitos metodológicos del modelo con la realidad misma y la historia abstracta resultante se identifica con la historia concreta. Desde este punto de vista el talón de Aquiles del modelo de *El capital* está en su explicación de la reproducción ampliada del capital (del proceso mismo de su acumulación). De manera cautelosa al comienzo, y al final agudamente crítica, Luxemburgo sostiene que la omisión de las relaciones coloniales en el modelo de Marx elimina toda posibilidad de explicación de la reproducción ampliada dentro del propio cuadro de la teoría marxista.

Los argumentos de Luxemburgo se desarrollan a lo largo de las siguientes líneas. En condiciones capitalistas la producción debe engendrar plusvalía en forma de mercancías. La transformación de las mercancías en dinero y eventualmente de parte de éste en capital destinado a la acumulación, debe hacerse por medio del mercado de productos y del mercado de trabajo. O sea, creando al mismo tiempo nuevo capital y nueva fuerza de trabajo. La masa adicional de mercancías que se produce debe recorrer el mismo ciclo a fin de asegurar la reproducción ampliada del capital.

¿De dónde proviene la continua demanda con capacidad de pago para hacer efectiva la plusvalía? Luxemburgo afirma que en *El capital* no se halla solución satisfactoria al problema y que las propuestas que hace Marx (sobre todo en el segundo volumen) no lo resuelven. La respuesta de Luxemburgo es que la realización de la plusvalía se hace por medio de capas sociales y sociedades que producen en forma no capitalista.

La condición misma del desarrollo del capitalismo, en consecuencia, es la existencia de los segmentos coloniales; Luxemburgo afirma que estos segmentos con frecuencia toman la

forma de un colonialismo "interno", es decir dentro de la propia sociedad que está generando el capitalismo. Tal ocurre, por ejemplo, con el artesanado y los campesinos.

Los argumentos críticos de Luxemburgo, en tanto que se explicitan en el campo de la teoría económica, no me impresionan profundamente. Estoy seguro de que algunos resultados son obsoletos a la luz de la ciencia económica moderna y de que otros necesitan demostraciones más rigurosas. Sin embargo, el secreto de la fuerza de convicción de *La acumulación del capital* se encuentra en el reino de la historia real del desarrollo del capitalismo. Cuando Rosa Luxemburgo enfrenta la historia concreta con la historia abstracta de Marx es cuando su poder crítico es más agudo y sugestivo.

"El capitalismo –escribe– viene al mundo y se desarrolla históricamente en un medio social no capitalista. En los países europeos occidentales le rodea, primeramente el medio feudal de cuyo seno surge [...] luego, desaparecido el feudalismo, un medio en el que predomina la agricultura campesina y el artesanado, es decir, la producción simple de mercancías [...]. Aparte de esto, rodea al capitalismo europeo una enorme zona de culturas no europeas, que ofrece toda la escala de grados de evolución, desde las hordas primitivas comunistas de cazadores nómadas, hasta la producción campesina y artesana de mercancías. En medio de este ambiente se abre paso [...] el proceso de acumulación capitalista [...]. El capitalismo necesita, para su existencia y desarrollo, estar rodeado de formas de producción no capitalistas".

Frente a estas economías el capitalismo utiliza los procedimientos que ya empleó contra el feudalismo, y no puede ser de otra manera ya que éstos emanan de la estructura misma

del modo de producción. Según la enumeración de Luxemburgo, en las situaciones coloniales del capitalismo se apodera directamente de las fuentes importantes de fuerzas productivas; "libera" obreros y los obliga a trabajar para el capital; introduce la economía de mercancías, y separa la agricultura de la industria.

En el proceso de las relaciones con los segmentos coloniales, sin embargo, aparece algo cualitativamente distinto, que Marx sólo insinúa al hablar del uso del poder del Estado en el párrafo de *El capital* que mencioné más arriba. Luxemburgo es mucho más explícita en su análisis, que debe considerarse un claro antecedente de los planteamientos contemporáneos sobre el papel de los sistemas de dominio.

Dice así: "en grandes zonas [...] de la tierra, las fuerzas productivas están en manos de formaciones sociales que, o no se hallan inclinadas al comercio de mercancías, o no ofrecen los medios de producción más importantes para el capital, porque las formas de propiedad y toda la estructura social las excluyen de antemano [...]. Confiarse aquí al proceso secular lento de la descomposición interior de estas formaciones [...] equivaldría para el capital a renunciar a las fuerzas productivas de aquellos territorios. De aquí que el capitalismo considere, como una cuestión vital, la apropiación violenta de los medios de producción más importantes de los países coloniales.

"Pero como las organizaciones sociales primitivas de los indígenas son el muro más fuerte de la sociedad y la base de su existencia material, el método inicial del capital es la destrucción y aniquilamiento sistemático de las organizaciones sociales no capitalistas con que tropieza en su expansión. Aquí no se trata ya de la acumulación primitiva, sino de una continuación del proceso hasta hoy. Toda nueva expansión colonial

va acompañada […] de esta guerra tenaz del capital contra las formas sociales y económicas de los naturales […]. El capital no tiene […] más solución que la violencia […]".

Cierto es que en Europa apeló también a la violencia revolucionaria contra el viejo estado de cosas, pero lo hizo en el seno mismo de la sociedad en que había nacido y apoderándose del aparato de gobierno. Un modo de producción seguía a otro que lo había engendrado.

En la relación colonial que podríamos llamar externa el capitalismo choca con modos de producción que no están en su propia línea evolutiva. El primer episodio de esta relación es un acto de conquista violenta y de dominio; la estructura futura del segmento colonial queda determinada de esta manera. Los objetivos del dominio evidentemente son económicos y responden a la naturaleza y a la dinámica del modo capitalista. Pero los instrumentos que emplea para estructurar el nuevo segmento colonial son políticos (el poder del Estado), y se expresan en un sistema de dominio: "el capital […] echa mano del hacha del poder político […]. Su primer gesto es el sojuzgamiento y el aniquilamiento de la comunidad tradicional […]".

Puede decirse que Luxemburgo modifica el modelo de *El capital* de varias maneras significativas que resultan fundamentales para nuestra discusión.

Primero, obliga a introducir el sistema colonial como un elemento indispensable para explicar el proceso de la reproducción ampliada del capital y con ello de todo el modo capitalista.

Segundo, al confrontar la historia abstracta del capitalismo con la historia concreta de sus relaciones con el segmento colonial, abre perspectivas que Marx no utilizó, cuando menos en *El capital*.

Tercero, al develar la naturaleza del segmento colonial del modo capitalista como algo que responde primariamente a la implantación de sistemas de dominio por el Estado, nos fuerza a una reconsideración de la acción y eficacia real de los mecanismos puramente económicos.

Resulta obligado hacer aquí un paréntesis, ya que Rosa Luxemburgo fue la última de los grandes teóricos marxistas que se ocupó seriamente de los modos de producción y del desarrollo histórico del capitalismo en conjunción con el colonialismo. A partir de ella se hace un gran silencio, que dura hasta las polémicas contemporáneas sobre el modo asiático y sobre el colonialismo.

No quiere insinuar que los marxistas abandonaron enteramente el análisis del capitalismo y del imperialismo. Su preocupación por el problema es clara, sobre todo a raíz del reparto del mundo entre las grandes potencias desde fines del siglo XIX hasta la Primera Guerra Mundial. Sin embargo, esta preocupación se expresó en formas que resulta interesante considerar ahora, pero que como se verá arrojan poca luz sobre la cuestión de la formación y desarrollo histórico de los segmentos coloniales.

Es significativo que quien inicia la discusión sobre el imperialismo a principios del siglo XX sea un liberal progresista inglés, Hobson, y no un marxista. Hobson constituye un punto de partida indispensable no sólo por la originalidad y el valor de su obra, sino también por la influencia que ejerció sobre Lenin y en general sobre el pensamiento marxista del primer tercio del siglo.

Hobson descubre, probablemente antes que nadie, que desde fines del siglo pasado Inglaterra estaba modificando

la naturaleza de sus relaciones económicas con el mundo exterior. De país clásicamente exportador de manufacturas se estaba convirtiendo, además, en exportador de capitales, en el banquero y prestamista del mundo. La necesidad de garantizar las fuertes inversiones en el extranjero constituía el motor principal de la nueva ola de expansión imperialista, diferente a la iniciada en el siglo XVI por los españoles y portugueses.

Hobson se pregunta acerca de las razones del fenómeno primario (la exportación de capital) y encuentra la respuesta en el subconsumo nacional. Si las clases ricas, dice, permitieran una redistribución más equitativa del ingreso nacional, de tal manera que las clases desposeídas tuvieran mayor acceso a los bienes producidos, no habría necesidad de emplear el capital en otros países. Las inversiones podrían hacerse en la misma nación de manera útil y productiva; el imperialismo carecería de sentido.

La crítica de Hobson al imperialismo está entre las más agudas, pero principalmente por lo que toca a sus consecuencias para el propio país metropolitano. La ingenuidad de su análisis económico y de sus soluciones, que los marxistas censuraron acerbamente, no debe ocultar el hecho de que es el primero en revelar la entrada del capitalismo a una nueva fase de desarrollo. Lenin, en una de sus más infortunadas predicciones, la llamó fase "final".

No nos interesa ahora examinar la exactitud del análisis y de las previsiones de Hobson, sino más bien subrayar que su foco está colocado sobre los países metropolitanos y no sobre los coloniales. Tampoco se interesa por sus interrelaciones. En última instancia Hobson (como Marx, aunque de distinta manera) sugiere la posibilidad de un mundo

capitalista puro (en el caso de Hobson reformado por el liberalismo), en el que los segmentos coloniales no necesitan tomarse en cuenta.

Hobson publicó su libro *Imperialismo* en 1902. En 1910 aparece la réplica marxista, aclamada por los socialistas austriacos y alemanes como la continuación y puesta al día de *El capital: El capital financiero* de R. Hilferding. No se encuentra en este monumento de erudición teutónica nada de la ingenuidad reformista y pragmática del liberal británico. Con la tradicional minuciosidad nativa y con la típica carencia de ilusiones del marxismo, Hilferding aniquila las explicaciones económicas de Hobson y coloca en su lugar la nueva teoría del predominio del capital financiero y de las concentraciones monopólicas.

La exportación de capitales es, en efecto, la clave del nuevo imperialismo, escribe Hilferding. Pero el capital se exporta, como las mercancías, no porque existan sobrantes que no puedan invertirse o venderse últimamente en la nación, sino porque existen diferencias acusadas en las tasas de ganancia según los distintos países. Frente a la hipótesis del subconsumo de Hobson, Hilferding utiliza la teoría de Marx sobre las variaciones en la tasa de ganancia de acuerdo con la composición orgánica del capital para explicar el movimiento de inversión desde los países más avanzados a los menos desarrollados.

Tan documentado y lúcido como pueda ser el análisis de Hilferding, participa de limitaciones semejantes a las del Hobson. Se trata, en esencia, de una discusión de lo que le ocurre al capitalismo en los países metropolitanos cuando entra en la fase de fusión del capital industrial con el bancario y de enorme concentración monopolista. La cuestión de lo que

esto tenga que ver con los segmentos coloniales y de cómo los nuevos desarrollos afectan e influyen a las colonias es algo que queda fuera del foco de atención de Hilferding.

Si acaso se limita a subrayar en algún lugar que "la exportación de capital, especialmente desde que tiene lugar en forma de capital industrial y financiero, ha acelerado enormemente la subversión de todas las viejas relaciones sociales y la difusión del capitalismo por todo el globo". Y en otro lugar indica que bajo ciertas condiciones (por ejemplo, en relación con el control de los recursos mineros y de otras materias primas) el capitalismo financiero bloquea las posibilidades de desarrollo del "segmento colonial".

Cinco años después de la aparición de *El capital financiero* Bujarin publica su *Imperialismo y economía mundial*, y al año siguiente, en plena Primera Guerra Mundial, Lenin termina su *Imperialismo*. Las dos obras siguen planteamientos y desarrollos paralelos, por lo que quizá debemos ocuparnos sólo de la que ha ejercido mayor influencia y goza todavía de mayor aunque quizá injusta popularidad.

Lenin y Bujarin no representan diferencia mayor con respecto a Hobson y Hilferding en cuanto se refiere al tratamiento precario del problema de las relaciones metrópoli capitalista-segmento colonial y a sus influencias sobre el modo capitalista. Tampoco hay progreso en el análisis histórico de la cuestión. Lenin declara francamente estas limitaciones en un prólogo de 1921 a un a nueva edición del *Imperialismo*: "el fin principal del libro era […] ofrecer […] un cuadro de conjunto de la economía capitalista mundial en sus relaciones internacionales a comienzos del siglo XX, en vísperas de la primera guerra imperialista mundial".

Ni Lenin ni Bujarin enfrentan la cuestión de la formación y desarrollo de los segmentos coloniales. Sus ojos están puestos sobre el capitalismo como un fenómeno europeo y norteamericano; no sobre su impacto específico en el mundo colonial. Fuerza es agregar que si ninguno de los dos contribuye a un mejor planteamiento marxista de la situación colonial, tampoco agregan mucho de nuevo al análisis del modo capitalista en su fase más reciente. El opúsculo de Lenin está montado sobre las ideas y las investigaciones originales de Hobson e Hilferding.

¿En qué consiste, entonces, la importancia de las obras de Lenin y Bujarin sobre el imperialismo? El interés de Lenin y Bujarin en el análisis de las nuevas formas del modo capitalista está colocado en función de la búsqueda de una estrategia política adecuada a las nuevas circunstancias. Se trata de hacer la revolución en Europa y no resolver un problema teórico. Aunque es preciso reconocer que en la ideología marxista la praxis revolucionaria debe estar siempre unida a la teoría, en la coyuntura de la Primera Guerra Mundial el realismo político de Lenin marcha muy adelante de las elaboraciones teóricas.

Para los recién bautizados bolcheviques resultaba intolerable la idea de un superimperialismo mundial, estructurado a partir de los grandes monopolios constituidos por el capital financiero internacionalizado. Hilferding quizá no había llegado a proponer tal cosa, pero otros socialistas europeos (Kautsky, Bernstein, Bauer) sostenían que existían tendencias en tal dirección que eventualmente pondrían fin a las guerras y a las competencias violentas del capitalismo desorganizado.

Bujarin y Lenin, para seguir el orden cronológico de sus libros sobre el imperialismo, procuran demostrar que las tenden-

cias a la concentración monopólica se traducirán en mayores y más frecuentes conflictos entre las potencias imperialistas.

La estrategia política bolchevique parte de esta premisa. La era de las revoluciones obreras (socialistas) está apenas comenzando y avanzará en la medida de la agudización inevitable de los conflictos interimperialistas. Una revolución victoriosa victoriosa sería impensable en las condiciones previstas por los teóricos marxistas alemanes y austriacos, con la excepción conocida de Luxemburgo. La revolución se convierte, por el contrario, en una posibilidad muy real en las condiciones anticipadas por Lenin y Bujarin.

Por otra parte, las revoluciones se producirán donde los conflictos sean mayores y la lucha de clases se agudice al máximo. En otras palabras, en Europa. Ni siquiera en este esquema revolucionario hay un papel importante para los segmentos coloniales. De la misma manera que siguieron ciegamente el desarrollo capitalista, continuarán a la zaga de las revoluciones socialistas en los países avanzados.

Las concepciones de Lenin y Bujarin no sólo eran etnocentristas europeas, sino que además se dirigían a elaborar una estrategia política y no a reformular una cuestión teórica. Creo que ambas limitaciones están en el fondo de la impotencia de los marxistas modernos para plantear la situación colonial de manera más correcta o al menos más inteligente. El lenguaje pueril sobre semifeudalismos y semicapitalismos es una buena demostración de la esterilidad en que cayó la teoría marxista.

Las necesidades dictadas por una praxis política crecientemente desligada de la teoría acabaron por imponerse a los requerimientos de la elaboración teórica del problema colonial. La práctica política, concebida y dirigida desde los cen-

tros marxistas europeos para los países coloniales, detuvo la reflexión y el análisis histórico hasta que la praxis sin teoría se hundió en el fracaso histórico de la estrategia estalinista en la China premaoísta.

Quizá sea conveniente recapitular los pasos principales del camino que hemos hecho hasta aquí. Después de esto presentaré algunas conclusiones que parecen inevitables. Se advertirá que he procurado ajustar mi exposición a la teoría y a la metodología marxista. Ello no es porque sea adepto a esta suerte de ejercicios escolásticos, sino porque una vez aceptado un cierto marco de referencia se está en la obligación de mantenerlo a fin de sostener la unidad y la coherencia interna de la discusión.

Primero. Rechacé como impropio el uso del término "modo colonial de producción". En buen método marxista las colonias no constituyen una totalidad ni pueden ser manejadas analíticamente como entidades aisladas, ya que forman parte de un sistema general dominado y caracterizado por un cierto modo de producción. En cambio, propuse el término "segmento colonial del modo capitalista" como el más expresivo de la naturaleza de su posición especial dentro de un sistema global determinado.

Segundo. Reconocí la imposibilidad de aplicar el modelo específico desarrollado por Marx en *El capital* a otro modo de producción que no sea el propiamente capitalista. Subrayé, además, la inaplicabilidad del modelo a la situación colonial, de la que *El capital* no se ocupa. En todo caso el modelo de Marx constituiría una previsión histórica (verdadera o con más probabilidad falsa) sobre el posible desarrollo capitalista futuro de las colonias.

Tercero. Acepté la revisión que hace Luxemburgo del modelo de *El capital*, en el sentido de que el modo capitalista en general (estructural e históricamente) resulta inexplicable sin la participación de los segmentos coloniales, sean éstos internos o más característicamente externos. Acepté, de igual manera, la posición de Luxemburgo de que la historia abstracta del capitalismo que propuso Marx debe ser reconsiderada a la luz de la historia concreta de sus relaciones con los segmentos coloniales.

Cuarto. Acepté la tesis de Luxemburgo, sugerida pero no desarrollada por Marx en *El capital*, de que en la formación de los segmentos coloniales los instrumentos políticos (el poder del Estado) son de importancia primaria, aunque los objetivos de su acción puedan ser de naturaleza económica.

Quinto. Subrayé la parálisis teórica del marxismo frente a los modos de producción no capitalistas y a la cuestión colonial durante el periodo comprendido entre la Primera y la Segunda Guerra Mundial. Obras como las de Hilferding, Bujarin y Lenin constituyen contribuciones al estudio de la evolución del sistema capitalista en Europa y Norteamérica, pero eluden la cuestión colonial y la de los modos de producción no capitalistas. Es posible apreciar, tanto en ellos como en sus sucesores, una tendencia creciente a subordinar los planteamientos teóricos en función de las necesidades de una estrategia y de una práctica política centradas en el sistema capitalista de los países euroamericanos.

Las conclusiones de nuestro proceso discursivo son claras. No existen modelos teóricos marxistas desarrollados que sean aplicables específicamente a los modos de producción no capitalistas. No existe un modelo teórico marxista clásico que permita analizar la situación colonial. No existe un modelo

teórico desarrollado que permita estudiar, desde el ángulo marxista, las interrelaciones entre el modo capitalista y los segmentos coloniales, excepto de una manera unilateral y desde el punto de vista de los países metropolitanos.

Existe, en cambio, un método general marxista aplicable a la investigación de estas situaciones que puede conducir al desarrollo de los modelos teóricos necesarios, como ha sido el caso del modo asiático de producción. Existe un modelo abstracto del modo capitalista desarrollado en *El capital*, revisado principalmente por Luxemburgo, Hilferding, Bujarin y Lenin, que hay que seguir confrontando con la historia concreta.

Dicho de otra manera, y para regresar a nuestro punto de partida, cuando se enfrentan los problemas de la formación histórica de la sociedad mexicana a partir de la Conquista española, la cuestión principal no es la de una simple aplicación de modelos teóricos ya existentes. Por el contrario, parece necesario oponer a los modelos abstractos que se han propuesto la historia concreta y los resultados de la investigación socioeconómica.

La cuestión es esencialmente de naturaleza crítica y programática. Por supuesto, cualquier programa de investigación requiere un planteamiento previo de la hipótesis de trabajo que pueden surgir, por un lado, de la confrontación entre los viejos modelos teóricos y la historia concreta, y por otro del estudio empírico de la realidad social, política y económica de México.

No se trata todavía de formular un modelo teórico revisado partiendo de las concepciones generales marxistas, sino de indicar algunas líneas de investigación que parecen decisivas. La elaboración del modelo es una tarea posterior que debe

aguardar, parafraseando a Marx, la apropiación del material en detalle, el análisis de sus diversas formas de desarrollo y el descubrimiento de sus conexiones internas.

La formación colonial mexicana y el primer sistema económico mundial[1]

La naturaleza y características de la formación colonial de México bajo el dominio español han sido objeto de largas investigaciones y discusiones, a las que los estudiosos marxistas han hecho contribuciones significativas en las últimas décadas. A pesar de todo, estamos lejos de poder afirmar que los problemas mayores se hayan resuelto, quizá porque la discusión ha predominado sobre la investigación y las investigaciones más importantes han carecido de intenciones teóricas explícitas.

No puede decirse, tampoco, que al menos las cuestiones principales hayan quedado planteadas en términos tales que sea permisible esperar respuestas prontas y claras. No sólo sigue existiendo gran diversidad de interpretaciones, sino que además las interpretaciones son opuestas y mutuamente excluyentes. Los bandos formados en el pasado lo mismo que en el presente, militando bajo banderas tales como feudalismo y semifeudalismo, semicapitalismo, capitalismo subdesarrollado, dependiente y larvario, parecen participar de una polémica política más que de un debate científico.

---

1 Ponencia presentada en el simposio sobre Historia Económica de América Latina, que tuvo lugar en el Congreso Internacional de Americanistas celebrado en París en 1976. Apareció mimeografiada y en forma ligeramente distinta en los *Cuadernos de la Casa Chata* del Centro de Investigaciones Superiores del INAH.

En verdad, de semejantes conceptualizaciones del pasado colonial de México se han desprendido en todo tiempo corrientes y estrategias políticas también divergentes y contrapuestas. Quizá sería más correcto decir que de la diversidad de las corrientes políticas, que expresan la conciencia y los intereses de grupos sociales determinados, se derivan ciertas interpretaciones del pasado. Los historiadores y otros científicos sociales ligados a las ideologías en conflicto de las grandes etapas de la vida nacional, desde la Independencia hasta la institucionalización de la Revolución, reflejan claramente estas actitudes.

Las influencias y las intenciones políticas, sin lugar a dudas, han estimulado las polémicas y promovido las investigaciones, pero no puede creerse que hayan contribuido de igual manera a clarificar los problemas. El prejuicio ideológico, sin embargo, no es la única fuerza que ha dado cierta dirección polarizada a las interpretaciones, ya que los modelos empleados para analizar y describir la sociedad colonial también predeterminan, hasta cierto punto, los resultados obtenidos.

La utilización de modelos teóricos y de categorías analíticas y descriptivas procedentes del mundo occidental, si bien no es tolerable en el caso de la Mesoamérica prehispánica, está enteramente justificada para el periodo de virreinato de la Nueva España. A fin de cuentas, cuando se habla del México colonial uno se refiere al fenómeno histórico de su incorporación a la esfera del mundo eurooccidental y a sus formas y leyes de desarrollo.

Se han cometido, sin embargo, graves excesos en la aplicación de los modelos europeos al análisis de la formación co-

lonial mexicana, de los cuales quizá los mayores responsables sean los marxistas dogmáticos. Pero es claro, o debería serlo, que en la realidad histórica no estamos ante una situación de implantación pura y simple en el Nuevo Mundo de las instituciones occidentales. En México, particularmente, más que de trasplante e implantación debe hablarse de un proceso de sincretismo en todos los niveles con las instituciones de una sociedad prehispánica que era sumamente compleja y, sobre todo, profundamente diferente de la Europa.

La mezcla, combinación y fusión de elementos indígenas y europeos, de todas maneras, tampoco explica por completo la formación colonial, ya que en todo proceso de sincretismo se crean estructuras nuevas y aparecen modalidades originales. De la misma manera que las propiedades del agua no se explican a partir de las del oxígeno y el hidrógeno en estado separado y puro, tampoco la formación colonial se entiende a partir de las características propias de los sistemas español y mesoamericano antes de su contacto. La nueva formación, además, es un organismo vivo que comienza de inmediato a generar rasgos y características peculiares que están en las raíces mismas de la futura nación mexicana.

Es preciso reconocer, por otra parte, que los modelos teóricos correspondientes tanto al mundo eurooccidental como al mesoamericano poseen fundamentos empíricos muy reducidos y endebles, y que en consecuencia están sujetos a grandes debates críticos y a revisiones continuas. He tratado de mostrar esta situación en otros trabajos, particularmente en los ensayos publicados en la colección SepSetentas bajo los títulos de *Agricultura y sociedad en Mesoamérica* y *Agricultura y civilización en Mesoamérica*, así como en el volumen *Modos de producción* de la serie Sociológica de Edicol.

La pobreza relativa de su base empírica no debe necesariamente quitar valor teórico y analítico a los modelos, pero sin duda restringe con severidad sus posibilidades de aplicación a otras épocas y a sociedades diferentes de aquellas que sirvieron para construirlos. El problema se agrava, además, cuando cualquier modelo se aplica de manera mecánica.

De todo ello resulta una doble mistificación. El investigador distorsiona y deforma la sociedad bajo estudio, aunque lo haga de manera involuntaria, a fin de ajustarla a ciertas condiciones estipuladas por el modelo empleado. En un segundo momento, al sobrevenir el descubrimiento de los errores que surgen de los defectos del método, se tiende a abandonar los modelos teóricos y sustituirlos por el más craso empirismo. La mera recolección de datos, sin embargo, nos regresa de nuevo a corto plazo a la conciencia de la necesidad de su interpretación dentro de marcos teóricos adecuados. Los datos sin teoría carecen de sentido.

La primera tarea que me propongo en este trabajo, en consecuencia, es la de presentar una serie de proposiciones teóricas y de hipótesis de trabajo sobre la formación y características del sistema colonial en México, que permita disminuir, ya que es imposible su completa eliminación, los riesgos más obvios de la ideología, del modelismo mecanicista y del empiricismo.

Tengo que decir, entonces, que consideraré el problema de la formación colonial mexicana dentro del marco provisto por el desarrollo del primer sistema económico mundial. Me interesa ahora, fundamentalmente, observar los procesos que ocurren en México, desde el punto de vista de su incorporación, a principios del siglo XVI, a un sistema mundial crecientemente dominado por el capitalismo.

Existe cierta confusión sobre el uso del término "capitalismo", que es conveniente aclarar. En este trabajo utilizaré la expresión "capitalismo mercantil" para referirme al periodo durante el cual el capitalismo domina ya la esfera del comercio y sobre todo los intercambios internacionales, pero todavía no la producción manufacturera. El término "capitalismo industrial" lo emplearé para el periodo de su dominio sobre la esfera de la producción; es decir, para la época en que Marx pudo estudiarlo directamente. Usaré el término "capitalismo financiero" en el sentido que le dio Hilferding en *El capital financiero*, al referirse a la concentración monopolista de los bancos y las empresas industriales.

El examen de los aspectos más autónomos de la evolución socioeconómica mexicana queda subordinado al marco de referencia expresado. Lo que me propongo hacer constituye, en cierta forma, una inversión del orden tradicional del análisis o cuando menos de aquel que ha sido utilizado con mayor frecuencia. En vez de partir de la situación prehispánica y de las instituciones coloniales consideradas más típicas (comunidad indígena, encomienda, repartimiento, merced, hacienda, etc.), tomaré como punto de partida el sistema mundial en formación al que México se incorpora.

Al colocar la formación colonial mexicana en el contexto del desarrollo del sistema mundial lo hago movido por razones de orden teórico más amplio. Para expresarlo de manera esquemática y simplista, pienso que la transformación en capitalista de la sociedad feudal europea no puede explicarse exclusiva, y ni siquiera principalmente, en términos de factores endógenos. Comparto la conclusión de Kula en su *Teoría económica del feudalismo* de que el sistema feudal era esencial-

mente estable. Las fuerzas que transformaron en algunos lugares en la dirección del capitalismo fueron sobre todo de origen exógeno.

Los factores externos que actuaron con mayor fuerza y eficacia en aquella transformación parecen ser los que surgieron de la formación del sistema económico mundial. El sistema mundial, que en su forma actual es la obra y la consecuencia del capitalismo moderno, fue a la vez su causa mayor y la estructura sobre la que se apoyó su desarrollo y su predominio. Ante el papel preponderante que las colonias tuvieron en el nuevo sistema, la formación colonial debe verse no sólo como la creación del capitalismo sino como una de las principales fuerzas creadoras del capitalismo.

Las fuerzas expansivas del capitalismo que se encuentran en la relación entre las formaciones coloniales tempranas y las metrópolis no dejaron de actuar ni perdieron importancia cuando el capitalismo industrial y financiero llegó a su madurez. Por el contrario, el modo capitalista de producción, que realizó su acumulación primitiva expropiando a los otros modos de producción, ha continuado la tarea sistemática de transferir los excedentes y los recursos de producción de un lugar a otro del mundo y de uno a otro modo de producción.

Rosa Luxemburgo, en *La acumulación del capital*, demostró que el capitalismo no es ni puede ser un sistema autosuficiente. Su reproducción ampliada se explica sólo por medio de la explotación incesante de otras formaciones socioeconómicas. El capitalismo puro no existe más que como un tipo ideal. O sea, como un modelo construido con propósitos analíticos, tal y como lo advirtió Marx.

En la realidad histórica el modo capitalista de producción se presenta siempre articulado con otros modos de produc-

ción, ya sea en el seno de una formación socioeconómica concreta o dentro del sistema económico mundial. En consecuencia, la formación colonial mexicana, lejos de representar una anomalía estructural o un caso de marginalidad y de retraso histórico, es parte indispensable del proceso general de formación y desarrollo de capitalismo. Sólo así puede ser bien analizada y comprendida, como hace tiempo sostuvo Gunder Frank.

El enfoque propuesto para la investigación supone considerar la formación colonial mexicana como el resultado de un proceso de adaptaciones obligadas por el sistema mundial. Este proceso no puede ser estudiado utilizando los supuestos económicos clásicos, ya que responde a la existencia y a los intereses de un sistema de dominio político. La economía colonial mexicana, su articulación con la metrópoli y, por medio de ella, con el sistema mundial, constituye un ejemplo claro de economía administrada, regulada, y no de economía de mercado.

Mi insistencia en el carácter regulado de la economía colonial en su conjunto no debería causar sorpresa. Esta característica, que sólo superficialmente se asemeja a la planificación económica moderna, no fue exclusiva de México. La crítica de los fisiócratas y de Adam Smith durante el siglo XVIII se endereza, precisamente, contra las reglamentaciones del Estado, gremios, consulados, etc., que impedían el "libre juego" de las fuerzas económicas y la operación de la "mano invisible" del mercado.

Encuentro que resulta más provechoso para el análisis del sistema colonial utilizar las ideas desarrolladas por Polanyi, sobre todo en *Trade and markets* y en *Dahomey*, que aplicar los modelos creados según la experiencia histórica europea. Sin menospreciar algunos resultados obtenidos mediante el em-

pleo de los modelos tradicionales, resulta evidente que su aplicación ha contribuido a crear mucha de la confusión existente en el análisis de la sociedad mexicana.

El análisis del sistema económico colonial de México y de su articulación con el sistema mundial es inseparable del análisis del sistema político colonial y de su articulación con la dominación metropolitana. Dicho de otra manera, el sistema económico y su funcionamiento total no fueron el producto de una actividad autoordenada regida por las leyes de la economía formal, sino que estuvieron determinados y superordenados por el sistema de poder político. El sistema de poder tradujo y expresó las exigencias y la dinámica del sistema económico mundial en el cual se insertaron primariamente la metrópoli y secundariamente la formación colonial.

El mejor modelo analítico de esta clase de situaciones se encuentra, probablemente, en la discusión de Preobrayenski, en su *Nueva economía*, sobre la acumulación socialista primitiva. En ella se describe cómo un segmento cuantitativamente minoritario de la economía (aquel que en la Unión Soviética estaba en manos del Estado) realizó su reproducción ampliada transfiriendo los recursos formados en los demás segmentos económicos (empresas privadas, artesanías y unidades domésticas campesinas) valiéndose para ello del poder del Estado.

Puede parecer extraño utilizar el análisis del proceso de la acumulación socialista primitiva para estudiar la formación colonial. Semejante posibilidad la sugirió el mismo Preobrayenski al comparar las transferencias forzadas de recursos desde la agricultura, las artesanías y la pequeña industria a la industria estatal soviética, con la acumulación capitalista pri-

mitiva y el papel desempeñado por las colonias. El problema se plantea en términos estructuralmente semejantes; o sea, sobre las maneras en que un segmento económico explota a otros segmentos utilizando para ello el poder del Estado.

La primera cuestión que debe plantearse en este trabajo, aunque para ello tengan que recorrerse caminos familiares, es respecto a articulación económica de la formación colonial de México con el sistema mundial. Creo que es posible apelar a un consenso universal e indiscutido para afirmar que desde el siglo XVI hasta mediados del XIX esta articulación se realizó por medio de la producción y exportación de plata.

Es cierto que la producción de plata sufrió alternativas, incluyendo algunas crisis severas, y que existieron otras ramas de producción y exportación de importancia variable, tales como las de cochinilla, cueros y pieles, azúcar, cacao, algodón, etc. Sin embargo, durante el periodo XVI-XVII ninguna de ellas, ni tampoco su suma total, jamás llegó ni remotamente a acercarse en importancia a la plata.

Escribe Parry en el *Spanish Seaborne Empire* que en ningún momento durante la última parte del siglo XVI y principios del XVII ascendió a menos de 80% la proporción del oro y la plata, en los cargamentos enviados hacia España de que tenemos noticia, computada por su valor. En 1595, cuando se llegó al máximo de aquel periodo, el oro y la plata alcanzaron la cifra de 95.6% del total en valor; la cochinilla comprendía 2.8% y el cuero 1.4 por ciento.

Todavía en el periodo 1796-1820, cuando la liberación del comercio exterior, la presencia de Estados Unidos, las guerras napoleónicas y de independencia en Europa y América y la revolución industrial comenzaban a influir sobre la estructu-

ra de las exportaciones mexicanas, Lerdo de Tejada ofrece el cuadro siguiente en *El comercio exterior de México*: metal precioso, 74.9%; cochinilla, 12.4%; azúcar, 2.9%; miscelánea, 9.8 por ciento.

No me detendré en la composición de las importaciones mexicanas desde Europa, Asia y África, pagadas casi exclusivamente con plata, ni tampoco en la participación del oro, que en términos globales históricos puede considerarse despreciable. En cambio, la cuestión de las cifras absolutas de la acuñación y de los envíos de plata mexicana, y no simplemente de sus porcentajes en el valor agregado de las exportaciones, requiere algún comentario.

Según Hamilton, en *American Teasure* resumido por Bakewell en *Silver Mining* durante el periodo 1580-1626 México envió por quinquenio casi once millones de pesos ensayados, cifra que descendió hasta fines del siglo XVII en que volvió a ascender constantemente. Según Brading, en *Mineros y comerciantes* la Casa de Moneda de México en 1632 acuñó poco más de cinco millones de pesos, cifra superada en 1689-1692. A partir de 1706 la curva va en ascenso constante hasta alcanzar en 1800-1810 la cifra de veintisiete millones anuales.

Para ofrecer algún término de comparación, en la década de 1580 los portugueses enviaron al Extremo Oriente alrededor de un millón de ducados españoles por año. Entre 1601 y 1624 la Compañía Oriental inglesa envió unos dos millones y medio de ducados al mismo destino. La Compañía Oriental holandesa envió medio millón en 1618 y un millón y cuarto en 1700. Tomado en su conjunto el comercio europeo con el Cercano y el Lejano Oriente hacia 1600 absorbía probablemente unos dos millones y medio de ducados cada año, escribe Parker en la *Historia económica de Europa* dirigida por

Cipolla. O sea que las remesas a Sevilla de plata mexicana en el mismo periodo equivalían a una parte considerable del valor total de las importaciones europeas de Asia.

La realidad de México nos ofrece un cuadro que está muy cerca de las condiciones de un tipo ideal o de los requisitos de un modelo teórico de la dependencia colonial. Es decir, una situación a partir de la cual, sin forzar los datos empíricos, se puede presentar una economía dedicada a exportar de manera extraordinariamente voluminosa un solo producto, la plata. Según mi hipótesis de trabajo esta forma especial de articulación rigió la totalidad de la organización socioeconómica colonial y esto gracias al sistema político de dominio.

La presencia abundante del mineral de plata en México no es sino un accidente geológico. Su descubrimiento y la organización eficaz de su explotación no fueron accidentes, sino el resultado de un designio impuesto por la metrópoli bajo los estímulos y las presiones del sistema económico mundial en formación.

Antes de la incorporación de América el sistema mundial consistía básicamente en una serie de transacciones entre Europa y Asia. Es bien sabido que este comercio arrojaba un saldo desfavorable para Europa y que el déficit era cubierto, directa e incesantemente, por medio de la exportación de metales preciosos. Ya los autores del mundo clásico, que sufría el mismo problema, llamaron a Asia "la tumba del oro romano".

Las importaciones europeas de Asia consistían en productos agrícolas especializados y artículos manufacturados de lujo, que a su alto costo inicial agregaban los del largo y difícil transporte por tierra y mar, las exacciones de los estados y

señoríos intermedios, y los beneficios de los intermediarios y monopolistas del comercio.

La situación podría describirse como la de un cambio de la producción agrícola y manufacturera de Asia contra la producción de metales preciosos de Europa. Los efectos de la revolución industrial y de la colonización nos han acostumbrado, quizá, a considerar esta situación como sorprendente. Sin embargo, a mediados del siglo XVIII Adam Smith podía describirla todavía como una condición normal, y así la consideran también historiadores modernos como Braudel, Cipolla y Walllerstein.

Desde el punto de vista del abastecimiento de metales preciosos, condición indispensable para mantener la circulación comercial con Asia, Europa estaba atravesando una crisis durante el siglo XV. La explotación de los recursos marginales encarecía el producto, pese al éxito de los esfuerzos realizados para mejorar las técnicas de minería y beneficio. Según Wallerstein, en el *Sistema mundial moderno* en 1460 hubo una expansión súbita de la minería de plata en Europa Central, facilitada por los avances tecnológicos que permitieron la explotación de las minas hasta entonces marginales. Perroy estima que entre 1460 y 1530 la producción de plata se quintuplicó en Europa Central. Sin embargo, el abastecimiento no satisfacía la demanda.

Portugueses, españoles e italianos se empeñaron en la búsqueda de otras fuentes de metales preciosos, sobre todo en las costas de África, que eran conocidas y monopolizadas por el mundo islámico. A la vez, trataron con vigor de llegar a las fuentes mismas de la producción asiática, evitando los intermediarios. Éstos son, por supuesto, los mismos impulsos que condujeron al descubrimiento de América.

Puede uno preguntarse por qué los europeos no procuraron sustitutos a las importaciones de Asia, sobre todo a partir de la crisis de metales preciosos. Así trataron de hacerlo y a veces con éxito. Las tentativas bizantinas, italianas y españolas de producir sedas, de ampliar el cultivo del algodón y la caña de azúcar en el sur de Italia y de España, y de fabricar porcelanas, son prueba de ello. Sin embargo, el medio geográfico europeo y sus tradiciones tecnológicas en la agricultura y la manufactura no resultaban propicios; en ciertos casos hacían el trasplante imposible.

Por otra parte, existían razones económicas poderosas para mantener el intercambio basado en metales preciosos. Adam Smith mostró que estos metales alcanzaban mejores precios en Asia que en Europa. La mayor eficiencia de la agricultura asiática rebajaba aquellos costos de producción determinados por la subsistencia y reproducción del trabajo humano. Se permitía así un intercambio doblemente desigual de valores, favorable para Europa.

Había también razones políticas en contra de favorecer la sustitución de las importaciones asiáticas, razones ligadas al predominio del capitalismo mercantil y a su estrecha asociación con los monarcas, los señores y las repúblicas europeas. Esta situación prevaleció hasta la colonización de América y las conquistas territoriales en Asia, que permitieron manufacturas y cultivos controlados por los europeos.

Españoles y portugueses llegaron simultáneamente a las viejas fuentes de productos asiáticos y a las nuevas fuentes de metales preciosos americanos. La coincidencia histórica, de ninguna manera casual, permitió abrir un periodo de enorme intensificación del comercio internacional. La plata y el oro fluyeron desde América a Europa y desde allí a Asia en buques

que además del metal llevaban poco más que lastre, pero que volvían de Asia a Europa cargados de mercancías.

Fue sólo el comercio con América, escribe Chaunu en *Sevilla y el Atlántico*, lo que permitió a Europa desarrollar su comercio con Asia. Sin la plata del Nuevo Mundo, las especias, la pimienta, la seda, las piedras preciosas, más tarde la porcelana china, todos estos lujos preciosos no podrían haber sido adquiridos por Occidente. Durante el siglo XVI y los siguientes, por la vasta región asiática que producía especias, drogas farmacéuticas y sedas, circulaban las monedas de oro y sobre todo la plata acuñadas en el Mediterráneo. Los grandes descubrimientos revolucionaron las rutas y los precios, pero no cambiaron la realidad fundamental del déficit europeo de pagos, escribe Braudel en *El Mediterráneo en la época de Felipe II*.

Los productos europeos comenzaron a encontrar nuevos mercados en América. Las colonias americanas establecieron a través del Pacífico un intercambio con Asia semejante al europeo, aunque severamente controlado y restringido por el monopolio español. El nuevo sistema económico mundial quedó completo una vez que los esclavistas europeos comenzaron el traslado masivo de población africana hacia las minas, los obrajes manufactureros y las plantaciones de América.

Adam Smith, que estudió estos sistemas cuando ya estaban en decadencia y comenzaba la hegemonía del capitalismo industrial, escribió: "La plata del nuevo continente parece ser así una de las principales mercancías por medio de las cuales se lleva a cabo el comercio entre los dos extremos del viejo continente; es por medio de ella que estas partes distantes del mundo quedan conectadas unas con otras en una gran red".

Marx afirmó que la emergencia del sistema capitalista puede fecharse "a partir del siglo XVI, cuando se creó un co-

mercio mundial y un mercado mundial". La plata colocó a México, no en los márgenes del desarrollo del capitalismo, sino en su mismo centro, aunque con un papel especializado y dependiente.

Es posible imaginar otros caminos que los de la plata americana y el comercio asiático por medio de los cuales el capitalismo hubiera llegado también a invadir la esfera de las manufacturas y a transformarse en el modo dominante de producción. Sin embargo, el camino que siguió en la realidad histórica fue el de la formación de un sistema económico mundial, en el que América y su producción de plata tuvieron un papel indispensable.

Un estudio de Braudel y Spooner indica que en 1 500 había en Europa unas 37 500 toneladas de plata. Entre 1 500 y 1 560 los envíos americanos a Sevilla excedieron a la mitad de la plata existente en 1500. En este periodo la minería de plata americana todavía no había llegado a su máxima expansión.

Desde el punto de vista de nuestra hipótesis de trabajo es suficiente por el momento dejar bien establecida la cuestión de la hegemonía de la exportación de plata, a fin de comenzar la discusión de la articulación económica hacia el interior del sistema colonial mexicano.

La articulación económica del sistema mexicano con el mundial aparece en extremo clara, sencilla y estable. Puede expresarse diciendo que se basó casi exclusivamente en la exportación de plata, imprescindible para la expansión del comercio mundial y el desarrollo del capitalismo, y que se mantuvo de esta manera desde principios del siglo XVI hasta la segunda mitad del siglo XIX.

Mi hipótesis de trabajo requiere buscar los elementos que muestren que la articulación al interior del sistema económico mexicano respondía a la hegemonía de la producción de plata, a su papel estratégico y a la exigencia de exportarla en grandes cantidades y a precios relativamente moderados.

Debe estar claro que no utilizo términos como "hegemonía" y "estratégico" para indicar que la producción de plata representaba en México el porcentaje mayor del valor de la producción global o que empleaba al mayor número de gente. Lo contrario es lo cierto. Mi intención es la de indicar con claridad que la hegemonía de la plata y su papel estratégico le dieron el rango de principio organizador y dominante de la economía colonial.

La clave para el arranque de esta discusión –y todo punto de partida es arbitrario– está en el hecho obvio de que la plata era, a fin de cuentas, una mercancía. Como tal su producción y circulación estaban sometidas a las mismas tendencias y reglas de las demás mercancías. Sin embargo, existe en la plata una triple mitificación: es un metal precioso, una mercancía y una mercancía utilizada como dinero. Esta conjunción tiende a oscurecer el hecho de que la plata tenía un precio de producción y otro de circulación que nunca pudieron apartarse mucho entre sí pese a las condiciones casi monopolistas del imperio español.

La llegada a Europa de la plata de América en inmensas cantidades redujo su valor a un tercio. O bien, lo que es lo mismo, el precio de una unidad fija de cereales subió de dos onzas de plata a seis y ocho, según Adam Smith. Según Hamilton, a fines del siglo XVI la relación plata-oro había pasado de 12.1 a 14.11. La devaluación en Europa estimuló aún más el comercio con Asia, donde el precio de la plata se mantuvo

más estable y alto, y las dos cosas forzaron a aumentar todavía más la producción de plata en América.

Como observa Brading, el periodo de florecimiento de la minería de plata en América coincide con la mayor inflación en Europa; o sea, con la máxima devaluación de la plata. Parece existir aquí una causalidad circular pero generada a partir de la lineal; es decir, por los primeros envíos de plata de América. Dicho de otra manera, y la observación es importante para la discusión siguiente, el precio de la plata seguía las reglas del mercado capitalista.

Ante el fenómeno de la devaluación de la plata el imperio español reaccionó tratando de usar su posición casi monopolista para mantener los viejos precios. Fracasada esta tentativa, de la que no me ocuparé ahora, se aplicó a producir la plata reduciendo los costos directos a fin de obtener, aun con los nuevos precios, un beneficio considerable.

La discusión moderna y todavía no resuelta sobre los efectos en Europa de la plata americana, iniciada por Hamilton en el marco de las teorías económicas de Keynes, en realidad continúa aquella comenzada por los estudiosos españoles del siglo XVI, profundamente preocupados por el fenómeno inflacionario.

El proceso de organización-adaptación de la formación socioeconómica a la producción preferentemente de una sola mercancía, realizado por medio del sistema político de dominio, puede ser analizado ventajosamente desde el ángulo de algunas condiciones especiales de la minería mexicana.

La primera condición especial del caso mexicano es que la mayoría de los grandes descubrimientos mineros se hizo fuera del área geográfica de las altas culturas mesoamericanas.

A principios del siglo XVI la frontera cultural y ecológica entre los grandes estados indígenas del centro de México y los territorios de los indios chichimecas, cazadores-recolectores y cultivadores marginales, seguía en líneas generales los ríos principales de los sistemas fluviales Lerma-Santiago hacia el Pacífico y Tula-Pánuco hacia el Golfo de México.

La mayor y mejor parte de las explotaciones mineras al norte de esta línea carecía de poblaciones nativas importantes y sedentarizadas, y también de cualquier clase de estructura y de infraestructura material productiva de alguna significación.

Estos centros mineros, sin embargo, no se desarrollaron como enclaves en el sentido en que parecen utilizar este término algunos autores contemporáneos. Por el contrario, alrededor de ellos se organizó, con sorprendente rapidez, una estructura importante de producción agroganadera: las grandes haciendas tipificadas por el Bajío, y los ranchos y haciendas tipificados por los Altos de Jalisco. Por otra parte, bastantes centros secundarios se convirtieron en pequeñas ciudades, donde se desarrollaron actividades económicas artesanales, obrajes, herrerías, comercio en gran y pequeña escala y servicios.

El lugar minero del norte transformó el espacio geográfico vacío en un espacio organizado. La precisión de alimentar a la población y satisfacer sus otras necesidades y demandas se combinó con la urgencia de aprovisionar la producción de plata, que exigía grandes insumos materiales (sal, cueros, pieles, sebo, madera, mercurio, etcétera).

La minería patrocinada por el Estado, una vez que pagó los costos del aprovisionamiento desde lugares remotos, por caminos difíciles y con medios de transporte rudimentarios,

se aplicó a generar y desarrollar su propia infraestructura, las economías externas que necesitaba y en general la estructura productiva de la región. No es de ninguna manera casual que la distribución geográfica de las haciendas coincida con la de la minería.

La segunda condición especial del caso de la minería mexicana ya ha sido mencionada: su desarrollo en áreas geográficas carentes de población sedentaria que facilitara la fuerza de trabajo necesaria tanto para la minería como para su infraestructura y las economías externas. Hay que recordar que la colonización del norte ocurría en las condiciones de la inmensa catástrofe demográfica estudiada por Borah.

A pesar de esto, el poblamiento de las áreas mineras y de sus áreas de sustentación económica, estimulado y dirigido por el Estado, se realizó a una velocidad considerable. Se utilizaron inmigrantes españoles, esclavos negros y sobre todo mestizos e indios procedentes del área mesoamericana, muchas veces llegados en gran número como tropas auxiliares de los españoles en las guerras con los chichimecas y establecidos para la protección de los caminos de la plata. Aunque las poblaciones estrictamente mineras no fueron grandes, de todas maneras representaron un drenaje considerable para el resto del país.

Las características particulares del poblamiento del norte pueden verse mejor por comparación con la zona mesoamericana de alta cultura, que tenía agricultura intensiva, ciudades y densas poblaciones. Ahí florecieron, al menos temporalmente, instituciones como la encomienda, la tributación y el trabajo obligatorio, lado a lado y articuladas con las minas y haciendas, el mercado y el trabajo asalariado.

En las regiones mineras del norte, sin embargo, después de experimentar con el trabajo obligatorio, movilizando para ello a los indígenas desde sus remotas comunidades, pronto se establecieron formas muy diferentes de organización y retribución del trabajo. Predominaron los trabajadores libres, los sistemas asalariados, la participación en los beneficios, la aparcería y la esclavitud.

En ningún otro lugar de México el proceso de mestizaje biológico y cultural avanzó con mayor rapidez. Como han señalado W. Jiménez Moreno y Eric Wolf, estas áreas de colonización constituyeron una suerte de prototipo de la futura nación mexicana. Tengo la impresión de que, desde muchos puntos de vista, la estructura socioeconómica y cultural del norte minero y agroganadero no defirió muy extensa ni profundamente de la Europa de la época.

Los censos de la intendencia de Guanajuato a fines del siglo XVIII, por ejemplo, muestran que sólo poco más de 50% de la fuerza de trabajo se ocupaba en la agricultura, y el resto lo hacía en las industrias y la minería. Alrededor de 30% de la población vivía en pueblos de más de cinco mil habitantes, y por lo menos tres ciudades excedían a los veinte mil habitantes.

El poblamiento del norte constituyó una innovación del sistema colonial mexicano, sobre todo por comparación con el establecido en las regiones más típicamente de cultura mesoamericana. Es interesante subrayar que la actividad articuladora del sistema económico hacia el exterior y el interior fuera, a la vez, la que definiera los rasgos sociales y culturales fundamentales de la nacionalidad mexicana.

Debería referirme a algunas otras condiciones especiales de la minería, tales como la guerra chichimeca, la labor de avanzada y pacificación de los misioneros, etcétera, también

sufragadas por el Estado, pero ahora discutiré sólo dos más, ya que poseen excepcional relevancia para el sistema económico: el transporte y los precios de algunos artículos indispensables para la minería y el beneficio de la plata.

He mencionado el aislamiento geográfico de los centros del norte, la precisión de llevar abastecimientos y de transportar la plata hasta México y los puertos de salida hacia el exterior. Cubrir estas necesidades significó construir una red de caminos muy extensa, por los que pudieran circular tanto los cargadores como los arrieros, los carros y las carretas en condiciones de seguridad, para lo que hubo que dar protección militar al transporte, establecer fuertes, hospitales, mesones y posadas, etcétera.

Es probable que la mejor descripción de las enormes dificultades halladas y de las soluciones dadas se encuentre en Powell, *Soldiers, Indians and Silver*. Sobresale el papel fundamental desempeñado por el trabajo de las comunidades indígenas. Sin su contribución, a la que me referiré más adelante, hubiera sido imposible construir en tan poco tiempo una red tan inmensa de caminos carreteros.

Refiriéndose a Zacatecas, el primer gran descubrimiento minero en el norte efectuado en 1546, Bakewell escribe que entre 1550 y 1555 ya existían dos caminos que la unían con Guadalajara, a unos doscientos cincuenta kilómetros, y que el Camino Real de la Tierra Adentro de México a Querétaro se había prolongado por San Felipe a Zacatecas, aproximadamente trescientos cincuenta kilómetros. El camino se extendió, no mucho más tarde, desde Zacatecas a Saltillo, unos cuatrocientos kilómetros, y a Durango, unos ciento veinte. Eventualmente, el Camino Real de México a Zacatecas llegó hasta Santa Fe, Nuevo México, a más de mil qui-

nientos kilómetros. Por otra parte, poco después del Camino Real de 1550-1555, Zacatecas se unió a Michoacán, a unos cuatrocientos kilómetros, por dos caminos, uno desde Valladolid (Morelia) a Zitácuaro y Acámbaro, y otro hacia Guanajuato.

La política de precios que el Estado aplicó en México está lejos de la claridad, entre otras cosas por la ausencia de buenos estudios, excepción hecha de los de Florescano, Borah y Cook, a los que me referiré más adelante. Sin embargo, unos pocos ejemplos deben servir para mostrar que, en casos conocidos, se controlaron los precios de algunos insumos esenciales para la minería y el beneficio, a fin de hacer más rentable su operación.

Desde el descubrimiento y aplicación de las técnicas de amalgamación el mercurio se había convertido en parte indispensable del beneficio de la plata, sobre todo en regiones como el norte de México, que carecía de materiales combustibles para la fundición. A diferencia del Perú, donde se descubrieron las grandes minas de Huancavelica, México carecía de fuentes propias. El mercurio tenía que ser importado de España bajo control del Estado, y su costo representaba entre 25% y 52% del costo total del beneficio.

En el decenio de 1560 a 1570 el costo medio del mercurio en la ciudad de México era de 117 a 125 pesos por quintal, dice Brading. Pero los precios de venta que se obtenían mediante subasta iban de 132 a 236 pesos, siendo las cotizaciones más frecuentes entre 170 y 187 pesos. Luego, ante las protestas locales, la Corona redujo continuamente el precio, de 113 pesos en 1590 a 96½ pesos en 1602, hasta que en 1627 se llegó finalmente al precio, que durante más de un siglo fue estable,

de 8½ pesos el quintal. Así pues, contrariamente a la supuesta tendencia histórica de los precios, el de venta de mercurio, que representaba el mayor renglón en los costos del beneficio, en realidad disminuyó durante aquellos años.

Bakewell ofrece un cuadro semejante de estabilidad de los precios de la sal, otro ingrediente indispensable para el beneficio. En 1562 la Audiencia de Nueva Galicia colocó la salina que abastecía a las minas de Zacatecas bajo control oficial. A partir de ahí los mineros compraron la sal (o mejor la saltierra, una mezcla sin refinar de sal y tierra) a medio peso la fanega. El precio se mantuvo inalterable a lo largo de los siglos XVI y XVII.

Algo semejante ocurrió con el precio oficial de la pólvora cuando comenzó a utilizarse en la minería. Al tomar el Estado la producción y distribución de la pólvora, su precio se redujo inmediatamente de ocho a seis reales la libra, y de nuevo se rebajó poco después a cuatro reales.

Existen indicaciones de que estas políticas de manipulación de precios para favorecer la producción de plata se extendían a otras esferas. Según Bakewell, de las escasas cifras que se disponen aparece una notable estabilidad en los precios del pan en Zacatecas desde fines del siglo XVI hasta 1670. En junio de 1598 un real compraba veintiséis onzas de pan y en junio de 1670, veintiocho onzas.

También de acuerdo con Bakewell, en 1612-1613 un real compraba diez libras de carne de novillo y en 1691 exactamente la misma cantidad. El carnero en pie y la libra de carnero destazado tampoco sufrieron variaciones durante el mismo periodo. El sebo, utilizado entre otras cosas para alumbrar las galerías de las minas y las casas, bajó de veintiocho a veinte reales por arroba.

Aunque la evolución de los precios del maíz es más confusa, en las zonas mineras y a partir de fines del siglo XVI parece haber seguido las tendencias estables del centro de México, excepto en casos de catástrofes naturales. Por supuesto, el maíz era el producto más esencial para la alimentación de la población y también de la muchedumbre de animales empleados en los beneficios, en las minas y en el transporte.

Según Brading, apoyándose en un trabajo de Borah y Cook pero llamando la atención al estudio y a la crítica de Florescano, una fanega de maíz, que costaba 4.8 reales en 1573 se vendía en 1627 en 9 reales, precio que, aparte de los años de la terrible sequía, conservaría durante más de un siglo. El costo del maíz resultaba tan crítico para la minería que al llegar a ciertos niveles excepcionales en circunstancias desfavorables las haciendas de beneficio simplemente suspendían el trabajo.

Pienso que se puede afirmar que la acción del Estado fue muy poderosa y de hecho determinante en el florecimiento de la producción de plata, considerada y tratada como la rama prioritaria de la economía mexicana. Tanto en la colonización del norte, sede de la mayoría de los centros mineros, como en los desplazamientos de población, en la construcción de las redes de caminos, en la organización y protección del transporte y en el aprovisionamiento de las minas y beneficios, aparece claramente la mano y la política del Estado, guiando y combinándose con las iniciativas individuales y con cierta frecuencia imponiéndose a ellas.

En las condiciones actuales de conocimiento resulta imposible estimar el costo del conjunto de estas empresas, costo que el Estado cargó a la sociedad mexicana en forma de trabajo y de otros servicios personales, de precios administrados, de

tributos y de impuestos de todas clases. Una expresión muy directa y elocuente de todo ello debe encontrarse en el grado de explotación de la población indígena, que es cuantificable a nivel microeconómico; o sea, por medio de la reconstrucción documental de la vida económica de una comunidad determinada a lo largo de un cierto periodo. Ésta no debe ser una tarea imposible de realizar.

La cuestión especial de la administración de los precios, pieza indispensable de la política proteccionista de la plata, es todavía más complicada, aunque los estudios de Florescano sobre el maíz muestran que es posible realizar avances considerables. Su análisis es concluyente en cuanto a la relación entre los precios, los conflictos sociales y la vida política de México, aspectos que ahora no tomamos en cuenta en nuestro trabajo. Lo cierto parece ser que el Estado, por medio de esta protección extraordinaria a la plata, conformó tanto la economía como la sociedad colonial, y determinó así el futuro de la nación mexicana.

La determinación de mantener estables y bajos los precios de los principales insumos de la minería, del beneficio y de los alimentos básicos de la población y de los animales de trabajo no podía tener esperanzas de éxito sin asegurar una producción suficiente. La evidencia indica que esto se consiguió, prácticamente en todos los casos, mediante una compleja interrelación de las unidades de producción, del mercado y de la administración colonial.

Me interesa ahora presentar algunas ideas sobre cómo se consiguió hacerlo en el caso particular de la producción agroganadera, que fue la pieza fundamental de la política de protección y estímulo a la producción de plata. Dejaré para otra oportunidad la cuestión de la producción manufacturera co-

lonial y la importación de manufacturas europeas y asiáticas, tema que está estudiando Carmen Viqueira.

En un periodo de inflación y de precios decrecientes de la plata en el mercado mundial, la presión para rebajar los costos de su producción fue muy grande, como lo muestra la política de precios. También lo prueban las reducciones de las cargas tributarias directas e indirectas a la plata. Por ejemplo, el impuesto del quinto real fue sustituido pronto, en la mayor parte de la plata producida, por el diezmo. Brading calcula que el diezmo, de todas maneras, representaba 13%. En muchos casos se exceptuó a los mineros del pago de alcabalas sobre las materias primas y abastecimientos, se rebajaron los costos de acuñación y la ley del metal acuñado, etcétera.

La aplicación de ciertos avances tecnológicos, sobre todo en el beneficio, indica un esfuerzo paralelo para disminuir otros costos de la producción de plata. Los efectos económicos deben haber sido importantes, pero no se conocen bien excepto en el caso de la amalgamación.

Se pueden mencionar, como otros ejemplos, el empleo de la pólvora en barrenos; el drenaje de las minas por medio de extensas redes subterráneas de colectores y canales; la sustitución del molino por el llamado arrastre, etc. Estas transformaciones de la tecnología implicaron fuertes inversiones de capital que, si bien en ocasiones eran consideradas como "obra muerta" por los mismos mineros, en otras tienen la naturaleza de verdadero capital en el sentido estricto del término.

La organización peculiar de la fuerza de trabajo libre en las minas, y el sistema de compensaciones que se estableció, parecen haber sido tan importantes para la productividad minera como los avances tecnológicos.

Los trabajadores mineros de México, escribe Brading, lejos de haber sido los peones oprimidos que la leyenda nos presenta, constituían una fuerza laboral libre, bien pagada y geográficamente móvil, que en muchas regiones era prácticamente socia de los patrones. La práctica más común era dar a todos los trabajadores un salario diario normal de cuatro reales, cuando un peón de hacienda ganaba de 1½ a 2 reales, más comida y tierra. Pero lo que en verdad atraía a los hombres hacia las minas era el hecho de que se les daba una comisión en forma de mineral, llamada "partido". La mayoría de los trabajadores mineros de México esperaban una participación en las ganancias. Fueron, en realidad, socios, si no es que rivales activos, de los propietarios de las minas.

Conviene subrayar que existió una diferencia muy aguda de las relaciones sociales de trabajo entre la extracción del mineral, caracterizada por el trabajo libre y el sistema de participación, y su beneficio, caracterizado sobre todo por el régimen salarial estricto y el trabajo esclavo. Estas diferencias pueden ayudar a explicar los grados diversos de capitalización que se encuentran entre las dos fases del proceso productivo de la plata, así como sus niveles respectivos de tecnificación.

Dicho de otra manera, la participación alentaba la productividad del trabajo (la autoexplotación) y no se requerían, en consecuencia, frecuentes inversiones de capital y nueva tecnología. El régimen salarial y esclavista, por el contrario, establecía la tendencia clásica a sustituir el trabajo humano vivo por capital y nueva tecnología.

El éxito de la producción de plata parece traducirse, en última instancia, en la eficiencia económica de la agroganadería

que determinaba la mayor parte de los costos de la mano de obra y de los insumos.

Nuestra hipótesis de trabajo supone que la rama de producción dominante, en razón de su articulación favorecida con el mercado mundial, impuso los términos de sus condiciones al resto de la economía colonial y la explotó en su propio beneficio, que en última instancia era el de los receptores finales de la plata mexicana en Europa. Debe estar claro que semejante sobreordenación del sistema total no era posible sin la existencia de un eficiente sistema de dominio político empeñado en la producción y exportación de plata.

Antes de los grandes descubrimientos del norte, y en fechas tan tempranas como las décadas de 1520 y 1530, se encuentran casos que ejemplifican nuestra hipótesis. Investigaciones recientes realizadas en Michoacán muestran la constitución de algunas compañías mineras formadas, por una parte, por dueños de esclavos indios, quienes proveían la fuerza de trabajo. La otra parte de la compañía eran encomenderos de los pueblos tarascos, quienes facilitaban los abastecimientos por medio del tributo obtenido, e imponían a sus tributarios el transporte de las cargas hasta los placeres y minas.

Los beneficios de estas empresas rudimentarias, que funcionaron a un costo mínimo, se canalizaron en parte hacia la formación de haciendas, sea comprando tierras o más comúnmente obteniéndolas por mercedes, y organizando su explotación. La producción de las haciendas, que encontraron pocos problemas para usar la fuerza de trabajo indígena por medio de los repartimientos y del peonaje endeudado, complementó y sustituyó progresivamente a la tributación como fuente de abastecimiento de las minas.

Más tarde, al ocurrir los descubrimientos del norte, estas haciendas se orientaron hacia los nuevos mercados. Hay indicaciones de que estos encomenderos-mineros-hacendados contribuyeron a desarrollar las nuevas actividades mineras y agroganaderas del Bajío y Zacatecas. Este ejemplo ilustra el riesgo de identificar las categorías analíticas y las figuras jurídicas del sistema colonial con los papeles sociales verdaderos de las personas concretas, que eran siempre variados, complejos, compatibles e intercambiables.

Los primeros historiadores modernos del sistema colonial mexicano pensaron que la hacienda era una mera derivación de la encomienda, cosa jurídicamente imposible. Más tarde, los trabajos de Silvio Zavala y Simpson mostraron claramente las diferencias entre las dos instituciones. La clarificación institucional y jurídica oscureció la realidad sociológica y económica de las conexiones entre la encomienda y la hacienda, y entre ellas y la minería, el comercio y los puestos públicos.

En la realidad social el encomendado podía doblar su papel como empresario minero, dueño de obrajes, hacendado y funcionario. Lo que importa subrayar no es tanto la multiplicidad de roles, sino que esta diversidad permitía realizar fácilmente las transferencias de recursos materiales y humanos entre la encomienda, la tributación, la empresa minera, la hacienda, el comercio, la guerra y la captura de esclavos, la manufactura y los puestos de funcionarios públicos.

Esta permeabilidad a la circulación de bienes y personas y en general a las transferencias de recursos, en buena medida hacía innecesaria la existencia de un verdadero sistema de mercado, o al menos reducía su necesidad aun en una economía tan compleja como la del México colonial.

El problema central para nuestra hipótesis de trabajo consiste en determinar cuál era la rama de la producción que, en último análisis, resultaba beneficiada por las transferencias de otras ramas. A la persona concreta como tal podía resultarle indiferente si la mayoría de sus beneficios en la minería provenían del abastecimiento gratuito facilitado por los indios tributarios o de la producción de la hacienda. Sin embargo, esta forma de circulación disfrazaba la transferencia real de valores, de manera semejante a como la encubría la política de precios administrada por el Estado.

La organización económica de tres grandes centros mineros sobre los cuales se dispone ahora de buenos estudios (Parral, Zacatecas y Guanajuato), parece reproducir, en gran escala y con mayor complejidad, la estructura de las primitivas compañías mineras de Michoacán. Es decir, una estructura de articulaciones múltiples, capaz de combinar y de utilizar los recursos de los modos de producción más variados y de transferirlos y canalizarlos hacia la producción de plata.

Cristóbal de Oñate, promotor del descubrimiento de Zacatecas, fue ayudante del contador real, soldado, encomendero de Culhuacán y de Tacámbaro, minero y teniente gobernador de Nueva Galicia. Juan de Tolosa, descubridor y fundador de Zacatecas, fue soldado, esposo de una hija de Cortés y de doña Isabel Moctezuma, y minero. Diego de Ibarra, fundador de Zacatecas, fue también oficial, minero, esposo de una hija del virrey Velasco, gobernador de Nueva Vizcaya y hacendado. Baltasar de Bañuelos, considerado el cuarto fundador de Zacatecas, fue minero y teniente capitán-general de Nueva Galicia.

Éstos no son datos de interés puramente biográfico. Indican claramente la combinación de varios papeles en personas

concretas y el enorme poder que ello les concedía para el uso de recursos de muchas fuentes.

Antes de desarrollar su propia estructura agroganadera la región minera se abastecía en lugares muy distantes, pero no se sabe en qué medida las fuentes estaban en el tributo indígena, los mercados o las haciendas. Tampoco se sabe si los dueños de las grandes haciendas del Bajío eran a la vez mineros, pero hace mucho que Chevalier, en su estudio clásico, mostró la conexión entre las haciendas y las minas del norte.

Cuando aparecen las haciendas alrededor de Zacatecas, muchos de los grandes propietarios son mineros, y su conexión con la minería es orgánica y no meramente coyuntural. Es decir, las haciendas se establecen con capitales mineros y abastecen directamente a sus propias minas y beneficios, evadiendo los mecanismos del mercado y ganando una ventaja competitiva sobre los mineros que no controlaban haciendas.

Ya que la terminología es quizá nueva e inapropiada, debo aclarar que por relación coyuntural entiendo aquella en que la articulación mina-hacienda se hizo por medio del mercado, aunque este mercado estaba regulado por el Estado. En la relación orgánica la articulación tomó la forma de una empresa o corporación que englobó a la mina y a la hacienda. En este último caso la circulación se realizó fuera del mercado regulado, aunque condicionada por él, mediante las entregas directas de la producción física. A la vez, la articulación orgánica tuvo un efecto indudable sobre los precios del mercado, por lo general de carácter depresivo.

El cuadro que se obtiene de Guanajuato, desde fines del siglo XVII a principios del XVIII, repite en mayor escala la es-

tructura fundamental de Zacatecas pero de una manera todavía más compleja y desarrollada.

El doctor Bracamonte, uno de los primeros grandes mineros del área, contrató préstamos bancarios en la ciudad de México; adquirió cuatro haciendas pequeñas para autoabastecerse, y construyó una planta de amalgamación y otra de fundición. La sucesión del primer marqués de San Clemente (1747) declaró la propiedad parcial de dos minas, total de dos haciendas y de una hacienda de beneficio, y adeudos considerables con prestamistas y con la Iglesia.

Otro gran minero, Sardaneta, entre 1770 y 1780 compró una cadena de haciendas y ranchos de Irapuato y Silao. De los socios de La Valenciana, la sucesión de Obregón (1791) declaró tres haciendas de beneficio, varias haciendas y casas, y una gran suma de préstamos hechos a otras minas y haciendas de beneficio. La sucesión de Otero (1788), el segundo accionista principal de La Valenciana, declaró tres haciendas de beneficio, tres haciendas, casas y almacenes, intereses en otras minas, y sumas importantes de préstamos hechos a otras minas y haciendas de beneficio.

Brading menciona otros ejemplos más tardíos en Guanajuato de estas tendencias persistentes a integrar la minería puramente extractiva con el beneficio del metal y con las haciendas agroganaderas. Más de la mitad de los bienes de la sucesión de Otero (1806) estaba invertida en estas haciendas. Su yerno Pérez Gálvez compró otras cuatro, así como acciones de otras minas y tres haciendas de beneficio. Su cuñado Rul compró tres haciendas. Es posible, pero resultaría tedioso, repetir esta relación en Parral, Real del Monte, Taxco, Real de Catorce, etcétera.

Un nuevo ingrediente de estos procesos, aunque quizá ya existiera antes con menor importancia, es la presencia de los

mercaderes prestamistas y de los bancos de plata, así como la inclinación de algunos mineros a conceder créditos y préstamos en efectivo a otros mineros menos poderosos y afortunados.

La producción de plata se articuló firmemente con la producción agroganadera, sobre todo, aunque no exclusivamente, por medio de las haciendas y de la propiedad directa de las haciendas por los mineros. Pero la hacienda creada por el florecimiento de la minería se vio obligada a subsidiar la producción de plata hasta tal punto que, antes de la segunda mitad del siglo XIX, apareció como una empresa de baja rentabilidad y aun francamente ruinosa. De acuerdo con diversos cálculos, la hacienda no rendía más de 6% de la inversión, y además estaba cargada de hipotecas y obligaciones financieras hasta quizá por 50% de su valor global.

Una de las explicaciones que se han propuesto atribuye esta situación al "bajo nivel de los precios de casi todos los productos agropecuarios" (Brading). La explicación es empíricamente comprobable a lo largo del periodo colonial, pero es verdadera sólo en un plano superficial de análisis. En otro nivel de análisis, los precios bajos de la producción agroganadera fueron precisamente la razón de ser de las haciendas, al menos de aquellas vinculadas orgánicamente con la producción de plata.

Con el apoyo del sistema político dominante, interesado sobre todo en producir plata a costos bajos para exportarla al mercado mundial, las haciendas que poseían la articulación orgánica con la minería fueron capaces de mantener los precios deprimidos, con seguridad a costa y a despecho de aquellos hacendados cuya vinculación con el sistema colonial se realizó por medio del mercado regulado.

Sobre las haciendas pesaban otras clases de cargas, que contribuyen a convencernos de la baja prioridad de la producción agroganadera bajo el sistema colonial y frente a la preferencia de que gozaba la producción de plata. Además del diezmo a la Iglesia sobre todos los productos, pagaban alcabalas al Estado de 6% y hasta de 8% sobre todas las ventas.

Otra explicación de las dificultades económicas de las haciendas coloniales, que es preciso rechazar con energía, es aquella que la atribuye a sus bajos rendimientos físicos y consecuentemente a la tecnología empleada.

Florescano ha mostrado que la producción de maíz del distrito de Chalco, combinada con algunos envíos de Toluca, bastaba para abastecer a la ciudad de México a fines del siglo XVIII. La agricultura del Bajío, en la misma época, no ocupaba más de 60% de la fuerza de trabajo y sin embargo cubría las inmensas necesidades de sus centros urbanos, de su minería y beneficio, de las manufacturas, y aun exportaba a otras zonas. Sólo la ciudad de Guanajuato y aledaños, con sus catorce mil mulas y cincuenta y cinco mil vecinos, absorbía cuatrocientas mil fanegas de maíz al año.

Eric Wolf ha observado el hecho de que las haciendas por lo general producían por debajo de su capacidad total real. Pero esta circunstancia tiene que ver con las limitaciones del mercado y con las dificultades del transporte, y de ninguna manera con los rendimientos físicos obtenidos en las superficies sometidas a cultivo intensivo, como en los casos del Bajío y Chalco, que tenían acceso fácil a sus mercados.

Las haciendas realizaron un evidente esfuerzo para elevar sus rendimientos, invirtiendo enormes sumas en la construcción de obras hidráulicas para el regadío. Tenían a su favor la fertilidad natural de los suelos, muchos de ellos vír-

genes de cultivo, como ocurría en las extensas llanuras aluviales del Bajío.

Quizá se puede apreciar el éxito de las mejores haciendas comparando las siguientes cifras de rendimientos. Según Aldo de Maddalena, en la *Historia económica de Europa* de Cipolla, el rendimiento promedio del trigo en Inglaterra y Holanda durante la primera mitad del siglo XVIII no pasó de diez por uno (la unidad de semilla sembrada), y en suelos muy ricos del norte de Italia llegó a quince-veinte por uno. En Celaya, en la región del Bajío y en suelos irrigados, los rendimientos del trigo llegaron a ser, en la misma época, de cuarenta-cincuenta por uno, según Brading.

La hacienda mexicana tuvo la posibilidad de combinar, por primera vez, las plantas domesticadas y las tecnologías agrícolas del Viejo Mundo y de Mesoamérica, y aun la de ir agregando las muy importantes del área andina. En contraste, la introducción en Europa de los cultígenos americanos fue más lenta. Sin embargo, hay autores como Slicher Van Bath que se refieren a la introducción de la papa y del maíz como una condición para la revolución agrícola europea. La hacienda mexicana ya había efectuado esta simbiosis agrícola. Es otro capítulo que hay que escribir de la historia de la agricultura de México.

Pienso que es preciso y conveniente procurar ahora diferenciar varios tipos de hacienda que se relacionaron de maneras distintas con la minería y con el mercado nacional y mundial. Mi principal criterio taxonómico consiste en la forma de articulación de la hacienda; sólo secundariamente considero la estructura de la producción o la organización de la fuerza de trabajo. Por un lado, la estructura productiva estuvo siempre muy diversificada, con raras aunque importantes excepciones. Por otro, la organización de la fuerza de tra-

bajo puede estudiarse ventajosamente como una estrategia empresarial, más que como un rasgo esencial de definición tipológica de la hacienda.

Resulta posible distinguir, en primer lugar, dos tipos de haciendas articuladas directamente con la producción de plata. Uno es el ya discutido; o sea, el desarrollado en las regiones de nuevo poblamiento. El segundo se desarrolló dentro del área propiamente mesoamericana que ya poseía agricultura eficaz, pueblos y ciudades, artesanías, etcétera.

Los rasgos distintivos más notables del segundo tipo fueron el mayor uso que pudo hacer de la fuerza de trabajo obligatorio, y el proceso de acumulación de tierras y aguas por medio de la expropiación de la población indígena. Estas características han inducido a algunos autores a calificar a estas haciendas de "feudales" (o "semifeudales" o "semicapitalistas"). Sin embargo, una parte variable de su producción se encaminaban hacia el mercado después de satisfacer las demandas directas de las minas, y se utilizaba dinero en las transacciones. Empleaba asimismo y de manera creciente trabajo asalariado, bajo presión del Estado.

Pienso que pueden proponerse otros dos tipos de haciendas, cuya característica diferencial con los anteriores sería que no estaban articuladas directamente con las empresas mineras sino con el consumo de los centros de población. Esta articulación se hizo de dos maneras que definen los dos tipos.

Uno estaría constituido por las haciendas de carácter "institucional", que eran propiedad de ciertas corporaciones no mineras, como por ejemplo órdenes monásticas, colegios, hospitales, etc. La producción se encaminaba a surtir directamente sus necesidades. Otra parte de la producción, el so-

brante, circulaba por las vías del mercado, y se usaba dinero en las transacciones.

El segundo tipo organizó su producción básicamente para el mercado y utilizó el dinero con mayor frecuencia e intensidad. Estas haciendas se encontraban, por lo general, cerca de los centros urbanos.

Finalmente, pueden establecerse otros dos tipos, que ocupan posiciones polares en términos de sus formas de articulación. El primero estuvo integrado por las haciendas cuya producción se enlazó con el sistema económico mundial. Se dedicaron a cultivos nativos que encontraron lugar en los mercados europeos, como el cacao y la cochinilla; a cultivos nativos pero semejantes a otros de origen asiático, como el algodón, y a cultivos introducidos del Viejo Mundo, como la caña de azúcar.

El conjunto de estas empresas presentan un caso de articulación con el sistema mundial, que en México fue secundario con respecto a la plata. Sin embargo, cuando en el siglo XIX sobrevino la crisis de la minería, estas formas de producción pasaron a ocupar el lugar privilegiado en la articulación con el sistema mundial y en la organización interna del sistema económico mexicano.

Por el momento no me interesa caracterizarlas más allá de lo dicho, excepto para indicar que estas haciendas funcionaron asimismo dentro del mercado nacional, y que si algunas de ellas utilizaron preferentemente fuerza de trabajo esclava (en la caña de azúcar), otras utilizaron formas de producción indirecta (en la cochinilla), y todavía otras emplearon la aparcería y la rentería (en el cacao). Estas diferencias tienen su raíz, más que en otra cosa, en las necesidades técnicas de la producción y en las peculiaridades impuestas por los cultivos.

El segundo tipo de este último par está representado por las haciendas que parecen haber funcionado como unidades económicas autosuficientes, o bien que tendieron a organizarse como tales. Es decir, las haciendas que no estuvieron articuladas con la minería, ni tampoco con el mercado nacional y mundial. Se trata, entonces, de aquellas haciendas que con frecuencia se han puesto como el ejemplo más típico de la hacienda mexicana. Propongo, por el contrario, que éste fue un caso excepcional que apareció como una adaptación de supervivencia a ciertas situaciones extremas.

Dicho de otra manera, cualquiera de los tipos de hacienda mencionados tendió a volverse autosuficiente cuando enfrentó una crisis minera de cierta gravedad, o bien una crisis extrema y prolongada del mercado mundial o del mercado nacional. Por otra parte, la hacienda autosuficiente apareció originalmente como tal en condiciones de gran aislamiento geográfico, pero tendió a transformarse en alguno de los otros tipos cuando desapareció el aislamiento.

Los seis tipos de hacienda que propongo son provisionales y heurísticos. Este ejercicio taxonómico tiene el propósito de permitir explorar la medida en que el grado de articulación con la producción minera dominante, lo mismo que con el mercado nacional y el mundial, determinó la organización y las características de las haciendas. Asimismo, la medida en que la producción agroganadera circulaba o no por las vías de un mercado que, si bien utilizaba dinero, estaba regulado por las autoridades políticas.

La tipología permite subrayar también la aparente anomalía de que las haciendas más "capitalizadas" y que usaban formas de organización del trabajo más "avanzadas", solían ser aquellas cuya producción circulaba menos por los cana-

les del mercado y, en consecuencia, utilizaban menos dinero en sus transacciones formales.

Por otra parte, las haciendas más "feudales", en términos del origen de su propiedad y de la intensidad del uso del trabajo obligatorio y de otras formas "serviles", eran aquellas cuya producción parece haber circulado más por medio del mercado y haber utilizado el dinero con mayor frecuencia.

El planteamiento del problema de esta manera me parece falso. La clave para la comprensión de estas situaciones, aparentemente contradictorias, se encuentra en la diversidad de las formas de articulación de las haciendas primordialmente con la minería y con el mercado nacional y el sistema mundial. Los hacendado al organizar sus empresas no parecen haberse preocupado por la pureza de los modelos teóricos, sino por obtener la mayor eficiencia económica en el uso de los recursos de producción a su alcance.

La eficiencia económica de las haciendas, su capacidad de cargar una parte considerable de los costos de la producción de plata y a pesar de esto mantener su habilidad de reproducirse, se explica en función del éxito de ciertas estrategias empresariales. Es decir, en el uso alternativo y complementario de formas diferentes de organización del trabajo productivo (esclavitud, salario, aparcería, rentería, trabajo obligatorio), así como de formas diferentes de circulación de la producción (entregas materiales a las minas y a los beneficios, abastecimiento de otras corporaciones, ventas en los mercados nacionales, exportación, autoabastecimiento).

Constituye un error interpretar estas diferentes formas de articulación de las haciendas y las diversas estrategias laborales utilizadas en combinaciones variables, como la morfología

de un proceso necesario de desarrollo histórico general. El error se multiplica cuando estas pseudoetapas se comparan con la evolución socioeconómica de Europa Occidental y se les imponen las etiquetas correspondientes.

El éxito económico de la hacienda es inconcebible sin su articulación con la comunidad indígena. La hacienda captó y utilizó el conocimiento milenario de los agricultores nativos en el manejo de las plantas, de la tierra y del agua, y empleó directa e indirectamente su fuerza de trabajo de manera casi ilimitada.

La hacienda procuró siempre funcionar con un núcleo de trabajadores permanentes reducido a lo indispensable, y utilizó a la población de las comunidades como un inmenso ejército de reserva. La naturaleza de la mayoría de las operaciones agrícolas, pero en particular en los cultivos que interesaban mayormente a los hacendados, supone largos periodos en que las necesidades de trabajo son bajas, y periodos más breves en que hay que usar un enorme número de trabajadores. La articulación con la comunidad permitió a la hacienda tener disponible esta masa de trabajo sin costo para ella, y emplearla cuando hacía falta a un costo mínimo, con frecuencia con pagos nominales y a veces sin retribución.

Fueron varios los procedimientos utilizados para conseguir estos resultados, procedimientos que parecen contradictorios entre sí desde el punto de vista de ciertos modelos teóricos. En realidad, todos ellos fueron complementarios. Nuevamente hay que observar que no se trata de una sucesión de formas sino de una serie de estrategias simultáneas para establecer y combinar las formas laborales más convenientes para la hacienda.

Una de ellas fue el sistema de repartimientos impuesto por el sistema político de dominio, que constituyó una de las ex-

presiones más brutales del trabajo obligatorio. Otra consistió en privar a las comunidades de tierra suficiente para producir su propia subsistencia, obligando a sus miembros a buscar trabajo retribuido en las haciendas, sobre todo durante los periodos de máxima demanda de fuerza de trabajo. Un efecto de la escasez artificial de tierra cultivable fue el forzar a las comunidades a incrementar la producción de tipo artesanal, que era absorbida a bajos precios por las haciendas y los mercados.

El sistema de tributación a los encomenderos y a la Corona rechazó en muchos lugares los pagos en especie. Al exigir su equivalente en dinero acuñado por los españoles, en metales preciosos o en dinero indígena (cacao y mantas), también obligó a las comunidades a buscar empleo temporal retribuido y a usar el mercado.

Finalmente, sin pretender agotar la lista de los principales mecanismos utilizados, la introducción de producción, herramientas, utensilios domésticos, etc., de origen europeo, presionó a las comunidades a buscar dinero vendiendo su fuerza de trabajo y su propia producción. La introducción de los tejidos de lana y de los instrumentos metálicos, así como la generalización de los tejidos de algodón (que antes era producto suntuario) y del consumo de pulque, parecen haber tenido importancia especial.

La comunidad indígena, organizada por el sistema colonial sobre las ruinas de las sociedades conquistadas de Mesoamérica, parece una institución planeada para asegurar la alta eficiencia económica de las haciendas. No fue así, por supuesto, ya que la comunidad fue estructurada por el sistema dominante inicialmente para asegurar el control de la población y la satisfacción de los tributos y servicios impuestos.

Sin embargo, la comunidad era funcionalmente apta para entrar con la hacienda en la simbiosis que he indicado. Lo que debe subrayarse es que fue, ante todo, el sistema político de dominio lo que permitió organizar tanto a la comunidad como a la hacienda, así como establecer y mantener las relaciones entre las dos.

Dondequiera que la hacienda no encontró comunidades indígenas, como sucedió en las regiones de nuevo poblamiento del norte, buscó la manera de establecerlas combinando sus esfuerzos con los de la colonización indígena promovida por el Estado y con los de sedentarización ejercidos por los misioneros con los chichimecas.

En zonas como el Bajío y los Altos de Jalisco las grandes haciendas crearon una red dependiente muy extensa de pequeños propietarios, rancheros, medieros, que, entre otras cosas, fueron equivalentes funcionales de la comunidad indígena, facilitando aprovisionamientos materiales a la hacienda, fuerza de trabajo adicional cuando era requerida, etcétera.

Las contribuciones esenciales de la comunidad indígena para mantener y expandir el sistema mina-hacienda van más allá de lo que se ha descrito. Antes mencioné la importancia crítica de factores como el aislamiento geográfico de la minería y las enormes distancias que la separan de sus fuentes iniciales de abastecimiento y de mano de obra. Aun resueltos en gran medida estos problemas con la colonización del norte, permanecerá el de la dificultad de transportes y distancia desde los beneficios de plata a Veracruz, puerto de embarque con destino a España.

La solución de estos problemas en los límites de la tecnología existente supuso la construcción de un sistema de caminos para carretas de carga y carros de pasajeros que llegó a tener

varios miles de kilómetros de longitud, con puentes, estaciones, mesones, fuertes, hospitales, etc. El trabajo de construcción, así como el de mantenimiento, fue realizado en su mayor parte por las comunidades indígenas, dentro de sus obligaciones normales con el Estado.

Es necesario observar que la política virreinal de mantener bajos los precios de los artículos básicos de subsistencia y de los insumos básicos de la minería perjudicaba menos a las haciendas que a la producción de las pequeñas unidades domésticas. Esto se explica en términos de los costos de producción diferenciales.

Como mostró Chayanov, los precios bajos fuerzan a los productores campesinos a aumentar su producción y a llevarla al mercado en mayor proporción, al contrario de lo que ocurre normalmente en una empresa capitalista. Dicho de otra manera, el control de precios favorecía a los costos más bajos de la producción de plata sin perjudicar excesivamente a las haciendas, y de hecho pasando una carga adicional a la producción de tipo campesino, o sea sobre todo a las comunidades indígenas.

En este trabajo he procurado examinar la formación del sistema colonial en México como un proceso de adaptaciones al sistema económico mundial. La articulación al exterior se realizó por medio de la producción de plata. Esta, a su vez, articuló hacia el interior a los diversos tipos de haciendas, y a través de ellas a las comunidades indígenas y a sus equivalentes funcionales (pequeños propietarios, renteros, medieros y otros). De esta manera, la organización económica total pudo funcionar en beneficio de la plata, que es tanto como decir en beneficio de la metrópoli y del sistema mundial dominado por el capitalismo mercantil.

Semejante organización y su funcionamiento por espacio de tres siglos resultan inconcebibles sin el poder organizador y regulador del sistema político de dominio. El Estado en la Colonia no aparece simplemente como el guardián de su orden establecido y autorregulado por la estructura económica y social. Por el contrario, el Estado aparece como el generador principal de las instituciones y de las relaciones sociales y económicas. La articulación económica desde el mercado mundial a la producción de plata, desde las minas a las haciendas, y desde las haciendas a las comunidades indígenas y a sus equivalentes, fue instituida, reglamentada y administrada por el sistema político.

Resulta tan estéril aplicar los principios y las leyes de la economía formal a esta situación colonial como aplicarle el modelo clásico de modos de producción, o bien llamar simplemente "modo colonial de producción" a la formación socioeconómica de México entre los siglos XVI y XIX. La formación colonial mexicana fue un segmento de un sistema mayor, que la incorporó y la obligó a funcionar según sus propios fines. Sólo así puede ser entendida.

La dependencia funcional determinó la estructura interna en los términos que he tratado de proponer. Asimismo, la estructura peculiar que se vio obligada a tomar la formación colonial explica por qué no pudo generar, en su propio seno, los conflictos de clase característicos de la evolución de Europa Occidental, sobre todo aquellos que surgieron con el paso del capitalismo mercantil al capitalismo industrial (formación de la clase obrera, proletarización del campesinado, etcétera).

Hay una evidente paradoja histórica en el hecho de que la presencia de la plata mexicana en el sistema mundial fue

una de las principales fuerzas generadoras del capitalismo industrial. Pero el capitalismo industrial ocurrió "allá" y no "aquí". Por supuesto, la plata no estaba dotada de ningún poder mágico, sino que poseía aquellas fuerzas que le daban su calidad de mercancía y de mercancía-dinero. Su función generadora del capitalismo moderno no podía realizarse más que por medio de la producción y de la circulación de nuevas mercancías.

Ya mencioné el efecto de la plata y del oro de América sobre el comercio bilateral entre Europa y Asia. Sus efectos sobre la economía española han sido muy estudiados y discutidos y no necesitan examinarse aquí. Me parece más importante referirme ahora a sus efectos sobre Europa en su conjunto y a sus repercusiones en México.

La influencia de la plata americana contribuyó poderosamente a establecer una nueva división del trabajo entre los países europeos. Las rutas para el comercio con Asia, controladas por españoles y portugueses, acentuaron la decadencia de las ciudades mercantiles italianas pero aumentaron la importancia de los centros manufactureros y financieros del norte y centro de Europa.

España se transformó en el Estado con mayor capacidad de adquisición de productos, a la vez que perdió su capacidad de producirlos, excepción hecha de la plata. La debilidad manufacturera de España fue tan grande que llegó a servir meramente de lugar de paso para los productos del resto de Europa con destino a América.

Los países del resto de Europa Occidental, frente al monopolio ibérico de los metales preciosos, tuvieron sólo un camino para adquirirlos: modificar y expandir su propio sistema

productivo y cambiar sus mercancías por la plata española y el oro portugués utilizados en el comercio internacional.

Los estudios del comercio anglo-portugués muestran este intercambio, principalmente, en términos de tejidos de lana y oro acuñado, con restricciones portuguesas a sus propias manufacturas en periodos de abundancia de oro y con estímulos en tiempos de escasez. La política española no resulta tan clara, quizá por la mayor regularidad y abundancia en el abastecimiento de la plata.

La formación del sistema económico mundial, la expansión del comercio internacional, el incremento de la producción y del comercio dentro de Europa, significan el apogeo del capitalismo mercantil al que México tuvo que ligar su suerte. Por supuesto, el capitalismo industrial no se convirtió en dominante sino hasta que el capital invadió y se apoderó de la esfera de la producción, según la frase de Marx. Cuando esto ocurrió Europa se convirtió, por primera vez, en exportadora de manufacturas y después de capitales al resto del mundo.

La disolución del viejo sistema colonial de México puede ser explicada con el mismo sistema de hipótesis utilizado para explicar su formación. Es decir, como un proceso de nuevas adaptaciones al sistema económico mundial, dominado ahora por el capitalismo industrial que exige, para realizar su reproducción ampliada, mercados para sus productos y sus capitales y fuentes de materias primas.

La producción de plata pierde importancia, y la nueva articulación de México con el sistema mundial se realiza por medio de la producción de las haciendas y de los nuevos metales y minerales para la industria.

El cambio en la articulación privilegiada con el sistema mundial, o sea desde la plata a los productos agrícolas, comenzó a hacer de la hacienda no la servidora de la minería sino la institución económica central de México. La tierra aumentó considerablemente de valor. La hacienda se extendió más y más sobre los territorios baldíos y sobre aquellos que pertenecían a las comunidades indígenas y a otras corporaciones. Las leyes de desamortización legalizaron el nuevo proceso de concentración de la propiedad de la tierra.

Con este proceso se destruía la vieja simbiosis entre hacienda y comunidad indígena, como ya se había destruido la articulación privilegiada mina-hacienda. Dondequiera que las haciendas llegaron a su máxima expansión y en consecuencia las comunidades a su mínima expresión, entraron en quiebra las relaciones sociales y económicas tradicionales. Expresado en su forma extrema, las comunidades quedaban sin tierra pero las haciendas quedaban sin fuerza de trabajo.

Este proceso demostró ser irreversible y marchar siempre en aumento, sobre todo cuando México tuvo que incrementar sus exportaciones para cubrir los gastos crecientes de las importaciones y del servicio de los capitales extranjeros. Los conatos de producción manufacturera que habían bastado al país bajo el sistema anterior, fueron aniquilados por la competencia de los países industrializados, aumentando así las necesidades de importación. Las diversas tentativas de industrializar y modernizar económicamente al país tuvieron el mismo efecto.

La Revolución de 1910 se puede ver, desde muchos puntos de vista, como resultado del proceso indicado. Es decir, como el resultado de convertir a la hacienda exportadora en la clave del nuevo sistema de articulación económica de México.

Este esquema del sistema colonial mexicano todavía no ha sido modificado en su estructura fundamental. La nueva aurora del petróleo hace recordar el amanecer de la plata durante el siglo XVI.

Metrópoli-colonia y articulación de modos de producción[1]

A partir del siglo XVI comenzó a construirse un sistema integrado por las metrópolis europeas y sus colonias y por el comercio internacional y la división mundial del trabajo, sistema que unió a diversos modos de producción y a numerosas y muy diferentes formaciones socioeconómicas.

A pesar de su importancia para la teoría de la evolución social estas cuestiones figuran entre las que han sido peor estudiadas. Aun las historias económicas publicadas más recientemente, con la notable excepción de la obra de Wallerstein, dan poca atención al problema. Lo mismo puede decirse de la mayoría de los estudios monográficos. La preferencia se concede, con invariable regularidad, a los factores endógenos o internos europeos con exclusión de los exógenos o externos, sobre todo cuando se trata de explicar la transición de la economía medieval europea al capitalismo moderno.

El análisis marxista, particularmente en sus expresiones tradicionales y ortodoxas, tampoco ha resultado mucho más satisfactorio. Marx, en efecto, como he mostrado en otro trabajo ("¿Un modelo marxista para la formación colonial

1 Trabajo presentado durante el seminario sobre Teoría de los Modos de Producción celebrado durante los cursos de verano de 1976, organizados conjuntamente por el Departamento de Antropología Social de la Universidad Iberoamericana y el Centro de Investigaciones Superiores del INAH.

de México?"), consideró al capitalismo como independiente del sistema colonial en el plano del análisis estructural y la historia abstracta. El artificio metodológico utilizado en *El capital*, o sea la construcción de un modelo puro del modo capitalista de producción, se interpretó como una descripción de la realidad.

Al enfrentar la historia concreta Marx describió la expansión geográfica del capitalismo como una marcha brutal e inevitable de la civilización sobre el mundo. La metrópoli mundial de la época, Inglaterra, era el espejo en el que podía verse el futuro de los demás países sin exceptuar a los coloniales: *De te fabula narratur*. En el prefacio a la primera edición alemana de *El capital* se dice: "El país más desarrollado industrialmente sólo muestra, a los menos desarrollados, la imagen de su propio futuro".

El concepto marxista de la evolución quedó expresado así en un esquema unilineal de desarrollo, en el cual no había lugar para la diversificación evolucionista más allá de las formas determinadas por la propia historia eurooccidental.

Rosa Luxemburgo, en cambio, aunque sin llegar a rechazar el esquema unilineal de Marx, subrayó el papel indispensable de las colonias en el desarrollo histórico concreto del capitalismo y consideró los modos de producción no capitalistas como estructuralmente necesarios para realizar el proceso de acumulación ampliada en las metrópolis. Quizá más significativamente todavía, Luxemburgo abandonó la visión optimista y etnocéntrica de Marx sobre los resultados civilizadores del imperialismo.

Hobson, desde el terreno del radicalismo liberal británico, y Hilferding, desde el campo marxista centroeuropeo, estudiaron los nuevos fenómenos del capitalismo financiero, el

monopolismo y la exportación de capital desde las metrópolis, pero tampoco abordaron de manera directa la cuestión colonial. Hilferding observó, sin embargo, que el nuevo imperialismo bloqueaba de manera selectiva el desarrollo económico de los países coloniales y dependientes.

Bujarin y Lenin, a pesar de proceder del oriente primitivo y agrario de Europa, no se ocuparon seriamente de la cuestión colonial excepto desde el ángulo de la estrategia política del movimiento obrero. Ambos atacaron con crudeza a Roy, quien desde una comprensión más profunda del sistema económico y de la estructura de clases de su país, la India, mantuvo la tesis de la especificidad socioeconómica y política de los países coloniales.

Los autores marxistas que podríamos llamar clásicos muestran entonces, por un lado, la idea común de que el sistema colonial moderno es una consecuencia lineal, una mera proyección del desarrollo capitalista. Por otro lado, no llegan a establecer relaciones de causalidad necesaria entre la emergencia del capitalismo como modo dominante de producción y el sistema metrópoli-colonia.

La consecuencia colonial sólo se convierte en causa a nivel de acelerador del proceso capitalista (Marx); de alimento indispensable para la producción ampliada del capital (Luxemburgo); de mercado para la inversión de los capitales metropolitanos (Hilferding), y de campo de lucha entre las potencias imperialistas (Bujarin y Lenin). Sólo en estos sentidos las colonias se transforman dialécticamente de efecto en causa.

Estas interpretaciones sostienen, además, que la dirección del desarrollo de las colonias es lineal y repetitiva. En ellas nada nuevo acontece bajo el sol, como tampoco pueden hacer

aparecer nada nuevo en las metrópolis. La única concesión que el marxismo clásico hizo a una posible teoría multilineal de la evolución social moderna fue el concepto, por lo demás obvio, del desarrollo desigual del capitalismo. Pero aun esta idea sirvió para negar las posibilidades del desarrollo cualitativamente diferente. La burocracia soviética sigue empleando argumentos de la misma naturaleza frente a las experiencias llamadas socialistas de China y otros países y en su polémica con el eurocomunismo.

Semejante interpretación de los procesos evolutivos de las sociedades no sólo nos encierra en una concepción del desarrollo que está en contradicción con la experiencia histórica y con la praxis contemporánea, sino que además deja el desarrollo del propio capitalismo sin explicación suficiente. En consecuencia, resulta necesario y quizá también urgente pensar en otras alternativas teóricas más ajustadas a los hechos históricos y a las perspectivas de acción del mundo contemporáneo.

La hipótesis de trabajo que constituye el tema central de esta discusión puede formularse de la manera siguiente: el capitalismo metropolitano y los segmentos coloniales externos forman un solo sistema que articula modos de producción diferentes y se desarrolla conjuntamente. La conversión del capitalismo en el modo de producción dominante y su desarrollo concentrado en los países metropolitanos entraña por necesidad a los segmentos coloniales como partes de un mismo sistema en movimiento.

Dicho de otra manera, quizá más acorde con el idioma marxista, tenemos frente a nosotros un par dialéctico. De la misma forma que la existencia de los capitalistas privados supone la de los proletarios, la presencia del capitalismo a escala mundial supone la existencia del sistema colonial. Y lo supone no

sólo porque lo está creando incesantemente, al igual que el crecimiento del capitalismo privado crea continuamente nuevos proletarios, sino porque cada uno es condición necesaria de la existencia y desarrollo del otro.

En "La formación colonial mexicana y el primer sistema económico mundial" ensayé la aplicación de estas ideas al caso de México, considerándolo como un segmento del primer sistema económico mundial constituido a partir del siglo XVI bajo la égida del capitalismo mercantil y los impulsos expansionistas de España y Portugal.

La incorporación de la Nueva España al sistema mundial se realizó por medio de la acción constante del Estado español, que impuso a México el papel clave de proveedor de los metales preciosos indispensables para el comercio internacional de la época.

Esta función representa el principio ordenador de la economía novohispana, al que tuvo que someterse la totalidad de la sociedad bajo la presión de la administración imperial y siguiendo las exigencias del sistema mundial.

La formación colonial debe verse no sólo como una parte especializada y dependiente del sistema mayor, sino también como una manera de articular diferentes modos de producción subordinados a uno de ellos. La Nueva España exhibe un amplio abanico de modalidades socioeconómicas, que van desde el capitalismo mercantil a la organización capitalista de ciertas empresas mineras, agroganaderas y manufactureras, y desde las comunidades indígenas a los gremios, las artesanías y el campesinado.

El sistema colonial novohispano incluye, en consecuencia, relaciones sociales de trabajo asalariado que unas veces es li-

bre y otras es forzado; repartimientos de trabajo obligatorio pero generalmente retribuido; formas serviles; esclavitud y trabajo independiente de pequeños productores. Lo que dio unidad a esa extraordinaria articulación de modos y relaciones de producción y le permitió funcionar como un sistema, fue su subordinación al capitalismo mundial y su dependencia política y administrativa respecto al Estado español.

La ausencia de un desarrollo capitalista completo en los segmentos coloniales, o sea, la supervivencia prolongada y vigorosa de formas no capitalistas de producción y circulación, resulta imposible de comprender fuera del contexto establecido por el propio sistema capitalista. En la formación de los segmentos coloniales, lo mismo que en su naturaleza y en su transformaciones, los instrumentos políticos, o sea el poder del Estado, son de importancia tan primaria y decisiva como los mecanismos económicos.

Tomando como punto de partida estas concepciones sobre la especificidad de la estructura y de las funciones de la formación colonial mexicana, se puede visualizar un sistema económico mundial en el que ya existía la clara y elemental división internacional del trabajo que tipifica al capitalismo.

Adam Smith escribió: "El descubrimiento de América y el del paso a las Indias orientales por el cabo de Buena Esperanza, son los dos acontecimientos más grandes y de mayor y importancia en la historia de la humanidad [...]. Como consecuencia de estos descubrimientos, las ciudades comerciales de Europa en vez de ser manufactureros y transportadores de una pequeña parte del mundo, se han convertido en los manufactureros de los nuevos y activos cultivadores de América, y en los transportadores y en algunos aspectos también en los

manufactureros de casi todas las diferentes naciones de Asia, África y América […]".

Desde principios del siglo XVI hasta mediados del XIX el componente iberoamericano facilitó, principalmente desde México, los Andes y el Brasil, la corriente de metales preciosos que alimentó la expansión del comercio intra y extraeuropeo. El componente asiático, durante la mayor parte del mismo periodo, produjo los artículos agrícolas y manufacturados de alto precio que los europeos adquirieron sobre todo con los metales de América. Del componente africano surgió aquella corriente de mercancía humana que, como fuerza de trabajo esclava, fue a dar a las empresas más productivas de los países colonizados.

El componente central, dominante y regulador del sistema, fue Europa, pero dentro de ella misma se operó otra significativa división del trabajo internacional.

España, Portugal y los países y territorios dominados o asociados controlaban las fuentes de metales preciosos y también, por largo tiempo, las grandes rutas del tráfico marítimo. Precisamente a causa de esto se convirtieron en consumidores e intermediarios de la producción de otros y su desarrollo económico se vio paralizado. Las metrópolis ibéricas fueron desplazadas de manera progresiva a una posición marginal.

El este de Europa se especializó en el aprovisionamiento de cereales y otras materias para el occidente en expansión, produciéndolas bajo formas feudales y no capitalistas. Los países del centro y del norte europeo se vieron forzados a adquirir los metales preciosos, indispensables para el comercio, por medio de la exportación de sus propios productos y sobre todo de las manufacturas. Como observó Adam Smith, "un país que no tiene minas propias indudablemente consigue el

oro y la plata de los países extranjeros, de la misma manera que el que no tiene viñedos tiene que conseguir el vino".

El largo proceso de diferenciación y especialización económica europea culminó con la revolución industrial, el fin del mercantilismo y el crepúsculo de los metales preciosos.

La expansión de los mercados por medio de la formación del sistema económico mundial parece ser, entonces, condición necesaria tanto para el prodigioso desarrollo del capitalismo mercantil como para la aparición y triunfo del capitalismo industrial. El desarrollo del sistema mundial está ligado con el de las relaciones metrópoli-colonia y con la existencia de aparatos estatales capaces de imponer las formas necesarias de articulación entre modos de producción diferentes.

En definitiva, sólo el capitalismo parece generar capitalismo. La génesis de capitalismo debe buscarse en aquellas sociedades que tuvieron una verdadera economía de mercado, aunque el mercado no llegara todavía a dominar la totalidad del sistema. La transformación en dominante del modo capitalista de producción se realizó por medio de su articulación con otros modos de producción a través del sistema económico mundial, de las relaciones metrópoli-colonia y del Estado.

El feudalismo, en consecuencia, no es un antecedente necesario o indispensable del capitalismo, excepto en el sentido de que poseía un sistema de mercado y formas de producción correspondientes, por débiles que fueran. El capitalismo ha existido como posibilidad a lo largo de la historia de las sociedades con economía de mercado, aunque el mercado y la producción para el mismo no llegaran todavía a dominar la totalidad del sistema.

La sociedad occidental ha sido potencialmente capitalista desde que en el mundo clásico apareció, sin llegar a generalizarse, un sistema basado en la producción y circulación de mercancías.

Como escribe Polanyi en el volumen *Trade and Market in the Early Empires,* Grecia no heredó las técnicas comerciales del Oriente, como se pensaba firmemente, sino que parece haber sido la iniciadora del nuevo método del comercio de mercado.

Max Weber, en su *Historia económica general*, al comparar el mercado medieval tardío con aquel de la Antigüedad clásica, afirma que las diferencias tienen que ver sobre todo con la amplitud del mercado: "La civilización de la Antigüedad fue de la costa; ninguna ciudad de nota estaba a más de un día de viaje del mar. La tierra adentro de esta angosta faja costera de seguro estaba incluida en el área de mercado, pero poseía poco poder de compra [...]. [Sin embargo], la autonomía del *oikos*, que Rodbertus pensaba característica de todo el mundo antiguo, es en realidad un fenómeno tardío y alcanza su mayor desarrollo en los tiempos carolingios [...] Roma [...] tuvo una clase capitalista racional, que desde la época de los Graco jugó un papel determinante en el Estado".

Esta manera de ver los orígenes del capitalismo es congruente con la concepción de Marx. *El capital*, en efecto, parte del análisis de una economía que funciona como un sistema centrado en las mercancías y dominado por ellas. Puede deducirse de esto que Marx pensaba que ésta es una condición primaria del modo capitalista de producción. De acuerdo con ello, el feudalismo tardío sería una de las posibles formaciones socioeconómicas a partir de las cuales podría surgir el capitalismo como modo de producción dominante. Otra de estas formaciones sería, por supuesto, el mundo clásico grecorromano.

La idea está explícita en un texto de Marx ahora muy conocido y citado. "En varias partes del *Capital* [escribe] aludo a la fatalidad que cayó sobre los plebeyos de la Roma antigua. Ellos eran originalmente campesinos libres, cada quien cultivando

su propio pedazo de tierra. En el curso de la historia romana fueron expropiados. El mismo movimiento que los separó de sus medios de producción y de subsistencia, implicó la formación no sólo de la gran propiedad territorial, sino también del gran capital adinerado. Y así un día se encontraron por un lado hombres libres, privados de todo menos de su capacidad de trabajo, y por otro, para explotar su trabajo, aquellos que tenían en su posesión toda la riqueza adquirida. ¿Qué pasó? Los proletarios romanos no se convirtieron en trabajadores asalariados, sino en una turba de parásitos más abyecta que la "basura blanca" [los blancos pobres] del sur de Estados Unidos, y junto con ello se desarrolló un modo de producción que no fue capitalista sino que se basó en la esclavitud".

Sería imprudente extraer conclusiones definitivas de un texto tan breve, cuya naturaleza además parece incidental en la obra de Marx. Sin embargo Marx, al igual que Weber y Polanyi, deja la cuestión planteada de tal manera que el verdadero problema consiste no en discutir si de la sociedad clásica podía surgir un modo capitalista dominante, sino en averiguar por qué no ocurrió así.

Se trata, en consecuencia, de determinar bajo qué conjunto específico de circunstancias el modo capitalista ya existente en el seno de la sociedad europea adquirió, por fin, carácter dominante. La hipótesis que propongo supone que la expansión del mercado, la aparición de los segmentos coloniales y el reforzamiento del Estado constituyeron factores necesarios e indispensables para que el proceso se realizara a partir de los siglos XV-XVI.

La esencia de la explicación de Marx sobre el no desarrollo del capitalismo consiste en que el mundo clásico no mercan-

tilizó suficientemente su fuerza de trabajo debido a la existencia de la esclavitud. La fuerza de trabajo principal estuvo constituida por esclavos y de ninguna manera por trabajadores libres asalariados.

La razón de esto, escribe Bernardi en el volumen *The Economic Decline of Empires* editado por Cipolla, es que el trabajo esclavo siempre había resultado más conveniente que el libre. La labor realizada por los esclavos costaba sólo la mitad que la ejecutada por los trabajadores libres. La esclavitud, en consecuencia, había jugado un papel estratégico en todos los casos de crecimiento económico del mundo antiguo.

Esta situación de la fuerza de trabajo, que no varió sino hasta que los esclavos escasearon y su precio se hizo incosteable, se reflejaba de manera aguda en la estructura de clases. Después de reconocer la inseguridad de los datos demográficos, algunos historiadores han estimado que en Italia durante el reinado de Claudio los esclavos superaban por cuatro a uno a las personas libres. Este cálculo, con seguridad exagerado, elevaría la población esclavizada a algo más de veinte millones.

El estancamiento tecnológico del mundo clásico, una de las causas importantes de la escasa capitalización de la agricultura y las manufacturas, puede ser explicado también en términos del predominio del trabajo esclavo. Forbes, en sus *Studies in Ancient Technology*, pone este ejemplo: "El arnés antiguo impedía que el caballo usado como animal de tiro ejerciera la capacidad completa de su fuerza [...]. De ahí que en vez de arrastrar quince veces la carga de un hombre, el caballo en la antigüedad arrastraba sólo cuatro veces ese peso [...]. Los agrónomos romanos, que eran astutos economistas, descubrieron bien pronto que el consumo de alimento entre caballo y esclavo mantenía una relación idéntica, o sea de cuatro a uno".

El esclavo no sólo desplazó a los trabajadores libres como fuente de energía, sino incluso a los animales. Como observaron los tratadistas romanos, el esclavo tenía utilidades adicionales a la de recurso de energía, al poder ser dedicado alternativamente a otra variedad de ocupaciones útiles.

El mismo Forbes, aunque escéptico en cuanto a ver en la esclavitud la causa única del atraso tecnológico romano, escribe: "En verdad, si la opinión pública lo hubiera pedido y el Estado hubiera aplicado presiones y dinero suficientes, la mecanización podría haber llegado muy lejos en la antigüedad. De hecho, éste fue el caso en la guerra [...]. En la mayoría de los casos, sin embargo, la abundancia de la fuerza de trabajo disponible tendió a anular las tentativas de los ingenieros de mecanizar los oficios y de introducir maquinaria".

Adam Smith utiliza un ejemplo más moderno pero igualmente válido: "Las minas de Hungría [...] sin ser más ricas siempre han sido trabajadas a menor costo, y en consecuencia con mayor provecho, que las minas turcas en sus proximidades. Las turcas se trabajan con esclavos y los brazos esclavos son las únicas máquinas que los turcos han pensado en emplear. La húngaras se trabajan con obreros libres que emplean una gran cantidad de maquinaria, con la que facilitan y reducen su propia labor".

Adam Smith, en estos breves párrafos, resume a la vez la explicación de la incompatibilidad esclavo-máquina en condiciones de abundancia de esclavos y las razones de la decadencia de la esclavitud una vez que comienza la mecanización al escasear aquellos.

Una interpretación semejante, es decir, de insuficiente mercantilización de la fuerza de trabajo y de escasa capitalización del equipo productivo, puede aplicarse a otras áreas de

la economía clásica para explicar la parálisis del modo capitalista.

La Roma antigua no fue sólo una sociedad con un modo de producción dominante esclavista, sino también un inmenso imperio tributario formado por la conquista militar de territorios donde existían modos de producción diferentes (asiáticos y germánico principalmente). Finley escribe que "al alcanzar su mayor extensión, cuando Adriano subió al trono en 117, el territorio del Imperio romano abarcaba unos cinco millones de kilómetros cuadrados [...] con una población total de unos 60 millones [...] [incluyendo] hombres, mujeres y niños, personas libres y esclavos" (en Cipolla, *The Economic Decline of Empires*).

Bernardi ha comparado el saqueo de estos territorios con el del Nuevo Mundo por los europeos. La comparación parece lícita aunque las consecuencias de uno y otro sistema colonial fueron radicalmente diferentes. Después de la conquista de Egipto, el más rico de los territorios del imperio, lo tesoros importados a Roma hicieron bajar las tasas de interés de 12% a 4% y produjeron una gran inflación. Hamilton, en *American Treasure and the Price Revolution in Spain*, ha documentado un proceso semejante pero mucho más extenso y profundo durante el siglo XVI, a raíz de la importación de la plata americana. Adam Smith observó que después del descubrimiento de América las tasas de interés en Europa occidental bajaron del 10% al 6%, 5%, 4% y hasta 3 por ciento.

La organización burocrático-militar del imperio extraía continuos y abundantes recursos de sus dominios mediante un sistema tributario que funcionaba paralelamente al sistema de circulación de mercancías. Aquellos productos que circulaban como tributo y no como mercancía se dedicaban a mantener

la estructura burocrática imperial. Asimismo, se redistribuían a los campesinos desposeídos de su tierra y convertidos en chusma y no en un verdadero proletariado urbano.

"El Estado", escribe Bernardi, "se entregó a una política [...] de generosos donativos a la plebe urbana [...]. Las distribuciones de grano habían comenzado en la época de los Graco [...] a precios controlados [...] y desde el año 58 a. C. en forma completamente gratuita. Al grano gradualmente se agregaron aceite, puerco, vino y regalos en dinero".

"Augusto, la hacer definitiva la institución (de los repartos o frumentaciones) limitó el número de los derecho habientes a 150 o 200 mil al comienzo del imperio [...] [en la ciudad de Roma]. Lejos de que el recibir esta asistencia –casi suficiente para el grueso de la alimentación– se sintiera como humillante, a los interesados les aseguraba una suerte de prestigio [...] [ya que tenían que probar] ser nacidos y domiciliados en Roma y su origen libre [...]. Si los cálculos de M. D. Van Berchen son confiables, casi todos los verdaderos ciudadanos libres de Roma formaban parte de esta plebe *frumentaria* [...] o sea, entre 300 y 400 mil habitantes de la ciudad, si se toma en cuenta a las familias" (Gagé, *Les classes sociales dans l'Empire romain*).

¿De dónde procedía la inmensa masa de recursos necesarios para alimentar a esa gran población improductiva? En el caso de la ciudad de Roma se sabe que la mayor parte del trigo llegaba de Egipto. "Durante el primer siglo de nuestra era Egipto contribuía con veinte millones de *modii* de trigo al año a Roma (unos cinco millones de bushels [175 millones de litros], que representaba un tercio del abastecimiento total; durante el reinado de Justiniano, ocho millones de *artabae*, equivalente a siete millones de bushels [245 millones de

litros], se enviaban anualmente a Constantinopla" (Stevens, en Postan, *The Agrarian Life of the Middle Ages*). Como ha escrito Bloch (*La société féodale*), "sin los cereales de África la existencia de la Roma imperial se puede concebir tan poco como la teología católica sin el africano Agustín".

Imposible dejar de subrayar la estrecha interdependencia entre la guerra como instrumento de conquista para obtener tributo y la guerra como medio para conseguir esclavos. Al término de una campaña militar victoriosa los cautivos eran vendidos en los mercados romanos por decenas de miles. Con frecuencia las guerras eran gigantescas cacerías humanas para alimentar el crecimiento del sistema esclavista.

La guerra como actividad económica explica la magnitud de las fuerzas armadas: trescientos mil hombres en la época de Augusto a Marco Aurelio y seiscientos mil bajo Diocleciano. Es posible calcular parte del costo de este aparato militar sabiendo que un soldado de la época de Augusto recibía aproximadamente el sueldo de un trabajador libre asalariado, doscientos veinticinco denarios, que subió hasta quinientos bajo el emperador Septimio Severo.

Un sistema económico como el que estoy describiendo se asemeja, sin ser idéntico, al que Polanyi ha llamado de centralización y redistribución de productos. Resulta claro que los segmentos coloniales de la metrópoli romana eran a la vez proveedores de esclavos y de tributos, y que como tales jugaron un papel de retardador y no de acelerador del capitalismo.

Las colonias contribuyeron a formar e hicieron posible en la metrópoli un modo de producción dominante de naturaleza no capitalista. Los segmentos coloniales suministraban fuerza de trabajo (esclavos) y productos (tributos), que quedaban fue-

ra del proceso de mercantilización de la economía del mundo clásico. El desarrollo del capitalismo en la metrópoli fue frenado y el proceso mismo de mercantilización retrocedió.

En términos de la estructura social, el enorme desarrollo del esclavismo y de la economía no mercantil (tributaria y redistributiva) se corresponde con una hipertrofia de las clases dominantes no capitalistas. O sea, de la burocracia administrativa y militar, a la que desde el emperador Constantino se agregó la burocracia eclesiástica.

Incluso la propiedad privada de los medios de producción, esta condición social y jurídica indispensable para la existencia y el desarrollo del capitalismo, fue debilitada en extremo por la política imperial de confiscaciones, expropiaciones y requisas practicadas en beneficio del despotismo burocrático.

Durante los siglos III y IV, escribe Wittfogel citando a Oertel, el Estado no sólo era el mayor terrateniente sino también el mayor propietario de minas y canteras, y con el curso del tiempo llegó a serlo de las industrias. El comercio y el transporte fueron sometidos, asimismo, a un creciente control gubernamental. Según Petit (*La paz romana*) citando a Sirago, "los emperadores lucharon constantemente contra la gran propiedad particular [...]. Finalmente, por las ejecuciones y las confiscaciones, especialmente en tiempos de Nerón, el latifundio particular debió desaparecer casi por completo de Italia".

Se puede afirmar que la sociedad clásica contenía un sistema de economía de mercado que había generado formas socioeconómicas de naturaleza capitalista, si bien dentro de cuadros dominantes de naturaleza esclavista y tributaria. El desarrollo capitalista fue frustrado; por la existencia de un sistema colonial que generó una combinación de esclavismo con despotismo burocrático y con sistema tributario.

Semejante combinación impidió el crecimiento vigoroso del sector de trabajadores libres (asalariados); obstaculizó el progreso tecnológico y la mecanización (la capitalización del aparato productivo); debilitó las clases basadas en la propiedad privada (empresarios, propietarios de los medios de producción y proletarios libres), y en general canalizó las fuerzas económicas, sociales y políticas en direcciones no capitalistas (economía de tributo y redistribución; esclavismo; clases burocráticas y dominio despótico).

He descrito cómo la sociedad clásica contenía varios modos de producción articulados entre sí, incluso el de naturaleza capitalista. El dominante era de tipo esclavista, no sólo porque incorporaba a la mayor parte de la fuerza de trabajo sino porque caracterizaba a las unidades de producción de mayor importancia en el sistema económico metropolitano (las grandes empresas agrícolas especializadas, las minas y las canteras, los grandes talleres de armas, las manufacturas de gran escala).

La producción esclavista estaba combinada con un extenso sistema de extracción de recursos de sociedades en las que, con excepción del mundo helénico y latino, no predominaba el modo esclavista de producción sino el asiático (Egipto y Cercano Oriente) y el que Marx denomina germánico (centro y norte de Europa). La sociedad clásica se apoyaba en la existencia de segmentos coloniales proveedores de esclavos y productos, que habían sido creados por la expansión militar de un imperio gobernado y administrado por una burocracia despótica que se convirtió en su clase dominante.

De acuerdo con los términos de mi hipótesis sobre la función de los segmentos coloniales, el proceso de desintegración del imperio romano debe ser explicado en relación con la di-

solución del modo esclavista de producción y en definitiva con la incapacidad de seguir extrayendo esclavos y tributos en las proporciones tradicionales.

La decadencia de la esclavitud, visible a fines del primer siglo de nuestra era, no parece explicable en términos de cualquier competencia establecida por otros modos de producción, ni tampoco por el desarrollo de la mecanización. Ninguno de los autores romanos –y me atrevería a decir ninguno de los historiadores contemporáneos– ofrece una explicación económica directa de la gradual disolución del esclavismo. Se sugiere que ocurrió un agotamiento progresivo y acelerado de las fuentes de abastecimiento de esclavos al cesar la política expansionista del imperio.

La tasa de reproducción natural de la población esclava no parece haber sido suficiente para mantener el sistema en crecimiento. Más bien todo lo contrario. Sin olvidar las controversias sobre las cifras que siguen, se calcula que un tercio de los esclavos de la ciudad de Roma moría antes de los diez años y que otro tercio no rebasaba los veinte. Dicho de otra manera más de 80% de los esclavos romanos morían antes de los treinta años. La dificultad de mantener estabilizada la población esclava era aun mayor frente a las tendencias, estimuladas y justificadas por la filosofía estoica y el cristianismo, a manumitir esclavos convirtiéndolos frecuentemente en colonos o cuando menos a declarar libres a muchos de sus descendientes.

En la medida en que el descenso de la oferta de esclavos constituye un factor económico, estamos frente a una explicación de la disolución del modo de producción dominante. Aunque faltan datos suficientes existen buenas evidencias de un proceso constante de encarecimiento de la fuerza de trabajo esclava en comparación con la libre y con aquella sometida

a otras formas de relación social, como bajo los modos asiático y germánico y el nuevo sistema de colonato.

"Los latifundios [...] eran trabajados original y usualmente por grupos de esclavos comprados a bajo precio; sin embargo, con la disminución del abastecimiento de esclavos fueron divididos [...] en fracciones rentadas a los campesinos (*Coloni*), que a veces eran esclavos manumitidos" (Stevens, en Postan, *The Agrarian Life*).

Otro factor directa y claramente relacionado con la decadencia de la esclavitud es el reajuste del sistema fiscal (impositivo) del imperio. El colonato creció con los impuestos de tipo personal (*capitatio*) y sobre el suelo (*yugatio*), que forzaron a fijar progresivamente al hombre a la tierra y a desarrollar la gran propiedad territorial y el patronato para asegurar la recaudación.

Es posible que esta tendencia al colonato y al patronato, cuya única base no puede haber sido el sistema fiscal, no sólo reemplazó gradualmente a la esclavitud en la metrópoli sino que incorporó asimismo a los remanentes de los pequeños propietarios libres. Algunos autores ven en estas instituciones a los gérmenes de la servidumbre y del señorío medieval.

La mayor importancia del colonato-patronato debe verse, sin embargo, en relación con la disolución del orden esclavista y con la necesidad de reemplazarlo con nuevas formas de relación social. Es preferible buscar el origen de las instituciones feudales en las sociedades bárbaras de Europa y en las situaciones de frontera del imperio con los germanos.

En efecto, mientras la esclavitud seguía un proceso irregular y a menudo contradictorio de decadencia, en las marcas y fronteras europeas del imperio aparecía un tipo nuevo de tecnología agrícola, adaptado a las zonas frías de grandes bos-

ques y suelos húmedos y pesados del centro de Europa y de la cuenca baja del Danubio, que no parece haber sido tan receptiva a los métodos esclavistas como los litorales del Mediterráneo.

El debilitamiento militar del imperio estimuló el desarrollo de estas marcas fronterizas para la defensa, con su nueva tecnología y con una organización social característicamente no esclavista. A ellas acudieron los bárbaros que formaban las tropas auxiliares del imperio y que de otra manera hubieran sido conducidos como esclavos a las ergástulas romanas.

Existe una clara relación dialéctica entre el fin del expansionismo romano, la decadencia del modo esclavista de producción y la aparición de nuevas formas socioeconómicas, tales como el colonato y el patronato. Las consecuencias de este proceso se sintieron en todos los niveles de la sociedad clásica, pero muy particularmente en la economía, en la estructura social y en la organización política del imperio. Se hicieron grandes esfuerzos para adaptarlas a las nuevas condiciones.

La reorganización del imperio, desde Diocleciano hasta Constantino, adoptó "un modelo para esta reforma, o sea la administración central de Egipto, la parte económicamente más desarrollada del Imperio [...]. Esta administración central [...] formaba la columna vertebral de la economía planificada [...]. Distribución planeada del trabajo, entregas obligatorias, control de la producción agrícola, monopolios estatales en casi todas las ramas de la actividad económica –todo esto había sido la regla desde tiempos antiguos" (Haussig, *A History of Byzantine*).

Ante la crisis del modo esclavista de producción el imperio adoptaba la alternativa del modo asiático con sus concomitantes políticas, sociales e incluso ideológicas.

La crisis había afectado más profunda y extensamente a la parte occidental (romana) que a la oriental (bizantina) del imperio. El Oriente romanizado poseía un fundamento económico menos dependiente del esclavismo que el occidente y más relacionado con el modo asiático incluso geográficamente. Las reformas imperiales tuvieron más éxito en Constantinopla que en Roma.

El desplazamiento del centro de gravedad política del imperio desde Roma a Constantinopla no admite una explicación tan sencilla como la amenaza bárbara. Responde a la profundización general de la crisis esclavista y a la mayor capacidad del Oriente para resistirla. La parte oriental había sido siempre la más rica y poblada del imperio. Sólo la supremacía militar latina y el aparato de explotación económica de las colonias explican la posición privilegiada de Roma y de Italia.

El efecto más importante del desplazamiento político fue que los recursos provenientes de la explotación de los segmentos coloniales, que antes se encaminaban a la vieja Roma, comenzaron a afluir con preferencia a la nueva Roma, Constantinopla. Egipto, que enviaba anualmente a Roma 175 millones de litros de trigo durante el siglo I, mandaba a Constantinopla en la época de Justiniano 245 millones de litros. Roma y la parte occidental del imperio dejaron de ser subsidiadas por las colonias, al menos en la medida en que lo habían sido por medio de la tributación de productos, del intercambio comercial desigual, del abastecimiento de esclavos y de la concentración de metales preciosos.

Resulta difícil sobrestimar las consecuencias de estos cambios en términos de la desintegración de la sociedad clásica en el occidente europeo. Al perder el abastecimiento de Egipto, aunque sustituido en parte por el de Cirenaica, Italia tuvo que reanudar el cultivo de cereales en su propio territorio, usando tierras dedicadas antes al pastoreo. Es decir, suelos marginales con rendimientos pobres que contribuyeron a encarecer el costo de los alimentos básicos.

El aumento del precio de los cereales condujo a extender su cultivo a zonas antes dedicadas a la vid, al olivo y a los frutales, productos caros que cubrían necesidades de exportación y daban ingresos importantes. El norte de Italia, "que había sido un área de grandes empresas de cultivo intensivo utilizando mano de obra esclava, se convirtió en una tierra de pequeños arrendatarios y propietarios [...]. Los rendimientos del suelo decrecieron. No se podía exportar [...]. Áreas conocidas antes por su agricultura especializada [...] declinaron [...]. El norte de Italia, que unas décadas antes exportaba productos agrícolas, tenía ahora que importar granos y aceite [...]" (Haussig, *A History of Byzantine*).

Las empresas agrícolas cerealistas, por otra parte, no son compatibles económicamente con la esclavitud. La rentabilidad de la fuerza de trabajo esclava requiere su utilización continua, cosa que no se consigue en las explotaciones extensivas de agricultura de temporal.

La extensión del cultivo de cereales en detrimento de las empresas intensivas típicamente esclavistas de Italia dio nuevos impulsos al desarrollo del colonato. La crisis de abastecimiento de alimentos y materias primas a los centros urbanos y administrativos y al ejército obligó al Estado

a exigir el pago de los impuestos en especie, lo que redujo aún más el sector mercantilizado de la sociedad clásica occidental y contribuyó a cerrar el camino hacia una alternativa capitalista.

El encarecimiento del costo general de la vida en Italia y la decadencia del esclavismo aumentaron el precio de la mano de obra en la agricultura y en las manufacturas. La producción dejó de ser competitiva en el comercio exterior. "Se clausuraron talleres bien equipados y pequeñas empresas industriales [...]. Un número no desdeñable de artesanos marcharon al Oriente, a Siria y Egipto [...]. Así como el comercio y la industria [...] de Italia declinaron, así los capitalistas perdieron su campo natural de actividad económica [...] e invirtieron su capital en las nuevas industrias que comenzaron a florecer en oriente [...]" (Haussig, *A History of Byzantine*).

La marcha no fue sólo al este sino también hacia el norte. Wheeler (*Rome Beyond*) ha documentado este movimiento por medio del testimonio arqueológico. "Hacia el fin del siglo segundo [de la era cristiana] aparece la segunda fuente principal de abastecimiento: la Galia y las tierras del Rin. La cerámica, el vidrio, los objetos de metal y la moneda acuñada, comienzan a afluir hacia el este y el norte bajo el estímulo tanto de la prosperidad en el este como de las guerras y migraciones en el centro de Europa que [...] disminuyen seguramente lo que quedaba del tráfico procedente de Italia".

Coincidiendo con estos desplazamientos los comerciantes "sirios" (orientales) y los productos del este toman el lugar de los latinos en España, las Galias y en los mismos puertos italianos. Algunos historiadores han debatido la cuestión de una fuga de metales preciosos desde Occidente al Oriente, que constituiría una prueba más del cambio en la asimetría de las

relaciones y de las causas inmediatas de la decadencia económica del Occidente.

Creo haber mostrado, de manera razonable, que en la crisis de la sociedad clásica tiene una función decisiva la disolución del modo esclavista de producción, y que esta crisis aparece ligada a la terminación del expansionismo colonial romano. Para explicar la crisis particular del Occidente, lo mismo que para comprender la larga supervivencia del oriente europeo, resulta necesario recurrir, además, al fenómeno de la transferencia creciente de los recursos coloniales desde Roma al nuevo centro imperial de Constantinopla.

El imperio trató de enfrentar la crisis con una solución peculiar: la orientalización. O sea, la adopción de un modelo de organización socioeconómica y política que corresponde al modo asiático de producción. El modelo concreto fue provisto por Egipto, parcialmente helenizado desde su conquista por Alejandro Magno.

La solución asiática resultó un éxito en la parte oriental del imperio, que sobrevivió por siglos a la desintegración de la parte occidental. El fracaso de Roma y el éxito de Constantinopla son atribuibles no sólo a ciertos antecedentes históricos y a la posición geográfica respectiva, sino mucho más decisivamente al grado en que cada una pudo seguir disponiendo de los recursos de los segmentos coloniales.

Doehaerd (*Le Haut Moyen Age*) ha discutido la naturaleza de la solución. “Habiendo ligado las fuerzas productoras al aparato productor (el campesino a la tierra y, paralelamente, el artesano, el armador, el mercader a las corporaciones a que pertenecían hereditariamente), el Estado extraía, a título de im-

puesto, una parte de los bienes o de los servicios. Gracias a estos bienes percibidos en especie, gracias al trabajo que le debían las diferentes categorías de contribuyentes, el Estado levantaba sus propias estructuras de producción y de distribución, y aprovisionaba su propio mercado. Alimentaba, vestía y armaba de esta manera a sus ejércitos; abastecía a sus funcionarios, vendía en los pueblos, a precios que determinaba, los productos que compraban sus habitantes y que estaban al alcance de los más humildes".

El éxito de la solución asiática en Constantinopla, reminiscente de la solución estalinista en la Rusia del siglo XX, se hizo posible por la continuidad de la explotación económica de los segmentos coloniales más ricos del imperio. El precio del éxito fue la eliminación en Bizancio de cualquier alternativa de tipo capitalista.

Es forzoso preguntarse, entonces, por qué en el Occidente, al no resultar operativa la vía de la orientalización, tampoco se desembocó en la vía hacia el capitalismo. Parte de la explicación se encuentra en la naturaleza de las reformas imperiales, que asfixiaron los brotes del modo capitalista de producción con tanta eficacia como antes lo había hecho la combinación del esclavismo con el despotismo tributario. La alternativa del Occidente a la orientalización fue el feudalismo.

La desintegración del imperio en Occidente y la formación de los estados bárbaros latinizados había disuelto, en efecto, la mayor parte de las trabas que se oponían al desarrollo del modo capitalista, aniquilando la estructura burocrático-militar y el sistema despótico-tributario, simbióticamente unidos. También destruyó la base económica constituida por la explotación directa de los segmentos coloniales y disolvió el

esclavismo como fuerza principal de trabajo, sustituyéndolo por nuevas relaciones sociales.

A la vez, sin embargo, destruyó en el Occidente la gran unidad económica creada por el imperio alrededor del Mediterráneo; acabó casi totalmente con el sistema internacional de intercambio; hizo desaparecer las ciudades y redujo el área occidental a un conglomerado ruralizado de pequeños dominios con escasos lazos económicos entre sí y con el mundo exterior.

Los procesos de división del trabajo social, de especialización económica y de progreso tecnológico y, en general, de establecimiento de un sistema de mercado a escala mundial, tuvieron que esperar a la realización de los procesos de unificación política y de expansión geográfica de los nuevos estados europeos.

La afirmación del capitalismo como modo de producción dominante tuvo que esperar no sólo el lento desarrollo de los nuevos estados nacionales, sino también la aparición de nuevos segmentos coloniales con funciones y papeles diferentes de aquellos que habían constituido el imperio romano. Tuvo que esperar, ante todo, la reorganización de un sistema de mercado con un ámbito geográfico suficientemente extenso, articulando entre sí modos de producción diferentes.

El desarrollo del capitalismo como modo dominante de producción requiere un grado avanzado de mercantilización de las fuerzas productivas, incluso el trabajo humano, y de los productos mismos. Requiere, también, un ámbito económico de grandes dimensiones geográficas y segmentos coloniales articulados de manera específica a un sistema de naturaleza capitalista y no a un sistema de tipo tributario. Exige la existencia de estados bien organizados.

La paradoja de la crisis del imperio occidental consiste en que la disolución del esclavismo como modo de producción dominante y la desintegración del sistema despótico-tributario, que habían asfixiado al capitalismo emergente, fueron acompañadas de la pérdida de los segmentos coloniales, del fin del enorme espacio económico organizado por el imperio y de la destrucción del Estado.

La paradoja permite subrayar, una vez más, los caracteres no lineales de la evolución. Los procesos evolutivos de las sociedades tampoco son necesariamente unidireccionales. En ellos parecen predominar la discontinuidad y la ruptura, la variación y la mutación. Pero la ciencia social, dominada todavía por la idea decimonónica del progreso y por el concepto unilineal de la evolución, aún parece incapaz de plantearse y resolver esta clase de problemas. Entre tanto, sin embargo, la praxis histórica sigue haciendo aparecer formas nuevas e inesperadas de desarrollo, negando las predicciones más dogmáticas y mostrando la constante creatividad de la evolución social.

Los estudios campesinos: orígenes y transformaciones[1]

Me permitiré introducir el tema a discutir en la presente oportunidad planteando un problema historiográfico que me parece significativo. El problema se refiere a la historia de la antropología y de la teoría marxista, aunque por cierto no a una historia vista como el despliegue independiente de la ciencia y la teoría, sino a su historia considerada en su determinación por el contexto concreto del desarrollo global de la sociedad.

Llamaré la atención, para comenzar, sobre el curioso fenómeno del extraordinario y siempre creciente número de estudios sobre el campesinado publicados recientemente por antropólogos de diversas corrientes teóricas, condiciones ideológicas y posiciones políticas. Utilizo con deliberación el término "fenómeno" y el adjetivo "curioso", porque esta situación en verdad es nueva e insólita.

En efecto, sólo aquellos que ignoran totalmente la historia de nuestra disciplina pueden creer que el interés por los campesinos como tales ha sido preocupación tradicional y continua de una antropología que, por el contrario, se dedicó con preferencia a los pueblos llamados primitivos. Dicho de otra manera, tanto en su variedad social británica como en su va-

1 Ensayo basado en las pláticas iniciales de los seminarios sobre Campesinos y Proceso de Industrialización, celebrados en la Universidad de Texas en 1978 y en la Universidad Iberoamericana en 1979.

riedad cultural norteamericana, la antropología se mantuvo fiel a sus orígenes coloniales durante la expansión española y portuguesa, cuando se ocupó casi exclusivamente de las culturas y sociedades no occidentales.

Hay también quienes han aceptado sin mucha crítica la versión oficiosa de que los estudios de comunidades aldeanas en las décadas de 1930 y 1940, y principalmente los trabajos de Redfield en Mesoamérica, constituyen el momento de arranque del interés científico social por los campesinos. No hay duda de que la obra de Redfield, particularizada quizá en su monografía sobre Tepoztlán, expresa un momento importante de la transición desde la etnografía culturalista hacia la antropología de las sociedades complejas.

Creo que ningún antropólogo discutiría seriamente estos méritos de los primeros investigadores modernos de las comunidades aldeanas, y mucho menos lo haría un mesoamericanista. Sin embargo, semejante versión del origen de la campesinología contemporánea deja de lado varias cosas esenciales para nuestra discusión. La principal de ellas es la tradición europea de estudio de los campesinos y la propia tradición mexicana de estudios de las cuestiones agrarias.

Al hacer referencia a la tradición europea, la más rica en información e importante en la teoría, pienso sobre todo en autores del siglo XIX y comienzos del XX, de los que son buenos ejemplos Haxthausen y Maurer en Alemania, Maine y Seebohm en Gran Bretaña, Kovalevski y Chayanov en Rusia, y Costa en España. Sin sus contribuciones no es posible siquiera comenzar a pensar sobre la problemática del campesinado y su teoría.

El hilo que une a esta tradición con los estudios contemporáneos puede ser tan tenue que en algún momento toda re-

lación haya llegado al punto de ser desconocida. Lo mismo podría decirse de los autores mexicanos que analizaron y discutieron la cuestión agraria, desde los precursores de la Independencia hasta los ideólogos de la Reforma y la Revolución.

Precisamente éste es el problema histórico al que aludía, problema que puede expresarse ahora preguntándose acerca de las causas del notable florecimiento de los estudios campesinos en el siglo pasado, de su decadencia y abandono posterior y de su aparentemente nuevo florecer con olvido casi completo del pasado.

Los estudios del campesinado parten en Europa, por un lado, de las preocupaciones nacionalistas y culturalistas de Herder y de su hostilidad incondicional a las concepciones francobritánicas de la evolución universal y lineal. La creciente marea de homogeneización cultural, que de hecho acompaña al desarrollo del capitalismo y del imperialismo moderno, estaba ya sumergiendo y destruyendo las viejas culturas nacionales y sus lenguas en todo el mundo.

Estas tendencias históricas debían ser resistidas vigorosamente, decía Herder, si se quería mantener el prodigioso panorama de la diversidad cultural y nacional de la humanidad. La resistencia podía comenzar con un gran esfuerzo de conservación v recuperación de las culturas tradicionales, de las cuales los mejores depositarios eran los campesinos todavía incontaminados por el cosmopolitismo urbano. De esta forma, la campesinología comenzó en Europa como una etnografía cultural, un registro de folklore y una lingüística.

A esta poderosa corriente que tanto contribuyó a alentar los movimientos nacionalistas y el romanticismo, se agre-

gó casi de inmediato la corriente historicista del derecho. La revolución francesa en su fase bonapartista de expansión y conquista imponía los principios de la racionalidad burguesa, desde la filosofía al sistema métrico decimal y el código de Napoleón. Fue precisamente la tentativa de universalización del derecho civil abstracto lo que promovió la aparición de la escuela histórica y los comienzos del estudio sistemático del derecho consuetudinario.

El código napoleónico chocaba, en efecto, con costumbres largamente establecidas y con disposiciones particulares sobre la propiedad, la herencia, la organización y la autoridad familiar, la solución de conflictos, las sanciones sociales, etc., y chocaba tanto más brutalmente cuanto más tradicional y menos burguesa, es decir, más campesina, era la sociedad. El programa herderiano se extendió de esta manera desde la lengua, las danzas y canciones, las festividades civiles y religiosas, la indumentaria, hasta la organización familiar y política, las actividades económicas y toda la vida social de los campesinos.

No resulta difícil ver las semejanzas entre estas dos corrientes, que rara vez rebasaron el marco geográfico europeo, y el programa boasiano de la antropología cultural norteamericana, que de hecho colocó a los grupos indígenas del Nuevo Mundo en el lugar de los campesinos como objeto de estudio. Desde esta perspectiva resulta aún más sorprendente que los antropólogos modernos tardaran tantos años en regresar desde los llamados primitivos al objeto original de estudio de algunos de los fundadores más importantes de nuestra disciplina.

La tercera corriente de estudios del campesinado surgió cuando la empresa capitalista invadió decisivamente la agricultura y cuando la industrialización y la urbanización avanzaron con extrema rapidez. Por supuesto, los procesos fueron

y siguen siendo diferentes y desiguales, desde Inglaterra, que eliminó casi por completo a los campesinos, hasta Francia, donde pudieron defenderse con éxito. El panorama general europeo de aquel tiempo aparece dominado por la lucha entre la ciudad y el campo, la industria y la agricultura, y entre la empresa capitalista, la renta terrateniente señorial y la organización campesina y sus comunidades.

Los estudios campesinos tomaron una dirección claramente orientada hacia la economía, la tecnología y la organización doméstica y comunal de la producción y el consumo. Se trató de mostrar las ventajas económicas y sociales de la organización doméstica libre y del sistema comunal frente a las supervivencias del feudalismo y a las nuevas y grandes empresas capitalistas. Se procuró descubrir y analizar las relaciones entre el parasitismo señorial, el complejo urbano-industrial y el sector agrícola campesino. El trabajo de los investigadores se ligó estrechamente con los movimientos políticos agrarios que sacudieron a Europa.

Los estudios campesinos parecían haber llegado en Europa a una especie de edad de oro a comienzos del siglo XX. Tomados en su conjunto cubrían las culturas tradicionales, las normas de la vida social, la actividad económica y la articulación del campesinado con la sociedad mayor. Sin embargo, unos años después resulta difícil encontrar investigadores dedicados al estudio del campesinado, quizá con la sola excepción del oriente europeo. Éste es un fenómeno tan sorprendente como el del nuevo florecimiento universal de los estudios campesinos al llegar a la mitad del siglo XX.

El interés marxista por la cuestión campesina se desarrolla en un ciclo semejante al que acabo de indicar, pero con una

dinámica diferente de intereses. Marx convivió con los grandes estudiosos del tema, aunque él mismo no le dedicó mucho tiempo. De todas maneras, leyó y anotó con cuidado las obras principales y con frecuencia las criticó con su característica agudeza y violencia verbal. Su atención, lo mismo que la de Engels, se despertó principalmente alrededor de varios asuntos sobre los cuales vale la pena detenerse.

Uno de ellos, por supuesto el más popular gracias al *Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado,* es el del llamado comunismo primitivo. O sea, el de aquella etapa universal de la evolución que antecede a la aparición de la sociedad civil y de cualquier tipo de formación social dividida en clases. Tanto Marx como Engels creyeron firmemente que las comunidades aldeanas eslavas e hindúes descritas por Haxthausen y Maine, y las germánicas reconstruidas por Maurer, usando documentos, representaban otras tantas supervivencias modernas del viejo comunismo.

No interesa en este momento discutir un error en el que incurrieron por igual Marx y la mayoría de los etnólogos e historiadores europeos, con la notable excepción de Fustel de Coulanges. La crítica histórica y etnológica hace mucho que demostró que las comunidades aldeanas no son simples supervivencias ni fósiles del pasado, sino productos vivos de la adaptación obligada de los campesinos a las exigencias de la sociedad mayor y de sus clases dominantes.

Un segundo centro de atención derivado del anterior fue el de las posibilidades que estas supuestas antiguas formaciones podían ofrecer en términos de la organización del socialismo moderno. Conocemos ahora tanto la correspondencia a este propósito de Marx con Kovalevski y otros autores del este de Europa, como su aprendizaje del ruso a fin de poder

estudiar directamente la abundante literatura existente sobre las comunidades aldeanas eslavas.

Leyendo estos manuscritos de Marx, que en su mayor parte quedaron inéditos hasta hace poco, es posible afirmar que en algún momento estuvo cerca de aceptar las interpretaciones *narodniqui* sobre el potencial revolucionario del campesinado y el potencial socialista de la comunidad aldeana. Como es bien sabido, estas concepciones fueron infortunadamente exorcizadas del marxismo por Lenin en su ruda polémica con los populistas.

Mucho más representativo del pensamiento marxista formalizado ante la cuestión campesina, y desde luego mucho más influyente en la tradición ortodoxa y dogmática, es el análisis de Marx de la llamada acumulación capitalista primitiva. O sea, del proceso a lo largo del cual los productores son expropiados y separados de sus medios de producción y convertidos en proletarios. Marx dedicó páginas importantes a los campesinos víctimas de este proceso, tanto en el mundo clásico como en la formación moderna del capitalismo en las metrópolis y en las colonias.

Los marxistas críticos, sin embargo, usando textos de Marx en los que analiza casos concretos, han conseguido demostrar que sus ideas no eran tan rígidas y mecánicas como pretende el dogmatismo de sus epígonos. Acabo de mencionar su aceptación matizada de la posibilidad de que la comunidad eslava se transformara en una institución socialista, saltando la supuesta necesidad de la etapa de proletarización del campesinado. En el caso del mundo clásico Marx se refiere a un proceso de expropiación de los campesinos que no los convirtió en verdaderos proletarios sino en chusma urbana, y que tampoco generó un modo capitalista de producción sino esclavismo.

Finalmente, aun en esta reseña breve e incompleta de los principales intereses de Marx en la cuestión agraria, hay que mencionar en lugar destacado el problema de la renta de la tierra. Cien años de discusiones, desde los fisiócratas franceses a Ricardo, preceden a Marx, discusiones que están casi siempre ligadas a los conflictos jurídicos, económicos y políticos entre terratenientes, campesinos, industriales y empresarios capitalistas de la agricultura.

Las contribuciones principales de Marx parecen ser su crítica de las ideas de Ricardo, para quien toda la renta era diferencial (o sea el resultado de diferentes grados de fertilidad natural del suelo), y la demostración en *El capital* de que el desarrollo moderno de la agricultura sigue las mismas leyes del desarrollo capitalista ya establecidas para la industria (o sea, que existe una renta absoluta del suelo que está determinada por la operación de la ley del valor-trabajo). Las polémicas contemporáneas, promovidas sobre todo por las obras de Chayanov, muestran la falta de aceptación general de semejantes conclusiones y en particular de la interpretación marxista de Ricardo.

Es claro, a pesar de todo, que los campesinos ocuparon un lugar secundario en los intereses científicos y políticos de Marx, y también que en este caso más que en otros sus trabajos son subsidiarios y dependientes de la obra de otros investigadores. Puede decirse que no existe propiamente una teoría del campesinado elaborada por Marx, de la misma manera que no hay una teoría especial del colonialismo.

De hecho, Marx nunca se propuso ninguno de estos dos objetivos. Es más, los rechazó explícitamente en *El capital* usando casi las mismas palabras en cada caso. Más adelante trataré de establecer la relación que encuentro entre estos dos

hechos cuando se contemplan en el cuadro de la reproducción ampliada del capital.

Sólo dos de los seguidores de Marx llegaron a publicar obras importantes sobre la cuestión campesina. Ambos lo hicieron casi simultáneamente a fines del XIX. Después de Lenin y Kautsky, y de igual manera que lo hicieron los científicos sociales, la cuestión fue abandonada por los marxistas hasta bien entrado el siglo XX.

El trabajo de Lenin, sin embargo, tendía, más que a proponer una teoría sobre los campesinos, a sostener la inevitabilidad de su desaparición y de su transformación en empresarios burgueses agrícolas y en proletarios urbanos y rurales. Sus tesis adquieren sentido principalmente en términos de la polémica política con los populistas, ya que como hecho histórico el campesinado ruso desapareció (si es que, en efecto, ha desaparecido) por un acto de voluntad y de poder de la dictadura estalinista y no como resultado de un proceso histórico objetivo.

Kautsky, a pesar de estudiar la cuestión agraria en los países capitalistas más avanzados, no llegó a conclusiones tan drásticas y a corto plazo como las de Lenin al observar la atrasada Rusia. Por el contrario, Kautsky reconoció que las nuevas estructuras capitalistas de la agricultura, y en particular sus necesidades de fuerza de trabajo, creaban situaciones que permitían y aun exigían la persistencia de formas domésticas de producción en el campo. De cualquier manera, mantuvo la tesis central de la desaparición del campesinado, aunque aplazándola hasta el momento en que se resolvieran ciertos problemas específicos de la producción agroganadera que impedían igualarla exactamente con las características principales de la producción industrial.

Es posible que las diferencias entre Lenin y Kautsky en esta cuestión se debieran en buena medida a las diferentes condiciones políticas de Rusia y Alemania. Quiero sugerir con esto que sus lecturas de los textos teóricos de Marx y sus interpretaciones del material empírico estaban coloreadas, más que matizadas, por el estado y las perspectivas de sus respectivos partidos. El mismo orden de prejuicios ideológicos sigue distorsionando hoy día la visión marxista ortodoxa de los campesinos.

El poderoso movimiento socialista alemán tenía sus raíces, sus dirigentes, sus militantes y sus bases en la clase obrera urbana. Repudiaba cualquier idea de aliarse con los campesinos, a los que consideraba pequeños burgueses reaccionarios y bárbaros. De hecho, el marxismo alemán rehusó incluso organizar la propagación de sus ideas entre los campesinos.

Los grupos marxistas rusos, tan débiles y divididos como las demás tendencias socialistas nacionales, tenían que ser convencidos, por el contrario, de que el mayor esfuerzo de propaganda y organización debía dirigirse hacia la clase obrera en desarrollo y no hacia los campesinos. El futuro pertenecía al capitalismo, a la industria y a las ciudades, y en consecuencia a la clase obrera y al proletariado rural.

Constituye una irónica paradoja de la historia moderna que el gran movimiento obrero marxista alemán fuera tan fácilmente derrotado por el nazismo, y que la revolución socialista rusa triunfara sólo gracias a los campesinos.

Estamos ahora en condiciones de explicar la súbita decadencia de los estudios campesinos en Europa y de comprender mejor su estrecha vinculación con la evolución económica y social de los siglos XIX y XX. En efecto, su periodo de auge

acompaña a un siglo de progresos incesantes de la industria y la urbanización, así como de constantes invasiones capitalistas de la agricultura efectuadas a costa tanto de los campesinos y de las comunidades aldeanas como del sistema señorial.

La cuestión agraria estaba entonces a la orden del día en toda Europa. La historia del imperio zarista está plagada de rebeliones campesinas, que se recrudecieron con la abolición de la servidumbre y el desarrollo del capitalismo. En Irlanda murieron cientos de miles de campesinos en las hambrunas provocadas por el patrón agrícola impuesto por los intereses industriales de Inglaterra. En Prusia los *junkers* impusieron *manu militari* el capitalismo agrícola. España realizó la desamortización eclesiástica y civil, mientras los campesinos vascos y catalanes mantuvieron las guerras civiles carlistas apoyando a los grupos antiburgueses y antiliberales. Los anarquistas rebelaron a los campesinos de Andalucía y del sur de Italia contra los terratenientes.

La furia de las luchas campesinas se dirigió alternativamente, y a veces al mismo tiempo pero sin hacer claras distinciones políticas, contra el régimen señorial, el sistema de renta de las tierras, la desamortización, las exacciones del Estado en tributos y servicios, los abusos de los comerciantes y usureros, y las irrupciones del capitalismo agrario.

Durante la transición del siglo XIX al XX, sin embargo, el panorama europeo cambió radicalmente. El complejo capitalista urbano-industrial se impuso firmemente y la empresa capitalista prosiguió su avance en el campo. Los campesinos derrotados, explotados y expropiados, emigraron masivamente a las ciudades y en número creciente abandonaron el viejo continente. El conflicto tradicional parecía definitivamente resuelto. Los científicos sociales y los marxistas centraron su

atención en los grupos urbanos, en la clase obrera industrial y en los capitalistas, los nuevos protagonistas de la historia.

La decadencia de los estudios campesinos expresa el hecho histórico del crepúsculo aparente de los mismos campesinos. Las predicciones más pesimistas sobre su destino parecían completamente confirmadas. Si es así, ¿cómo explicar entonces la vigorosa reaparición de los estudios campesinos en la segunda mitad del siglo XX?

Eric Wolf, en su libro sobre las rebeliones campesinas del siglo XX, da una de las claves necesarias para entender el fenómeno. En efecto, si se toma la Primera Guerra Mundial como la verdadera transición de una época que comenzó con la Revolución Francesa y la Revolución Industrial británica, el nuevo siglo se inaugura con dos revoluciones en que los campesinos juegan un papel central, la mexicana y la rusa, y prosigue con otra serie de revoluciones de las que siguen siendo los principales protagonistas, como por ejemplo en China, Vietnam y Argel.

Los campesinos, sin embargo, no aparecen solamente enmascarados de combatientes de las revoluciones denominadas socialistas o democrático burguesas y de las guerras de liberación nacional y colonial. Después de la Primera Guerra Mundial dieron el fundamento sólido de los partidos llamados agrarios que sostuvieron las dictaduras militares del este de Europa, como en Polonia y Hungría, y apoyaron los regímenes reaccionarios de Alemania y Francia.

Después de la ocupación militar rusa del oriente europeo, al terminar la Segunda Guerra Mundial, los campesinos han obligado a los gobiernos prosoviéticos a detener las colectivizaciones agrícolas y aun a anularlas. Han ganado de nuevo una posición importante en la economía y en la sociedad nacional.

Es evidente que la continuidad de la presencia socioeconómica y política de los campesinos, después de reconocer la disminución de sus números relativos en la mayoría de los países del mundo, requiere análisis más complejos que los que parten del mero atraso tecnológico y económico y de la lentitud e insuficiencia de los procesos de industrialización y urbanización.

No hay en Marx una teoría explícita del campesinado y del modo campesino de producción, a no ser que se tome por tal la interesante aunque confusa e incompleta parte de *El capital* que trata de la renta de la tierra. Tampoco se encuentra en Marx una teoría del sistema colonial, a no ser que se tome por tal sus artículos incidentales para la prensa burguesa. Ambos hechos están relacionados en primer lugar en el plano metodológico, pero también lo están en el teórico.

Con toda claridad advirtió Marx en *El capital* que "para enfocar el objeto de nuestra investigación en toda su pureza [...] tenemos que considerar aquí todo el mundo comercial como una sola nación y suponer que la producción capitalista está consolidada en todas parte". Y al hablar de las clases sociales correspondientes a este modelo económico puro agrega: "fuera de esta clase (la de los capitalistas), no existe, según el supuesto de que partimos –régimen general y exclusivo de producción capitalista– ninguna otra clase más que la obrera".

Con la misma claridad y con total congruencia con su planteamiento metodológico escribe en *El capital:* "no nos ocupamos aquí de la condición de las colonias. Lo único que nos interesa es el secreto descubierto en el nuevo mundo por la Economía Política del viejo mundo [...] de que el modo capitalista de producción y acumulación [...] [tiene] por condi-

ción fundamental el aniquilamiento de la propiedad privada ganada por uno mismo; en otras palabras, la expropiación del que labora".

Y pasando del sistema colonial al modo campesino de producción reitera: "suponemos, entonces, que la agricultura está dominada por el modo capitalista de producción, justamente como lo está la manufactura; en otras palabras, la agricultura la llevan a cabo capitalistas que difieren de otros capitalistas primariamente por la manera en que invierten sus capitales y el trabajo asalariado puesto en movimiento por este capital [...]. De esta manera, para el propósito de nuestro análisis, la objeción de que han existido, o todavía existen, otras formas de propiedad del suelo, es completamente irrelevante [...]".

Las condiciones metodológicas que Marx estipuló para su modelo son, en general, las utilizadas en toda construcción de modelos y elaboración de tipos ideales. No hay en ellas nada que se aparte de los procedimientos científicos usuales. Resulta en extremo obvio que estas condiciones, que permiten analizar con gran profundidad y en su pureza el modo capitalista de producción, sin embargo dicen muy poco sobre otros modos de producción y otras clases sociales que no sean asalariadas libres o bien capitalistas.

En consecuencia, tanto el modo campesino de producción como el campesinado, tanto las colonias como sus modos de producción propios y sus clases sociales características, deliberadamente quedan fuera del campo de análisis de *El capital*. Por supuesto, Marx se ocupó de estas cuestiones en otros lugares, pero siempre lo hizo de manera incidental y sin llegar jamás a la amplitud y profundidad que caracteriza su análisis del modo capitalista de producción y de su estructura social.

Resulta en extremo obvio, asimismo, que las condiciones metodológicas impuestas al modelo, al excluir tanto las formaciones coloniales como los campesinos, no permiten analizar los problemas que suscita la articulación entre modos de producción diferentes. La dificultad es grave, porque el estudio de las sociedades complejas supone necesariamente el análisis de estas articulaciones entre el modo de producción dominante y aquellos que le están subordinados.

No se encuentra en *El capital* más que un momento en el que Marx introduce la cuestión de las relaciones entre modos de producción distintos. Es, por supuesto, el momento histórico de la génesis misma del capitalismo, o bien, para decirlo en la terminología favorita, el proceso de acumulación capitalista primitiva mediante la expropiación de los productores directos. A partir de este momento, como observó Rosa Luxemburgo, el proceso teórico de la acumulación ampliada del capital marcha en el modelo de Marx sin la participación de otros modos de producción.

Aquello que el recurso del método hizo innecesario en primer lugar para construir el modelo, se vuelve al fin teóricamente innecesario para explicar el funcionamiento y la dinámica del modelo, o sea su reproducción ampliada.

Dicho de otra manera, al construir un modelo puro del modo capitalista de producción se procede a eliminar los demás modos de producción, excepto para fines de explicación de la génesis del capitalismo. Una vez establecido el modelo puro se procede a analizar su funcionamiento y su dinámica de acumulación y expansión sin recurrir a los demás modos de producción, es decir, sin plantearse el problema de su articulación en un sistema global dominado por el capitalismo.

Las limitaciones del modelo, de esta manera, resaltan tan claramente como sus ventajas. Pero uno se pregunta si el modelo no deja sin explicación y sin análisis lo que quizá más nos interesa analizar y explicar, o sea el sistema total de modos de producción articulados bajo el dominio del capitalismo. Por supuesto, se deja también sin análisis y sin explicación, es decir sin teoría, la cuestión de las clases que no sean de asalariados libres y de capitalistas, así como el problema de sus alianzas y conflictos.

Cuando por medio del recurso del método se ha ejecutado en el modelo el acto de la desaparición de los campesinos, ¿por qué clase de milagro habrían de aparecer en la teoría elaborada a partir del modelo? Sin embargo, sería todavía más milagroso hacerlos desaparecer de la realidad de las sociedades concretas. Esto es, precisamente, lo que procuró hacer el marxismo estalinista.

Primero los campesinos desaparecen del modelo, luego de la teoría y finalmente, gracias a los esfuerzos de Stalin, de la realidad social económica soviética. ¿Pero ha sido así realmente? La predicción cuyo cumplimiento se asegura, no por la predicción misma sino por el poder despótico del Estado, ¿se ha realizado aun en la Unión Soviética?

En uno de los informes más francos y en consecuencia más melancólicos sobre el estado de la agricultura soviética, Kruschev afirmó hace unos años que 50% de la leche y la carne, 60% de la papa y 80% del huevo que abastecían entonces el consumo de la población, provenían de las pequeñísimas parcelas (un tercio de hectárea en promedio) concedidas para su explotación familiar a los trabajadores y empleados de las grandes empresas estatales. Es decir, de la producción de unidades domésticas que en su mayoría no pueden llamarse más que campesinas.

En definitiva, si el marxismo carece de una teoría del campesinado, posee en cambio una teoría de su desaparición, además de una praxis bien experimentada aunque infructuosa de su eliminación. Lo que está a discusión es esta concepción y su aplicación práctica, así como sus fundamentos teóricos y demostraciones empíricas, y no el fenómeno histórico y perfectamente explicado de la disminución de los números relativos del sector agrícola en general y del campesinado en particular.

La desaparición del campesinado del modelo utilizado en *El capital* se explica por razones metodológicas. La ausencia de una teoría marxista del campesinado se puede entender como la consecuencia de un modelo estructural puro que excluye por principio a los campesinos y a sus formas de producción. Sin embargo, la teoría de la desaparición del campesinado, una tesis central del marxismo frente a la cuestión agraria, requiere otras explicaciones.

La clave inicial la facilitó el mismo Marx al escribir en el prefacio de la primera edición alemana de *El capital:* "El país más desarrollado industrialmente [Inglaterra] sólo muestra, a los menos desarrollados, la imagen de su propio futuro". Y advierte a sus compatriotas y a los demás europeos que pensaban poder escapar de los peores efectos observados de la Revolución Industrial inglesa: *De te fabula narratur*, aplícate el cuento. La experiencia histórica británica fue convertida en el modelo clásico del proceso general de industrialización, en particular por lo que se refiere a sus efectos sobre los campesinos y la agricultura.

El modelo británico enseña que la historia de los campesinos, en efecto, es una historia de opresión, rebeliones frustradas y derrotas inevitables, que marcha paralelamente a la apropiación de los productos de su trabajo y finalmente a la ex-

propiación de sus medios de producción. El proceso culmina con la concentración de la propiedad de la tierra en pocas manos; con la conversión de la agricultura hacia una actividad totalmente capitalista que usa máquinas en sustitución del trabajo humano, y con la transformación de los campesinos en proletarios rurales y urbanos. El esquema, quizá por su naturaleza tan abstracta, parece haber satisfecho por igual a los científicos sociales marxistas y no marxistas, excepción hecha, como vimos, de muchos campesinólogos del siglo XIX.

Los estudios críticos más recientes se inclinan, sin embargo, a tratar el caso de la agricultura y los campesinos durante la Revolución Industrial inglesa más como una excepción que como norma general. En efecto, ningún otro país de industrialización temprana siguió por completo, ni tampoco de la misma manera, el modelo inglés.

Mientras Inglaterra eliminaba a sus campesinos por vía de la proletarización o bien exportándolos a otros países como emigrantes, Francia establecía una numerosa y sólida clase de campesinos libres, que sigue constituyendo una gran fuerza económica y política. Lo mismo puede decirse de otros países de Europa Occidental, como Holanda, Bélgica y Dinamarca, y en menor escala de los de Europa Central. En el oriente europeo la liquidación de los vínculos señoriales y de la servidumbre personal o estatal producía efectos análogos. Japón, por otra parte, comenzaba su propia revolución industrial sin conmover la estructura de las relaciones feudales de los campesinos.

Los procesos históricos reales resultan, en consecuencia, sumamente contradictorios y en extremo confusos si se trata de imponerles un patrón uniforme. Sin embargo, aunque el campesinado libre avanza a medida que se disuelven las

relaciones señoriales, los sistemas de renta y la servidumbre estatal, sus progresos son rápidamente erosionados por la invasión capitalista de la agricultura. Al comenzar el siglo XX los campesinos están en retirada en todos los países de industrialización temprana. Éste es, por otra parte, el periodo de la decadencia de los estudios campesinos.

Dicho de otra manera, la excepcionalidad de la experiencia inglesa, a primera vista, parece consistir sólo en la rapidez y brutalidad con que realizó un proceso universal y necesario de eliminación del campesinado y de sometimiento de la agricultura a las condiciones y formas capitalistas de producción. Con ritmos diferentes y a plazos distintos el proceso inglés se realizaría, de todas formas y según las predicciones marxistas, en el resto del mundo.

La excepcionalidad del caso británico, sin embargo, no se refiere solamente a la precedencia y ritmo del proceso de eliminación del campesinado por comparación con los demás países de industrialización temprana. Está referida, además, y en primer lugar, al fenómeno de su conversión en un importador masivo de productos agropecuarios para la alimentación de su población y para la producción industrial.

Este movimiento, largamente discutido y analizado en su tiempo, fue promovido por los intereses industriales y resistido con fuerza por un importante grupo de terratenientes. Sus principales momentos durante la Revolución Industrial fueron la abolición de las leyes proteccionistas de la agricultura británica, que al prohibir la importación encarecían la subsistencia y en consecuencia el precio del trabajo; la hegemonía de las manufacturas algodoneras, que tenían que importar necesariamente la materia prima, y el enorme desarrollo de las

plantaciones en las colonias y otros territorios dependientes, que abastecían a la metrópoli con azúcar, té y otros productos baratos. Los propósitos y los efectos reales de estas políticas económicas fueron los de rebajar el costo de la fuerza de trabajo industrial en Inglaterra y dar nuevo vigor a la exportación de manufacturas y al comercio mundial.

Quiero decir con esto que la eliminación del campesinado y la decadencia en términos relativos de la agricultura británica no se explican completamente más que en el contexto del sistema económico internacional establecido alrededor de Inglaterra, orgullosamente llamada entonces la factoría del mundo. A la vez que desaparecían los campesinos por proletarización y exportación migratoria, la metrópoli incorporaba a su sistema a campesinos de todas partes del mundo, desde las Antillas (azúcar) hasta China y la India (té, sedas, algodón, opio); desde España y Polonia (vinos, frutas, cereales) hasta Egipto (algodón) y la Argentina (carne, cereales), y desde Rusia (cereales, pieles, madera) hasta Australia y Nueva Zelanda (lana, carne), convertidas todas en proveedoras y compradoras.

Nadie, que yo sepa, ha tratado de comparar sistemáticamente las cifras de campesinos británicos eliminados del sistema metropolitano con el número de los campesinos incorporados de esta manera al nuevo sistema mundial. Es más, los sistemas de producción agropecuaria implantados en muchas partes y transformados en todas, así como la destrucción de las artesanías y de las pequeñas empresas manufactureras locales, generaron un proceso de recampesinización, dos de cuyos ejemplos más notables son la India e Indonesia bajo el dominio colonial.

Me siento justificado para hablar de un campesinado interno de los países industriales cuyo número se redujo de manera

progresiva, y de un campesinado externo cuya participación numérica en el sistema económico mundial aumentó constantemente y compensó con creces las pérdidas de los campesinados metropolitanos.

Por supuesto, es posible alegar que la industrialización secundaria y terciaria de los países llamados atrasados o subdesarrollados reduce progresivamente la proporción de campesinos a escala mundial, aunque quizá no disminuya sus números absolutos. Ésta es una cuestión de la que me ocuparé en otro momento, al discutir los límites estructurales del crecimiento del capitalismo industrial y agrario.

También creo estar justificado al sugerir que la disminución del campesinado interno no se explica en términos exclusivos de la concentración de la propiedad territorial y de la invasión del capitalismo. Existe, por otro lado, un proceso deliberado de exportación a otros países de los campesinos y de aquellas actividades económicas tradicionalmente desempeñadas por los campesinos para las cuales el sistema capitalista encuentra alternativas más provechosas en otras partes del mundo.

Fuera de Inglaterra, sin embargo, cuna y escenario de la primera Revolución Industrial, factoría del mundo y metrópoli de un inmenso imperio, ningún otro país consiguió realizar estos procesos de manera tan completa, rápida y aparentemente definitiva. En ninguno, por otra parte, el complejo urbano-industrial llegó a ejercer un dominio político tan completo y prolongado.

La economía es siempre política, en efecto, y con mayor razón lo es la economía del desarrollo. Es decir, la economía del desarrollo es la política económica que resulta de los inte-

reses de las clases dominantes, de sus contradicciones internas y de la oposición y capacidad de resistencia del resto de la sociedad. Dentro del marco establecido por la operación objetiva de las leyes históricas de la economía, son estos conflictos y luchas de clases y grupos sociales los que determinan en concreto las características del desarrollo y la naturaleza de la nueva sociedad que se va creando.

Bajo esta luz hay que observar que la Revolución Industrial no fue acompañada por ninguna revolución política. En todo caso fue precedida por la revolución de Cromwell del siglo XVII. Las clases dominantes mantuvieron una gran solidaridad, acentuada por las necesidades de su larga lucha contra la Revolución Francesa y el imperio bonapartista continental, y por sus temores frente al nuevo movimiento obrero y a las últimas resistencias campesinas.

La unidad y solidaridad política del bloque dominante tuvo, además, el sólido fundamento de la identificación general de sus intereses económicos. Nada muy profundo e irreconciliable separó a los empresarios industriales de los comerciantes y de los terratenientes rentistas y capitalistas. La alianza de clases, más allá de divergencias no fundamentales como las del proteccionismo cerealista y las leyes para los pobres, se mantuvo con firmeza y se consolidó por medio de frecuentes alianzas matrimoniales y asociaciones de negocios.

Frente a este bloque histórico, dirigente y beneficiario de la industrialización, del capitalismo agrario, de la construcción del imperio y de la expansión del comercio mundial, los campesinos jamás tuvieron oportunidades reales de resistencia. Debilitados por la vieja concentración de la propiedad territorial, por la reciente invasión capitalista de la agricultura, por la competencia de los campesinos externos promovida por el

mismo capitalismo, por la proletarización y las emigraciones, fragmentados y sin aliados, en conflicto frecuente incluso con los trabajadores industriales, los campesinos fueron como materia blanda entre las ruedas del molino de la historia.

Hay que subrayar de nuevo que éstos son rasgos excepcionales de la evolución británica, que no vuelven a encontrarse con exactitud en otros países de industrialización temprana. Quizá Francia presente un caso opuesto al británico. Allí la lucha contra el absolutismo monárquico y lo que entonces comenzó a llamarse feudalismo dividió y enfrentó sin remedio a las clases dominantes. Los campesinos encontraron fácilmente aliados lo mismo entre la burguesía urbana y rural, la aristocracia empobrecida y el clero bajo, que entre los grupos profesionales y los artesanos.

El desenlace de la revolución, confirmado y estabilizado por el régimen bonapartista, hizo de Francia una nación caracterizada sociológicamente por aquellos grupos denominados pequeño burgueses. El término, tan poco preciso como elocuente, incluye campesinos y artesanos, comerciantes, empresarios agrícolas y manufactureros en pequeña escala, grupos de diversos profesionales y burócratas. Frente a ellos y a sus alianzas y coaliciones temporales, atentas siempre a la defensa de sus intereses comunes o especiales, el complejo industrial-urbano capitalista no consiguió imponer su voluntad tan completa y firmemente como en Inglaterra.

Dos siglos después de la revolución la agricultura francesa sigue tan confortablemente protegida de la competencia exterior que sus precios están muy por encima del mercado mundial. Es decir que el resto de la sociedad y en particular el sector industrial-urbano tienen que contribuir a mantener la prosperidad del campo. Los campesinos siguen constitu-

yendo una fuerza política tan importante como para tener en sus manos el equilibrio entre la izquierda y la derecha francesas, así como para obligar al Partido Comunista a revisar su actitud tradicional ante el campesinado.

La falta de cumplimiento de aquellas predicciones marxistas sobre los campesinos basadas en el modelo histórico inglés, paradójicamente tiene su mejor ejemplo en la Unión Soviética. Ningún país capitalista, sin embargo, ha hecho mayores esfuerzos que el primer país llamado socialista para hacer cumplir las predicciones aplicando el poder despótico del Estado en todos los niveles de la sociedad y la economía. A pesar de todo, medio siglo después de la expropiación masiva y del genocidio estalinista, los campesinos soviéticos siguen constituyendo una gran fuerza social y económica en la Unión Soviética.

La acumulación socialista soviética realizada por medio del Estado, de todas maneras, muestra semejanzas muy estrechas con la acumulación capitalista privada británica, particularmente por lo que se refiere a los campesinos. Resulta difícil atribuir estos paralelismos a la marcha objetiva de la historia, sobre todo si se consideran las divergencias encontradas en los procesos de industrialización de todos los demás países. En realidad, en la Unión Soviética estamos frente a una imitación consciente aunque infortunada del modelo histórico inglés según la descripción de Marx y las interpretaciones de Lenin y Stalin.

Dicho de otra manera, la ideología oficial de la dictadura burocrática exige que los campesinos sean considerados como un vestigio del pasado, un grupo social condenado a la extinción, una fuerza reaccionaria y una amenaza para la construcción del llamado socialismo. En consecuencia, el Estado

permanece en guerra continua con el campesinado, aunque su trabajo y su producción resultan indispensables. Las grandes empresas agrícolas colectivas (*koljoses*) y estatales (*sovjoses*) han demostrado a lo largo de cincuenta años su incapacidad para resolver de manera completa y eficiente los problemas de abastecimiento de la población y de la industria.

La represión económica, política, social y hasta literaria contra los campesinos, que es la actitud normal del Estado, alterna con periodos en que las circunstancias críticas y con frecuencia catastróficas de la agricultura obligan a hacer concesiones temporales, cautelosas y reducidas. Una de ellas, la que ha tenido mayor, aunque no más segura, permanencia es la de permitir a los trabajadores y empleados de los *koljoses* y *sovjoses* usar una mínima parcela familiar. El mismo privilegio se concedió a los trabajadores y empleados rurales y urbanos no agrícolas, cuyas necesidades de subsistencia tampoco alcanza a satisfacer el Estado.

Según los cálculos de Wadekin *(The Private Sector in Soviet Agriculture),* basados exclusivamente en estadísticas, documentos y autores soviéticos, en la década 1960-1970 dicho sistema incluía un total aproximado de cincuenta millones de parcelas, que en promedio tenían una extensión de un tercio de hectárea y cubrían sólo entre 3.2% y 5% del suelo cultivado. El resto del suelo, por supuesto, estaba utilizado por los colectivos (*koljoses*) y los *sovjoses* o empresas estatales.

En términos de población, y siempre siguiendo los cálculos de Wadekin, el sistema parcelario familiar incluía: 16.3 millones de hogares de agricultores koljosianos; entre 1 y 1.7 millones de hogares de trabajadores y empleados no agricultores de los koljoses; entre 6.3 y 7.1 millones de hogares de trabajadores agrícolas y no agrícolas de los *sovjoses*; cuatro

millones de trabajadores y empleados no agrícolas de zonas rurales, y de cuatro a cinco millones de la misma categoría social que tenían derecho a cultivar huertas colectivas. Más sorprendente todavía es el número de trabajadores y empleados urbanos que disponían de parcelas, que a veces no eran más que un anexo al solar de la vivienda, o bien tenían derecho a cultivar huertas privadas y colectivas: cuatro millones y de diez a trece millones, respectivamente.

Más asombrosa aún que la cantidad de población envuelta en este tipo de actividad campesina es su significación económica, tanto por sí misma como por comparación con el sector colectivizado y estatal de la agricultura. A mediados de la década de 1960 esta clase peculiar de campesinos producía 30% del valor bruto de toda la agricultura, y dentro de ella 40% de las verduras, carne y leche; más de 60% de la papa y la leche; 45% de la ganadería, y 74% de las aves de corral.

El éxito de las empresas domésticas campesinas es más notable si se considera que utilizaban sólo diez mil millones de rublos de capital, o sea menos de la mitad del valor del producto anual bruto. A cambio de esto absorbían 40% de los insumos globales de trabajo en la agricultura. Otros fenómenos típicos de la economía campesina aparecen con la misma claridad. La productividad del trabajo era 30% más baja que en el sector público, pero la productividad del suelo, medida según el volumen físico de las cosechas, era entre un tercio y dos tercios más alta que en los *koljoses* y *sovjoses*. Asimismo, el destino de la producción se repartía de esta manera: tres quintas partes al autoconsumo; una quinta parte a usos productivos (forrajes, semillas), y otra quinta parte al mercado.

No creo que haya otra manera de denominar a la mayoría de esta inmensa masa de población más que como campesinos,

pese a los términos evasivos que de seguro emplea el marxismo talmúdico. La liturgia marxista tampoco es capaz de explicar la supervivencia del campesinado sesenta años después de la revolución y cincuenta desde las bárbaras colectivizaciones obligatorias, las deportaciones y confiscaciones de Stalin.

Todavía más. Cuando el Estado concede una tregua temporal, coincidiendo con alguna crisis mayor de la agricultura, el sector de la economía campesina crece con mayor rapidez que el sector colectivizado y estatal, y aumenta el número de familias urbanas que dedican parte importante de su fuerza de trabajo al cultivo de sus minúsculas parcelas.

La permanencia del campesinado y su fuerte gravitación política y económica todavía al cerrar el siglo XX constituyen fenómenos muy importantes que no están reducidos al mundo del subdesarrollo. Por el contrario, se presentan también en los países industrializados capitalistas y socialistas, especialmente cuando se considera su estructura socioeconómica en términos de los nuevos tipos de campesinos, del campesinado externo, de la articulación de modos de producción y del sistema económico mundial.

Aquellos que se declaran interesados sobre todo en el movimiento general y a largo plazo de la historia, procuran abstraer las especificidades nacionales y cronológicas del proceso de industrialización, como lo hizo Marx en *El capital*. Lo que ha resultado de esta actitud, sin embargo, no ha sido un modelo histórico abstracto que subsuma las variaciones histórico-concretas sin negarlas, sino la descripción de la experiencia inglesa elevada a modelo o tipo ideal de la revolución industrial. Se profetizó falsamente un futuro británico para todo el mundo.

Podrá pensarse, y de hecho tal cosa se afirma con frecuencia, que el énfasis en las especificidades nacionales y cronológicas, o bien en los caracteres pretendidamente universales de la industrialización, sería meramente una cuestión de selección del método de estudio. También se dice, como un corolario de la afirmación anterior, que la diversidad de los procesos históricos y de las sociedades que se van configurando, en definitiva, es un fenómeno temporal producido por la desigualdad del desarrollo. A largo plazo, se afirma, prevalecerán las tendencias hacia la igualdad del desarrollo, la homogeneidad de las sociedades y la consecuente desaparición de los campesinos.

Es decir, se pretende justificar una serie de predicciones no realizadas, en particular aquellas que se refieren a los campesinos, haciendo las mismas predicciones a plazo más largo. Sin embargo, todavía no se examinan críticamente las nuevas formas sociales que van apareciendo en el periodo posindustrial y no se intenta determinar en cada caso cuáles son las tendencias concretas. Tampoco se han examinado a fondo los efectos de aquellos factores nuevos que alteran o pueden alterar las relaciones tradicionales entre industria y agricultura, ciudad y campo, campesinos, proletarios y capitalistas.

La prolongada renuencia del marxismo oficial a emprender estudios campesinos es explicable en el contexto de las posiciones teóricas que he procurado describir y criticar, pero también lo es en el contexto ideológico de su extraña hostilidad hacia el campesinado. Los marxistas ortodoxos han sido arrastrados contra su voluntad al estudio del campesinado, como lo fueron a la discusión sobre el modo asiático de producción y lo están siendo a la polémica sobre la articulación de modos de producción, más que nada por el vigoroso desarrollo del

trabajo de científicos sociales liberados tanto del formalismo académico burgués como del ritualismo marxista.

Creo que se puede afirmar, sin incurrir en el prejuicio de la autorreferencia disciplinaria, que los antropólogos han hecho las mayores contribuciones a la resurreción de los estudios campesinos. Me refiero, por supuesto, a la investigación de las comunidades aldeanas, pese a los graves defectos teóricos y metodológicos que han sido criticados con tanta vehemencia.

La resurrección de los estudios campesinos, de todas maneras, ha supuesto una nueva transformación. Es el resultado de la confluencia de las investigaciones de campo de los antropólogos, de sus primeras reflexiones teóricas, del redescubrimiento de la tradición interrumpida de los campesinólogos del siglo XIX y del examen crítico de la teoría marxista. La síntesis que se necesita todavía se ve sólo confusamente y el proceso para llegar a ella no va a ser fácil ni breve.

Antropólogos y campesinos: los límites del capitalismo[1]

La resurrección de los estudios campesinos en la segunda mitad del siglo XX se debe, ante todo, a los campesinos mismos. Ellos continuaron ignorando las profecías de los científicos sociales y de los marxistas sobre su inminente extinción, y siguieron resistiendo los esfuerzos del complejo urbano-industrial capitalista (privado y estatal) para destruirlos.

Desde México hasta la Unión Soviética, desde Argel, China y Vietnam hasta los Estados Unidos y Polonia, el campesino ha hecho sentir su fuerte y continua presencia política y económica. Resulta evidente que en lugar de las hipótesis y las prácticas de su desaparición, se necesita una teoría de su continuidad y una praxis derivada de su permanencia histórica.

En 1955 un antropólogo tan dedicado a la investigación de la cultura campesina como fue Oscar Lewis, podía escribir: "Aunque los campesinos constituyen todavía casi las tres cuartas partes de la población mundial y además forman la mayoría de los habitantes de los países poco desarrollados, esta masa de población ha sido relativamente preferida como campo especial de estudio de los científicos sociales".

Y agregaba: "En efecto, los antropólogos se han dedicado particularmente a las sociedades primitivas o tribales; los

---

1 Ensayo basado en las pláticas iniciales de los seminarios sobre Campesinos y Proceso de Industrialización, celebrados en la Universidad de Texas en 1978 y en la Universidad Iberoamericana en 1979.

sociólogos han tomado las sociedades urbanas como objeto particular de sus investigaciones, y los sociólogos rurales se han especializado en las sociedades rurales de tipo moderno. De este modo, la gran mayoría de la humanidad carece de una disciplina que la reclame como su objeto propio de análisis. Bien pudiéramos decir, pues, que apenas hoy empieza a formarse una ciencia para el estudio comparativo de las sociedades campesinas".

Lewis, al igual que casi todos los antropólogos norteamericanos de su generación, parecía desconocer la obra tanto de los campesinólogos europeos como de los mexicanos, lo que es sorprendente si se recuerda que Mesoamérica fue su terreno favorito de estudio. Uno debe reconocer sin rencor la existencia de una especie de autarquía intelectual anglosajona, como la ha llamado Shanin, que lleva a sus científicos sociales a descubrir periódicamente viejos mediterráneos y darles nombres nuevos.

En 1955, por lo demás, se cumplían veinticinco años de la publicación de la monografía de Redfield sobre Tepoztlán (1930) que inició la gran oleada de los llamados estudios de comunidad. Precisamente Oscar Lewis, al repetir años después (1950) la investigación del mismo pueblo, había abierto una de las polémicas más vivas e interesantes sobre la teoría y el método de los estudios de comunidades aldeanas.

De acuerdo con la buena tradición antropológica, las discusiones fueron acompañadas y seguidas por numerosos e intensos trabajos de campo. Howard Cline, al compilar en 1952 una bibliografía de los estudios modernos de comunidades mexicanas, registró ochenta y un títulos publicados entre 1922 y 1952. Sin embargo, sólo dos de ellos, aparte de un par de obras generales, tienen fecha anterior al *Tepoztlán* de Redfield. Se trata del estudio de 1922 del valle de Teotihua-

cán editado por Gamio y de un artículo sobre Orizaba de A. Foster aparecido en 1925.

A partir de 1952, fecha terminal de la bibliografía de Cline, y hasta la década de 1960-1970, con seguridad apareció un número todavía mayor de títulos sobre pueblos de México. Una revisión rápida de algunos de ellos muestra profundos cambios en la orientación teórica y los métodos de investigación atribuibles en gran medida a los resultados de la polémica originada por el *Tepoztlán* de Redfield, pero también a la influencia de los trabajos de Julian Steward y Gonzalo Aguirre Beltrán y a la revaluación de la obra de Gamio sobre el valle de Teotihuacán.

Es dudoso que los campesinos de cualquier otra región del mundo fueran estudiados durante el mismo periodo por los antropólogos nacionales y extranjeros con semejante intensidad. A ello contribuyó, desde luego, la proximidad geográfica de México a Estados Unidos, el país de mayor actividad antropológica y con mayores intereses de todo tipo en el área mesoamericana.

Las razones principales del florecimiento de los estudios de comunidad fueron muy semejantes a aquellas que estimularon la campesinología europea del siglo XIX. Es decir, el extraordinario atractivo de la Revolución Mexicana y sus movimientos campesinos desde principios de siglo, y la tardía reforma agraria que sirvió de fundamento político al programa nacional revolucionario de Cárdenas. Fue en este tiempo, además, cuando el problema indígena de México empezó a ser tratado por los antropólogos como parte de la cuestión campesina y no en forma meramente etnográfica.

Los antropólogos desbloquearon la cuestión campesina, por así decirlo, aunque quizá no siempre lo hicieron conscien-

temente. En efecto, a partir de *Tepoztlán* y en una serie de importantes investigaciones de campo, monografías y trabajos teóricos muy influyentes, Redfield desarrolló el discutido concepto de sociedad "folk" y sociedad urbana y su controvertida idea del *continuum* folk-urbano.

Redfield caracterizaba el tipo ideal de la sociedad folk por medio de los siguientes rasgos: sociedades pequeñas, aisladas y autosuficientes; gran homogeneidad genética y cultural; cambios lentos; mínima división del trabajo social y tecnología sencilla; mucha coherencia funcional; organización social basada en la consanguinidad y el parentesco artificial; conducta tradicional y acrítica; sacralización de los actos y objetos tradicionales y ritualismo; ausencia de motivaciones económicas.

Hay varias ambigüedades graves en esta definición que, a pesar de todo, contiene muchos elementos verdaderos. La primera ambigüedad, y la más importante desde el punto de vista del presente ensayo, es que Redfield no estableció diferencias claras entre la sociedad folk y la sociedad primitiva típica.

De esta manera, el estudio de las comunidades aldeanas podía aparecer simplemente como una renovada prolongación de la etnografía tradicional, manifestando la misma fuerte preferencia por el enfoque culturalista. La crítica comenzó casi de inmediato alrededor de esta cuestión. O sea, sobre la especificidad del campesino frente a las sociedades tribales.

George Foster, por ejemplo, observó que la dicotomía tipológica propuesta por Redfield agrupaba a todos los pueblos no urbanos en una sola categoría, que incluía desde las tribus más primitivas y aisladas hasta los primitivos aculturados, las culturas rurales mestizas de América Latina y los pueblos campesinos de Europa. Si los "verdaderos" primitivos fueran ex-

cluidos del concepto de sociedad folk, evidentemente el residuo quedaría constituido por los campesinos.

Las comunidades campesinas, sin embargo –agregaba Foster– no son completas o totales en el sentido en que podría serlo una sociedad verdaderamente primitiva y aislada. Por el contrario, son partes o segmentos de una unidad social mayor, con la cual están estructuradas vertical y horizontalmente y con la que tienen una relación simbiótica espacio-temporal.

En este sentido lo folk-campesino y lo urbano no son conceptos polares, sino partes de la definición de un tipo sociocultural. Esto explica por qué no es posible describir un grupo folk, o sea una comunidad aldeana, sin recurrir a la historia, la estructura y la cultura de la sociedad nacional, como los antropólogos habían descubierto ya en la práctica.

La crítica principal de Sidney Mintz, por otra parte, tomó como objetivo la serie de importantes estudios de Redfield y Alfonso Villa Rojas de algunas comunidades de Yucatán, por medio de los cuales se aspiraba a establecer el *continuum* folk-urbano en su doble dimensión sociocultural e histórica, desde la organización tribal a la ciudad de Mérida.

La investigación, sin embargo, "no incluyó el estudio de una plantación henequenera, aunque la producción de henequén constituye la columna vertebral de la economía yucateca de acuerdo con el mismo Redfield". Dicho de otra manera, Mintz trataba de introducir en el estudio de las comunidades rurales una forma particular de la invasión capitalista de la agricultura: la plantación.

La importancia de la hacienda henequenera, así como de las plantaciones de caña de azúcar, plátano, café y otras, escribía Mintz, significa la emergencia de comunidades rurales

proletarias que no tienen propiedad productiva y viven del salario. Los proletarios rurales constituyen una sociedad de segmento; son miembros de una clase que no puede ser analizada sin referencia a otras clases en la sociedad total.

La plantación existe para satisfacer necesidades del mercado nacional e internacional, no de la comunidad local. Pero en el plano local esto requiere la existencia de una gran población trabajadora, el monopolio de la tierra, el uso del dinero, la reglamentación de trabajo, etc. Es decir, la presencia de todos aquellos rasgos de la operación económica que suelen llamarse "racionalizados" o capitalistas.

La crítica más detallada y rigurosa del esquema de Redfield y de seguro también la más ruidosa, provino de Lewis, quien repitió el estudio de Tepoztlán veinte años después de la investigación original. No hay dudas sobre el valor extraordinario de la monografía de Lewis y sobre sus efectos demoledores. Sin embargo, en una lectura actual muchas de sus críticas a Redfield parecen menos relevantes de lo que parecieron a su propios contemporáneos.

Quiero decir que la crítica más válida y fundamental está implícita en la misma monografía de Lewis, en sus supuestos teóricos y en su metodología. Todo ello aparece con suficiente claridad y agudeza en cualquier lectura paralela de los dos textos. Me atrevería a decir que la crítica explícita, que figura sobre todo en los seis puntos principales del sumario y conclusiones, nunca consigue elevarse al nivel del mismo estudio.

Podría afirmarse, quizá, que Redfield abrió con *Tepoztlán* el periodo moderno de los estudios de comunidad, que debían contribuir a llevarnos en México a la campesinología rural. Después del nuevo *Tepoztlán* de Lewis, sin embargo,

no fue posible escribir más monografías al estilo del viejo *Tepoztlán*.

La naturaleza campesina de las comunidades pasó a ser la clave para su estudio e interpretación, y no sus caracteres étnicos y culturales. La comunidad debió ser colocada firmemente en el contexto de la sociedad mayor, y no considerada como una entidad aislada. Los procesos históricos tuvieron que ser analizados en sus aspectos reales y concretos, y no vistos como relaciones abstractas entre los tipos ideales folk y urbano.

La definición del tipo ideal folk fue abandonada sin muchas lamentaciones, y con ella las ideas sobre el primitivismo y el aislamiento campesino. Los antropólogos por fin pudieron dejar de ver a los campesinos de México y de otras partes del mundo como supervivencias culturales de la barbarie neolítica y como anacronismos protegidos por su propia insignificancia, sin tener que idealizarlos en ficciones russonianas.

Tengo la convicción de que este proceso necesario se habría acelerado considerablemente, y también realizado con mayor lucidez, si los antropólogos hubieran conocido mejor la tradición científica europea y estado más atentos a la propia tradición mexicana sobre la cuestión agraria y el indigenismo. Hay por lo menos dos ejemplos claros de estas posibilidades.

Aguirre Beltrán, a lo largo de sus primeras investigaciones y trabajos para dar un fundamento científico al indigenismo mexicano, ya había abandonado tanto el enfoque puramente culturalista como la idea del aislamiento de las comunidades indígenas el concepto de su ahistoricidad. La comunidad indígena, por el contrario, era el producto de un proceso histórico concreto, caracterizado por su creciente integración socioeconómica y cultural a la sociedad nacional.

Este proceso tenía lugar, sobre todo, por medio de sistemas regionales constituidos por centros dominantes (rectores) mestizos o ladinos, y constelaciones de pueblos indígenas. El proceso marcharía tanto más de prisa cuanto más se desarrollaran las fuerzas del capitalismo moderno y creciera la intervención local de las instituciones nacionales. De esta manera la unidad de estudio se ampliaba de la comunidad a la región. El foco de análisis se centraba en las relaciones entre las comunidades, el centro rector y las instituciones nacionales.

Julian Steward en Estados Unidos seguía un camino convergente al de Aguirre Beltrán en México. Estaba empeñado también en alcanzar una comprensión teórica de las estructuras sociales complejas, más allá de la tribu y la comunidad local, y de sus procesos evolutivos reales. La teoría-método de los niveles de integración sociocultural y los conceptos sobre la evolución multilineal constituyen, de seguro, sus principales contribuciones a la antropología. Dentro de ellas se inscribe una teoría del campesinado.

No es de ninguna manera casual que numerosas aportaciones antropológicas al estudio de los campesinos, y entre ellas muchas de las más significativas, procedan de programas de investigación dirigidos o inspirados por Steward. Hay que pensar, por ejemplo, en el Proyecto Tarasco en México, que por primera vez en la antropología tomó como unidad de estudio una amplia región geográfica con unidad cultural e histórica.

Los casos más ilustrativos, sin embargo, son el estudio de Puerto Rico y el examen comparado de la introducción de la agricultura capitalista en diversas áreas del mundo. Algunos de sus colaboradores y asociados en estos proyectos, como Eric Wolf y Sidney Mintz, no habían de tardar en transformar la orientación antropológica del estudio del campesinado. Tam-

poco es accidental que Eric Wolf, además de su condición de colaborador de Steward, sea un buen conocedor de la tradición científica social europea y de la teoría marxista, y esté profundamente familiarizado con la antropología mexicana.

La historia de los estudios campesinos tendrá que escribirse alguna vez. Yo no he hecho más que indicar sus orígenes y subrayar algunos de sus momentos más importantes. Sin embargo, espero que cuando se escriba esta historia sea realmente un reflejo de la historia del campesinado. Es decir, no una simple historia de una rama especial de las ciencias sociales, sino una parte de la historia social de los campesinos.

Es posible que un enfoque histórico semejante al que propongo ayude a resolver los graves problemas que plantea la profunda contradicción existente entre la mayor realidad de la historia del campesinado, que consiste en su permanencia, y la principal teoría generada por los estudios campesinos modernos, que insiste en predecir la desaparición del campesinado. De esta suerte de prejuicio no han escapado los antropólogos, pese a su enorme contribución al conocimiento empírico de la sociedad campesina y a su creciente comprensión de las relaciones entre ella y la sociedad mayor. A pesar de esto, los antropólogos suelen pensar en la resistencia campesina como un fenómeno coyuntural y en consecuencia transitorio. Todavía se refieren a él en términos de conservadurismo cultural, oposición a las innovaciones y animadversión al cambio y a la llamada modernización.

Estas interpretaciones, que no están muy alejadas de las que propone la ortodoxia marxista, contribuyen a desviar la atención de fenómenos tan importantes como son las estrategias de cambio utilizadas por los campesinos para asegurar la

supervivencia. Precisamente, la supervivencia no puede ser explicada en términos de conservadurismo e inmovilidad. De manera semejante a cualquier especie amenazada por la modificación de su ambiente natural, el campesinado sobrevive por medio de cambios adaptativos a las transformaciones de su ambiente histórico concreto.

La cuestión de las estrategias adaptativas respecto a la sociedad mayor, a pesar de su evidente importancia, ha recibido comparativamente poca atención. Haré la excepción, sobresaliente por muchos motivos, de los estudios de Eric Wolf sobre los campesinos, que se dirigen de manera precisa a examinar las variedades del campesinado en relación con ambientes naturales específicos y tecnologías determinadas, así como frente a las características cambiantes de las sociedades de las que los campesinos constituyen segmentos especializados.

No hay tiempo ahora para discutir esta problemática tan compleja. Me limitaré a examinar algunas estrategias campesinas de adaptación, en particular aquellas que utilizan los límites estructurales del crecimiento del capitalismo.

Kautsky, en su *Cuestión agraria,* no registró el fenómeno del desplazamiento de los campesinos y de muchas de sus actividades económicas desde los países metropolitanos hacia los coloniales, dependientes o periféricos. Es decir, el fenómeno que he llamado del campesinado externo de los centros capitalistas. Lenin tampoco advirtió que la lentitud del desarrollo capitalista en Rusia y la casi total hegemonía de la producción campesina eran resultados simultáneos de este mismo fenómeno. O sea, que la Rusia zarista constituía un ala campesina especializada del capitalismo europeo, y que su atraso era resultado sobre todo de esta situación.

De tal manera quedó planteado el problema de la supervivencia campesina, que la teoría marxista no supo proponer otras explicaciones que aquellas basadas en el atraso económico y tecnológico y en la desigualdad del desarrollo. Los antropólogos, con raras excepciones, siguieron la misma línea de análisis y llegaron a idénticas conclusiones. De ahí su viejo entusiasmo por los programas llamados de modernización campesina, y el más reciente por los autores marxistas descubiertos tardíamente.

Kautsky, sin embargo, observó que aun en los países más avanzados la expansión de la agricultura capitalista no sólo creaba proletarios rurales, sino que también necesitaba campesinos. Por supuesto, no hay nada nuevo en el descubrimiento de que las grandes empresas agrarias requieren fuerza de trabajo estacional, que sólo los campesinos pueden facilitar a costos mínimos.

El latifundio romano, por ejemplo, que fue edificado sobre las ruinas del campesinado libre, al entrar en crisis el esclavismo tuvo que recampesinizar el mundo rural bajo la forma del colonato. El *manor* de los señores feudales se cultivaba con el trabajo obligatorio de los siervos campesinos. La administración colonial española jamás consintió en la desaparición de las comunidades aldeanas simbióticamente unidas a las haciendas, y las creó donde no las había. Bajo toda clase de sistemas socioeconómicos y políticos, los campesinos han sido proveedores no sólo de excedentes de producción sino también de trabajo.

De esta regla general, que une a la gran empresa agraria con las unidades campesinas por medio de trabajo, no están excluidas las empresas capitalistas modernas. Kautsky podía observar en Europa Central y Occidental los movimientos

de la fuerza de trabajo campesina, especialmente durante las estaciones de la cosecha de cereales y frutas y la vendimia. Buques cargados de trabajadores de España, Italia y Portugal cruzaban a principios de siglo el Atlántico de ida y vuelta hacia la cosecha de cereales de Argentina, aprovechando la diferencia de estaciones para no abandonar sus propios cultivos.

Es más, las inmensas obras públicas del siglo XIX y principios del XX en los países industriales (canales de riego y navegables, caminos, vías férreas, edificación, etc.), se realizaron en buena medida con mano de obra campesina asalariada y libre. Estos últimos rasgos diferencian claramente la articulación campesina con el capitalismo de aquellas grandes movilizaciones obligatorias y sin pago de salario características de las sociedades en que dominó el modo asiático de producción.

Incluso una parte de la fuerza de trabajo en las manufacturas y en las minas, la menos especializada, estuvo constituida por obreros temporales que regresaban después a sus hogares campesinos. El trabajo doméstico en manufacturas textiles y de otros tipos ha continuado por largo tiempo después de la revolución industrial y del predominio de la producción fabril.

Los efectos de esta complicada red de interrelaciones del capitalismo moderno y los campesinos son sumamente contradictorios. Si bien por un lado manifiestan la expansión capitalista y contribuyen a ella, por otro lado ofrecen oportunidades a los campesinos de robustecer sus economías amenazadas y, a veces, los medios para expandirlas.

El carácter contradictorio de este proceso se expresa en un reforzamiento de la división mundial del trabajo. Los países centrales del sistema han tendido a mantener aquellas actividades agropecuarias y manufactureras que son más suscep-

tibles de intensa capitalización, desplazando a las áreas periféricas aquellas actividades que requieren mayores insumos de fuerza de trabajo barata y no especializada.

El resultado es la expansión del campesinado externo y aun la recampesinización de amplias áreas del mundo, a la vez que se siguen descampesinizando los países centrales. El proceso en su conjunto no puede ser comprendido más que en el cuadro de la evolución del sistema mundial.

Los límites estructurales del crecimiento del capitalismo como un sistema global fueron discutidos claramente por Rosa Luxemburgo al examinar la necesidad de que otros modos de producción actúen como mercado para la realización de la producción capitalista. La reproducción ampliada del capital y la expansión geográfica del capitalismo aniquilan de manera progresiva a los demás modos de producción, destruyendo a la vez los medios de su propia existencia y reproducción.

Este análisis teórico acerca de los límites del capitalismo, que no hay que confundir con las predicciones sobre su destino final real, parece haber descuidado, de todas maneras, la cuestión del trabajo como otra forma fundamental de la articulación entre modos de producción diferentes. Los teóricos marxistas y muchos antropólogos, por otra parte, piensan que los avances tecnológicos eliminan definitivamente la necesidad capitalista de recurrir en particular a la fuerza de trabajo campesina.

La sustitución general del trabajo vivo de los hombres por el trabajo muerto de las máquinas se considera así como un proceso universal, ilimitado e irreversible, que ocurre no sólo en la industria sino también en la agricultura. Se profetiza,

como ya se hacía en el siglo XIX, sobre las grandes fábricas al aire libre, que serán las empresas agrícolas del futuro.

Estas ideas sin duda son reminiscentes del evolucionismo unilineal rechazado por la antropología contemporánea y de la fe ingenua en el progreso destruida por la experiencia de la historia moderna. Por supuesto, se apoya asimismo en la proyección simple de tendencias que son reales y poderosas, pero que olvidan los límites de esta clase de tecnología cuando se examina en sus contextos históricos, sociales y económicos concretos. Indicaré en seguida y como ilustración algunas comparaciones posibles entre Gran Bretaña y México.

En el país de la primera Revolución Industrial el volumen de la población al comenzar el desarrollo de las manufacturas apenas sobrepasaba una décima parte de la población actual de México. La tasa anual de su crecimiento demográfico no llegaba a una tercera parte de la mexicana de hoy. Dicho de otra manera, el fenómeno de la llamada revolución demográfica acompaña y sigue a la Revolución Industrial británica, pero precede y condiciona la industrialización de México.

El significado de este cuadro demográfico aparece claramente al relacionarlo con los procesos respectivos de desarrollo industrial y urbano. Las factorías británicas eran intensivas de trabajo, requerían poco capital y siguieron así por largo tiempo. El uso de energía no animal era muy limitado, incluso después de la aplicación de la máquina de vapor a las manufacturas, y el grado de automación mecánica de las operaciones era muy bajo. Los establecimientos industriales fueron concentraciones gigantescas de trabajadores antes de serlo de máquinas.

Quiere decirse que aunque la composición urbano-rural e industrial-agrícola de la población británica al comenzar la

Revolución Industrial era semejante a la mexicana de mediados del siglo XX, en Gran Bretaña resultó mucho más fácil alterarla. La población rural, actuando como reserva general de fuerza de trabajo, descendió rápidamente en términos absolutos y relativos hasta alcanzar el índice que se supone característico de las sociedades avanzadas.

En México este proceso no pudo ni podrá repetirse. Los censos muestran que el crecimiento demográfico natural no sólo anula las grandes transferencias del campo a la ciudad, sino que aumenta la población rural en términos absolutos. Según cálculos generalmente aceptados, entre 1960 y 1980 el sector rural debía descender en términos relativos de 50% a 37% o 34% aproximadamente. Sin embargo, en términos absolutos aumentaría de dieciocho a veinticuatro o veintiséis millones de personas aproximadamente.

Las cifras indicadas son discutibles. Dados los peculiares criterios censales empleados para definir a la población urbana, las correcciones al volumen del sector rural tienen que hacerse hacia arriba, aceptando en primer lugar que ha sido subestimado. Pero aun partiendo de las cifras oficiales se llega a conclusiones impresionantes. Hacia 1965, por ejemplo, la población rural alcanzó a ser igual a la totalidad de la población de México veinticinco años antes, en 1940.

Esta situación no significa que la emigración sea poco considerable. Por el contrario, el aumento del sector urbano en términos relativos y absolutos es constante e inexplicable en relación con su propio crecimiento natural. La marea humana expulsada del campo no cede, y se dirige desde hace mucho a las ciudades mexicanas y hacia Estados Unidos. A pesar de todo, el sector rural se ha convertido en un gigan-

tesco y creciente depósito de población, que no puede hacer otra cosa sino dedicarse a la agricultura. En su inmensa mayoría lo hacen como campesinos y trabajadores asalariados estacionales.

La estructura ocupacional expresa desde otro ángulo la misma situación. Aunque el empleo en el sector de manufacturas ha crecido porcentualmente más que en el agrícola, en números absolutos el crecimiento de este último ha sido mucho más grande. Entre 1962 y 1965, por ejemplo, que fueron años de crecimiento económico, la fuerza de trabajo en la industria subió de 2 416 000 a 2 779 000, mientras en el sector primario aumentó de 6 558 000 a 7 092 000. Por otra parte, el llamado sector de servicios, que en México en su mayor parte es otro depósito del desempleo y la desocupación, aumentó casi a la par que el industrial.

La peculiaridad demográfica de la industrialización mexicana por comparación con la británica no alcanza por sí sola a explicar los números crecientes del sector rural. Tampoco puede atribuirse al estancamiento del sector industrial, que ha crecido de manera constante y con índices altos, pese a algunas interrupciones. Es preciso tomar en cuenta otras peculiaridades del caso mexicano, que consisten principalmente en la naturaleza de la tecnología y en el volumen de capital necesario para las inversiones.

La tecnología, en efecto, ha continuado su evolución histórica, sustituyendo crecientemente el trabajo humano con máquinas movidas por energía no animal, incrementando así la intensidad del capital y disminuyendo el número de empleos creados por unidad de capital invertido. El resultado es la creciente dificultad del sector industrial para absorber la fuerza de trabajo generada por el crecimiento demográfico

y su incapacidad para disminuir la población rural en términos absolutos.

Un corte sincrónico de la relación capital-empleo en la industria, efectuado con datos de la década de 1960, muestra que en México por cada millón de pesos invertidos se creaban entre cuarenta y ochenta empleos directos en promedio en las regiones del país con industrias de tecnología más baja. En cambio, en las regiones con industria más avanzada la misma cifra de inversión no alcanzaba a crear en promedio más que de ocho a diez empleos directos. Aun bajo estas condiciones moderadas, las cifras de capital necesario para que México siguiera el caso británico desafían la imaginación.

La combinación del alto crecimiento demográfico de una población grande y en su mayoría rural, con el predominio en aumento de las industrias intensivas de capital y la penuria de recursos financieros, es característica no sólo de México sino de la mayoría de los países que han llegado tarde a la revolución industrial.

No se trata, sin embargo, de una mera cuestión de desfase o retraso en el desarrollo, sino de un tipo especial de organización y desarrollo de los segmentos subordinados y dependientes de los países capitalistas centrales dentro del sistema económico mundial. Es la naturaleza misma de este sistema lo que a la vez tiende a destruir al campesinado y a recrearlo, mantenerlo y expandirlo bajo nuevas formas y en otros lugares.

Las tendencias del sistema global producen el crecimiento demográfico del sector rural, como procuraré demostrar en otro lugar, pero impiden la absorción de sus excedentes en el sector industrial. El campo se convierte en un depósito de población que sólo en parte funciona como ejército de re-

serva del trabajo. La reproducción ampliada de la fuerza de trabajo pierde sentido en los cuadros actuales del capitalismo, y por eso florecen de nuevo las ideas maltusianas en busca de soluciones meramente demográficas a los problemas más profundos del sistema socioeconómico.

Los avances del capitalismo agrario agravan la situación al crear más proletariado que el que puede utilizar en sus empresas o ser empleado por la industria y los servicios. Las soluciones se vuelven aparentemente paradójicas. Para mantener la estabilidad del sistema y asegurar su desarrollo se recurre a la recampesinización de la agricultura bajo el nombre de reforma agraria. Pero al realizarse sin modificar el resto del sistema, la reforma agraria señala meramente el comienzo de un nuevo ciclo de invasiones capitalistas de la agricultura bajo formas todavía más altas de tecnificación.

Estoy seguro de que este tipo de enfoque puede utilizarse con provecho para examinar la reforma agraria mexicana, sin pretender con ello agotar las posibilidades de análisis de un fenómeno tan complejo. No es de ninguna manera casual que el reparto cardenista de tierras, o sea la recampesinización moderna de México, coincida con la crisis económica mundial, el desplome general de los precios agrícolas, el colapso de las exportaciones agropecuarias mexicanas y la consiguiente pérdida de la rentabilidad de las viejas empresas capitalistas agrarias.

Tampoco resulta extraño desde este punto de vista que el ataque a la hacienda porfirista, que era una respuesta a las necesidades de producción y exportación características del siglo XIX, se desarrolle paralelamente a la organización de las grandes empresas agropecuarias dedicadas a satisfacer las nuevas demandas del sistema económico mundial. La rees-

tructuración agraria de México, de la que la reforma agraria contra las viejas haciendas fue el aspecto más visible, creaba empresas capitalistas modernas y proletarios agrícolas, pero también y a la vez campesinos que constituían asimismo la fuerza de trabajo más barata.

El reparto de tierras fue sin duda un acto revolucionario producido tanto por las presiones y rebeliones campesinas como por la política nacionalista y populista. Pero no fue un acto anticapitalista. Por el contrario, la reforma agraria marcó claramente el comienzo del periodo más intenso de desarrollo capitalista que había conocido México.

La continuación de la llamada política agrarista, más allá de lo que es una condición necesaria de la propia expansión capitalista, se explica en términos de la revolución demográfica y de la insuficiencia de capital, de la necesidad de estabilidad política del régimen y de la hegemonía de la burocracia estatal en la alianza de las clases dominantes.

La persistencia del campesinado y los fenómenos concurrentes de proletarización y recampesinización encuentran parte de su explicación, pero no toda, en los procesos adaptativos de los campesinos a las transformaciones de la sociedad mayor. En consecuencia, resulta preciso estudiarlos bajo las formas concretas con que se presentan en cada periodo histórico. Esto ha constituido hasta ahora la mayor contribución de la antropología.

El desarrollo del complejo urbano-industrial en las condiciones del capitalismo privado o estatal (el llamado socialismo), así como la expansión de las grandes empresas agrarias, son procesos contradictorios desde el punto de vista de sus efectos sobre los campesinos. Es decir, si bien por un lado es-

tos procesos implican la destrucción de muchas formas existentes de la producción y organización campesina, por otro requieren la existencia de los campesinos.

En efecto, en las formaciones socioeconómicas dominadas por la acumulación capitalista el campesinado resulta necesario tanto como mercado para la realización de parte de la producción capitalista, como mano de obra barata para las empresas capitalistas agrarias y no agrarias. A la vez, los campesinos sirven como productores no capitalistas de mercancías baratas que entran a la circulación capitalista. Finalmente, los campesinos reproducen la fuerza de trabajo sin cargar los costos al sector capitalista y la mantienen también sin costos, como en un depósito demográfico, cuando no existe suficiente ocupación productiva.

Los campesinos sobreviven porque son capaces de adaptarse a estas situaciones difíciles, complejas y cambiantes. La adaptación, sin embargo, está lejos de ser un proceso simple y mecánico. Debe rechazarse cualquier semejanza profunda de sus procesos con las adaptaciones al medio natural realizadas por la vía de los mecanismos biológicos.

La adaptación biológica comienza con las variaciones al azar, prosigue con la herencia genética y termina con la selección natural. La adaptación cultural opera por variaciones que tienen propósitos y que se mantienen, transmiten, abandonan y modifican de manera selectiva y crítica. Dicho de otra manera, la adaptación cultural es un proceso creador, y es libre en la medida en que puede decidir entre alternativas determinadas.

El éxito de las adaptaciones campesinas exige la presencia cuando menos de tres condiciones esenciales. Es importante subrayar que ninguna de ellas ha sido o puede ser destruida completamente en el plano mundial por la expansión del ca-

pitalismo. Por el contrario, ellas mismas son también condiciones de la estabilidad y crecimiento del sistema mundial dominado por el capitalismo.

La primera condición esencial es que el campesino mantenga de alguna manera cierta suerte de acceso a su principal medio de producción, la tierra. Por supuesto, las formas de obtener este objetivo son muy variadas y cada una es importante tanto para los campesinos como para la sociedad mayor. Sin embargo, lo decisivo es conseguirlo cualquiera que sea el medio utilizado.

Los medios pueden ir, como hemos ejemplificado en casos como México y Francia, desde las rebeliones agrarias hasta las alianzas políticas con otros grupos sociales. Más frecuente es la aceptación de formas onerosas de renta y aparcería combinada con trabajo obligatorio en las grandes empresas agrarias. También ocurre a menudo la compra de parcelas a precios muy por encima del mercado capitalista, como mostró Chayanov en Rusia, e incluso la creación de nuevas tierras de cultivo a costa de enormes inversiones de trabajo, como puede verse hoy en México. Un caso muy particular de recampesinización es el de las minúsculas parcelas cedidas a los trabajadores soviéticos de los *sovjoses* y *koljoses* y aun de las empresas industriales.

La segunda condición esencial es que el campesino mantenga un cierto grado de control sobre su propia fuerza de trabajo, a fin de poder emplear estrategias diversificadas de acuerdo con las oportunidades que le presenta el mismo sistema capitalista. Por supuesto, la fuerza de trabajo campesina no está constituida por unidades personales discretas sino que consiste en la unidad doméstica de producción-consumo. Las estrategias campesinas, en tanto que pueden conservar al-

gún margen de libertad, se dirigen a adaptar la estructura y la composición sexual y de edades de la unidad doméstica a las alternativas que se le presentan.

En situaciones en extremo favorables de acceso a la tierra la unidad doméstica campesina tiende a utilizar toda su fuerza de trabajo en su propia parcela. Más frecuente, desde luego, es que tenga que distribuirla, además, entre la ocupación asalariada en las empresas capitalistas agrarias y no agrarias, las ocupaciones domésticas de tipo artesanal, el trabajo por encargo de partes de ciertas manufacturas, etc. El número de combinaciones posibles es muy alto y cada combinación supone un tipo especial de organización familiar. Tendremos oportunidad más adelante de discutir esta cuestión con mayor detalle.

La tercera condición esencial para el éxito de la adaptación campesina es que sus formas de producción mantengan algunas ventajas comparativas con las formas capitalistas de producción, aunque estas ventajas no siempre sean susceptibles de ser medidas en términos capitalistas.

Dicho de otra manera, se trata aquí del viejo problema de la gran empresa agraria que funciona con la motivación de la ganancia y bajo las leyes de la reproducción ampliada del capital, frente a la unidad doméstica campesina, que opera bajo el principio de satisfacer ante todo sus propias necesidades, y de regular el trabajo y la producción de acuerdo con patrones de consumo que a su vez son regulables a partir de los mínimos de subsistencia.

La discusión de las ventajas comparativas de dos sistemas que funcionan con principios y objetivos tan radicalmente diferentes presenta problemas familiares para los antropólogos. La antropología, en efecto, hace mucho que rehusó aceptar

como premisa teórica que cualquier sistema cultural puede ser considerado en abstracto como superior o inferior a otros. La norma metodológica que se desprende es que cada cultura o parte de ella debe ser analizada en sus propios términos, en su contexto peculiar y en su misma historia.

Es evidente, por otra parte, que el llamado relativismo cultural no consiste sólo en una firme negativa a mezclar los juicios valorativos, que son siempre etnocéntricos, con la descripción de la cultura en estudio y con su análisis. En el fondo del relativismo teórico, del relativismo como cuestión de método y del relativismo que podríamos llamar ético (o sea, respectivamente, del repudio del concepto abstracto de superioridad cultural, del rechazo de los juicios valorativos y etnocéntricos, de la aceptación del principio del respeto a las culturas extrañas), se encuentra una idea importante que proviene del evolucionismo biológico.

Se afirma, en efecto, que las variaciones efectuadas y la capacidad de variación constituyen elementos decisivos para la supervivencia de cualquier especie. La especialización de los organismos, o sea su adaptación heredada a un medio determinado, si se combina como suele ocurrir con un alto grado de estabilidad genética, incapacita a la especie para enfrentar con éxito las inevitables y a veces radicales transformaciones de su ambiente. Desde el punto de vista de la supervivencia la especie debe mantener, por medio de la capacidad de variación, una gran reserva de oportunidades.

La superioridad de la cultura, considerada como mecanismo adaptativo, sobre cualquier forma biológica de adaptación al ambiente, consiste precisamente en que sus posibilidades de variación son enormes y pueden realizarse con rapidez, y en que las variaciones no ocurren al azar ni quedan inscritas

en un programa genético difícilmente modificable. El éxito de la especie biológica humana es el triunfo de la cultura y de la diversificación y transformación de las formas culturales. Es la historia de la libertad sobre la naturaleza, la determinación y el azar.

A partir de las consideraciones anteriores resulta más fácil comprender la preferencia de los antropólogos por el estudio de sistemas como el de los campesinos en sus propios términos, y como formas adaptativas a ciertos medios específicos que incluyen tanto la naturaleza como la sociedad y la cultura. Las comparaciones entre sistemas diferentes tienden a hacerse en relación con la adecuación de cada una de las adaptaciones. Es decir, no se trata de establecer la superioridad o inferioridad en general de un sistema respecto al otro, sino respecto al medio en el que se encuentra funcionando cada sistema.

Esta clase de enfoque, que es característico de la tendencia ecológica de la antropología moderna, no significa de ninguna manera un regreso a la abandonada tradición del estudio aislado de las comunidades aldeanas. Supone, sin embargo, el análisis del poder campesino de supervivencia no sólo en la relación con el sistema dominante, sino también en términos de las adaptaciones peculiares de los campesinos a las condiciones de su propio medio y a sus propias exigencias. Se trata, en definitiva, de establecer cuáles son las ventajas intrínsecas que ofrecen las formas campesinas de producción.

Por otra parte, los antropólogos siguen considerando la diversidad de las formas de vida de los campesinos como reservas potenciales para la supervivencia de la especie humana. Nadie es capaz de predecir las crisis que pueden presentarse, ni de anticipar en qué medida las experiencias históricas y ac-

tuales de los campesinos pueden contribuir a enfrentarlas y resolverlas.

El examen de las ventajas y desventajas de la gran empresa capitalista agraria y de la pequeña empresa campesina, si aspira a obtener sentido comparativo, puede hacerse usando criterios de eficiencia económica. La eficiencia económica, sin embargo, no es necesariamente igual a la ganancia, aunque pueda ser una condición de ella. La ganancia es una categoría del sistema capitalista dominante, que no se aplica por fuerza al sistema campesino. La eficiencia económica tiene que ver, por supuesto, con la mejor utilización de todos los recursos empleados en la producción.

Hace años, en un pequeño volumen preparado para el Centro Nacional de Productividad de México y publicado en 1968 (*La productividad agrícola*) ensayé examinar estas cuestiones en términos de dos modelos teóricos simplificados o tipos ideales, que denominé "norteamericano" y "holandés" en razón de los dos países donde aparecen con mayor claridad. Voy a seguir ahora esencialmente el mismo esquema analítico.

El modelo norteamericano responde tanto a las predicciones marxistas sobre el desarrollo de la empresa agraria como a los ideales capitalistas privados o estatales de la llamada modernización de la agricultura.

El modelo se caracteriza, en primer lugar, por la abundancia de tierras cultivables, sobre las cuales una población poco densa y con crecimiento débil no ejerce presiones significativas. El acceso al suelo de parte de las empresas es libre, sea porque se haya transformado por completo en mercancía (Estados Unidos) o porque lo monopolice el estado (Unión Soviética). En consecuencia, la tierra es barata.

La gran empresa, además, puede obtener tierra barata, aun donde no exista una relación hombre-suelo favorable para ella, usando "el hacha" del poder político. Es decir, expropiando y acumulando al estilo "primitivo". Nuestro modelo, sin embargo, asume una situación en que la abundancia-baratura del suelo existe de manera "natural", sin aceptar por el momento otro tipo de complejidades.

En segundo lugar, el modelo se caracteriza por la abundancia de recursos financieros para las empresas capitalistas agrarias. Es decir, por un nivel avanzado de capitalización que deja disponibilidades importantes para la agricultura, a pesar de la competencia establecida por los atractivos de la inversión en las industrias y en los servicios. Quiere decirse que la tasa promedio de la ganancia capitalista tiende a ser igual en todos los sectores. La abundancia-baratura de capital existe no sólo para el dinero (créditos accesibles y tasas normales de interés) sino para los bienes de producción que se adquieren (maquinaria, insumos de toda clase, energía).

No incluimos en el modelo los efectos de políticas proteccionistas de la agricultura capitalista o de ciertas ramas de ella (como en los países exportadores de productos agrícolas) que pueden crear una situación excepcional y selectiva de capital barato y abundante.

En tercer lugar, el modelo se caracteriza por la escasez de la fuerza de trabajo en el sector agrícola y por la tendencia a igualar su precio con el del empleo en otros sectores. La escasez-carestía de la mano de obra es el resultado de las transferencias continuas desde la agricultura a otras actividades, o sea de las migraciones de las áreas rurales a las ciudades, provocadas, a la vez, por la intensificación del uso de capital en la agricultura.

El modelo no incorpora los casos en que la escasez de mano de obra es el resultado directo de políticas estatales de desplazamiento masivo de la población rural (Unión Soviética). Es decir, del proceso inverso al "natural". Tampoco incluye los casos en que la falta de mano de obra se alivia con la importación temporal de trabajadores de otras áreas del sistema dominado por el capitalismo (Estados Unidos).

La cuarta característica del modelo consiste en su extraordinario consumo de energéticos baratos. Es decir, no sólo de aquellos que se usan directamente (petróleo, gasolina, gas, electricidad) sino de aquellos que están ya incorporados en la maquinaria y en otros insumos (fertilizantes, pesticidas, herbicidas, etc.). Por supuesto, el alto grado de consumo de energía expresa un aspecto esencial del desarrollo tecnológico de la agricultura, hecho posible por la abundancia-baratura de capital y la escasez-carestía de fuerza de trabajo.

El modelo no toma en cuenta ahora, por un lado, el hecho de que la abundancia-baratura de los energéticos puede estar lejos de ser una condición "natural" y ser, por el contrario, el resultado de políticas especiales (el dominio capitalista sobre las fuentes de petróleo, carbón, etc.). Por otro lado, tampoco incorpora en este momento el fenómeno de la escasez creciente y en consecuencia carestía en aumento de los recursos energéticos, que es la situación actual.

La quinta y última característica del modelo está referida a la organización especializada de la producción (monocultivo) en términos exclusivos del mercado. La producción se orienta en gran medida a las industrias y a una población urbana numerosa con altos ingresos.

El modelo no diferencia, por el momento, si la especialización de la producción es, en efecto, una respuesta a las con-

diciones "naturales" del mercado (Estados Unidos) o bien es un resultado de políticas impuestas a la agricultura por los organismos estatales con finalidades de exportación (los países dependientes y coloniales).

Los resultados del funcionamiento de un modelo con estas características pueden discutirse más claramente en relación con el modelo "holandés". De todas maneras, ya se desprenden algunas conclusiones obvias, de las cuales quizá la más importante es que las empresas usan con preferencia y liberalidad los recursos más abundantes y baratos (suelo, capital, energía) frente al escaso y caro (fuerza de trabajo).

En efecto, las empresas tienden a crecer horizontalmente a fin de obtener ventaja de la abundancia-baratura del suelo y no se empeñan en intensificar los rendimientos de la tierra. Lo mismo puede decirse del capital y la energía, hasta el punto en que las empresas aparecen demasiado extensas territorialmente, sobrecapitalizadas y despilfarrando recursos energéticos. La productividad de la fuerza de trabajo, en consecuencia, es alta y crece constantemente. La especialización de la producción (monocultivo), por otra parte, hace a las empresas muy vulnerables a las oscilaciones de los precios y a las crisis.

El modelo holandés puede ser descrito por la presencia o el predominio de características diferentes y aun opuestas al modelo norteamericano. He elegido deliberadamente el caso holandés, que es asimismo el de otros países avanzados de Europa Occidental, por varias razones de las cuales debo mencionar al menos dos.

La primera de ellas es que intento mostrar que el modelo norteamericano no constituye la vía única ni quizá la principal

del desarrollo moderno de la agricultura. Existe la fuerte posibilidad de que se trate de una excepción determinada por la naturaleza central de la economía norteamericana dentro del sistema capitalista mundial y por otras circunstancias (territorio, población, etc.). De cualquier manera, resulta obligatorio examinar las alternativas existentes, sobre todo cuando se presentan en países de desarrollo económico tan avanzado como Holanda, Dinamarca y otros.

La segunda razón es que al analizar las grandes empresas agrarias resulta ilegítimo compararlas exclusivamente con las pequeñas empresas de aquellas unidades campesinas que han sido arrojadas a tierras marginales y desprovistas de acceso al crédito, a la tecnología, a la información y al mercado. Campesino no quiere decir necesariamente pobre. El modelo holandés, como se verá, está construido sobre otra clase de condiciones.

La primera característica del modelo es la escasez de tierras, sobre las cuales ya existen presiones considerables de población, tanto más fuertes cuanto mayor sea el incremento natural de la misma. El acceso al suelo está restringido no sólo por la escasez, que se traduce en precios altos, sino también por los complicados sistemas de propiedad, transferencia y herencia del suelo, que están ligados íntimamente a las tradiciones culturales de los campesinos y a sus hábitos sociales. La tierra no llega a ser verdaderamente y por completo una mercancía. El alto precio del suelo está acentuado por la disposición de la economía campesina a pagar más que aquello que representaría la renta capitalizada.

El modelo no considera ahora las notables diferencias existentes entre la escasez "natural", o sea básicamente la relación general hombre-suelo (Holanda) y la escasez "artificial" creada por el proceso de concentración de la propiedad

territorial (México). En cualquiera de los dos casos el modelo asume una situación de escasez-carestía del suelo para las pequeñas empresas.

La segunda característica es la penuria de recursos financieros aplicables a la agricultura en general y en particular a las pequeñas empresas. Esta situación puede coincidir, y de hecho coexiste en el caso holandés, con un grado avanzado de capitalización y con fuertes disponibilidades de financiamiento para la industria, los servicios y las grandes empresas agrarias. En consecuencia, el capital es relativamente caro para los pequeños propietarios, sea en su aspecto de dinero o en sus formas de bienes de producción, insumos, maquinaria, etcétera.

El modelo no toma en consideración, por el momento, cuándo la escasez-carestía de capital para la agricultura se debe a las tasas diferenciales de rendimiento con respecto a otros sectores, a las dificultades estructurales de la pequeña propiedad para admitir capital, o bien a políticas estatales calculadas para impulsar la industrialización y la gran empresa, etcétera.

El modelo se caracteriza, en tercer lugar, por la abundancia de fuerza de trabajo en el sector agrícola y por su consiguiente bajo precio en relación con los otros sectores. La abundancia-baratura de la mano de obra está directamente relacionada con sus insuficientes transferencias a la industria y los servicios. A la vez, esta situación frena la sustitución del trabajo vivo por el trabajo muerto, o sea la mecanización de la agricultura. Las empresas, en consecuencia, son intensivas de trabajo humano.

El modelo tampoco toma en cuenta ahora aquellas situaciones en que la abundancia de la fuerza de trabajo está provocada

por el crecimiento "natural" de la población, por la lentitud del desarrollo industrial, por la concentración de la propiedad territorial, etc., o por combinaciones derivadas de éstos y otros factores. O sea, el modelo asume la abundancia-baratura de la mano de obra agrícola.

La cuarta característica consiste en el débil consumo de energéticos y en el uso sobre todo de aquellos que tienen origen directo en los animales y vegetales (bestias de tiro y carga, yuntas, estiércol y otros abonos orgánicos, leña, carbón vegetal, etc.). Por otra parte, estas materias forman parte integrante del ciclo de producción agrícola, y su utilización supone también el empleo de gran cantidad de mano de obra humana.

Es decir, el modelo supone una tecnología cualitativamente diferente de aquella de las grandes empresas que se expresa, sobre todo, en el empleo de medios mecánicos consumidores de energía. La tecnología peculiar del modelo holandés es la del manejo de la materia viva –incluso el trabajo humano– que es a la vez productora de energía.

La quinta y última característica consiste en que la organización de la producción, a pesar de articularse con el mercado, resiste cuanto puede la especialización extrema (monocultivo). Procura mantener formas policulturales, no sólo como una manera de protegerse de la dependencia excesiva, sino también para retener un margen de seguridad económica y mantener más estables los ciclos ecológicos de largo plazo.

La pequeña empresa, pese a su envolvimiento más o menos completo con el sistema general de mercado, dedica al autoabasto parte del trabajo y del suelo disponible, aunque sea en minúsculas parcelas anexas al hogar, y utiliza de manera intensa los mercados locales y regionales.

El funcionamiento de un modelo con estas características hace que las empresas tiendan a regular su tamaño en función de la capacidad de trabajo de las unidades domésticas, y a regular la estructura de las unidades domésticas de trabajo en función del tamaño de la empresa.

El crecimiento más significativo de la empresa, en consecuencia, no es horizontal (adquiriendo más tierras) sino vertical (cooperando con otras empresas similares para la adquisición y/o el uso de maquinaria, la compra de insumos y abastecimientos, la venta y transformación de productos, etcétera).

Las empresas utilizan en mayor o menor grado, pero siempre con volúmenes proporcionalmente bajos en relación con el modelo norteamericano, el capital y las fuentes inanimadas de energía. En cambio, utilizan al máximo posible las fuentes vivas de energía y el trabajo humano, e intensifican el uso del suelo. En consecuencia, la productividad del trabajo tiende a ser baja, pero los rendimientos del suelo, del capital y de la energía son altos.

La organización de la producción y la relación con el mercado sin exceso de especialización, así como la conservación de un cierto nivel de autoabasto, conceden márgenes de estabilidad y seguridad considerables.

El periodo que siguió a la Segunda Guerra Mundial se caracterizó en Europa por una ofensiva general contra el modelo holandés, es decir contra las pequeñas empresas, y por un enorme esfuerzo para imponer el modelo norteamericano. La ofensiva fue especialmente dura en los países llamados socialistas del este de Europa, pero de ninguna manera excluyó a los capitalistas del occidente.

El balance que puede hacerse hoy día es que la ofensiva fue detenida. Los grandiosos planes agrícolas de Kruschev, que incluían entre otras cosas la colonización estatal de nuevos territorios y la completa imitación del modelo organizativo provisto por Estados Unidos, acabó en la confesión de que el abastecimiento de la población soviética dependía en gran medida de la producción de millones de minúsculas parcelas, que son más eficientes que las grandes empresas colectivas y estatales.

Polonia, Hungría, Yugoslavia y otros países abandonaron, al menos temporalmente, las políticas de colectivización obligatoria de la agricultura, y restituyeron gran parte de la tierra a los campesinos. En los países de Europa Occidental, después de una etapa en que la concentración de la propiedad territorial y el desarrollo de grandes empresas agrarias avanzó rápidamente, el proceso se frenó y la situación en su conjunto parece tender a estabilizarse.

Desde luego, los factores de orden político son los que aparecen con mayor claridad en esta evolución de las condiciones agrarias europeas tanto del este como del oeste. Es decir, la resistencia de los campesinos, las rebeliones, su capacidad de presión, las alianzas con otros grupos, etc. Sin embargo, un examen más detenido muestra que la capacidad de resistencia política de los pequeños empresarios de la agricultura se funda en su capacidad de resistencia económica. Dicho de otra manera, el modelo holandés tiene, en efecto, ventajas económicas comparativas sobre el modelo norteamericano en la realidad concreta, y no sólo en la lógica del modelo.

Ya refería antes el caso de la Unión Soviética, donde los pequeños cultivadores hacen mucho mejor uso del suelo y del capital que los enormes *koljoses* y *sovjoses*, pero obtienen menor productividad del trabajo. En el occidente europeo el

fenómeno es por entero semejante y puede ser mejor documentado gracias a los estudios realizados por la OECD y la Comunidad Europea.

En un amplio muestreo realizado en Holanda a principios de la década 1960-1970, que incluyó veinte mil unidades agrícolas en sesenta y tres municipios, se encontró la siguiente distribución de empresas según superficie: 2527 tenían menos de 1 hectárea; 6808 entre 1 y 5; 4793 entre 5 y 10. El resto, 5872, tenía entre 10 y 20, y más de 20 hectáreas.

Entre 1950 y 1960 el producto nacional bruto por persona ocupada subió en 34% y la población en 13%. Durante el mismo periodo el costo del trabajo agrícola subió 90%, y el de todos los factores, incluso el trabajo, 50%. Sin embargo, los precios de los productos agrícolas subieron solamente 14%. A pesar de estas condiciones desfavorables para la formación del ingreso agrícola, la población ocupada en el sector mantuvo un nivel comparable al de los demás sectores y siguió el mismo camino ascendente.

La hipótesis formal más obvia sería la de que el sector agrícola mantuvo su buena posición a base de disminuir el número de empresas, concentrar la propiedad, invertir más capital y eliminar fuerza de trabajo redundante. O sea, mediante una transición gradual del modelo holandés al norteamericano .

La evolución verdadera, sin embargo, fue diferente. Durante el mismo periodo (1950-1960) hubo sólo una reducción de 5% en el número total de las unidades agrícolas del país. Los mayores aumentos de rendimientos y productividad se encontraron en las empresas pequeñas y en relación directa, no con el capital invertido, sino con la cantidad de horas-estándar de trabajo invertidas por hectárea.

El cuadro general obtenido en 1957 del trabajo por hectárea según la extensión de las empresas era el siguiente: 1 007 horas-estándar en las unidades de 1 a 3 hectáreas; 782 en las de 3 a 5; 728 en las de 5 a 7; 636 en las de 7 a 10, y 524 y 417, respectivamente, en las de 20-30 hectáreas y más de 30 hectáreas.

Dicho de otra manera, la intensificación del uso del suelo aumentó en relación inversa al tamaño de la empresa. Los aumentos en los ingresos agrícolas resultaron principalmente de los aumentos en los insumos de trabajo por hectárea. El tamaño pequeño de la empresa resultó ser un factor limitante del aumento de los ingresos sólo donde había llegado a un grado extremo de pulverización.

Bélgica ofrece un panorama semejante al de Holanda durante el mismo periodo, pero con algunas diferencias importantes. El ritmo de disminución de la población rural fue mayor y la tendencia a la reducción de las pequeñas empresas agrícolas resultó fuerte. Entre 1950 y 1959 el número total de unidades cayó 21%. A pesar de esto, todavía en 1959 las empresas de menos de 10 hectáreas representaban 60% de un muestreo realizado; las de más de 20 hectáreas constituían sólo 9%. El tamaño promedio de todas las empresas era de 9.6 hectáreas.

Bélgica repitió la evolución de Holanda en cuanto se refiere a los insumos de trabajo y a los rendimientos por hectárea en las empresas grandes y pequeñas. El producto bruto por hectárea era dos veces mayor en promedio en las unidades pequeñas que en las grandes.

Una nación centroeuropea presentó un caso igualmente característico. Austria es un país de pequeña empresa agrícola

dominante, donde la estructura agraria ha sufrido pocas modificaciones desde principios de siglo. En 1902, por ejemplo, existían 308 000 unidades de 10 hectáreas y menos; en 1960 su número era todavía de 258 000. De este último grupo 90 000 empresas tenían menos de 2 hectáreas otras 90 000 tenían entre 2 y 5.

El ingreso total de la empresa en Austria sube a medida que aumenta la extensión y sus posibilidades de usar más capital. Sin embargo, el ingreso por hectárea disminuye a medida que aumenta el tamaño de la empresa. En otras palabras, el aumento del capital invertido no sólo no incrementó, sino que redujo la producción y los ingresos por hectárea en empresas con características comparables (en términos de suelo, clima, topografía, cultivos, etcétera).

De esta manera, una hectárea en una empresa de 5-10 hectáreas de viticultura combinada con cereales, produjo 7 060 schillings de ingreso, pero sólo 4 206 en una empresa de 20-50 hectáreas en la misma región. Por otra parte, 1 hectárea en una empresa de 5-10 hectáreas de cereales produjo 4 488 schillings de ingreso, pero sólo 2 270 en una empresa de 50-100 hectáreas en la misma región.

El fenómeno que reseñamos en Holanda, Bélgica y Austria se repitió en Noruega, donde el ingreso promedio por hectárea en empresas de menos de 5 hectáreas llegó a 1 673 coronas, y bajó a 1 383 en las de 5-10 hectáreas, a 813 en las de 20-50, y a 543 en las de más de 50. Idéntica situación se presentó en Finlandia y Dinamarca.

La persistencia histórica del campesinado no admite, en consecuencia, explicaciones tan fáciles y simples como aquellas que nos han sido propuestas con tanta frecuencia desde los ángulos de la teoría marxista ortodoxa y de la antropología.

La resistencia cultural sin duda juega un papel importante, pero un papel que no puede actualizarse y alcanzar eficacia si no se traduce en las luchas políticas de los campesinos y en sus alianzas con otros grupos sociales.

Las relaciones del capitalismo con el campesinado no son pura y sencillamente destructoras, sino contradictorias, y en apariencia paradójicas. El desarrollo capitalista no sólo incorpora nuevos segmentos campesinos a su sistema, sino que también los crea y los restaura donde antes los destruyó. El capitalismo necesita usar las formas campesinas de producción y trabajo.

El campesinado no sólo subsiste modificándose, adaptándose y utilizando las posibilidades que le ofrece la misma expansión del capitalismo y las continuas transformaciones del sistema. Las formas campesinas de producción, además, poseen ventajas económicas frente a las grandes empresas agrarias. En consecuencia, subsisten también gracias a su eficiencia comparativa.

Las ventajas comparativas del campesinado proceden, en último análisis, de su capacidad de usar con amplitud y habilidad el recurso más abundante, la fuerza de trabajo, y con parsimonia y eficiencia los recursos menos abundantes, el suelo y el capital, que serán cada vez más escasos. El campesino, asimismo, hace poco uso de la crecientemente escasa energía inanimada. En cambio, produce y usa la energía de la materia viva, que incluye su propio trabajo y la reproducción de la unidad doméstica de trabajo y consumo.

Bajo semejante complejo de condiciones histórico-estructurales y coyunturales, resulta cada vez más aventurado predecir el fin del campesinado y cada vez más difícil concebir un futuro capitalista para la agricultura. El porvenir de la orga-

nización de la producción agrícola parece depender de una nueva tecnología centrada en el manejo inteligente del suelo y de la materia viva por medio del trabajo humano, utilizando poco capital, poca tierra y poca energía inanimada. Este modelo antagónico de la empresa capitalista tiene ya su protoforma en el sistema campesino.

Articulación campesinado-capitalismo: sobre la fórmula M-D-M[1]

El presente trabajo tiene el propósito principal de contribuir al análisis y discusión del modo campesino de producción,[2] pero sólo cuando éste se presenta articulado con el sistema capitalista privado dominante. Dejo de lado, entonces,

---

1 El trabajo se publica en la misma forma en que apareció mimeografiado en los *Cuadernos de la Casa Chata* del Centro de Investigaciones Superiores del INAH excepción hecha de algunas correcciones de forma y estilo. La misma versión fue presentada como ponencia a la Segunda Reunión sobre la Hacienda Mexicana celebrada en 1978 en la Universidad de Yucatán, y utilizada en los seminarios sobre los campesinos que he dirigido en la Universidad Iberoamericana y en la Universidad de Texas en 1978 y 1979.

En una serie de notas al texto he procurado aclarar ciertas cuestiones y discutir algunos de los numerosos comentarios que he recibido.

2 He escuchado algunas objeciones a mi uso de la expresión “modo campesino de producción”, que considero meramente formales. En estos casos el lector puede simplemente sustituir el término por otro que crea más correcto, con la seguridad de que no perturbará la línea del análisis ni tampoco su contenido sustantivo.

En otros casos la objeción proviene de la frivolidad dogmática del marxismo talmúdico, que no admite más modos de producción que los enumerados por Stalin y precisamente en su orden estricto de sucesión. La verdad es que uno ha ido perdiendo interés por esta clase de polémicas, tan reminiscentes de la escolástica medieval. Además, cuando pierde fuerza el brazo inquisitorial del dogmatismo ya no hay tanta obligación de mostrar interés.

los casos en que el modo campesino existe aisladamente o con más frecuencia dentro de otros sistemas, como podrían ser el feudal, el asiático, el esclavista y el llamado socialista.

Me parece evidente que la dinámica de los segmentos campesinos, aunque no su naturaleza propia, está determinada por el carácter del sistema global. En último análisis, el modo de producción dominante es el que impone sus exigencias al modo campesino y le obliga a adaptarse a ellas.

Las notas siguientes quieren servir, asimismo, para plantear ciertos problemas que requieren y que son susceptibles de investigación empírica en México. Entre ellos están, sobre todo, los que tienen que ver con el papel del campesinado, como productor directo y como fuerza de trabajo para otros, en la acumulación de capital. Están, también, aquellas cuestiones de orden teórico que se relacionan con la persistencia histórica de modos de producción no capitalistas en un sistema dominado por el capitalismo.

Parece innecesario agregar que el presente ensayo es preliminar, y en su intención constituye estrictamente un material para discusión. Esto debe excusar su naturaleza sintéti-

---

De cualquier manera, encuentro enteramente justificado el uso de la expresión "modo de producción" para referirse a cualquier conjunto específico de formas de producción y de relaciones sociales de producción que está determinado primariamente por el estado de las fuerzas productivas y que puede concebirse como una totalidad.

La observación de que los campesinos constituyen "siempre" un segmento de una sociedad mayor, que podría verse como una objeción, es muy discutible a la luz de la historia y la etnología. Por otra parte, desde el punto de vista de los modelos abstractos, la formación socioeconómica campesina puede, en efecto, pensarse sin dificultades como una totalidad.

ca y las esquematizaciones de la exposición. Debo advertir, asimismo, que aunque he utilizado materiales de origen muy diverso, el análisis está fundado principalmente en el caso del México contemporáneo.

Agradezco de manera general por ahora, en espera de poder hacerlo más adelante en forma específica, las numerosas e importantes contribuciones que han realizado recientemente mis colegas y estudiantes de los departamentos de antropología de la Universidad Iberoamericana y de la Universidad Autónoma Metropolitana en Ixtapalapa, así como del Centro de Investigaciones Superiores del INAH y de la Universidad de Texas.

Comenzaré partiendo de una conocida fórmula de Marx, que sigue aplicándose con tanta frecuencia como escaso sentido crítico al modo campesino de producción articulado a un sistema dominado por el capitalismo. O sea, M-D-M: mercancías que se venden para obtener dinero y comprar otras mercancías.

Desde el punto de vista histórico-abstracto esta fórmula corresponde claramente a una forma precapitalista de desarrollo. Vale decir, a una economía en la cual el dinero y el mercado juegan un papel importante, pero el capital todavía no domina el sistema total ni tampoco la esfera de la producción.

Desde el punto de vista estructural la fórmula M-D-M es una abstracción. Es decir, es el modelo puro de un proceso de circulación atribuido a algunos segmentos no capitalistas, principalmente campesinos y artesanos. Cuando estos segmentos están articulados al sistema capitalista, la fórmula anuncia que la acumulación capitalista tiene lugar "fuera" del proceso indicado por M-D-M y jamás "dentro" de él.

No trataré ahora de polemizar con los que utilizan de manera ahistórica esta fórmula, y además confunden los modelos abstractos y analíticos con los procesos reales. Es decir, con aquellos que todavía no parecen considerar la necesidad de transformar la fórmula cuando se trata de aplicarla a un sistema global que ha sido transformado por el hecho de estar dominado por el capitalismo.

En efecto, no puede entenderse una parte sin comprender el sistema global, y ninguno de los dos (segmentos y totalidad) pueden entenderse sin comprender sus procesos de cambio. Tales son dos de los principios cardinales del método histórico-estructural empleado por Marx.

Para efectuar la transformación de la fórmula de Marx se requiere, en consecuencia y ante todo, relacionarla con el sistema mayor. Supongamos nuevamente M-D-M, pero ahora llamemos a la primera M = M' y a la segunda M = M''.

La distinción es necesaria porque M' (la mercancía vendida) se produce al modo campesino y representa parte de sus cosechas, artículos de artesanías y animales domésticos. La afirmación anterior no es necesariamente cierta para M'' (la mercancía adquirida), que con frecuencia es producida al modo capitalista y representa, por lo general, artículos manufacturados industrialmente.[3] Sin embargo, tanto M' como M''

---

[3] Para evitar más complicaciones a un modelo que de todas maneras resultará complejo, no tomo en cuenta ahora los importantes intercambios de productos y de trabajo que ocurren en el interior del segmento campesino, usando muchas veces el dinero solamente como medio de intercambio.

La cuestión que deseamos discutir, precisamente, es la articulación entre campesinado y capitalismo. Desde este punto de vista, la

entran a la circulación capitalista independientemente de sus orígenes, y ambas sirven para los fines de acumulación.

En efecto, M', al ser comprada y pagada en dinero al campesino, no es consumida de manera inmediata por el comprador. Por el contrario, el comprador la hace entrar en el proceso de circulación capitalista, sea vendiéndola de nuevo a otros que la van a consumir, o usándola como insumo en la producción de nuevas mercancías.

Tales son los casos, por ejemplo, del maíz y el frijol acumulados por los acaparadores de la producción campesina; de la cebada y el arroz destinados a la industria cervecera y a los molinos, respectivamente, y del algodón y la caña de azúcar adquiridos también por las empresas agroindustriales. En esta circulación es donde se realiza el valor de M', convirtiéndola en dinero o bien agregándola a la producción capitalista de otras mercancías.

M'', la mercancía que el productor campesino adquiere con el dinero obtenido de M', no solamente pasa por la circulación capitalista, sino que con mayor frecuencia también ha sido producida al modo capitalista.

Tales son los casos, por ejemplo, de las herramientas, de parte de la vestimenta, de ciertas clases de alimentos, de los fertilizantes, de muchos muebles y útiles de cocina, así como de una variedad de otros productos industriales (radios, bicicletas, etc.). En consecuencia, el productor campesino al adquirir M'' con dinero permite de nuevo realizar valor y continuar el proceso de acumulación dentro del sistema capitalista dominante.

---

circulación de M' y D' entre campesinos puede verse, simplemente, como parte del proceso campesino de producción.

La función de D reviste, asimismo, un doble aspecto. Para el productor campesino el dinero tiene que consistir meramente en un medio para realizar los intercambios necesarios entre M' y M''. Sin embargo, para aquellos que están en la esfera de la circulación y la producción capitalista, el dinero asume, además, la naturaleza del medio necesario para realizar los valores y transformarlos en capital.

Existen, entonces, dos momentos en que la articulación del modo campesino de producción con el capitalismo permite la realización de valores y la acumulación de capital. O sea, el momento en que M' "entra" a la circulación capitalista y es consumida o usada para la producción, y el momento en que M'' "sale" de la circulación capitalista para entrar al ciclo de la reproducción campesina.

Los dos momentos están mediados por el dinero, pero dinero que en cada mediación asume una naturaleza distinta: en un caso sobre todo como medio de cambio, y en el otro además como medio de acumulación. Llamaré al primero D' y al segundo D''.[4]

---

4 Recibí algunos comentarios que consideran mi distinción entre D' y D'' como artificial. Sin embargo, la distinción refleja la que de hecho antes entre M' y M''. Ambas tienen el mismo fundamento y la misma intención analítica, y deben aceptarse o rechazarse juntas.

Por otra parte, el dinero como simple medio generalizado de intercambio tiene, en efecto, una existencia histórica real anterior a su transformación en medio de acumulación. El dinero puede mantener la misma expresión material a lo largo del tiempo y también en todos los momentos de la circulación, y sin embargo adquirir funciones nuevas y diferentes.

Como muestra Polanyi entre otros, algunas sociedades han establecido diferentes clases de dinero según las diversas funciones que cumplen en el sistema económico. Así, una clase de dinero sirve sólo

La transformación de M-D-M en otra fórmula más compleja resulta necesaria no sólo para mostrar la articulación concreta del modo campesino con el sistema capitalista, sino también para mostrar cómo tiene lugar una parte importante del proceso de reproducción ampliada del capital.

La fórmula transformada puede demostrar, en efecto, que existe un intercambio desigual de valores en beneficio del sistema capitalista, y que la acumulación de capital se realiza, en buena medida, a expensas de los modos de producción no capitalistas.[5] De esta manera estamos más cerca del análisis

---

para la compraventa de ciertos productos, como por ejemplo los de consumo general; otra clase de dinero sirve exclusivamente para la compraventa de artículos suntuarios o de uso restringido a ciertos grupos sociales, y aún otra clase sirve sólo para las transacciones con extranjeros.

5 Esta afirmación sobre el intercambio desigual de valores entre modos de producción diferentes ha suscitado varias críticas. Por supuesto, yo no pretendo en este trabajo ir más allá de expresar mi esperanza de que el modelo construido permita demostrar la realidad del intercambio desigual, y cuantificarlo.

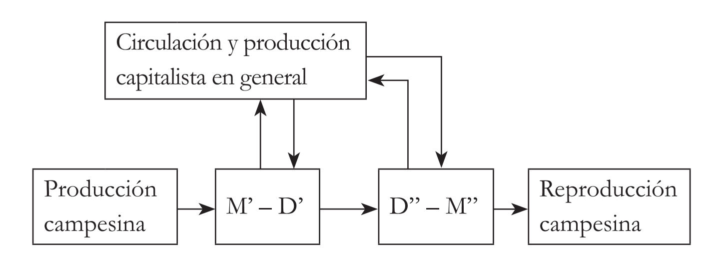
Un crítico me aconseja abandonar la metafísica del valor y el pseudoproblema de su transformación en precios, para atenerme exclusivamente a los precios y a su teoría marginalista. A fin de cuentas, me dicen, Chayanov era un criptomarginalista. Sin embargo, las contribuciones mayores de Chayanov a la teoría del campesinado tienen que ver, no con los precios, sino con la organización social y la demografía del trabajo, la producción el consumo de la unidad doméstica.

Otros comentaristas, por el contrario, me reprochan no haber entrado decididamente al problema del valor y el trabajo usando instrumentos marxistas. La falta de éxito en esta empresa que han sufrido los marxistas me desanima de intentarlo, aunque sigo con atención las discusiones de los últimos años.

histórico-correcto que hizo Luxemburgo de la acumulación ampliada de capital que de algunos modelos abstracto-estructurales de Marx.

La fórmula transformada podría representarse provisionalmente, en el caso que estoy discutiendo, como se ve en la figura 1.

FIGURA 1



La fórmula todavía es incompleta, ya que no capta otros aspectos importantes de la articulación económica campesino-capitalismo. En efecto, el campesino no sólo y exclusivamente, ni quizá principalmente, es un productor no capitalista de mercancías que se introduce al sistema capitalista.

Tampoco es, exclusiva y quizá principalmente, un comprador-consumidor de mercancías producidas al modo capi-

Por el momento encuentro más interesantes y manejables las ideas de Ricardo sobre la renta diferencial de la tierra, que evidentemente se sostienen sobre una teoría premarxista del valor-trabajo, y los estudios de Sraffa sobre la producción de mercancías a partir de una mercancía, que es la que habitualmente producen los campesinos. Sospecho que tardaré mucho en aventurarme por estos terrenos.

talista. Asimismo, es productor de su propia subsistencia, mano de obra efectiva y potencial (reserva de trabajo) para el modo capitalista de producción, y reproductor ampliado de la fuerza de trabajo en general.

No voy a ocuparme, en este momento, de la transferencia permanente al área capitalista dominante de la fuerza de trabajo generada por el segmento campesino. Este proceso, que ha sido llamado de proletarización del campesinado, será discutido más adelante. Trataré ahora de la fuerza de trabajo campesina que se articula "periódica" y "estacionalmente" al modo capitalista, sin incorporarse a él "total" y "definitivamente", es decir, sin dejar de ser campesina.

El campesino como proveedor de mano de obra para el modo capitalista de producción, sea de manera estacional o por periodos más largos, puede verse como el vendedor de una mercancía especial. En este caso, la mercancía-trabajo (MT) podría englobarse en la fórmula transformada anterior, y así se ha hecho a menudo. Es decir, M' incluiría no sólo los productos físicos sino el trabajo campesino vendido por dinero (MT) que se emplearía a la vez para adquirir M''.

La cuestión, sin embargo, no es tan simple. El trabajo asalariado de origen campesino está creando valores "dentro" del modo capitalista de producción, y no valores "fuera" de él como en el caso de los productos materiales campesinos cuyo valor se realiza, sin embargo, dentro del sistema capitalista. Existe aquí, además, una clara contradicción entre las dos formas de extracción de valores del campesinado: cuanto más se extraiga directamente de la producción campesina, menos podrá extraerse de su trabajo asalariado, y viceversa.

Para decirlo de otra manera, la autoexplotación del campesino, mediante la intensificación de la agricultura y el aumento

simultáneo de su jornada de trabajo, hace crecer el excedente de producción que puede vender como mercancía M' y también la cantidad de mercancía M'' que puede comprar. De esta forma acelera la acumulación capitalista de una cierta manera; o sea, principalmente a través del proceso de circulación y por intermedio del sector mercantil capitalista.

Sin embargo, al incrementar M' su capacidad de vender trabajo directamente al modo capitalista disminuye de forma considerable o bien se anula, a no ser que aumente simultáneamente el número de miembros de la familia en condiciones de trabajar.

Por otra parte, cuando el campesino no puede intensificar la agricultura y aumentar más la duración de su jornada de trabajo, o bien no puede hacerlo a lo largo de todo el año, se incrementa la posibilidad y la necesidad de vender mercancía-trabajo. La venta de trabajo se hace principalmente a la forma capitalista de producción, por lo general en la agricultura misma pero también en otras actividades económicas que necesitan grandes cantidades de fuerza de trabajo, aunque no de manera continua sino estacional (caña de azúcar, algodón, café, cosecha no mecanizada de cereales, vendimia, etc., en la agricultura, y fuera de ella obras de construcción, caminos, canales, etcétera).

Resulta obvio que el campesino que vive dentro del régimen anterior tiene que disminuir sus ventas de M' para incrementar las de MT, si es que mantiene constante su fuerza de trabajo. Es claro, asimismo, que los realizadores de los valores creados son diferentes en cada caso (sector capitalista agrario-MT, contra sector capitalista mercantil-M', principalmente), aunque siempre estén dentro del área dominante de circulación y producción capitalista.

Estas contradicciones aparecen con frecuencia como meros problemas de subocupación de la mano de obra campesina (en el caso de que su agricultura no sea intensiva y en condiciones crónicas de escasez de tierra), o bien de necesidades de tecnificación y mecanización (sobre todo en el caso de que su agricultura sea intensiva o bien en condiciones de abundancia de tierra).[6] En el fondo, sin embargo, se trata de una cuestión sobre la forma "principal" que asume la extracción de excedentes del campesinado (mercancías contra trabajo asalariado) y, en consecuencia, de la naturaleza de los grupos sociales capitalistas que van a acumular esta extracción (comerciantes contra empresarios).

La distinción entre M' como mercancía-producto y MT como mercancía-trabajo no puede verse, entonces, como una

---

6 Es posible que el afán de concisión haya contribuido a oscurecer estos párrafos. Lo que quiero decir es que la subocupación campesina aparece como un problema *para el capitalismo* cuando por no practicar agricultura intensiva, o bien por no disponer de tierras suficientes, o bien por una combinación de las dos cosas, la unidad doméstica campesina dispone de un exceso de fuerza de trabajo que está por encima de las necesidades de las empresas capitalistas.

Por otra parte, el capitalismo declara que existen necesidades de tecnificación y mecanización de las unidades campesinas cuando éstas practican agricultura intensiva o bien disponen de tierra suficiente. Faltan entonces los excedentes campesinos de fuerza de trabajo que son necesarios estacionalmente para las empresas capitalistas.

Estoy procurando subrayar que por más que los problemas sean reales en cada caso, hay una manera especial de percibirlos y expresarlos, así como de proponer soluciones particulares, que es característica desde el ángulo de los diversos intereses y motivaciones capitalistas. Los campesinos, por supuesto, ven estos problemas de otra manera.

diferencia banal o un exceso de celo académico, por más que el campesino reúna en un fondo el dinero procedente de la venta de ambas mercancías. El balance entre estas categorías de mercancías determina tanto las formas principales de la explotación del campesinado, como la dirección principal del proceso de acumulación capitalista basado en la producción y el trabajo campesino.

Ahora es posible proponer una nueva transformación de la fórmula anterior. Podría representarse de la siguiente manera, aunque por razones de simplificación del esquema incluyo bajo M’ tanto los productos de la actividad agroganadera como los de la artesanía.

FIGURA 2

Circulación y producción capitalista en general (especialmente en el sector mercantil)
Producción capitalista (especialmente en la agricultura)
Producción campesina
M’–D’
MT–D’
D’’–M’’
Reproducción campesina

De acuerdo con la fórmula de la figura 2, la composición de M’-D’ y MT-D’, o sea las proporciones de cada una que entran

en el ingreso en dinero del campesino, debe verse, en primer lugar, como una consecuencia de la naturaleza del proceso de acumulación e inversión que tiene lugar en el área capitalista. De una manera más concreta e inmediata puede verse, sobre todo, como el resultado de la introducción del modo capitalista de producción en la agricultura.

En efecto, a medida que la empresa capitalista penetra y domina el campo concentrando la propiedad y la producción, no sólo reduce las posibilidades de producción del modo campesino (su producción de M'), sino que requiere cantidades crecientes de mercancía-trabajo, trabajo que de todas maneras ya no puede emplearse en producir M' por escasez de tierra o falta de mercado.

Sin embargo, las características técnicas de la mayoría de la empresas agrícolas capitalistas exigen, no una gran fuerza de trabajo "permanente", sino una gran "reserva" de fuerza de trabajo para ocuparla estacionalmente. De ahí surge una nueva contradicción, esta vez en el plano de la reproducción ampliada del capitalismo en el campo.

Es decir, el modo capitalista sólo puede seguir creciendo "si elimina al modo campesino" de la esfera de la producción y se apodera del control de los recursos (sobre todo tierra y "agua"), y "a la vez mantiene el modo campesino" para obtener de él la fuerza de trabajo no permanente. Esta paradoja establece un límite tanto al proceso de proletarización del campesinado (MT creciendo contra M'), como a la expansión del capitalismo en el campo (modo capitalista creciendo contra modo campesino).[7]

---

7 Me ocupo extensamente de esta cuestión en otros ensayos de este mismo volumen. Aquí insistiré sólo en que el fenómeno de la prole-

En definitiva, la fórmula transformada (figura 2) que he propuesto permite expresar las principales tendencias contradictorias que existen: 1) en la composición de M-MT; 2) en las relaciones entre los modos campesino y capitalista de la agricultura; y 3) en la naturaleza y dirección del proceso de acumulación capitalista (principalmente acumulación en el sector capitalista agrario contra acumulación en el sector capitalista mercantil).

Desde el punto de vista campesino, la consecución de un equilibrio siempre variable entre M' (venta de productos agroganaderos y artesanales) y MT (venta de trabajo), puede verse simplemente como una estrategia adaptativa a las condiciones económicas cambiantes. O sea, a la disponibilidad de recursos de producción, comenzando por el suelo mismo; a la relación oferta-demanda de trabajo en el mercado capitalista; a la situación de los precios de M' y M'', etcétera.

Sin embargo, las posibilidades para desarrollar con éxito cualquier tipo de estrategia adaptativa se encuentran, sobre todo, en el propio modo campesino de producción. Es decir, en su capacidad de autoabastecimiento y en la estructura de la familia como unidad de producción, consumo y trabajo asalariado.

---

tarización del campesinado ha sido bien estudiado, descrito y analizado desde hace mucho. En sentido estricto ya no es un problema para las ciencias sociales, aunque persista la necesidad de continuar investigando las formas específicas que tiene en cada país y en diversas coyunturas históricas.

El fenómeno de la persistencia campesina y los procesos de recampesinización, en cambio, constituyen problemas actuales de las ciencias sociales porque hasta ahora son poco conocidos y han sido mal estudiados y peor interpretados.

En el modo campesino, como demostró Chayanov, no es posible considerar al individuo aislado o simplemente agregado en los grandes números de las categorías del sector agrícola. La unidad que hay que tomar en cuenta para el análisis es la unidad orgánica constituida por algún tipo de agrupación doméstica familiar (familias nucleares, compuestas y extensas, linajes, etc.), junto con la tierra que trabaja.

Es la peculiar estructura por sexos y edades de estas unidades lo que permite a cada una de ellas distribuir su fuerza de trabajo en una variedad de ocupaciones, que van desde la agricultura, la cría de animales domésticos, la artesanía y el comercio en pequeña escala, hasta el trabajo asalariado en las empresas capitalistas agrarias, en el servicio doméstico, en las obras de construcción, en las manufacturas, etcétera.

La dispersión de la fuerza de trabajo familiar en tan variadas ocupaciones, que involucra asimismo la dispersión geográfica temporal de los miembros de la familia, no debe ocultar el hecho de que la unidad doméstica campesina sigue funcionando orgánicamente unida. Los esfuerzos para obtener dinero se distribuyen entre M’ y MT, pero de acuerdo con mi esquema (figura 2), al final del proceso se encuentran los recursos reunidos de nuevo en la unidad doméstica para asegurar su supervivencia y su continuidad (la reproducción del sistema).

La estructura peculiar de la unidad doméstica campesina, es decir, su número y composición por sexos y edades, debe verse como un producto de las estrategias adaptativas. La mejor demostración de que es así es que la unidad doméstica periódicamente expulsa de manera selectiva a algunos de sus miembros redundantes, y cuando hace falta incorpora de manera igualmente selectiva a los miembros que requiere para asegurar el éxito de su funcionamiento.

Estas tácticas para variar y adaptar la unidad doméstica se expresan, por ejemplo, en los sistemas de patri, matri y neolocalidad de los nuevos matrimonios, en la permanencia en el hogar del más joven de los hijos varones *(xocoyotzin);* en el reconocimiento del yerno como hijo cuando faltan descendientes varones en número suficiente; en la primogenitura masculina o femenina, en la prohibición de casamiento a los hijos no primogénitos, etcétera.[8]

Esta diversidad de costumbres regula de manera efectiva y en diversas combinaciones la estructura de la unidad doméstica como un organismo estable que produce, vende mercancías y trabajo, consume y se reproduce.

En consecuencia, la organización social de la unidad doméstica campesina equivale realmente a su organización económica. No sólo la una es inseparable de la otra, sino que ambas son la misma cosa.

---

8 Estas adaptaciones de la unidad doméstica campesina han sido bien descritas por los antropólogos, pero generalmente se han visto como puros problemas de organización social y aun como expresiones de las "estructuras" mentales.

La táctica de expulsar, retener e incorporar selectivamente a ciertos miembros de la unidad doméstica permite hacer adaptaciones rápidas. A plazo más largo existen tácticas demográficas, a las que me refiero más adelante, que limitan o expanden el número de miembros de la unidad, así como el sexo de ellos y sus edades, mediante la natalidad y la mortalidad. El infanticidio deliberado o por falta de cuidado de los niños, así como la eliminación de ancianos e inválidos privándolos de comida o atención, etc., no son fenómenos tan raros como nos gustaría creer. Los procedimientos más frecuentes, de todas maneras, son la migración y las normas de residencia sobre todo en el caso de los nuevos matrimonios.

Carecen de sentido las tentativas, y son muchas las que se hacen, de desagregar la unidad doméstica campesina en categorías según el tipo de ocupación, el lugar de trabajo, la fuente de ingresos y aun según la residencia. Semejantes procedimientos obtienen resultados estadísticos aparentemente nítidos, pero distorsionan y hacen incomprensible la realidad social y económica de la unidad campesina.

El fundamento primario de la unidad doméstica campesina se encuentra en su derecho común de acceso al suelo y en su capacidad de utilizarlo para generar, en condiciones ideales, la totalidad de su autoabastecimiento. Por supuesto este ideal autárquico es de realización imposible, pero hacia él tienden los esfuerzos de la unidad doméstica.

La venta de M', o sea de los excedentes posibles de los cultivos, cría de animales y artesanía, resulta ser un recurso para completar el autoabasto, al igual que la venta de MT, o sea el trabajo asalariado.

En algunas ocasiones la venta por dinero de M' y de MT al área capitalista dominante sirve para efectuar procesos de reequipamiento de los medios de producción, que a veces aparecen como esfuerzos de capitalización incipiente. También sirven, con más frecuencia, para adquirir o rentar más tierras y aun para alquilar temporalmente fuerza de trabajo suplementaria. Es decir, en cualquier caso refuerzan el modo campesino de producción y no contribuyen directamente a su disolución.

El fundamento de autoabasto sobre el cual se construye la economía de la unidad doméstica campesina constituye, de todas maneras, un punto más de su articulación con el sistema capitalista dominante. La afirmación es paradójica sólo en la superficie.

En efecto, si bien desde el punto de vista campesino la venta de M' y de MT sirve para asegurar el autoabasto y la reproducción de la unidad doméstica, desde el punto de vista capitalista el autoabasto garantiza la existencia de una reserva permanente de fuerza de trabajo barata, ya que produce la mayor parte de su propia subsistencia durante la mayor parte del año.

Dicho de otra manera, el autoabasto debe verse como una parte del salario no pagado por los empresarios capitalistas. A la vez, el autoabasto. permite la entrada a la circulación capitalista de mercancías que no se han producido de manera capitalista, y cuyos precios, en consecuencia, no son congruentes con sus valores.[9]

El punto de partida del intercambio desigual de valores entre los modos campesino y capitalista de producción se encuentra, entonces, en el autoabasto de la unidad doméstica campesina. El autoabasto es lo que permite el predominio de los bajos salarios en las ramas capitalistas que utilizan el trabajo asalariado de los campesinos, y lo que permite los bajos precios con que los productos campesinos entran a la circulación capitalista.

El área capitalista dominante adquiere constantemente M' y MT por debajo de sus valores, porque la unidad doméstica

---

[9] Como se ve mi posición ante el autoabasto es radicalmente diferente de la de aquellos que piensan que la llamada "economía de subsistencia" es el rasgo más característico del aislamiento de las comunidades campesinas de su falta de articulación en la sociedad mayor.

El autoabasto entra a la circulación capitalista en forma de mercancías baratas (el excedente campesino de la producción), y a la producción capitalista en forma de trabajo asalariado insuficientemente pagado (el excedente campesino del trabajo).

campesina depende primariamente, no de la venta de M’ y MT, sino de la producción de su propia subsistencia con su propio trabajo.

En la figura 3 hago abstracción de los puntos de articulación con el sistema capitalista para mostrar de qué manera las combinaciones diferentes del autoabasto con la venta de M’ y MT deben generar variaciones de la unidad económica campesina y reestructuraciones de su organización social (o sea, cambios en su número total y en su composición por sexos y edades).

FIGURA 3

Unidad campesina de producción-consumo y trabajo asalariado = estructura de la unidad doméstica familiar → Función primaria: generar la propia subsistencia con sus propios medios ↔ Funciones secundarias: vender M’ y MT para adquirir M’’

Variaciones en la unidad campesina de producción, consumo y trabajo asalariado = reestructuración de la unidad doméstica familiar ← Combinaciones diferentes de autoabasto y venta de M’ y MT

A partir del esquema anterior, y tomando en cuenta las fórmulas transformadas de M-D-M que he utilizado antes, resulta posible mostrar con cierta claridad en qué forma se van alte-

rando las relaciones entre los modos de producción campesino y capitalista, así como la dirección principal que sigue el proceso de acumulación capitalista.

Supongamos como comienzo de un ciclo característico que la unidad doméstica campesina concreta sus esfuerzos, en primer lugar, en la producción de su autoabasto (A), y que sólo secundariamente se involucra en la venta de M' y de MT. De esta manera, A > M' + MT.

Sin embargo, A, al ser función principalmente de tierra y fuerza de trabajo disponibles, tiene su crecimiento limitado por la cantidad de suelo y el volumen de trabajo posible. Aun antes de llegar a este límite la unidad campesina enfrenta el problema de los rendimientos marginales decrecientes de la combinación suelo-trabajo.

Mientras A ha estado creciendo, la unidad campesina ha tenido que estar aumentado su fuerza de trabajo (el número de sus miembros), tanto más cuanto más ha necesitado intensificar los cultivos para compensar las dificultades o la imposibilidad de extender la superficie cultivada.

Es decir que, en contra de la creencia corriente, la familia campesina crece para poder aumentar su fuerza de trabajo: tiene más hijos para poder trabajar más. O bien, cuando se envuelve en la emigración temporal, aumenta el número de sus miembros para poder emigrar, y no es que emigra porque aumente el tamaño de la unidad doméstica.[10] De ahí que el proceso resulte autodestructivo a cierto plazo, ya que no puede asegurarse

---

[10] No trato, de ninguna manera, de subestimar los efectos de la reducción de la mortalidad mediante los programas de salud ambiental, la medicina moderna, etc. Me estoy refiriendo a la forma en que la unidad campesina maneja su propia estructura demográfica, indepen-

indefinidamente el crecimiento de A con base en de aumentar simplemente la fuerza de trabajo aplicada a la agricultura cuando los recursos de tierra son limitados.

En consecuencia, la unidad campesina se ve obligada a vender cada vez más M' - MT para asegurar su subsistencia, y para hacerlo tiene que aumentar todavía más el número de sus miembros. Y de ahí que, de manera creciente, A < M' + MT. Al llegar este momento la unidad campesina pasa a depender de sus ventas de mercancías y de mercancía-trabajo.

Sin embargo, puesto que la producción de M' está sujeta a las mismas leyes decrecientes que la producción de A (con la excepción quizá de la producción artesanal, que no tiene que usar un recurso tan limitado como el suelo),[11] resulta

---

dientemente de cuáles sean las tasas de natalidad y mortalidad en cada momento.

Dicho de otra manera, si necesita expandir el número de miembros de la unidad, procurará tener tantos más hijos cuanto mayor sea el índice de mortalidad, y lo hará, por ejemplo, contrayendo matrimonio a edad más temprana, tomando esposas jóvenes, etcétera.

El objetivo opuesto, o sea estabilizar o reducir el tamaño de la unidad, se procurará mediante tácticas opuestas (postergar la edad matrimonial, obligar al celibato de algunos miembros, infanticidio, etcétera).

Es claro que tanto las tácticas de plazo largo (demográficas) como las de corto plazo (expulsión, retención e incorporación selectiva de miembros), requieren justificaciones y racionalizaciones (ideologías), que con cierta frecuencia se desfasan de las necesidades objetivas de la unidad. Éste es un problema sobre el cual hay que llamar la atención pero que no deseo discutir ahora.

[11] Estoy convencido de que la participación del trabajo artesanal en la economía campesina necesita un tratamiento especial y detallado. Sin embargo, para las intenciones de este trabajo, considero suficiente incluir los productos artesanales en la categoría general de venta de M'.

$M' < MT$. La culminación del proceso se encuentra cuando $A + M' < MT$.

El ciclo desde $A > M' + MT$ hasta $A + M' < MT$ es un periodo de crecimiento constante de la fuerza de trabajo, aumento demográfico que no se interrumpe sino que se acelera al llegar al momento en que la subsistencia de la unidad campesina depende en su mayor parte de la venta de MT.

El régimen salarial ha sustituido en orden de importancia al autoabasto y a la venta de mercancías, pero sin proletarizar al campesino, que sigue obteniendo de A una parte todavía indispensable de su subsistencia.

La proletarización asume una forma indirecta, ya que se realiza en este caso por medio de la reproducción ampliada de los miembros de la unidad campesina (la "explosión" demográfica), reproducción indispensable para mantener altos los ingresos obtenidos de MT.

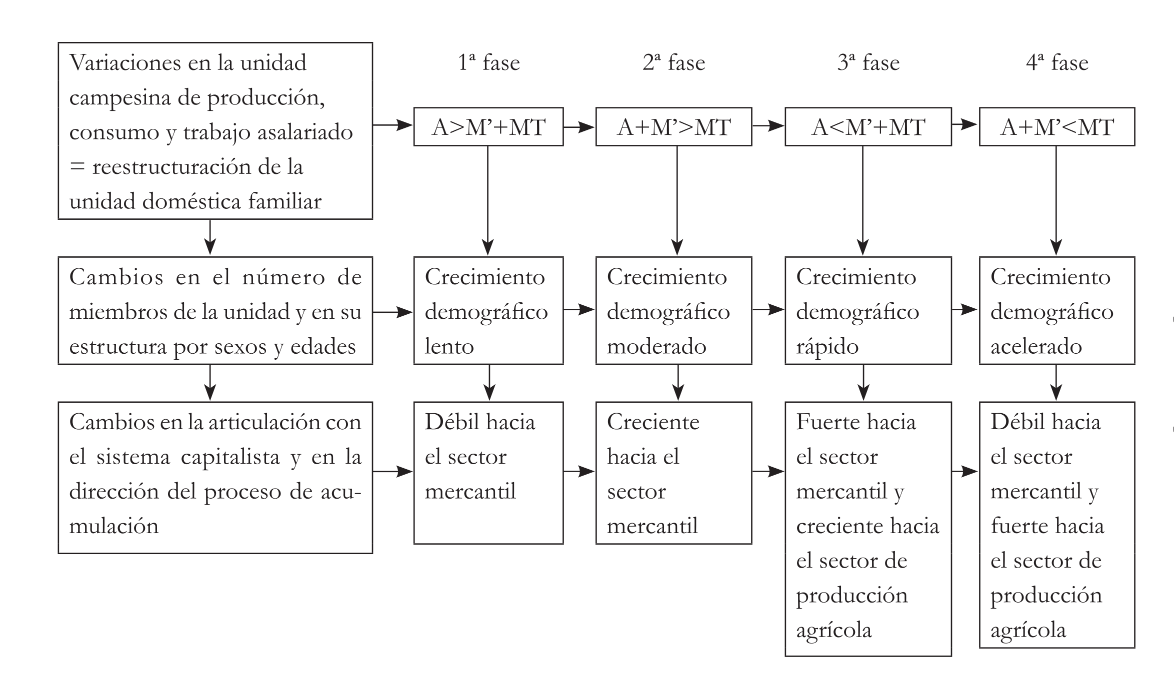
Periódicamente la unidad campesina tiene que expulsar a los miembros que resultan redundantes, como por ejemplo a los varones cuando contraen matrimonio (neolocalismo) o a las hijas casadas (patrilocalismo), etc. Se favorece, en cambio, la permanencia de los solteros de ambos sexos o de uno de ellos, según la importancia económica de su trabajo, y se tiende a aumentar el número de nacimientos (como futura fuerza de trabajo indispensable).

Resulta posible ahora representar este proceso, a partir de las variaciones en la unidad campesina, como se ve en la figura 4.[12]

---

[12] La figura 4 necesita varias aclaraciones. La elección del término "fase" me parece ahora infortunada, ya que sugiere de inmediato un proceso histórico real, lineal e irreversible. Sin embargo, mi in-

FIGURA 4


Variaciones en la unidad campesina de producción, consumo y trabajo asalariado = reestructuración de la unidad doméstica familiar
1ª fase
2ª fase
3ª fase
4ª fase
A>M'+MT
A+M'>MT
A<M'+MT
A+M'<MT
Cambios en el número de miembros de la unidad y en su estructura por sexos y edades
Crecimiento demográfico lento
Crecimiento demográfico moderado
Crecimiento demográfico rápido
Crecimiento demográfico acelerado
Cambios en la articulación con el sistema capitalista y en la dirección del proceso de acumulación
Débil hacia el sector mercantil
Creciente hacia el sector mercantil
Fuerte hacia el sector mercantil y creciente hacia el sector de producción agrícola
Débil hacia el sector mercantil y fuerte hacia el sector de producción agrícola

La secuencia indicada en la figura 4 puede ser demostrada empíricamente en cada caso. En teoría puede ser continuada en la misma dirección hasta llegar a una fase en que el autoabasto y la producción de M' desaparecen totalmente. El campesino se convertiría entonces en un puro vendedor de MT, de fuerza de trabajo. El modo campesino de producción, como tal, dejaría de existir en ese momento. La proletarización del campesinado sería completa, excepto desde el punto de vista cultural.

Sin embargo, esta solución final de la cuestión campesina jamás ha ocurrido en la realidad histórica-concreta. Hasta el

---

tención era simplemente indicar posibles "estados" diferentes de la composición A-M'-MT, y relacionar con ellos ciertas características demográficas y de articulación estructural con el capitalismo.

De todas maneras, las cuatro "fases" o "estados" pueden interpretarse como momentos de un ciclo *ideal* de marcha hacia la proletarización. Considerada así, la secuencia *no* es lineal y además es reversible en cualquiera de sus momentos.

La expresión "crecimiento demográfico" quizá también resulta confusa. Dadas las tácticas de largo plazo (manejando las tasas de natalidad y mortalidad), y las tácticas de corto plazo (expulsando, reteniendo e incorporando miembros de manera selectiva), puede ocurrir, por ejemplo, que el índice de natalidad sea alto pero el crecimiento demográfico real de la unidad sea bajo (con una alta tasa de expulsión de miembros).

También puede ocurrir el fenómeno opuesto. O sea, que a pesar de tener un índice moderado de natalidad, el crecimiento demográfico real de la unidad resulte alto (con una tasa baja o inexistente de expulsión, y con incorporación de nuevos miembros por matrimonio, adopción, etcétera).

Se notará , asimismo, el empleo de términos cualitativos que resultan por necesidad vagos: "lento, moderado, rápido, acelerado", nociones *relativas* y tendencias *generales*, que sólo pueden expresarse cuantitativamente después de realizar estudios empíricos.

presente no pasa de ser un supuesto teórico, o más bien la proyección histórico-abstracta de una tendencia real.

Durante el siglo XX sólo dos países parecen haberse aproximado a este ideal teórico y económico del desarrollismo capitalista y marxista vulgar: Inglaterra y Estados Unidos. Otro grupo de países parece moverse con rapidez en la misma dirección.

Es preciso, sin embargo, subrayar que el proceso ocurre sólo dentro de marcos nacionales; es decir, no en la totalidad del sistema mundial. Además, ocurre solamante en los países que ocupan lugares centrales en el sistema económico mundial. O sea, en aquellos países que han conseguido subordinar el resto del sistema mundial, o parte de él, a sus propios objetivos.

El capitalismo inglés aniquiló a su campesinado sobre la base de la expropiación de tierras y de la reducción de su propia agricultura, a la vez que se apoderaba del producto campesino de Irlanda, intercambiaba sus manufacturas por productos agroganaderos de Europa continental y organizaba la producción y los suministros de alimentos y materias primas en los países coloniales y dependientes. Inglaterra "exportó" su campesinado, tanto por medio de la emigración real como por medio de la transferencia a otros países de las funciones económicas que se desempeñaban en la metrópoli.

El capitalismo domina también la esfera de la producción agroganadera en Estados Unidos, aunque la historia de su desarrollo es muy diferente de la británica. Sin embargo, todavía quedan áreas con verdaderos campesinos disfrazados con cierta frecuencia de pequeñas empresas capitalistas.

De todas maneras, la economía norteamericana funciona articulada con la producción agrícola organizada sobre bases campesinas de otras regiones del mundo, y una parte importan-

te de su propia agricultura depende de la fuerza temporal facilitada por los campesinos extranjeros.[13]

Las raíces de la resistencia del campesinado a realizar las predicciones sobre la desaparición de su modo de producción a nivel mundial se encuentran en parte, como he mostrado, en la necesidad que tiene el propio capitalismo agrario de usar mano de obra barata temporal, y de disponer de una gran reserva de fuerza de trabajo que se mantiene a sí misma gran parte del año y que se reproduce a sí misma de manera ampliada sin costo directo para el sistema capitalista.

La continuación del modo campesino de producción, en su fase A + M’ > MT (figura 4), se apoya, asimismo, en la contradicción entre el capitalismo agrario y el sector mercantil capitalista. Ambos compiten para extraer excedentes del campesinado, pero uno lo hace por vía de MT y el otro de M’, que representan cantidades inversamente proporcionales en la composición variable de la fórmula A - M’ - MT.

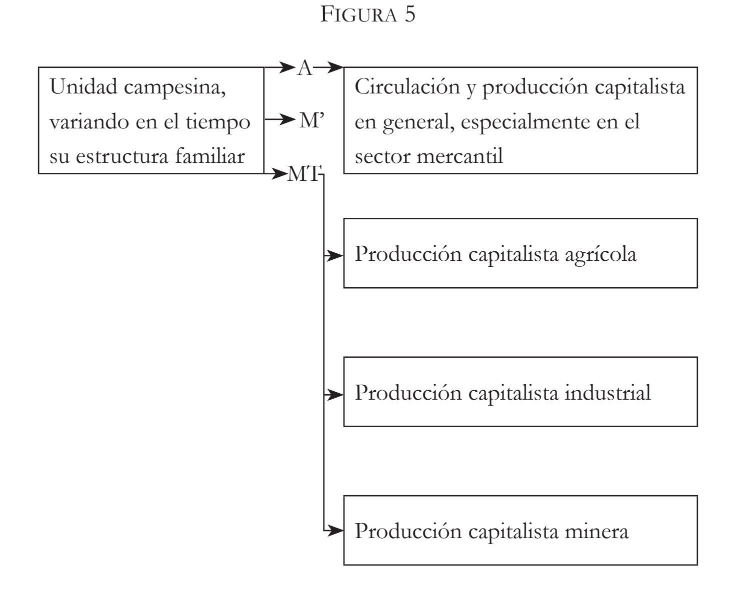
La contradicción generada dentro del proceso capitalista de apropiación y acumulación por las variaciones de la fórmula A - M’ - MT se extiende a otros grupos. Existen actividades industriales que están estrechamente conectadas con la mano de obra campesina, muchas veces en la forma de producción artesanal. Sin embargo, la minería constituye, probablemente, el caso más notable de esta articulación. En gran parte de América Latina, cuando menos, la minería depende de la fuer-

13 En otros trabajos de este mismo volumen he propuesto y discutido el concepto de “campesinado externo” de los centros capitalistas del sistema mundial. O sea, los campesinos que en el mundo colonial y dependiente, o aun en otros países industrialmente avanzados producen para las metrópolis capitalistas y a veces se desplazan geográficamente para trabajar en sus empresas agrícolas.

za de trabajo que proveen cíclicamente los campesinos. Durante el periodo colonial, en especial, las minas compitieron con las haciendas que no estaban orgánicamente unidas con ellas para obtener la mano de obra campesina.

La figura 5 trata de mostrar la situación descrita.

FIGURA 5



La figura 5 enseña con claridad las razones mencionadas de la resistencia a desaparecer del modo campesino de producción. Es decir, su capacidad de adaptarse al sistema capitalista dominante, utilizando para ello las variaciones de su estructura familiar y las diversas combinaciones posibles de A - M' - MT. La gráfica muestra, asimismo, las contradicciones al in-

terior del sistema capitalista que facilitan la supervivencia del campesinado al ofrecerle alternativas diversas.

La expansión del capitalismo agrario no sólo requiere la fuerza de trabajo campesina sino también las tierras y el agua, y tiende a expulsar del mercado a los productos campesinos. El capitalismo mercantil, en cambio, presiona para aumentar la producción campesina de mercancías.

El capitalismo industrial y el minero no sólo no privan directamente a los campesinos de sus medios de producción, sino que a través del dinero pagado en forma de salarios contribuyen a reforzar y consolidar la unidad campesina. Todos ellos extraen excedentes valiosos del campesinado pero cada uno lo hace de alguna manera especial que ejerce efectos distintos sobre la unidad campesina y sobre el sistema total.

Una conclusión que se desprende de este análisis es que la secuencia mostrada en la figura 4 (desde $A > M' + MT$ hasta $A + M' < MT$), o sea, el proceso llamado de proletarización progresiva del campesinado, puede ser detenido en algunos de sus momentos. De hecho, la secuencia tampoco es unidireccional: el proceso es reversible en ciertas condiciones.

Una condición esencial para ello, desde luego, es la destrucción o el debilitamiento del capitalismo agrario, que puede ocurrir como resultado principal de factores económicos (un ciclo de depresión general, por ejemplo, o una larga coyuntura desfavorable para una rama o una región particular), o bien de factores políticos (rebeliones campesinas, revoluciones, etc.), y con más frecuencia por una combinación de ambos factores.

La Revolución Mexicana de 1910, al ocurrir la movilización de las masas campesinas y agregarse la depresión económica de la década de 1920, produjo una restauración del

modo campesino de producción. La destrucción de muchas empresas capitalistas agrarias y el restablecimiento de la propiedad campesina fueron fenómenos particularmente claros en el estado de Morelos. Algunas de las consecuencias más obvias de la restauración campesina fueron la reorientación de la producción hacia el autoabasto, la venta de excedentes al sector comercial y la consiguiente disminución de la venta de trabajo.

La fase populista de la Revolución Rusa produjo otra restauración campesina, primero alentada por la New Economic Plan y el ala bujarinista bolchevique, y luego aniquilada por la dictadura estalinista. Las revoluciones nacionalistas y campesinas de China, Argelia, Vietnam, etc., han provocado otras tantas restauraciones con efectos semejantes a los que tuvo en México.

Las restauraciones campesinas transforman temporalmente la composición A - M’ - MT y, en consecuencia, la estructura de la unidad campesina y sus formas de articulación con el sistema capitalista. Sin embargo, mientras el capitalismo continúe siendo el sistema dominante, la restauración campesina no representa más que el comienzo de un nuevo ciclo como el representado en la figura 4.[14]

---

[14] La figura 4 no incluye otra combinación de A - M’ - MT, que mostraría la tendencia de M’ a convertirse en la parte dominante de la fórmula. O sea, M’ > A + MT, y finalmente porciones no significativas o bien desaparición de A y MT.

La figura y las demás gráficas tampoco incluyen el asunto de la renta de la tierra, qué en México presenta la peculiandád de ser pagada con cierta frecuencia por las empresas capitalistas a los campesinos. Pienso ocuparme de ambas cuestiones (producción dominante de M’ y renta de la tierra), en otra oportunidad.

El análisis que acabo de hacer se ha centrado en las formas de articulación del modo campesino de producción con el sistema capitalista dominante, y en la capacidad de adaptación de la unidad doméstica campesina a las diversas combinaciones de A - M' - MT.

Por eso mismo, en la discusión de la persistencia del campesinado he dejado necesariamente de lado la cuestión de la eficiencia económica del modo campesino de producción en comparación con el modo capitalista de producción en la agricultura. Sin embargo, éste es un problema vital tanto para la teoría del campesinado como para el debate sobre la organización de la agricultura en México y en otros países de la periferia del mundo industrializado.

A pesar de su importancia, esta cuestión nunca se ha investigado debidamente. Las concepciones desarrollistas, tanto de la economía capitalista como del marxismo vulgar, comparten el prejuicio de la superioridad intrínseca de la gran empresa agrícola. En efecto, ambas sostienen la idea de que el modo campesino de producción es ineficiente atrasado y está condenado a ser eliminado por la gran empresa capitalizada, independientemente de su naturaleza privada, colectiva, estatal o socialista.

En el largo plazo de Keynes estas predicciones pueden resultar verdaderas, aunque existen buenas razones para dudarlo. Sin embargo, en el horizonte histórico de los problemas que pueden visualizarse y que tienen que ser resueltos ahora, la afirmación es parcialmente falsa. En efecto, ante ciertas condiciones, el modo campesino es capaz de hacer un uso más eficiente de los factores de producción que el modo capitalista.

Las condiciones generales para que se presente esta situación pueden ser estipuladas en teoría y encontradas en la rea-

lidad concreta. A esta tarea dediqué hace algunos años una breve publicación cuyas conclusiones principales recordaré en forma resumida (*Productividad agrícola*, Centro Nacional de Productividad, 1978).

Supongamos, en primer lugar, un modelo de organización nacional de la agricultura en el cual los recursos de capital son abundantes, la fuerza de trabajo es escasa y el suelo cultivable es relativamente abundante. Bajo estas condiciones, el capital tiende crecientemente a sustituir a la fuerza de trabajo, a pesar de que se establezca un ciclo de rendimientos físicos decrecientes del suelo.

La situación descrita corresponde a Estados Unidos y a otros países centrales de la economía mundial, que además tienen la posibilidad de organizar en los países dependientes y como propio a un sector considerable de su economía agrícola.

Supongamos, en segundo lugar, un modelo de organización nacional de la agricultura en el cual los recursos de capital son moderados, la fuerza de trabajo es relativamente abundante y el suelo cultivable es relativamente escaso. Bajo estas condiciones, el uso de capital en la agricultura tiende a restringirse, mientras que se procura incrementar los insumos de trabajo humano y aumentar los rendimientos físicos del suelo.

La situación descrita corresponde a la de bastantes países de Europa, tanto socialistas como capitalistas y de economía mixta, que se encuentran en periodos avanzados de industrialización o bien que han entrado a ellos recientemente.

En todos estos casos, y excepción hecha de algunas ramas de producción especializada y de algunas zonas que ofrecen condiciones geográficas muy particulares, la forma esencial de organización de la agricultura responde al patrón del modo campesino de producción.

Las tentativas de sustituirlo con enormes empresas estatales, colectivas o privadas, han originado verdaderas catástrofes agrícolas, cuyas causas se atribuyen unas veces a la capitalización insuficiente y otras a la organización defectuosa y burocratizada de la economía. Sin embargo, todos los desastres muestran el rasgo común de una caída vertical de los rendimientos físicos del suelo.

Supongamos, en tercer lugar, un modelo de organización nacional de la agricultura en el cual los recursos de capital son escasos, la fuerza de trabajo es muy abundante y el suelo cultivable es escaso. Bajo estas condiciones, el uso de capital tiende a reducirse al mínimo, mientras que se incrementa al máximo posible la utilización del trabajo humano y se procura a toda costa aumentar los rendimientos físicos del suelo.

Tal es la tendencia objetiva de la agricultura en México y en otros países semejantes, tendencia que está en clara contradicción con los esfuerzos del capitalismo nacional y extranjero para organizar la agricultura a partir del modelo norteamericano.[15]

La persistencia histórica del modo campesino de producción en México, en consecuencia, no se explica en términos de una mera supervivencia de un pasado que hay que abolir. Tampoco es una respuesta simple a las necesidades funcionales de algunos segmentos del sistema capitalista dominante.

---

[15] A la combinación de estos factores (capital, trabajo humano y suelo), hay que agregar la energía, como he hecho en uno de los ensayos de este volumen. La empresa capitalista agraria consume inmensas cantidades de energía, por lo general inanimada y no renovable, cuyos costos están subiendo de manera continua e impresionante. La unidad campesina consume poca energía y la mayor parte de ella es viva y renovable.

La extraordinaria resistencia del campesinado a satisfacer las profecías sobre su desaparición inminente encuentra también su explicación en la eficiencia económica del modo campesino de producción bajo ciertas condiciones específicas. En circunstancias concretas determinadas, el campesino utiliza mejor que la empresa capitalista agrícola la combinación del factor más abundante, el trabajo humano, con dos factores muy escasos, la tierra y el capital (y con otro de alto precio, la energía).

Esta intensificación del uso del trabajo humano en la agricultura campesina fue denominada "autoexploración" por Chayanov. Sin duda lo es, pero la autoexplotación por sí sola tampoco explica la capacidad de supervivencia del modo campesino de producción.

No es cualquier "cantidad" de trabajo aplicado a la agricultura lo que permite el éxito del campesino en sobrevivir, sino también la "calidad" del trabajo. Es decir, la capacidad de manejar de manera adecuada el medio natural y el largo conocimiento de las plantas y animales, capacidad y conocimientos que el desarrollo capitalista de la agricultura destruye día tras día al convertir a los campesinos en peones asalariados.

La combinación de la cantidad de trabajo con la calidad del trabajo humano, cuando es adecuada y posible de realizar, explica el contraste dramático entre los rendimientos del suelo que obtiene el campesino y los que consigue la empresa capitalista.

El modo capitalista de producción en la agricultura está sujeto a la ley de los rendimientos decrecientes del suelo y de los rendimientos crecientes de la fuerza de trabajo. La ley del modo campesino es exactamente opuesta: rendimientos crecientes del suelo, aunque con limitaciones determinadas, *versus* rendimientos decrecientes de la fuerza de trabajo.

Ante las circunstancias mexicanas de escasez de capital y de tierra cultivable, y de abundancia de fuerza de trabajo, y bajo las condiciones establecidas por las leyes de los modos campesino y capitalista en la agricultura, resulta extremadamente evidente que las aplicaciones del capital disponible resultarían más eficaces y productivas en el segmento campesino.

Las excepciones a esta regla estarían constituidas por aquellas ramas especializadas de la producción en las que la gran empresa resultara ser en efecto superior, y por aquellas zonas del país que se prestaran a la aplicación más conveniente de la tecnología mecanizada. De cualquier manera, el modo campesino de producción seguiría necesitando, por un largo tiempo, vender a las grandes empresas una parte de su fuerza de trabajo.

A pesar de todo, la política agraria del país parece continuar desconociendo este conjunto de características del modo campesino de producción y de sus articulaciones con el sistema capitalista dominante. El desarrollismo de la economía capitalista y del marxismo vulgar siguen empeñados en hacer cumplir a toda costa sus improbables profecías sobre la superioridad general de la gran empresa agrícola y sobre la inminente y conveniente desaparición del campesinado mexicano.[16]

Esta situación paradójica, que convierte en aliados en la praxis a los que son adversarios ideológicos, tiene consecuencias políticas extrañas, aunque no inesperadas. Entre otras

---

[16] Hay que decir que mientras la preferencia capitalista por la concentración de la empresa agraria expresa las tendencias objetivas del sistema, la predilección marxista vulgar por la gran empresa agraria es ante todo una cuestión ideológica y política. Véase en este mismo volumen el ensayo sobre los campesinos y la teoría marxista.

cosas, ha impedido hasta ahora llegar tanto a la discusión de una política correcta de alianza de clases, como a una concepción válida de un futuro posible y deseable para la sociedad mexicana.[17]

[17] La mayor parte de las corrientes marxistas de México parecen pensar sobre estas cuestiones todavía bajo la influencia de tres mitos heredados del siglo pasado: el mito del papel histórico de la clase obrera industrial como liberadora de toda la sociedad; el mito del papel reaccionario de los campesinos, y el mito de la posibilidad de las revoluciones democrático-burguesas europeas en los países del llamado Tercer Mundo.

Bibliografía

Se realizó una investigación bibliográfica para incluir todas aquellas referencias a autores, libros y artículos mencionados en esta obra; se buscaron citas de otras publicaciones del autor –como *Historias de la etnología* y *Modos de producción*–, y se recurrió a los títulos disponibles en la biblioteca Ángel Palerm del CIESAS-DF. Los lugares y años entre corchetes corresponden a las publicaciones originales de los textos.

*Mireya Rubio Corbalá y Roberto Melville**
Febrero de 2008

ACOSTA, JOSÉ DE

[1590] *Historia natural y moral de las Indias*, Casa Juan de León, Sevilla.

ADO DE MAGDALENA

1979 "La Europa rural" y "El paisaje agrario", en Carlo María Cipolla (ed.), *Historia económica de Europa (2), Siglos XVI y XVII,* Ariel, Barcelona.

* Mireya Rubio, antropóloga social (UIA, 1975) y Roberto Melville, doctor en Ciencias Sociales (UIA, 1990) y profesor e investigador del CIESAS; ambos discípulos de Ángel Palerm.

ARMILLAS, PEDRO
1949 "Notas sobre sistemas de cultivo en Mesoamérica. Cultivos de riego y de humedad en la cuenca del río del Balsas", en *Anales del INAH*, vol. 3, México, pp. 85-113.

BACHOFEN, JOHANN JAKOB
1967 *Myth, Religión and Mother Right*, Princeton University Press, Nueva Jersey. [1861, *Mutterrecht*].

BAKEWELL, PETER J.
1976 *Minería y sociedad en el México colonial, Zacatecas 1546-1700*, Fondo de Cultura Económica, México. [1971, *Silver Mining and Society in Colonial México, 1546-1700*].

BANDELIER, ADOLPH F.
1890 *On the Social Organization and Mode of Government of the Ancient Mexicans*, Informe del Museo Peabody, Cambridge, Ma.

BENEDICT, RUTH
1934 *Patterns of Culture*, Houghton Mifflin Company, Boston y Nueva York.

BERNARDI, AURELIO
1973 "Los problemas económicos del Imperio Romano en la época de su decadencia", en C. M. Cipolla, J. H. Elliott, P. Vilar *et al.* (eds.), *La decadencia económica del los imperios*, Alianza Universidad, Madrid.

BERNSTEIN, EDUARD,
KARL KAUTSKY, OTTO BAUER *et al.*
1978 *La Segunda Internacional y el problema nacional y colonial* (Cuadernos de Pasado y Presente), Siglo XXI, México.

BLOCH, MARC
1968 *La société féodale*, Albin Michel, París.
BOAS, FRANZ
1919 "Scientists as Spies", en *The Nation,* 20 de diciembre.
BORAH, WOODROW Y SHERBURNE F. COOK
1958 *Price Trends of Some Commodities In Central Mexico, 1531-1570*, University of California Press, Berkeley y Los Ángeles.
1963 *The Aboriginal Population of Central Mexico on the Eve of The Spanish Conquest*, University of California Press, Berkeley y Los Ángeles.
BRADING, DAVID A.
1975 *Mineros y comerciantes en el México borbónico (1763-1810*), Fondo de Cultura Económica, México. [1971, Londres].
BRAUDEL, FERNAND
1953 *El Mediterráneo en la época de Felipe II*, Fondo de Cultura Económica, México. [1949, París,].
BRAUDEL, FERNAND Y FRANK C. SPOONER
1955 "Les métaux monétaires et l'économie du XVIè siècle", en *Relazioni del X Congresso Internationale di Scienze Storiche, IV Storia moderna*, G. B. Sansoni, Firenze, pp. 233-264.
BUJARIN, NICOLAI I.
1973 *Imperialismo y economía mundial*, Ediciones Pasado y Presente, Córdoba, Argentina.
BUJARIN, N. Y E. PREOBRAZHENSKI
1971 *La acumulación socialista*, Comunicación, Madrid.

CARNEIRO, ROBERT L.
1967 *The Evolution of Society. Selections from Herbert Spencer's Principles of Sociology*, The University of Chicago Press, Chicago.
CARRASCO, PEDRO Y JESÚS MONJARÁS-RUIZ (comps.)
1976-1978 *Colección de documentos sobre Coyoacán*, 2 vols., CISINAH, México.
CIPOLLA, C. M., J. H. ELLIOTT, P. VILAR *et al.* (eds.)
1970 *The Economic Decline of Empires*, Methuen & Co., Londres.
CLINE, HOWARD F.
1952 "Mexican Community Studies", en *Hispanic American Historical Review* 32 (2), Duke University Press, Durham, Carolina del norte.
COOK, SHERBURNE F. Y WOODROW BORAH
1960 *The Indian Population of Central Mexico 1531-1610*, The University of California Press, Berkeley y Los Ángeles.
COSTA, JOAQUÍN
1898 *Colectivismo agrario en España*, Imprenta de San Francisco de Sales, Madrid.
1902 *Oligarquía y caciquismo*, Hijos de M. G. Hernández, Madrid.
CUNOW, HEINRICH
[1929] *El sistema de parentesco peruano y las comunidades gentilicias de los incas*, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima.
1936 *Geschichte und Kultur des Inkareiches. Ein Betrag zur Kulturgeschichte Altamerikas*, Elsevier, Amsterdam. [1896, *The Social Organization of The Inca State*].

CHAUNU, HUGUETTE Y PIERRE
1955-1959 *Seville et Atlantique (1504-1650*), Libr. Armand Colin, París.
CHAYANOV, A. V.
1966 *The Theory of Peasant Economy*, The American Economic Association, Homewood.
CHEVALIER, FRANÇOIS
1976 *La formación de los grandes latifundios en México,* Fondo de Cultura Económica, México. [1953].
CHILDE, GORDON
1936 *Man Makes Himself*, Watts & Co., Londres.
1946 *What Happened in History*, Penguin Books, Nueva York.
1954 *Los orígenes de la civilización*, Fondo de Cultura Económica, México. [1936].
DARWIN, CHARLES
1953 *El origen de las especies*, Diana, México. [1859].
DOEHAERD, RENÉE
1971 *Le Haut Moyen Age occidental: économies et sociétés,* PUF, París.
DURKHEIM, EMILE
1971 *El suicidio. Estudio de sociología,* Schapire Editor, Buenos Aires. [1897, París].
1977 *Las reglas del método sociológico,* La Pléyade, Buenos Aires. [1901, París].
ENGELS, FEDERICO
1953 *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, Ediciones Lenguas Extranjeras, Moscú.
EVANS-PRITCHARD, E. E.
1977 *Los nuer,* Anagrama, Barcelona. [1940].

FINLEY, M. I.
1973 "La mano de obra y la caída de Roma", en C. M. Cipolla, J. H. Elliott, P. Vilar *et al.* (eds.), *La decadencia económica de los imperios*, Alianza Universidad, Madrid.
FIRTH, RAYMOND
1939 *Tikopia. A Primitive Polynesian Economy*, Routledge & Sons, Londres.
FLORESCANO, ENRIQUE
1969 *Precios del maíz y crisis agrícolas en México 1808-1810*, CIESAS, México.
FORBES, R. J.
1955-1963 *Studies in Ancient Technology*, 9 vols., Leiden.
FORTES, M. Y E. E. EVANS-PRITCHARD (eds.)
1940 *African Political Systems*, Oxford University Press, Londres.
FOSTER, GEORGE M.
1953 "What Is Folk Culture", en *American Anthropologist*, vol. 55, núm. 2, parte 1, abr.-jun., pp. 159-173.
FUSTEL DE COULANGES, NUMA DENYS
1864 *La cité antique*, Hachette, París.
1890 *The Origin of Property in Land*, London Swan Sonnenschein & Co., Londres.
GAGÉ, JEAN
1964 *Les classes sociales dans l'empire romain*, Payot Paris, París.
GAMIO, MANUEL
1979 *La población del Valle de Teotihuacan*, Secretaría de Desarrollo Social, Instituto Nacional Indigenista, México. [1922].

GODELIER, MAURICE
1970 *Sur les sociétés précapitalistes*, Editions sociales, París.

GOETHE, JOHANN WOLFGANG VON
[1832] *Faust,* Stuttgart und Tubingen, J. G. Cotta.

GROSSE, ERNST
[1897] *The Beginnings of Art*, D. Appleton and Company, Nueva York.

GUNDER FRANK, ANDRE
1972 *Le développement du sous-développement, l'Amérique Latine,* François Masperó, París.

HAMILTON, EARL
1934 *American Treasure and the Price Revolution in Spain, 1501-1650*, Harvard University Press, Cambridge, Ma.

HAUSSIG, H. W.
1971 *A History of Byzantine Civilization*, Praeger Publications, Nueva York y Washington D. C.

HAXTHAUSEN, AUGUST VON
1972 *Studies From the Interior of Russia,* Chicago, University Press, Chicago. [1843].

HEGEL, GEOG WILHELM FRIEDRICH
1975 *Lectures on the Philosophy of World History,* Cambridge University Press, Londres.

HENTSCHEL, ELIZABETH
s.a. *Los profesionales germánicos en la teoría etnológica* (ms.), México.

HERDER, JOHANN GOTTFRIED
1959 *Ideas para una filosofía de la historia de la humanidad*, Losada, Buenos Aires.

HILFERDING, RUDOLF
1973 *El capital financiero*, Ediciones El Caballito, México.

HOBSON, JOHN ATKINSON
1965 *Imperialism*, University of Michigan Press.

HRDLIČKA, ALES
1907 *Skeletal Remains Suggesting or Attributes to Early Mani in North America*, núm. 33, Bureau of American Ethnology, Smithsonian Institution, Washington, D. C.
1916 *The Most Ancient Skeletal Remains of Man*, Smithsonian Institution, núm. 2300, Washington D. C.

JIMÉNEZ MORENO, WIGBERTO
1944 "La colonización y evangelización de Guanajuato en el siglo XVI", en *Cuadernos Americanos* III (1), México.
1958 *Estudios de historia colonial*, INAH, México.

KAUSTKY, KARL
1974 *La cuestión agraria. Estudio de las tendencias de la agricultura moderna y de la política agraria de la socialdemocracia*, Cultura Popular, México.

KEYNES, JOHN M.
1943 *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, Fondo de Cultura Económica, México.

KIRCHHOFF, PAUL
1940 *Los pueblos de la historia tolteca-chichimeca: sus migraciones y parentesco*, Sociedad Mexicana de Antropología, México.

KOVALEVSKY, MÁXIMO
1891 *Modern Customs and Ancient Laws of Russia*, Londres.

1898 *Le régime économique de la Russie,* París.

KRADER, LAWRENCE

1975 *The Asiatic Mode of Production. Sources, Development and Critique in The Writings of Karl Marx*, VanGorcum, Assen.

KRADER, LAWRENCE (ed.)

1967 *Anthropology and Early Law: Selected From the Writings of Paul Vinogradoff, Frederic W. Maitlana, Frederick Pollock, Maxime Kovalevsky, Rudolf Huebner, Frederic Seebohm*, Basic Books, Nueva York.

1974 "The Ethnological Notebooks of Karl Marx", en *Studies of Morgan, Phear, Maine, Lubbock,* Van Gorcum, The Netherlands.

KROEBER, ALFRED L.

1939 *Cultural and Natural Areas of Native North-America*, University of California Press, Berkeley.

KRUSCHEV, NIKITA

1953 "Discurso pronunciado en 1953", en *Pravda*, 3 de septiembre.

KUHN, THOMAS S.

1971 *La estructura de las revoluciones científicas*, Fondo de Cultura Económica, México.

KULA, WITOLD

1976 *Teoría económica del sistema feudal*, Siglo XXI, México.

LEACH, EDMUND

1976 *Sistemas políticos de la alta Birmania: estudio sobre la estructura social kachín*, Anagrama, Barcelona.

LENIN, V. I.
1956 *The Development of Capitalism In Russia*, Foreign Languages House, Moscú.
1973 *El imperialismo, etapa superior del capitalismo (Ensayo popular*), Anteo, Buenos Aires. [1934, Moscú].
1976 *Teoría de la cuestión agraria*, Cultura Popular, México.
LERDO DE TEJADA, MIGUEL
1967 *Comercio exterior de México desde la Conquista hasta hoy,* Banco Nacional de Comercio Exterior, México.
LEWIS, OSCAR
1963 *Life in a Mexican Village: Tepoztlan Re-Studied*, University of Illinois Press, Urbana.
LINA ODENA GUEMES H. Y LUIS REYES GARCÍA
1976 *Historia tolteca-chichimeca*, INAH-CISINAH-SEP, México.
LINTON, RALPH
1945 *Cultura y personalidad*, Fondo de Cultura Económica, México.
LUBBOCK, SIR JOHN
1870 *The Origin of Civilization and the Primitive Condition of Man. Mental and Social Condition of Savages*, Longmans, Green and Co., Londres.
LUXEMBURGO, ROSA
1967 *La acumulación de capital*, Grijalbo, México.
MAINE, HENRY
1871 *Villages Communities of East and West,* J. Murray, Londres
1959 *Ancient Law*, Oxford University Press, Londres.

MALINOWSKI, BRONISLAW
1967 *A Diary in the Strict Sense of the Term*, The Athlone, Londres.
1975 *Los argonautas del Pacífico occidental,* Península, Barcelona. [1922].
MARX, K. Y F. ENGELS
1972 *Materiales para la historia de la América Latina*, Ediciones Pasado y Presente, México.
1973 *Sobre el colonialismo*, Ediciones Pasado y Presente, México.
MARX, KARL
1965 *Precapitalist Economic Formations* [las Formen], International Publishers, Nueva York.
1967 *The capital*, 3 vols., International Publishers, Nueva York.
1970 *Contribución a la crítica de la economía política*, Comunicación, Madrid. [1859].
MAURER, GEORG L. VON
1874 *Enleingtung zur Geschichte der Mark-Hof-Dorf-und Stadtverfassung und der offentlichen Gewalt, Munich.* [1854].
MILLON, RENE (ed.)
1973 *Urbanization at Teotihuacán, Mexico,* University of Texas Press, Austin.
MINTZ, SYDNEY W.
1953 "The Folk-Urban Continuum and the Rural Proletarian Community", en *The American Journal of Sociology,* vol. 59, núm. 2, septiembre, University of Chicago Press, Illinois, pp. 136-143.

MONOD, JACQUES
1972 *Chance And Necessity. An Essay on the Natural Philosophy of Modern Biology*, Collins, Londres. [1970, París].
MORGAN, LEWIS H.
[1851] *The league of the Ho-de-no-sau-nee or Iroquois*, Sage & Brother, Rochester, Nueva York.
[1886] *The Systems of Consanguinity and Affinity of the Human Family,* Smithsonian Institution, Washington, D. C.
1964 *Ancient Society*, Harvard University Press.
MURRA, JOHN
1975 *Formaciones económicas y políticas del mundo andino*, Instituto de Estudios Peruanos, Perú.
PALERM, ÁNGEL
1968 *Productividad Agrícola: un estudio sobre México*, Ediciones Productividad, México.
1972 *Agricultura y sociedad en Mesoamérica*, núm. 55, (Sep-Setentas), SEP, México.
1973 *Obras hidráulicas prehispánicas en el sistema lacustre del valle de México*, SEP-INAH, México.
1974 *Historia de la etnología: los precursores*, CISINAH, México.
1976 *Historia de la etnología: los evolucionistas*, CISINAH, México.
1977 *Historia de la etnología: Tylor y los profesionales británicos* (Ediciones de la Casa Chata, núm. 5) CIESAS, México.
1979 "Antropología y marxismo en crisis", en *Nueva Antropología,* núm. 11, agosto.

PALERM, ÁNGEL Y ERIC R. WOLF
1972 *Agricultura y civilización en Mesoamérica,* núm. 32 (Sep-Setentas), SEP, México.
PARAIN, CHARLES
1966 "The Evolution of Agricultural Technique", en M. M. Postan (ed.), *The Agrarian Life in the Middle Ages. The Cambridge Economic History of Europe,* vol., I, Cambridge University Press, Nueva York.
PARKER, GEOFREY
1979 "El surgimiento de las finanzas modernas en Europa (1500-1730)", en Carlo María Cipolla, (ed.), *Historia económica de Europa* (2), Ariel, Barcelona.
PARKER, GEOFREY Y CHARLES WILSON (eds.)
1977 *An Introduction to Sources of European Economic History, 1500-1800,* Londres.
PARRY, J. H.
1966 *The Spanish Seaborne Empire*, Londres.
PETIT, PAUL
1969 *La paz romana*, Labor, Barcelona.
PHEAR, JOHN B.
[1880] *The Aryan Village in India and Ceylon,* Macmillan and Co., Londres.
POLANYI, KARL
1968 *Dahomey and the Slave Trade. An Analysis of an Archaic Economy*, University of Washington Press, Seattle.
POLANYI, KARL, CONRAD M. ARENSBERG Y HARRY W. PEARSON (eds.)
1957 *Trade and Markets in the Early Empires. Economies in History and Theory*, The Free Press, Glencoe, Il.

POPPER, KARL R.
1980 *La lógica de la investigación científica,* Tecnos, Madrid. [1959, Nueva York].

POSTAN, M. M. (ed.)
1966 *The Cambridge Economic History of Europe,* vol. VII, *The Agrarian Life of the Middle Ages,* University Press, Cambridge.

POWELL, PHILIP W.
1975 *La guerra chichimeca (1550-1600),* Fondo de Cultura Económica, México. [1952, *Soldiers, Indians e Silver*].

PREOBRAZHENSKY, E.
1971 *La nueva economía,* Ediciones Era, México. [1926, Moscú].

RADCLIFFE-BROWN
1961 *Structure and Functioni in Primitive Society*, Cohen & West, Londres.

REDFIELD, ROBERT
1930 *Tepoztlán, a Mexican Village. A Study of the Folk Life*, University of Chicago Press, Chicago.

REDFIELD, ROBERT Y ALFONSO VILLA ROJAS
1934 *Chan Kom, a Maya Village*, núm. 448, Carnegie Institution of Washington, Washington, D.C.

REY, PIERRE PHILLIPE
1971 *Colonialisme, neo-colonialisme et transition au capitalisme: exemple de la comilog au congo-brazzaville*, Masperó, París.
1976 *Las alianzas de clases,* Siglo XXI, México. [1973, París].

REYES, GARCÍA, LUIS (comp.)
1978 *Documentos sobre tierras y señorío de Cuauhtinchan*, CISINAH, México.

RICARDO, DAVID
1959 *Principios de economía política y tributación*, Fondo de Cultura Económica, México.

ROJAS R., TERESA, RAFAEL A. STRAUSS K. Y JOSÉ LAMEIRAS
1974 *Nuevas noticias sobre las obras hidráulicas prehispánicas y coloniales en el valle de México*, SEP-INAH, México.

ROY, M. N.
1922 *India in Transition*, J. B. Target, Ginebra.

RUBÍN DE LA BORBOLLA, DANIEL Y RALPH L. BEALS
[1940] "The Tarascan Project a Cooperative Enterprise of The National Polytechnic Institute, Mexican Bureau of Indian Affairs and the University of California", en *American Anthropologist,* vol. 42, pp. 708-712.

SANDERS, WILLIAM T., J. R. PARSONS Y R. S. SANTLEY
1979 *The Basin of Mexico. Ecological Processes in the Evolution of a Civilization*, Academic Press, Nueva York.

SEEBOHM, FREDERIC
1895 *The Tribal System in Wales,* Longmans, Londres.
1902 *Tribal Custom in Anglo-Saxon Law*, Longmans, Green & Co., Londres y Nueva York.

SHANIN, TEODOR
1972 *The Awkward Class. Political Sociology of Peasantry in a Developing Society,* Russia 1910-1925, The Clarendon Press, Oxford.

SIMPSON, LESLEY
1950 *Byrd The Encomienda in New Spain. The Beginning of Spanish Mexico*, University of California Press, Berkeley.

SLITHER VAN BATH, B. H.
1963 *The Agrarian History of Western Europe A.D. 500-1859*, St. Martin's, Nueva York.

SMITH, ADAM
1958 *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*, Fondo de Cultura Económica, México.

STALIN, JOSÉ
1947 *Sobre el materialismo dialéctico y el materialismo histórico*, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú.

STEWARD, JULIAN H.
1955 *Teoría y práctica del estudio de áreas*, Unión Panamericana, Washington, D. C.

STEWARD, JULIAN H. *et al.*
1956 *The People of Puerto Rico. A Study in Social Anthropology,* University of Illinois Press, Urbana.

STEWARD, JULIAN H., ROBERT M. ADAMS, DONALD COLLIER, ÁNGEL PALERM, KARL A. WITTFOGEL Y RALPH L. BEALS
1955 Las civilizaciones antiguas del Viejo Mundo y de América. Simposio sobre las Civilizaciones de Regadío, Unión Panamericana-Departamento de Asuntos Culturales-Oficina de Ciencias Sociales, Washington, D. C.

THURNWALD, RICHARD

1932 *Economics in Primitive Communities*, Oxford University Press,

TYLOR, E. B.

[1879] "On the Game of Patolli in Ancient Mexico, and its Probably Asiatic Origin", en *The Journal of the Anthropological Institute of Great Britain and Ireland*, vol. 8., pp. 116-131.

VICO, GIAMBATTISTA

1978 *Principios de una ciencia nueva en torno a la naturaleza común de las naciones*, Fondo de Cultura Económica, México.

VILLA ROJAS, ALFONSO

1945 *The Maya of East Central Quintana Roo,* núm. 559, Carnegie Institution of Washington, Washington, D. C.

WÄDEKIN, KARL-EGEN

1973 *The Private Sector in Soviet Agriculture,* University of California Press, Berkeley.

WALLERSTEIN IMMANUEL

1974 *The Modern World-System. Capitalist Agriculture and the Origins of the European World-Economy in the Sisxteenth Century,* Academic Press, Nueva York.

WEBER, MAX

[1923] *General Economic History*, Collier Books, Nueva York.

WEST, ROBERT C.

1949 *The Mining Community in Northern New Spain. The Parral Mining District,* Iberoamericana, núm. 30, University of California Press, Berkeley.

WHEELER, MORTIMER

1955 *Rome Beyond the Imperial Frontiers,* Pelican, Harmondsworth.

WHITE, LESLIE

1959 *The Evolution of Culture. The Development of Civilization, to fhe Fall of Rome,* Mc Graw-Hill, Nueva York.

WITTFOGEL, KARL A.

[1938] "Die Theorie der Orientalischen Gesellschaft" [The Theory of Oriental Society], en *Zeitschrift für Socialforschung,* vol. 7, pp. 90-122.

1957 *Oriental Despotism. A Comparative Study of Total Power*, Yale University Press, New Haven, Ct.

WOLF, ERIC R.

1957 "The Mexican Bajío in the 18th Century. An Analysis of Cultural Integration", en Munro S. Edmundson (ed.), *Synoptic Studies of Mexican Culture,* Nueva Orleans,

1971 Los campesinos, Labor, Barcelona. [1966].

1972 *Las luchas campesinas del siglo XX,* Siglo XXI, México. [1969].

WOLF, ERIC R. Y PALERM, ÁNGEL

[1954-1955] "Sistemas agrícolas y el desarrollo del área clave del imperio texcocano", en *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos* 14.

[1955] "Irrigation in the old Acolhua domain, Mexico", en *Southwestern Journal of Anthropology*, vol. 11, núm. 3, pp. 265-281.

ZAVALA, SILVIO
1935 *La encomienda indiana*, Centro de Estudios Históricos, Madrid.
1940 *De encomiendas y propiedad territorial*, México.

Antropología y marxismo se terminó de imprimir en julio de 2008 en los talleres de Editores e Impresores Profesionales EDIMPRO, S.A. de C.V., San Marcos 102-15, Col. Tlalpan, México 14000, D.F. En su composición se usaron los tipos Garamond de 18:20, 14:13, 12:13, 11:13, 10.5:13, 9.5:13 y 8:10 puntos de pica. Diseñó la portada Gabriel Salazar, la tipografía y formación estuvieron a cargo de Samuel Morales H. y la corrección a cargo de Itzia Pérez Ruiz. Cuidó la edición Armando López Carrillo.

Se tiraron 2 000 ejemplares.

La antropología y el marxismo se han transformado desde que Ángel Palerm escribió esta obra. No obstante las crisis de credibilidad que atraviesan, ambas aproximaciones pueden plantear preguntas y buscar respuestas que otros se rehúsan a considerar. Palerm abrigaba la esperanza de que la integración de la antropología con el marxismo pudiera forjar una ciencia social más vigorosa, capaz de contribuir activamente a diseñar diversos caminos para los problemas que acosan a la especie humana.

La colección Clásicos y Contemporáneos en Antropología ofrece al público de habla hispana una selección de obras clave para el desarrollo del conocimiento sobre las sociedades y las culturas humanas. Entre nuestros próximos títulos se encuentran *Del deber al deseo* de Jane Collier y *Sistemas políticos africanos* de Meyer Fortes y Evans-Pritchard.








9 789684 966390